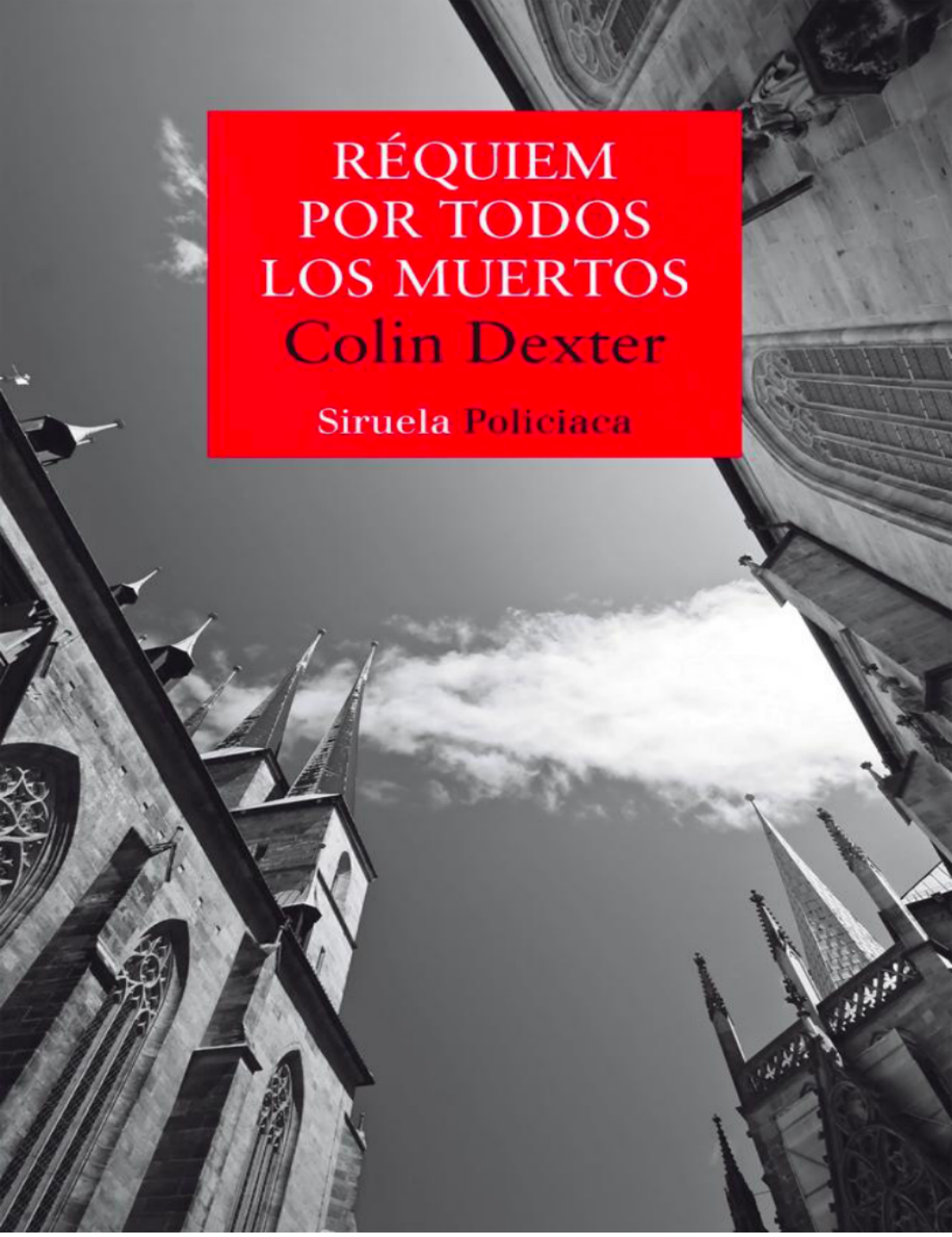

RÉQUIEM POR TODOS LOS MUERTOS

Colin Dexter

Siruela Policiaca

Colin Dexter

RÉQUIEM POR TODOS LOS MUERTOS

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: septiembre de 2024

Título: Service for All Dead
En cubierta: fotografía © zettberlin / Photocase
© Colin Dexter, 1979
Publicado originalmente en inglés por Macmillan,
un sello de Pan Macmillan, una división de
Macmillan Publishers International Limited
y por acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria
© De la traducción, Pablo González-Nuevo
© Ediciones Siruela, S. A., 2024

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-94-0

Conversión a formato digital: María Belloso

Para John Poole

«Escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios,
que habitar en las moradas de maldad».

Salmo 84, 10

PRIMER LIBRO DE CRÓNICAS

1

El reverendo Lionel Watson estrechó con desgana la última mano, elegantemente enguantada, esa delgada mano de la señora Emily Walsh-Atkins, con la seguridad de que todos los bancos de la vieja iglesia a sus espaldas estaban ya vacíos. Siempre sucedía lo mismo. Mientras las demás señoras emperifolladas se daban la vuelta para charlar sobre meriendas y vestidos de verano, el organista acababa de tocar y los chicos del coro, desprendidos de sus túnicas, se remetían los faldones de las camisetas en sus vaqueros acampanados, la señora Walsh-Atkins siempre permanecía varios minutos más arrodillada con lo que Lawson a veces consideraba una exagerada reverencia hacia el Todopoderoso. Aunque lo cierto, y Lawson lo sabía bien, era que no le faltaban motivos por los que estar agradecida. Tenía ochenta y un años, pero aún conservaba una envidiable agilidad física y mental, y únicamente había empezado a fallarle la vista de un tiempo a esta parte. Vivía en North Oxford, en una residencia de ancianos protegida de las miradas extrañas por una valla de considerable altura y una larga hilera de abetos. Allí, desde el ventanal de la sala de estar, que olía a lavanda y limpiador de plata, podía contemplar el césped y los senderos perfectamente atendidos, donde el conserje recogía sin prisa casi a diario las latas de Coca Cola, las bolsas de patatas fritas y alguna botella de leche que arrojaban esos desconocidos y profundamente depravados jóvenes que, en opinión de la señora Walsh-Atkins, no deberían tener derecho a pisar las calles (y mucho menos aún las calles de su adorado North Oxford). La residencia era extremadamente cara, pero la señora Walsh-Atkins era una mujer acaudalada, y todos los domingos el sobrecito de papel marrón cuidadosamente cerrado que depositaba con delicadeza sobre la bandeja de la colecta contenía un billete doblado de cinco libras.

—Gracias por su homilía, vicario.

—Dios la bendiga.

Este breve diálogo, que no había variado una sola palabra a lo largo de los diez años que Lawson llevaba en la parroquia de St. Frideswide, era el más perfecto ejemplo de la incomunicación imperante entre un sacerdote y sus parroquianos. En los primeros tiempos de su ministerio, a Lawson le preocupaban vagamente «las homilías», pues era consciente de que sus sermones carecían del esperable fervor evangélico; si bien un hombre de

inclinaciones eclesiásticas moderadamente elevadas como Lawson consideraba bastante inapropiado, incluso desagradable, el papel de mensajero elegido por designio divino. No obstante, la señora Walsh-Atkins parecía escuchar el zumbido del telégrafo celestial fuera cual fuera el mensaje del párroco, y cada domingo por la mañana volvía a hacer gala de su gratitud hacia el heraldo de tan importantes noticias. Por pura casualidad había pronunciado Lawson aquellas tres sencillas palabras después de su primer servicio, palabras mágicas que una vez más esa mañana dominical la señora Walsh-Atkins acogió felizmente en su seno, junto al libro de oraciones que sujetaba contra el pecho, mientras caminaba con su brioso paso de costumbre hacia St. Giles, donde el taxista habitual la estaría esperando en la pequeña plaza reservada junto al Monumento a los Mártires.

El vicario de St. Frideswide contempló la calurosa calle a izquierda y derecha. En aquel momento nada más le retenía allí, pero parecía curiosamente reacio a volver a entrar en la sombría iglesia. Alrededor de una docena de turistas japoneses avanzaban por la acera de enfrente, dirigidos por un pequeño guía con gafas que recitaba con voz chillona y entrecortada datos en torno a los antiguos encantos de la ciudad. Su sonsonete aún se escuchaba mientras el grupito se alejaba con parsimonia calle arriba dejando atrás el cine, donde la gerencia anunciaba orgullosamente a su clientela la oportunidad de ser testigos privilegiados de las intimidades del intercambio de parejas al estilo continental. Pero para Lawson no existían los encantos de la sensualidad, ya que pensaba en otras cosas. Se quitó con cuidado la estola de seda blanca y dirigió su mirada hacia Carfax, donde la puerta del salón bar del Ox ya estaba abierta. Pero las tabernas nunca le habían despertado mucho interés. Es cierto que tomaba ocasionalmente una copita de jerez dulce durante algunas funciones diocesanas, pero si el alma de Lawson debía responder por algo cuando el arcángel hiciera sonar la trompeta final, desde luego no iba a ser por ningún cargo de ebriedad. Sin alterar un solo cabello de su cabeza cuidadosamente peinada, se quitó la sobrepelliz y se volvió para entrar despacio en la iglesia.

Aparte del organista, el señor Paul Morris, que ya había alcanzado los últimos compases de lo que a Lawson le pareció una pieza de Mozart, la única persona que aún quedaba en la nave central del edificio era la señora Brenda Josephs, mujer de un sobrio atractivo que estaría en la mitad o al final de la treintena. Llevaba un vestido de verano verde sin mangas, y estaba sentada en el fondo de la iglesia con un brazo bronceado apoyado en el respaldo del banco, mientras sus dedos acariciaban la suave superficie. Ella sonrió con diligencia al ver pasar a Lawson y este a su vez inclinó su pulcra cabeza a modo de informal bendición. Ya se habían

saludado formalmente antes del servicio y ninguno de los dos parecía ansioso por retomar ahora la superficial conversación. De camino a la sacristía Lawson se detuvo un momento a recoger un escabel caído a los pies de un banco y, al hacerlo, oyó la puerta lateral del órgano cerrarse con brusquedad. ¿Quizá demasiado ruidosamente? ¿Con demasiada brusquedad?

Las cortinas se abrieron cuando llegó a la sacristía y un chiquillo pelirrojo de cara pecosa estuvo a punto de precipitarse en los brazos de Lawson.

—Calma, chico. ¡Calma! ¿A qué viene tanta prisa?

—Lo siento, señor. Había olvidado…

Casi sin aliento, el muchacho se calló de repente mientras ocultaba furtivamente detrás de la espalda la mitad de un paquete de chicles con sabor a frutas.

—Supongo que no estarías comiéndolos durante el sermón.

—No, señor.

—No es que fuera a culparte si lo hicieras. Reconozco que a veces puedo ser bastante aburrido, ¿no te parece?

El tono pedagógico de las primeras frases de Lawson se había suavizado, y poniendo una mano sobre la cabeza del chiquillo le revolvió el pelo con suavidad.

Peter Morris, el hijo del organista, levantó la mirada hacia Lawson esbozando una cauta sonrisa. Los matices de tono le pasaron del todo desapercibidos, aunque se dio cuenta de que todo iba bien y salió pitando detrás de los bancos.

—¡Peter! —El chiquillo se detuvo al instante y se dio la vuelta—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡En la iglesia no se corre!

—Sí, señor. Eh, quiero decir no, señor.

—Y no olvides que la excursión del coro es el próximo sábado.

—Por supuesto que no, señor.

Lawson no había pasado por alto que el padre de Peter y Brenda Josephs estaban susurrando animadamente en el pórtico norte. Pero en esos momentos Paul Morris salía por la puerta con aire circunspecto detrás de su hijo y, al parecer, Brenda contemplaba solemne la pila bautismal datada en el año 1345 que, según la escueta guía, ocupaba el primer lugar entre las atracciones turísticas de la iglesia. Lawson dio media vuelta y entró en la sacristía.

Harry Josephs, el sacristán, casi había terminado. Después de cada servicio anotaba en el registro de la iglesia dos cifras junto a la fecha correspondiente: en primer lugar, el número de personas de la congregación que habían asistido, redondeando hacia arriba o hacia abajo hasta el cinco más cercano; y en segundo lugar la suma recaudada

durante la colecta, meticulosamente contada hasta el último medio penique. La iglesia de St. Frideswide era una institución bastante boyante según casi todos los cómputos. Sus feligreses procedían en su mayoría de los sectores más pudientes de la comunidad, e incluso durante las vacaciones universitarias la iglesia estaba por lo general medio llena. Por tanto, era de esperar que el total sumado por el sacristán, que a continuación era comprobado por el vicario y finalmente ingresado en la cuenta de la parroquia en la sucursal del Barclays Bank de la calle High, no fuera una cantidad desdeñable. Los ingresos de esa mañana reposaban sobre el escritorio de Lawson en la sacristía ordenados según su valor: un billete de cinco libras, unos quince billetes de una libra, alrededor de una veintena de monedas de cincuenta peniques y varias pilas de diversas monedas de menor valor distribuidas meticulosamente en cantidades identificables con facilidad.

—Otro día con una excelente cifra de asistencia, Harry.

«Excelente» era una de las palabras favoritas del vocabulario de Lawson. Aunque en los círculos teológicos siempre había imperado cierto comedimiento a la hora mostrar excesivo interés por el mero recuento de cabezas, desde un enfoque más secular resultaba alentador poder reunir a un rebaño contundente, aunque solo fuera en lo que se refiere a su cantidad; y la palabra «excelente» parecía un idóneo término medio entre lo «bueno», desde un punto de vista puramente aritmético, y lo «divino», en el caso de recurrir un criterio más espiritual.

Harry asintió y anotó los totales.

—Compruebe el dinero rápidamente si quiere, señor. Son ciento treinta y cinco asistentes y cincuenta y siete libras con doce peniques de colecta.

—¿Hoy no ha habido medios peniques, Harry? —preguntó Lawson—. Parece que algunos de los muchachos del coro se han tomado al pie de la letra mi pequeña charla.

Con la destreza de un experimentado cajero de banco revisó los billetes de libra y después pasó los dedos sobre las pilas de monedas, como un obispo bendiciendo las cabezas durante una misa de confirmación. La suma del dinero era correcta.

—Uno de estos días me sorprenderás y meterás la pata, Harry.

De repente Josephs miró fijamente el rostro de Lawson, pero la expresión del ministro mientras firmaba la columna de totales del registro de la iglesia era de anodina benevolencia.

El vicario y el sacristán metieron el dinero en una vieja caja de hojalata de galletas Huntley & Palmer. No parecía un lugar muy seguro para guardar ninguna cantidad de dinero, por pequeña que fuera. Pero cuando el problema de la seguridad había salido a colación durante una

de las últimas reuniones del consejo parroquial, nadie había sugerido una opción mejor, salvo la posibilidad de que una lata algo más moderna de la misma marca fuera quizá más útil a la hora de sugerir (si alguien la veía casualmente en el asiento trasero del Allegro de Josephs) que no contenía nada más valioso que unas pocas galletas sobrantes de jengibre y tapioca después de algún evento.

—Entonces creo que me iré ya, vicario. Mi mujer me estará esperando.

Lawson asintió y observó a su sacristán mientras se marchaba. Sí, Brenda Josephs le estaría esperando. Debía hacerlo. Hacía seis meses Harry había sido detenido por conducir en estado de ebriedad y, en gran medida gracias a la intervención de Lawson, el magistrado había rebajado su sentencia a una comparativamente indulgente multa de cincuenta libras y un año de retirada del carné de conducir. Los Josephs vivían en la localidad de Wolvercote, a unos cinco kilómetros del centro de la ciudad, y los domingos los autobuses eran menos frecuentes que los billetes de cinco en el cepillo de la iglesia.

La pequeña ventana de la sacristía estaba orientada al lado sur del edificio, y Lawson se sentó a su escritorio y miró impávido el cementerio con las grises y avejentadas lápidas inclinadas en diversos ángulos, sus gastadas inscripciones cubiertas de musgo desde hacía largo tiempo o simplemente erosionadas por siglos de viento y lluvia. Parecía preocupado y lo estaba, por la sencilla razón de que en la colecta de esa mañana tendría que haber habido dos billetes de cinco libras. ¿Era posible que la señora Walsh-Atkins hubiera agotado al fin su reserva de dichos billetes y en su lugar hubiera dejado cinco de una libra? No obstante, si lo había hecho, sería la primera vez en… ¡años y años! No. Había una explicación mucho más probable, una explicación que perturbaba terriblemente a Lawson. Sin embargo, existía una remota posibilidad de que estuviera equivocado. «No juzguéis y no seréis juzgados». No juzguéis, al menos hasta que las pruebas sean irrefutables. Sacó su cartera y de ella extrajo un trozo de papel en el que a primera hora de esa mañana había anotado el número de serie del billete de cinco libras que él mismo había guardado y sellado en un pequeño sobre marrón que luego incluyó en la colecta de la misa. No hacía más de tres minutos que había comprobado las tres últimas cifras del billete de cinco libras que Harry Josephs había guardado en la lata de galletas: no eran los números que él había apuntado.

Hacía varias semanas que Lawson sospechaba algo así y ahora tenía la prueba. Sabía que debía de haberle pedido a Josephs que se vaciara los bolsillos allí mismo: ese era su deber como sacerdote y como amigo (¿amigo?), pues sin duda Josephs llevaría encima el billete de cinco libras que acababa de robar del ofertorio. Finalmente, Lawson miró el trozo de

papel que tenía en la mano y leyó el número de serie que había escrito antes de la misa: AN 50 405546. Alzó la vista lentamente y contempló una vez más el cementerio. El cielo se había nublado de repente, y cuando media hora después caminaba hacia la vicaría de St. Ebbe, el aire estaba cargado y amenazaba lluvia. Parecía que alguien hubiera apagado el sol con un interruptor.

2

Aunque fingía seguir durmiendo, Harry Josephs había oído a su mujer levantarse justo antes de las siete y fue capaz de visualizar sus movimientos con precisión. Se había puesto la bata sobre el camisón, había bajado a la cocina, llenado la tetera y después se había sentado a la mesa a fumar su primer cigarrillo. Solo hacía dos o tres meses que Brenda había vuelto a fumar y a él no le hacía ninguna gracia. Le olía mal el aliento y el cenicero lleno de colillas le parecía repugnante. La gente fumaba mucho cuando estaba preocupada y tensa, ¿verdad? Era una droga más, de veras, como un puñado de aspirinas, una botella de alcohol o apostar en las carreras. Giró la cabeza sobre la almohada y su propia ansiedad inundó de nuevo su mente.

—Aquí está el té.

Ella le tocó el hombro con delicadeza y dejó la taza sobre la mesilla que separaba sus camas gemelas.

Josephs asintió, soltó un gruñido y, colocándose bocarriba, observó a su mujer, de pie frente al espejo mientras se quitaba el camisón por la cabeza. Le habían ensanchado un poco las caderas, pero sus piernas seguían siendo delgadas y elegantes, sus pechos plenos y firmes. Y sin embargo Josephs la miró de reojo cuando permaneció desnuda momentáneamente frente al espejo. Durante los últimos meses había sentido una incomodidad cada vez mayor al contemplar su cuerpo, como si de algún modo se estuviera entrometiendo en una intimidad que ya no estaba invitado a compartir.

Se incorporó y bebió un sorbo de té mientras ella se subía la cremallera a un lado de la falda marrón.

—¿Ha llegado el periódico?

—Te lo habría subido.

Ella se inclinó ligeramente hacia delante y se aplicó en el rostro una serie de cosméticos. Josephs nunca había prestado demasiada atención a ese procedimiento.

—Llovió mucho toda la noche.

—Sigue lloviendo —dijo ella.

—Le vendrá bien al jardín.

—Ajá.

—¿Has desayunado algo?

Ella negó con la cabeza.

—Pero hay mucho beicon si te… —Aplicó una fina capa de color rosa palo a sus labios fruncidos—. Y quedan algunos champiñones.

Josephs terminó el té y volvió a recostarse en la almohada. Eran las siete y veinticinco y Brenda se marcharía dentro de cinco minutos. Trabajaba por las mañanas en la Clínica Radcliffe, al final de Woodstock Road, donde hacía dos años había retomado su carrera de enfermera. ¡Hacía dos años! Justo después de…

Ella se acercó a la cama, tocó ligeramente su frente con los labios, cogió la taza y salió de la habitación. Pero casi de inmediato volvió a entrar.

—Ah, Harry. Casi lo olvido. Hoy no vendré a comer. Te apañarás para prepararte algo, ¿verdad? Tengo que comprar algunas cosas en la ciudad. Tampoco llegaré tarde, no te preocupes. Como mucho sobre las tres, imagino. Intentaré traer algo rico para el té.

Josephs asintió y no dijo nada, pero ella seguía junto a la puerta.

—¿Te apetece alguna cosa? De la ciudad, quiero decir.

—No.

Durante varios minutos permaneció inmóvil escuchando sus movimientos en la planta baja.

—¡Adióós!

—Adiós. —La puerta se cerró con un clic a sus espaldas—. Adiós, Brenda.

Se destapó apartando en diagonal el borde de la sábana, se levantó y miró desde un lado de la ventana sin mover la cortina. El Allegro salía lentamente marcha atrás hacia la calle silenciosa, mojada en ese momento, y después, expulsando una pequeña nube de humo azul, desapareció. Había exactamente cuatro kilómetros hasta la Clínica Radcliffe, Josephs lo sabía. Durante tres años él mismo había recorrido a diario esa misma ruta hasta el bloque de oficinas justo después de la clínica, donde había trabajado como funcionario tras veinte años de servicio en el Ejército. Pero hacía dos años habían reducido la plantilla como resultado de los recortes del gasto público y tres de los siete empleados que la formaban habían sido considerados innecesarios, entre ellos él mismo. ¡Y cómo le escocía aún! No era el más viejo ni el menos experimentado. Pero era el menos experimentado de los mayores y el más viejo de los menos experimentados. Una pequeña indemnización, una fiestecita de despedida y un resquicio de esperanza de encontrar otro trabajo. No, eso no era cierto: casi ninguna esperanza de encontrar otro trabajo. Entonces tenía cuarenta y ocho años. Quizá bastante joven, según ciertos criterios. Pero la triste verdad no había tardado en abrirse paso hasta el fondo de su alma: la verdad era que ya nadie le necesitaba. Después de más de un año de desalentadora ociosidad, había empezado a

trabajar en una farmacia en Summertown, pero poco después decidieron cerrar y casi se había alegrado al oír que su contrato había terminado. ¡Un hombre que había llegado al rango de capitán en el Cuerpo de Marines Reales, un hombre que había combatido a los terroristas de las junglas malayas, atendiendo de pie tras un mostrador, manteniendo la compostura mientras entregaba recetas a jóvenes flacos y paliduchos que no habrían durado cinco segundos durante la instrucción de los comandos! ¡Y el gerente insistía en que debía cerrar con un «gracias, señor» cada venta!

Espantó de su cabeza el recuerdo de esos días y abrió las cortinas.

Calle arriba, una hilera de gente esperaba la llegada del autobús con los paraguas abiertos contra la lluvia pertinaz que bañaba los céspedes y los campos color paja. Recordó unos versos que había aprendido en la escuela que se adaptaban como un guante a su estado de ánimo y a la deprimente jornada que le esperaba:

Y como un fantasma entre la lluvia,
sobre las calles desiertas amanece el vano día.[1]

Cogió el bus de las diez y media hasta Summertown, donde entró en la oficina de apuestas y estudió el programa de Lingfield Park. Se fijó en que, por alguna extraña coincidencia, Organista corría en la carrera de las dos y media y Pobre Harry en la de las cuatro. Por lo general no se dejaba influenciar por los nombres, pero al recordar el escaso éxito que solía tener de otra manera, pensó que tal vez le iría mejor si así lo hiciera. En las previsiones de resultados Organista era uno de los favoritos y a Pobre Harry ni siquiera lo mencionaban. Josephs caminó frente a los periódicos clavados con chinchetas en los corchos de la oficina: en un par de ellos había apuestas por Organista, pero Pobre Harry no tenía ningún apoyo. Josephs se permitió esbozar una triste sonrisa. Probablemente ninguno de los dos estaba destinado a cruzar el primero la línea de meta, pero ¿por qué no? ¡Arriésgate, Harry, muchacho! Cubrió un impreso de apuesta cuadrado de color blanco y lo depositó en el mostrador con su dinero:

Lingfield Park: 4 p. m.
2£ ganador: Pobre Harry

Hacía aproximadamente un año, después de comprar dos latas de judías estofadas en el supermercado, le habían devuelto el cambio de una libra y no del billete de cinco con el que estaba seguro de haber pagado. En esa ocasión sus protestas habían requerido un arqueo completo de la caja y

media hora de tensa espera hasta que se pudo confirmar su reclamación. Desde entonces había sido más cuidadoso y siempre memorizaba los tres últimos dígitos de los billetes de cinco con los que pagaba. Lo mismo hizo ahora y los repitió mentalmente mientras esperaba su cambio: 546, 546, 546…

La llovizna prácticamente había cesado cuando a las once y veinte caminaba sin prisa por Woodstock Road. Veinticinco minutos más tarde estaba en uno de los aparcamientos privados de la Clínica Radcliffe, donde encontró su coche casi al instante. Abriéndose paso entre los vehículos apretujados, no tardó en llegar hasta él y miró por la ventanilla del conductor la cifra del cuentakilómetros: 41235. Eso encajaba. Antes de que ella se marchara, terminaba en doscientos treinta y uno. Y si durante el resto de la jornada siguiera con la rutina normal de cualquier persona sensata, iría a pie hasta Oxford desde allí, y al llegar a casa el cuentakilómetros pondría doscientos treinta y ocho o como mucho doscientos treinta y nueve. Buscó una buena posición para vigilar detrás de un olmo moribundo, miró su reloj de pulsera y esperó.

A las doce y dos minutos las puertas de celuloide de acceso al ambulatorio se abrieron y Brenda Josephs apareció y caminó con prisa hacia el coche. Él podía verla con total claridad. Abrió la puerta y se sentó inclinándose ligeramente hacia delante para mirarse en el espejo retrovisor, antes de sacar del bolso un pequeño frasco de perfume y echarse unas gotitas en un lado del cuello y luego en el otro. Cuando salió marcha atrás poco hábilmente de la estrecha plaza donde estaba estacionada, aún no se había abrochado el cinturón de seguridad. Después, puso el intermitente de color naranja a la derecha al salir del aparcamiento y continuó por Woodstock Road; luego se iluminó el intermitente de la izquierda (¡la izquierda!) y se adentró en el tráfico en dirección norte dejando atrás el centro de la ciudad.

Él sabía cuáles iban a ser sus siguientes movimientos. Todo recto hacia la rotonda de la circunvalación norte, después a través de Five Mile Drive y por último la salida hacia Kidlington Road. También sabía lo que debía hacer.

La cabina telefónica estaba libre, y aunque habían robado la guía de teléfonos local, él había memorizado el número y lo marcó inmediatamente.

—¿Diga? —Era una voz de mujer—. Escuela Secundaria Roger Bacon de Kidlington, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me preguntaba si podría hablar con el señor Morris, el señor Paul Morris, por favor. Creo que es uno de sus profesores de música.

—Sí, así es. Deme un momento. Tendré que mirar los horarios para comprobar si… Es solo un momento. No, tiene hora libre. Voy a ver si

está en la sala de profesores. ¿Quién le digo que pregunta por él?

—Eh… El señor Jones.

Medio minuto después volvió a ponerse al teléfono.

—No, me temo que en estos momentos no está en la escuela, señor Jones. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

—No, no tiene importancia. ¿Podría decirme si es probable que esté en la escuela a la hora de comer?

—Un momento. —Josephs oyó un ligero crujido de papeles. Tampoco hacía falta que se molestara, él sabía la respuesta—. No, no aparece en la lista de comidas de hoy. Normalmente está, pero…

—No se preocupe. Disculpe las molestias.

Su corazón se aceleró mientras marcaba el otro número. Otro número de Kidlington. ¡Iba a darles un buen susto a esos dos cabrones! ¡Si al menos pudiera conducir! El teléfono sonó y sonó, y justo cuando empezaba a dudar, respondieron.

—¿Diga?

Solo eso. Nada más. ¿La voz sonaba un poco tensa?

—¿El señor Morris, Paul Morris?

No le costó ni un segundo echar mano del acento de Yorkshire de su juventud.

—Eh, ¿sí?

—Le llamo de compañía eléctrica, señor. Tenemos programada una visita en su casa. ¿Podríamos…?

—¿Quiere decir hoy?

—Sí. A la hora de comer, señor.

—Eh, no. Me temo que no es posible. Acabo de entrar en casa un segundo para recoger… un libro. La verdad es que me han pillado de casualidad. Pero debo regresar a la escuela… ahora mismo. De todos modos, ¿de qué se trata? ¿Hay algún problema?

Josephs colgó lentamente el teléfono. ¡Eso le daría al muy bastardo algo en qué pensar!

Cuando Brenda llegó a casa a las tres menos diez él estaba recortando el seto de alheña con concentrada precisión.

—Hola, amor. ¿Qué tal el día?

—Ah, lo típico. Ya sabes. He traído algunas cosas ricas para el té.

—Eso suena bien.

—¿Has comido algo?

—Piqué un poco de pan y queso.

Ella supo que estaba mintiendo porque en casa no quedaba queso. A menos, por supuesto, que él hubiera vuelto a salir… Sintió una súbita

punzada de pánico mientras entraba a toda prisa, cargada con las bolsas de la compra.

Josephs siguió podando meticulosamente el alto seto que separaba su propiedad de la del vecino. No tenía prisa, y solo cuando llegó justo a la altura de la puerta del conductor del Allegro, miró con disimulo los diales del salpicadero. El cuentakilómetros indicaba 41248.

Fregó después de cenar, como hacía siempre, pero pospuso una pequeña comprobación hasta más tarde, pues sabía con la misma certeza con que la noche sigue al día que su mujer buscaría alguna excusa para acostarse temprano. Y, sin embargo, aunque a él mismo le resultara extraño, casi se alegró: ahora era él quien tenía la sartén por el mango. (O eso pensaba).

Justo después de los titulares de las noticias de la BBC 1 ella dijo que se iba a la cama.

—Creo que me daré un baño e iré a acostarme, Harry. Estoy algo cansada.

Él asintió comprensivo.

—¿Quieres que te lleve una taza de cacao?

—No, gracias. Me dormiré en cuanto apoye la cabeza en la almohada. Pero gracias de todos modos.

Ella puso una mano en su hombro y le dio un ligero apretón, y durante unos segundos en su rostro se reflejaron los espectros gemelos del remordimiento y el autorreproche.

Cuando el agua dejó de correr en el baño, Josephs volvió a la cocina y abrió el cubo de basura. Allí, arrugadas en forma de pequeñas pelotas y ocultas debajo de todos los desperdicios, encontró cuatro bolsas de papel de color blanco. ¡Qué descuido, Brenda! ¡Qué descuido! Él mismo había comprobado el cubo esa mañana y ahora ahí estaban, cuatro bolsas de papel blanco, todas ellas con el distintivo del supermercado Quality de Kidlington.

Cuando Brenda salió de casa a la mañana siguiente, él mismo se preparó café y tostadas y se sentó a leer el Daily Express. Las fuertes lluvias de la noche anterior en Lingfield Park habían echado a perder la carrera de muchos favoritos, aunque no había ninguna mención a las erróneas predicciones de los pronosticadores. Con una maliciosa sonrisa reparó en que Organista había llegado el séptimo de ocho competidores, ¡y Pobre Harry había ganado! ¡Pagaban dieciséis contra uno! No había sido un día inútil, después de todo.

1 Del poema Dark House de Tennyson. (Todas las notas son del traductor).

3

La última lección de la semana difícilmente podría haber sido más satisfactoria. Solo había cinco alumnas en la clase de música del Nivel O.2 Todas ellas chicas, ni un solo chico, razonablemente ávidas por trabajar duro y aprender. Y mientras las observaba allí sentadas, algo incómodas y serias, con sus partituras de la Sonata para piano Opus 90 sobre las rodillas, Paul Morris recordó lo extraordinariamente que Gilels podía interpretar a Beethoven. Sin embargo, no estaba del todo concentrado en la clase, y durante las últimas semanas se había preguntado en varias ocasiones si de verdad estaba hecho para la enseñanza. Sin duda todas aquellas alumnas obtendrían notas decentes en los exámenes del Nivel O, pues él las había hecho practicar diligentemente todas las piezas, con sus melodías, sus desarrollos y recapitulaciones. Aunque era consciente de que ni él les había presentado las obras con auténtico placer ni sus alumnas habían sabido apreciarlas en su justa medida. La triste verdad era que había dejado que lo que hasta hacía muy poco era para él una absorbente pasión se fuera convirtiendo ahora en poco más que una agradable compañía de fondo. De la música culta al hilo musical en tres cortos meses.

Hacía ya casi tres años Morris había dejado su anterior trabajo para, sobre todo, tratar de olvidar el aciago día en que un joven agente de policía había llamado a su puerta para comunicarle que su esposa había fallecido en un accidente de coche, y cómo luego él mismo había ido a la escuela primaria a recoger a Peter, y allí había contemplado las silenciosas y desconsoladas lágrimas que manaban de los ojos del chiquillo mientras hacía frente con todas sus fuerzas a aquella desconcertante furia contra la perversidad y la crueldad del destino que acababa de arrebatarle a su joven esposa; una furia que durante las semanas de aturdimiento y desesperación que siguieron al accidente se había transformado, poco a poco, en la firme convicción de proteger a su único hijo a toda costa donde y cuando fuera necesario. El niño era algo a lo que aferrarse, lo único que le quedaba en realidad. Poco a poco, Morris también había llegado a convencerse de que debía huir, y la decisión de huir a cualquier parte se había convertido en obsesión mientras las columnas de Puestos Vacantes del Suplemento de Educación del Times le recordaban semana tras semana la existencia de nuevas calles, nuevos colegas, nuevos colegios

y, quizá, una nueva vida. Así se habían mudado finalmente a las afueras de Oxford cuando fue contratado en la Escuela Secundaria Roger Bacon tras una relajada entrevista de apenas quince minutos. Nada más llegar había encontrado un tranquilo pareado en alquiler en un pequeño barrio donde todos los vecinos se mostraron amables con ellos. No obstante, enseguida se había dado cuenta de que esa vida no era muy distinta a la anterior. Al menos hasta que conoció a Brenda Josephs.

Había sido gracias a su hijo Peter que había entrado en contacto con la parroquia de St. Frideswide. Uno de sus amigos era un miembro entusiasta del coro, y Peter no había tardado en unirse también. El anciano director del grupo vocal se había retirado poco después, aunque para entonces todo el mundo sabía que el padre de Peter era organista, así que cuando le invitaron a ocupar el puesto, él había aceptado sin pensárselo dos veces.

Gilels arpegiaba pianissimo los últimos compases de la partitura cuando sonó el timbre en el pasillo, poniendo fin a la semana escolar. Una alumna de la clase, una muchacha alta, de pelo oscuro y largas piernas, se quedó atrás para preguntarle si se podía llevar prestado el disco durante el fin de semana. Era algo más alta que Morris, y cuando él miró sus ojos lánguidamente lujuriosos y ligeramente maquillados de negro, sintió una vez más una fuerza en su interior que, hasta hacía escasos meses, nunca había sospechado que tenía. Retiró con cuidado el vinilo del tocadiscos y lo guardó con delicadeza en su carpeta.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

—Que tengas un buen fin de semana, Carole.

—Usted también, señor Morris.

Él la miró mientras bajaba los escalones del escenario y taconeaba por el salón de actos con sus zapatos de cuña alta. ¿Cómo pasaría el fin de semana la melancólica Carole?, se preguntó. Y después pensó cómo lo pasaría él.

Brenda había aparecido en su vida hacía tan solo tres meses. La había visto antes en numerosas ocasiones, por supuesto, pues ella siempre esperaba después de la misa de los domingos para llevar a casa a su marido en coche. Pero aquella mañana en particular no había sido como las demás. A diferencia de lo que acostumbraba a hacer, no se había sentado en uno de los últimos bancos cerca de la entrada, sino justo a sus espaldas en una de las sillas del coro; y él había estado observándola con interés en el espejo del órgano mientras tocaba, sentada allí con la cabeza ligeramente ladeada, una media sonrisa y una melancólica expresión en el rostro. Cuando las últimas notas de la partitura se perdieron en la iglesia vacía, él se había dado la vuelta para mirarla.

—¿Le ha gustado?

Ella había asentido en silencio alzando la vista hacia él.

—¿Quiere que vuelva a tocarla?

—¿Tiene tiempo?

—Lo tengo para usted.

Entonces se habían mirado a los ojos y durante un instante fueron los únicos seres vivos sobre la faz de la tierra.

—Gracias —susurró ella.

El recuerdo de aquella primera vez juntos era, incluso ahora, una fuente de luz radiante que iluminaba el corazón de Morris. De pie a su lado ella iba pasando las páginas de la partitura para él, y más de una vez sus brazos se habían rozado ligeramente…

Así fue cómo había empezado, y así, se dijo, tenía que terminar. Pero le parecía imposible. Aquel primer domingo por la noche había visto su rostro en sueños y durante las noches siguientes su imagen tampoco había dado tregua a sus pensamientos. El viernes de esa misma semana la había llamado por teléfono a la clínica. Un gesto atrevido e irrevocable. Sencillamente le había preguntado si podía verla alguna vez, nada más. Y con la misma sencillez ella le había respondido «Sí, por supuesto que puede»; palabras cuyo eco siguió resonando en su cerebro como el gozoso estribillo de un serafín.

Durante las semanas siguientes había tomado conciencia poco a poco de la aterradora verdad: haría casi cualquier cosa por tener a esa mujer solo para él. No es que tuviera nada contra Harry Josephs. No albergaba ninguna mala intención, ¿cómo podría? Tan solo unos ardientes e irracionales celos que nada de lo que Brenda le dijera, ninguno de sus patéticos ruegos y palabras de consuelo, conseguían aplacar. Quería quitar de en medio a Josephs, ¡por supuesto! Pero solo de un tiempo a esta parte su mente consciente había llegado a aceptar la cruda realidad de su posición. No solo quería que Josephs desapareciera de escena: estaba seguro de que quería verlo muerto.

—¿Va a estar aquí mucho más tiempo, señor?

Había entrado el conserje y Morris sabía que más valía evitar discusiones con él. Eran las cuatro y cuatro y Peter estaría en casa.

Habían terminado la habitual cena de los viernes a base de pescado y patatas fritas, abundantemente aderezadas con vinagre y ahogadas en salsa de tomate, y ambos estaban codo con codo ante el fregadero de la cocina, el padre lavando platos y el hijo secando. Aunque Morris había pensado largo y tendido lo que quería a decir, no le iba a resultar fácil. Nunca había tenido ocasión de hablar con su hijo sobre cuestiones relacionadas con el sexo, pero de algo estaba seguro: debía hacerlo ya.

Recordó con devastadora claridad (solo tenía ocho años entonces) la ocasión en que la policía se había presentado de repente en la casa de al lado, donde vivían dos niños pequeños, y uno de los párrocos locales había sido llevado a juicio y más tarde condenado y enviado a prisión. Y recordó las nuevas palabras que había aprendido entonces, las palabras que sus compañeros de clase repetían y de las que se reían en los rincones de los lavabos de la escuela: palabras viscosas como reptiles que salían constantemente a la superficie de su mente infantil como en una charca de aguas turbias.

—Creo que quizá podamos conseguirte esa bici de carreras en un par de meses.

—¿De verdad, papá?

—Tienes que prometerme que tendrás mucho cuidado…

Pero Peter ya no le escuchaba. Su mente corría en esos momentos tan deprisa como la bici que iba a montar, su rostro resplandeciente de alegría.

—¿Perdona, papá?

—Decía que si tienes ganas de ir a la excursión de mañana.

Peter asintió, con sinceridad pero sin demasiado entusiasmo.

—Supongo que a la hora de volver ya me habré hartado. Como el año pasado.

—Necesito que me prometas algo.

¿Otra promesa? El muchacho frunció el ceño algo desconcertado al escuchar el tono serio de su padre y frotó en círculos el siguiente plato varias veces con el paño de cocina, aunque era innecesario, a la espera de alguna información adulta, confidencial y quizá desagradable.

—Todavía eres muy joven, ¿sabes? Quizá pienses que ya has crecido, pero aún tienes mucho que aprender. Verás, en la vida conocerás a algunas personas muy agradables y a otras que no lo son. Pueden parecerlo, pero… Pero no lo son en absoluto.

Aquello sonó de un inadecuado patetismo.

—¿Te refieres a criminales?

—En cierto modo son criminales, sí, pero estoy hablando de gente que es mala por dentro. Quieren… Necesitan cosas extrañas para quedar satisfechos. No son normales, no como la mayoría de la gente —respiró profundamente—. Cuando yo tenía más o menos tu edad, más joven en realidad…

Peter escuchó la historia con aparente despreocupación.

—¿Quieres decir que era un marica, papá?

—Era un homosexual. ¿Sabes lo que significa eso?

—Claro que sí.

—Escucha, Peter, si alguno de esos hombres intenta algo, ¡cualquier cosa!, aléjate de él, ¿me has entendido? Es más, debes decírmelo de

inmediato. ¿De acuerdo?

Peter intentaba comprender lo que oía, pero la advertencia parecía algo muy lejano y del todo ajeno a su limitada experiencia de la vida.

—Verás, Peter, no se trata solo de que un hombre… te toque —la mera palabra le resultaba absolutamente repulsiva—, o esa clase de cosas. Es lo que la gente empieza a decir, o fotografías que…

Peter abrió la boca de repente y la sangre se heló en sus pecosas mejillas. ¡Así que a eso se refería su padre! La última vez había sucedido hacía dos semanas, cuando él y otros dos compañeros del club juvenil habían ido a la vicaría y se habían sentado juntos en aquel lustroso sofá alargado de color negro. Todo había sido un poco extraño y excitante, y habían visto aquellas fotografías, grandes y lustrosas imágenes en blanco y negro que parecía más claras que la vida real. Pero no había solo fotos de hombres y el señor Lawson hablaba de ellas con tanta… Con tanta naturalidad, por decirlo de alguna manera. En cualquier caso, veía a menudo esa clase de fotos en los estantes del quiosco. Sintió un desconcierto cada vez mayor allí de pie frente al fregadero, con el paño de cocina aún en la mano. Entonces escuchó la voz de su padre, ronca y desagradable, atronando en sus oídos y sintió su mano en el hombro sacudiéndole enfadado.

—¿Me oyes? ¡Me lo cuentas!

Pero el muchacho no le contó nada a su padre. Simplemente no podía. Además, ¿qué había que contar?

2 Nivel Ordinario del Certificado General de Educación (G. C. E. en el original) en el Reino Unido, que se cursa a los dieciséis años. Previo al Nivel A o Avanzado, cuyas pruebas se realizan normalmente a los dieciocho.

4

El autobús, un lujoso armatoste contratado para la ocasión, salía de Cornmarket a las siete y media de la mañana, y Morris se unió al grupo de quisquillosos padres que comprobaban por enésima vez las bolsas del almuerzo, la ropa de baño y el dinero para gastar. Peter ya se había instalado cómodamente en el último asiento entre un par de compañeros entusiasmados, y Lawson contó una vez más las cabezas hasta convencerse de que la expedición estaba completa y al fin podían partir. Mientras el conductor giraba y giraba el enorme volante horizontal, maniobrando lentamente el gigantesco vehículo hacia la calle Beaumont, Morris vio por última vez a Harry y Brenda Josephs sentados juntos en silencio en uno de los asientos de la parte delantera, a Lawson doblando su impermeable de plástico antes de guardarlo en el portaequipajes sobre su cabeza, y a Peter charlando alegremente y olvidándose de decir adiós como la mayoría de los muchachos. Todo listo para partir hacia Bournemouth.

Eran las siete cuarenta y cinco según el reloj del lado sur de St. Frideswide cuando Morris subía por Carfax. Después atravesó la calle Queen y bajó hasta el final de St. Ebbe, donde se detuvo ante un estrecho edificio de estuco de tres plantas que se alzaba tras una verja de color amarillo claro algo apartado de la acera. Clavado en lo alto del portón de madera que cerraba el estrecho sendero hasta la puerta principal había un descascarillado cartel que anunciaba en letras mayúsculas: IGLESIA DE ST. FRIDESWIDE Y OFICINA PASTORAL DE OXFORD. *El portón estaba entreabierto, y cuando Morris se detuvo algo cohibido e indeciso en la calle desierta, un joven repartidor de periódicos apareció silbando en bicicleta, se bajó un instante e introdujo un ejemplar del Times por la rendija para el correo de la puerta principal. Nadie cogió el periódico desde el interior y Morris se alejó lentamente de la casa unos pasos para luego volver a acercarse. En la planta superior una luz fluorescente amarilla sugería la presencia de alguien en el edificio, y avanzó cautelosamente hasta la puerta, donde golpeó suavemente la fea aldaba de color negro. Al no oír nada en el interior volvió a llamar, un poco más fuerte esta vez. Sin duda tenía que haber alguien en la vieja vicaría. ¿Habría estudiantes en el último piso? ¿Quizá un ama de llaves? Sin embargo, cuando volvió a acercar la oreja a la puerta, no oyó ningún movimiento, y al sentir que el corazón se le aceleraba contra las costillas*

intentó abrir. Estaba cerrada con llave.

La parte trasera de la casa estaba rodeada por un muro de más de dos metros y medio de altura, pero un portón de doble hoja con un cartel de PROHIBIDO APARCAR *escrito torpemente con pintura blanca prometía acceder a alguna parte, y al tantear la manilla de hierro Morris descubrió que no estaba bloqueada desde el interior. Entró. Un sendero bordeaba el alto muro de piedra junto a un césped algo descuidado, y después de volver a cerrar el portón a sus espaldas, Morris caminó hacia la entrada trasera del edificio y llamó con apocada cobardía. No hubo respuesta y tampoco se oía ni un ruido. Giró el pomo de la puerta. No estaba cerrada, de modo que la abrió y entró. Durante varios segundos permaneció inmóvil en el amplio pasillo con la mirada fija como la de un cocodrilo. Al final del pasillo el ejemplar del Times colgaba de la rendija del correo, inclinado hacia el suelo como la lengua de una gárgola sonriente. La casa estaba silenciosa como un mausoleo. Se obligó a respirar con más naturalidad y miró a su alrededor. Vio una puerta entreabierta y acercándose de puntillas se asomó.*

—¿Hay alguien ahí?

Pronunció las palabras muy suavemente y de repente se sintió más confiado, como si de haber alguien allí ahora pudiera pensar que, fuera quien fuera, el intruso no pretendía esconderse. Y allí había alguien o al menos hasta hacía muy poco había estado alguien. Sobre una mesa con tablero de fórmica había un cuchillo pringoso de mermelada y mantequilla, un solitario plato con migas de pan tostado y un gran tazón con posos de té frío. Los restos del desayuno del padre Lawson, sin duda. Pero Morris sintió una súbita punzada de miedo al darse cuenta de que el fogón eléctrico estaba encendido a toda potencia y refulgía en la penumbra con un intenso color naranja rojizo. No obstante, la misma extraña quietud seguía imperando en la casa y únicamente el monótono tictac del reloj de la cocina enfatizaba el ominoso silencio.

De nuevo en el pasillo, Morris caminó con sigilo hacia la ancha escalera y subió hasta el rellano lo más silenciosamente que pudo. Solo una de las puertas estaba abierta, pero con una era suficiente. El sofá de cuero negro estaba colocado junto a una pared y una alfombra cubría por completo el suelo de la habitación. Caminó sin hacer ruido hasta el escritorio con cierre de persiana junto a la ventana. Estaba cerrado, pero habían dejado la llave encima. En su interior había dos folios escritos con esmerada caligrafía (notas para algún inminente sermón) bajo un abrecartas con forma de crucifijo cuyo corte parecía temiblemente afilado (lo que resultaba innecesario) pensó Morris). Probó suerte en primer lugar con los cajones de la izquierda, que se abrieron con facilidad, y al parecer habían sido reservados para contenidos del todo inocentes. Y lo mismo

ocurrió con los tres primeros de la derecha. El cuarto, sin embargo, estaba cerrado y la llave que lo abría no estaba a la vista.

Previendo semejante contratiempo Morris había llevado consigo un pequeño escoplo que sacó de su bolsillo. Le llevó más de diez minutos, y cuando por fin el cajón estuvo abierto, el marco rectangular que lo rodeaba había quedado astillado y dañado de modo irreparable. En su interior había una vieja caja de bombones, y Morris estaba quitando las gomas elásticas en zigzag que la mantenían cerrada cuando un ligero ruido le hizo darse la vuelta con los ojos desorbitadamente abiertos de terror.

De pie en la puerta había un hombre. Tenía jabón de afeitar en la cara y la brocha en la mano derecha, mientras con la izquierda sujetaba la sucia toalla rosa que colgaba alrededor de su cuello. Durante un instante Morris quedó completamente paralizado por el pánico, pues su primera impresión fue que el hombre era el mismísimo Lawson. No obstante, sabía que eso no era posible y la lógica que por un momento amenazaba con desintegrarse se impuso rápidamente de nuevo. Sí, el hombre tenía la misma estatura y constitución que Lawson, pero su rostro era más delgado y su cabello más gris. Tampoco su voz se parecía en absoluto a la de Lawson cuando al fin habló, pues tanto su tono como la manera de expresarse parecían enmascarar una curiosa mezcla de refinamiento y vulgaridad.

—¿Se puede saber qué anda haciendo, amigo?

Entonces Morris le reconoció. Era uno de los holgazanes que a veces se reunían en Bonn Square y Brasenose Lane. De hecho, él mismo había visto a Lawson acompañarle a la iglesia en alguna ocasión, y corría el rumor de que los dos hombres estaban emparentados. Algunos incluso sospechaban que el tipo era el hermano de Lawson.

En Bournemouth el sol resplandecía en el cielo despejado, aunque soplaba un viento frío y tempestuoso y Brenda Josephs, sentada en una silla plegable a la intemperie, envidió a los otros turistas sentados, al parecer confortablemente, tras sus cortavientos a rayas. Tenía frío y estaba aburrida, además de bastante preocupada por un comentario de Harry durante el viaje en autobús: «El pobre Morris no lo consiguió. Eso fue todo. Eso fue todo…».

Los chicos se lo estaban pasando de fábula: jugando al futbol playa (Harry había organizado el partido) antes de correr hacia el mar, trepando a las rocas, atiborrándose de Coca-Cola, engullendo sándwiches y patatas fritas antes de volver al mar. ¡Para ella, sin embargo, había sido un día perdido e inútil! Oficialmente era la «enfermera» del grupo, pues

siempre había alguien que se ponía enfermo o se hacía alguna herida de poca gravedad. Pero podía haber pasado todo el día con Paul. ¡Todo el día! Y sin correr riesgos. ¡Ay, Dios! No podía soportar ni siquiera pensar en ello…

A lo lejos el mar refulgía incitadoramente bajo el sol, pero en la orilla las olas rompían con fuerza y abundante espuma. No era un día para salir a remar, aunque sí perfecto para que los chiquillos lo pasaran en grande saltando incansables contra el oleaje. Lawson estaba con ellos, más blanco que la panza de un pez y feliz, riendo y salpicando como uno más. A Brenda todo le parecía bastante inocente y no era capaz de creer todos esos chismorreos de la iglesia. No es que Lawson le cayera demasiado bien, pero tampoco le disgustaba. Lo cierto es que más de una vez había pensado que Lawson debía de sospechar lo suyo con Paul. Aunque hasta el momento no había dicho nada.

Harry se había marchado a dar una vuelta por el paseo marítimo y ella se alegró de poder estar sola. Intentó leer el periódico, pero la brisa sacudía las hojas sin cesar, de modo que volvió a guardarlo en la bolsa junto con el termo de café, los sándwiches de salmón y su bikini blanco. Sí, qué pena lo del bikini. Desde hacía algunos meses estaba cada vez más pendiente de su cuerpo, y habría disfrutado viendo las caras de todos esos jovencitos mirando embobados sus generosos pechos. Pero ¿qué le estaba pasando…?

Cuando Harry regresó aproximadamente una hora después era evidente que había estado bebiendo, pero ella no hizo comentario alguno. Como pequeña concesión al verano inglés se había puesto un par de viejos pantalones cortos, parte del uniforme del Ejército con el que (según Harry) él y sus hombres habían limpiado de terroristas las junglas malayas. Tenía las piernas más delgadas, sobre todo a la altura de los muslos, pero seguían siendo musculosas y fuertes. Más fuertes que las de Paul, aunque… Cortó de raíz la maraña de pensamientos que amenazaban con descontrolarse y empezó a sacar los sándwiches envueltos en papel de aluminio.

Apartó la mirada de su marido mientras él masticaba con parsimonia el salmón en conserva. ¿Qué le estaba sucediendo? Ya ni siquiera soportaba ver cómo comía el pobre hombre sin sentir cierto asco. Tenía que hacer algo, lo sabía. Y pronto. Pero ¿qué podía hacer?

En cualquier caso, no fue ese tedioso día en Bournemouth (aunque sería muy poco después) cuando Brenda Josephs fue plenamente consciente de la desagradable verdad que llevaba tiempo tomando forma en su cabeza: odiaba al hombre con el que se había casado.

—¿Has oído que alguien ha estado robando dinero de la colecta? No es más que un rumor, pero…

Fue a la mañana siguiente cuando Morris escuchó los primeros comentarios a media voz. Pero en su fuero interno (y en el de muchos otros) los supuestos robos hebdomadarios ya habían sido firmemente corroborados por los altos tribunales del cielo y al parecer ahora tan solo requerían una pequeña confirmación en la tierra. Sin duda había dos obvios escenarios y dos posibles sospechosos: Lawson en el altar y Josephs en la sacristía. Y durante el último verso del himno del ofertorio Morris había girado ligeramente hacia la derecha el espejo del órgano antes de ajustar la altura para ver mejor el gran crucifijo dorado sobre el lienzo del altar, profusamente decorado con brocados, y de paso a Lawson, mientras sostenía en alto un instante la bandeja de la colecta y volvía a bajarla, se inclinaba ligeramente hacia delante para bendecirla y se la devolvía al sacristán. No había podido ver las manos de Lawson con claridad, pero Morris habría jurado que no habían cogido nada. ¡De modo que tenía que ser ese despreciable gusano de Josephs! Eso era mucho más probable. Seguro que sisaba mientras contaba el dinero a solas en la sacristía. Sí. Y sin embargo… Sin embargo, si era cierto que estaban afanando los fondos de la iglesia, ¿no había un culpable mucho más probable que cualquiera de esos dos? Ese tipo desaliñado del albergue parroquial, el hombre que había vuelto a aparecer esa mañana y se había sentado junto a Josephs al fondo de la iglesia, el hombre con el que Lawson había trabado amistad, y con quien Morris se había topado la mañana anterior en la vicaría.

Pocos minutos después había cerrado el órgano sin hacer ruido y había conseguido darle los buenos días alegremente a la señora Walsh-Atkins, que al fin se había levantado del reclinatorio donde llevaba un buen rato rezando arrodillada. Pero lo cierto es que su estado de ánimo distaba mucho de ser alegre, y mientras caminaba despacio por el pasillo central se dijo que por una vez no estaba pensando únicamente en Brenda Josephs, a la que justo entonces vio esperándole junto a la pila bautismal. Igual que Lawson a esa misma hora hacía una semana, era un hombre muy preocupado.

5

El miércoles de la misma semana a nadie parecía molestarle aquella mujer que se había plantado junto al escaparate a examinar con parsimoniosa meticulosidad un grueso folleto tras otro.

—Solo estaba mirando —le dijo al empleado.

Por supuesto, sabía lo que iba a suceder: desde la parada de autobús de Woodstock Road él seguiría caminando por South Parade (donde siglos atrás Cromwell organizó a sus partidarios, los Cabezas Redondas), giraría a la derecha hacia Banbury Road y después entraría en la oficina de apuestas justo delante de la tienda de alfombras, al otro lado de la calle. Y eso había hecho. Ella también sabía que más temprano que tarde tendría que volver a salir, pues sobre la una debía llegar a casa para comer (para comer con ella) y antes tenía que hacer otra visita, ¿verdad?

Eran las once y veinte cuando Harry Josephs salió al fin de la casa de apuestas y su mujer se asomó discretamente tras una hilera de rollos de linóleo colocados en vertical sin perderle de vista. Él retrocedió en dirección a South Parade, donde pulsó el botón en un paso peatonal y esperó para atravesar Banbury Road. Justo como ella había pensado. Abandonó la tienda diciendo «gracias» con expresión culpable y le siguió a una distancia prudencial mientras avanzaba con su paso ligeramente patizambo hacia North Oxford, con el traje marrón que le hacía destacar con claridad entre los demás transeúntes. Muy pronto volvería a girar a la derecha (¡qué bien le conocía!) hacia Manning Terrace, y ella aceleró el paso dando saltitos y esquivando gente y carricoches en cuanto él desapareció. Él caminaba por la acera derecha de la calle en la que había siete u ocho casas, y pronto se detendría más o menos ahí (¡sí!) y recorrería el corto sendero hasta una de las puertas. Ella no solo sabía el número de la casa, sino también el nombre de la mujer que vivía allí; sabía cómo vestía y de qué color tenía el pelo (que llevaba largo y ligera, y prematuramente, veteado de gris, como los cabellos que había encontrado en el traje de Harry un día de la semana pasada). ¡Ruth Rawlinson! Así se llamaba la mujer que vivía en el número catorce, la mujer a la que su marido había estado viendo, tal como Lionel le había contado. Regresó deprisa al aparcamiento de Summertown. Tenía el tiempo justo para aparecer brevemente en la Clínica Radcliffe y decirle a la enfermera que su consulta en el dentista se había alargado bastante más de lo esperado y

que mañana recuperaría el tiempo perdido.

Mientras conducía hacia Oxford sus labios se torcieron en una cruel sonrisa de satisfacción.

El miércoles siguiente a las ocho de la tarde Ruth Rawlinson apenas prestó atención al escuchar el chasquido y el ligero crujido cuando se abrió la puerta norte. Con frecuencia aparecía gente para echar un vistazo, admirar la pila bautismal, encender una vela e, incluso, para rezar, y ella siguió pasando en silencio el paño húmedo sobre el asiento de madera del banco tras una de las columnas del pasillo sur. El desconocido, quienquiera que fuera, se había detenido, pues el eco de sus pasos había dejado de escucharse en la vacía y cada vez más oscura iglesia. A esa hora el lugar se podía volver especialmente inquietante, lo que le recordó que había llegado el momento de marcharse. Su edad era difícil de precisar, en algún punto entre la mitad de la treintena y el final de la cuarentena. Se secó la pálida frente con el dorso de la mano y se apartó de la cara un mechón de pelo suelto. Ya había hecho más que suficiente. Dos veces a la semana, los lunes y los miércoles, pasaba dos horas en St. Frideswide (generalmente por las mañanas) fregando suelos, limpiando el polvo de los bancos, puliendo palmatorias y tirando flores secas. Y una vez cada tres meses lavaba y planchaba todas las sobrepellices. El motivo por el que llevaba a cabo todas estas tareas era cuando menos misterioso, incluso para la propia Ruth. A veces sospechaba que su origen estaba en una necesidad casi patológica de escapar, aunque solo fuera por un tiempo, de su asfixiante, insatisfecha y egoísta madre inválida, con quien vivía. En otras ocasiones, especialmente los lunes, sentía que sus motivos eran más trascendentes, pues las misas cantadas la emocionaban profundamente, en especial las de Palestrina, y entonces se acercaba al altar del Señor para participar en la comunión con un sentimiento casi místico de asombro y adoración.

De nuevo se oyeron pasos y, mientras su eco se alejaba por el pasillo central, se asomó para mirar por encima del banco. El hombre le resultó vagamente conocido, pero al verle de lado aún tardó un tiempo en reconocerle. Su traje oscuro parecía de buena calidad, aunque le quedaba algo grande y estaba bastante deslucido; y su cara sin afeitar (o lo que pudo ver de ella) estaba cubierta por una barba gris de dos o tres días. El hombre miró hacia los bancos, primero a la izquierda y luego a la derecha, antes de detenerse frente a los escalones del altar mayor. ¿Estaba buscando algo, o a alguien? Ruth sintió de forma instintiva que lo mejor sería seguir en un discreto segundo plano, y con mucho cuidado pasó el paño sobre las jabonaduras que brillaban tímidamente a la luz de las

velas.

Entonces la puerta norte volvió a abrirse con el característico chasquido seguido de un crujido, y ella aprovechó para aclarar el paño en el agua sucia con más brío. Pero casi inmediatamente todo su cuerpo se quedó inmóvil sobre el caldero.

—Al final ha venido.

—¡Baje la voz!

—Aquí no hay nadie.

El recién llegado caminó en dirección al altar y los dos hombres se encontraron a la mitad del pasillo central. Hablaban en voz baja, pero Ruth pudo escuchar algunos fragmentos de conversación con estremecedora claridad.

—Ya le he dado más que suficiente y no me sacará ni un penique más.

—Se lo he dicho, señor Morris, es solo hasta que vuelva a salir a flote. Y estoy seguro de que no querrá que se lo cuente a mi hermano.

Su voz era una curiosa mezcla de refinamiento y vulgaridad.

La desagradable palabra chantaje resonó inevitablemente en la cabeza de Ruth. Pero antes de que pudiera oír más, la puerta volvió a abrirse y entró un pequeño grupo de turistas, uno de los cuales no tardó en admirar con voz nasal «¡ese precioso frontispicio!».

Había pasado la mitad de las largas vacaciones escolares y el sol de agosto brillaba gloriosamente. Brenda y Harry Josephs se habían marchado a Tenby a pasar una semana de descanso; Lawson acababa de regresar tras unas breves vacaciones en Escocia; Peter Morris estaba fuera de campamento; y su padre estaba haciendo arreglos en la casa, entre otras cosas.

A la una y media de la tarde estaba sentado en el Old Bull, en Deddington, pensando que quizá no debería seguir bebiendo. Después de todo tenía que conducir de regreso a casa y tenía la responsabilidad adicional de llevar a un pasajero.

—Creo que deberíamos irnos ya —dijo.

Carole asintió, y de un trago terminó su tercer Babycham.[3] Desde el principio se había sentido incómoda y las cosas no habían mejorado demasiado gracias al modo en que él le había estado hablando, ¡con tanta naturalidad! ¡Y tan poco cariñosamente! Aquello no era en absoluto como había imaginado. O esperado. Por supuesto, ella ya había estado antes en un pub. Unas cuantas veces. Pero solo para beber una ronda entre risas junto a la máquina de discos con algunos de la escuela. Pero ¿esto? Todo había sido un lamentable error, la verdad. Y sin embargo podría haber sido muy distinto…

El coche estaba aparcado en un extremo del patio detrás del pub, y Morris le abrió cortésmente la puerta del acompañante antes sentarse él mismo tras el volante e introducir la llave en el arranque.

—No le contarás esto a nadie, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—No debes decírselo a nadie.

—No lo haré —dijo ella.

Sus ojos, maquillados con una estridente sombra azul, le miraron decepcionados.

Morris respiró profundamente.

—Ponte el cinturón de seguridad, nena. Mejor ir seguros…

Se inclinó para ayudarla a ponérselo y percibió la suavidad de su pecho contra su brazo. Con afecto casi paternal, tomo una mano de la muchacha en la suya, y cuando ella se volvió para mirarle de nuevo, él la besó con suavidad en los labios tiernos y carnosos que al instante le respondieron. Él no había pensado ir más allá, pero siguió besándola al percibir que ella le buscaba con avidez, saboreándola, presa de un sensual deleite. Apoyó el brazo en el respaldo del asiento acercándola más hacia él, y entonces notó la punta de la lengua de la muchacha tratando de abrirse paso en su boca, y las brasas humeantes se inflamaron en una llama abrasadora. Ella llevó su mano hasta su muslo desnudo y abrió las piernas lenta e incitadoramente, como los brazos de un santo dando la sagrada bendición.

Se separaron el uno del otro embargados por un repentino sentimiento de culpa cuando un coche aparcó marcha atrás en la plaza de al lado, y Morris condujo hacia Kidlington para dejarla en la parte norte de la localidad (en el mismo lugar donde la había recogido).

—¿Te gustaría venir a verme alguna vez?

No se habían dicho nada en todo el camino de vuelta.

—¿Cuándo?

—No lo sé. —Tenía la garganta muy seca—. ¿Ahora?

—Vale.

—¿Cuánto tardarás desde aquí?

—Diez minutos.

—Será mejor que entres por detrás.

—Vale.

—¡Cómo te deseo, Carole!

—Yo también le deseo, señor.

¡Señor! ¡Cielo santo! Pero ¿qué estaba haciendo?

—Ven lo más rápido que puedas.

—Lo haré, no se preocupe.

En la cocina abrió una botella de beaujolais, cogió dos copas en la sala

de estar y volvió a consultar el reloj. Solo cinco minutos más. ¡Vamos, Carole! Mentalmente empezó a desbrochar los botones delanteros de su blusa blanca y sus manos se deslizaron bajo la tela para acariciarle los pechos… Respiró profundamente y esperó presa de una impaciencia casi desesperada.

Cuando al fin escuchó que llamaban tímidamente, caminó hasta la puerta trasera como un hombre al que acaban de acompañar hasta las puertas del paraíso.

—Buenas tardes —dijo Lawson—, espero que no sea un mal momento. Me preguntaba si podría entrar y hablar con usted. Es, eh, algo bastante importante.

3 Sidra de pera espumosa baja en alcohol muy popular durante los años sesenta y setenta en el Reino Unido.

SEGUNDO LIBRO DE CRÓNICAS

6

De no ser por su indecisión y su tendencia a postergar las cosas hasta última hora, el detective inspector Morse habría estado disfrutando en esos momentos de un crucero por las islas griegas. Tres meses antes, en enero, había ido a informarse a la agencia de viajes Town & Gown con intención de hacer una reserva para las vacaciones de Pascua y había regresado a casa con un folleto a todo color. Después había llamado a su banco para informarse sobre el valor de la dracma, había comprado una delgada guía de conversación de griego moderno e incluso había conseguido encontrar su pasaporte. Nunca había estado en Grecia, y ahora, todavía soltero y con cuarenta y siete años, seguía siendo lo bastante romántico como para imaginar un lánguido romance con alguna estrella de cine venida a menos junto a las olas del Egeo, oscuras como el vino. Pero no había sido posible. En lugar de eso, esa fría mañana de un lunes de principios de abril, esperaba de pie el autobús en North Oxford con quince días libres por delante, preguntándose cómo se las apañaba el resto del mundo para organizar su vida, tomar decisiones o incluso escribir una carta.

El autobús seguía sin aparecer.

Una madre considerablemente embarazada empujó un desvencijado carrito de bebé plegable hacia la marquesina, desabrochó al chiquillo que iba sentado en él y después asomó la cabeza para regañar a su otro vástago algo mayor, que desde el punto de vista de Morse ya apuntaba maneras de criminal.

—¡Deja de lanzarles ladrillos, Jason!

¡Jason! Jasón y los argonautas navegando hacia el Helesponto… Morse pensó que podían haberse ahorrado el anuncio, el segundo anuncio de esa mañana, de hecho. Radio Oxford acababa de retransmitir una entrevista con el nuevo vicario de St. Frideswide, que al parecer había regresado a la parroquia después de pasar una quincena en un monasterio de la isla de Patmos.

Morse se hizo a un lado para dejar subir primero al autobús a la formidable madre de Jason. Ella pidió billete para St. Frideswide y mientras rebuscaba con una mano en su monedero los demás pasajeros observaron en desamparado silencio cómo el héroe del Argo limpiaba sus mugrientos zapatos sobre el tapizado del asiento más cercano.

Morse sabía dónde estaba St. Frideswide, por supuesto: era uno de los diversos edificios eclesiásticos a lo largo de Cornmarket, donde habían tenido lugar algunos sucesos bastante curiosos el otoño anterior; durante su traslado de ocho semanas a África occidental…

—¿Adónde va, amigo?

—Eh —hacía más de un año que Morse no subía a un autobús—, a St. Frideswide, por favor.

Era una parada tan buena como cualquier otra para ir al Ashmolean, y Morse se había prometido pasar al menos una hora en el museo. Le sentaría bien volver a ver a Tiepolo y a Giorgione.

Pero aquella mañana no vería a ninguno de los dos.

Mientras la señora Jason intentaba mal que bien sacar el carricoche del portaequipajes, el joven y triunfal vándalo ya estaba en la calle campando a sus anchas y no tardó en arrancar de sus anclajes parte del cartel sujeto a la verja de la iglesia.

—¡¡Cuántas veces te lo he dicho, Jason!?

Esta pregunta retórica fue acompañada de una colleja, y finalmente la inmensa madre en ciernes se lo llevó de allí en pleno berrinche.

«MERCADILLO DE PASCIA DE ST. FRIDESWIDE», decía el cartel. Eso era todo lo que se podía leer ahora. Los detalles sobre la fecha, la hora y el lugar habían desaparecido con el paso de Jason.

Morse no creía en la existencia de Dios ni en la inevitabilidad del destino. Nunca sabía qué pensar sobre esas cosas, y como en el caso de Hardy, su filosofía de la vida se reducía a poco más que un puñado de impresiones confusas, no muy distintas a las de un desconcertado chiquillo ante un espectáculo de magia. Y, sin embargo, al pensar en ello le pareció que tenía que haber algún motivo por el que sus pasos le llevaban en una sola dirección esa mañana. De modo que se dejó llevar y, como si obedeciera a alguna clase de extraño impulso, recorrió la escasa distancia que le separaba de la iglesia y abrió la puerta del pórtico norte de St. Frideswide.

7

Cuando aún iba a la escuela, Morse había pagado unos pocos chelines en una ocasión por un libro de arquitectura y con él bajo el brazo había deambulado por bastantes iglesias, estudiando con seriedad la evolución del gótico inglés temprano al gótico pleno. Pero su entusiasmo, como en tantas otras cosas, había durado poco. Y cuando ahora se detuvo en el silencio abovedado y contempló el altar desde el pasillo central, con la sacristía cerrada por pesadas cortinas situadas a la derecha detrás de él, consiguió reconocer muy pocos detalles arquitectónicos; y aunque toda aquella información seguía almacenada en algún lugar de la memoria, su mente permaneció completamente en blanco, como la de un ornitólogo amnésico frente a un estanque de patos. Un anillo de velas ardía en torno a la imagen de algún santo, y ocasionalmente un gran asterisco de luz se reflejaba con un brillante destello en un crucifijo cercano. El aire estaba cargado de incienso.

Mientras caminaba despacio hacia los escalones del altar, Morse se dio cuenta de que el silencio no era absoluto. Procedente de algún rincón del templo llegó a sus oídos un suave y rítmico rasguñar, como si un ratón de iglesia estuviera correteando sobre el suelo de madera. Pero el ruido era demasiado acompasado y de repente Morse supo que no estaba solo. Una cabeza ligeramente veteada de gris apareció sobre el banco delantero y asintió neutralmente con la cabeza cuando el visitante se detuvo a su lado. Se secó la frente pálida con el dorso de la muñeca y sopló un mechón de pelo suelto que le tapaba los ojos antes de volver a inclinarse para seguir trabajando. Los anillos concéntricos de jabón en el suelo entarimado desaparecieron bajo su bayeta y el agua del caldero se agitó ligeramente cuando pasó al siguiente cuadrante.

—Buenos días —dijo Morse, sonriendo amablemente desde arriba—. Parece que no les queda ninguno de esos folletos informativos. Ya sabe, de los que le dicen a la gente qué mirar.

—No. Se acabaron la semana pasada, pero el vicario ya ha encargado más a la imprenta.

—¿El vicario? Es el señor Lawson, ¿verdad?

—No, ya no. —Sus grandes ojos castaños le miraron cautelosamente desde abajo, y de repente a Morse le pareció mucho más joven de lo que había pensado—. Es el señor Meiklejohn. Lleva aquí desde el pasado

noviembre.

—He debido de confundirme con alguna de las otras iglesias.

—No. Esta era la iglesia del señor Lawson. —De repente vaciló—. Él… Murió el pasado octubre.

—Oh, vaya. Lo siento.

Durante unos segundos se impuso el silencio entre los dos.

—Creo que usted ya sabía que había muerto —dijo la mujer sin cambiar de tono.

Morse parpadeó mirándola con expresión afable.

—¿Lo sabía?

—¿No es otro de esos periodistas?

Morse negó con la cabeza y se lo dijo. Era policía de la comisaría del Valle del Támesis. La de Kidlington, no la de la policía local de St. Aldates. Había oído hablar del caso vagamente, pero no se había ocupado de él en persona. De hecho, en esa época estaba fuera del país.

—¿Se vio envuelta de algún modo en lo sucedido? —preguntó.

—Lo cierto es que sí.

—¿Perdone?

Había bajado el tono de voz de tal manera que Morse tuvo que acercarse a ella un paso más.

—Yo estaba aquí en la iglesia la noche del asesinato.

—Entiendo. ¿Le importaría hablarme sobre aquello?

Ella se secó las manos en las perneras de sus gastados vaqueros azules, casi deshilachados en las rodillas, y se puso de pie.

—Espere un momento.

Había una elegancia natural en su modo de caminar, y Morse la siguió con la mirada con súbita curiosidad mientras desaparecía en dirección a algún rincón de la parte trasera de la iglesia, de donde reapareció un minuto después con un bolso marrón en la mano. Había aprovechado la oportunidad para recogerse el cabello, que hasta entonces llevaba suelto y despeinado, y Morse empezó a pensar que seguramente había sido una mujer atractiva.

—Aquí tiene.

Le entregó un sobre de papel marrón barato que contenía varios recortes del Oxford Mail, y Morse se sentó en un banco frente a ella y desplegó con cuidado las finas hojas dobladas. El primer recorte tenía fecha del jueves 27 de septiembre del año pasado:

SACRISTÁN ASESINADO
DURANTE LA MISA

Mientras la congregación cantaba el himno final de la misa, el señor H. A. Josephs murió apuñalado en la sacristía de la iglesia de St. Frideswide, Cornmarket. El inspector jefe Bell de la Policía Metropolitana de Oxford, que dirige la investigación de asesinato, contó a nuestro reportero que el señor Josephs, uno de los dos sacristanes de St. Frideswide, acababa de llevarse la colecta y sin duda estaría contándola cuando fue atacado. Cuando llegó la policía, tanto la bandeja como el dinero habían desaparecido. El inspector Bell declaró que si el robo había sido el único motivo del crimen, sin duda el asesinato era un suceso doblemente trágico, puesto que solo una docena de personas aproximadamente había asistido al servicio nocturno y la recaudación no podía ascender a más de dos o tres libras.

Varios miembros de la congregación habían escuchado ruidos molestos en la parte trasera de la iglesia, pero ninguno sospechó que sucediera nada serio hasta que el señor Josephs gritó pidiendo ayuda. El vicario, el reverendo L. Lawson, había suspendido inmediatamente el servicio y había llamado a la policía y a la ambulancia, pero el señor Josephs murió antes de que cualquiera de los dos llegara.

El cuchillo utilizado por el asesino era de un apagado tono dorado y con forma de crucifijo, con el corte tan afilado como una cuchilla de afeitar. La policía espera que cualquier persona que tenga información acerca del arma se ponga en contacto con la comisaría.

El señor Josephs, de cincuenta años, estaba casado y vivía en Port Meadow Drive, Wolvercote. Se instaló en Oxford

después de servir como oficial en el Cuerpo de Marines Reales y combatió activamente en Malasia. Hasta hace dos años trabajaba para el Ministerio de Hacienda. No tenía hijos. La vista previa de la investigación se celebrará el próximo lunes.

Morse leyó rápidamente el artículo por segunda vez, pues había un par de cosas, además del insólito error tipográfico del último párrafo, que le habían desconcertado un poco.

—¿Usted le conocía bien?

—¿Perdone?

La mujer dejó de frotar y le miró fijamente.

—He dicho que si conocía usted bien a Josephs.

¿Había detectado un destello de inquietud en aquellos ojos marrones? ¿Le había oído bien la primera vez?

—Sí, le conocía bastante bien. Era el sacristán de esta iglesia. Lo dice ahí, ¿verdad?

Morse lo dejó correr y centró su atención en el segundo recorte, con fecha del martes 4 de octubre:

ENIGMA
EN LA VISTA PRELIMINAR

La vista preliminar del caso del señor H. A. Josephs, asesinado de una puñalada la semana pasada en la iglesia de St. Frideswide, concluyó ayer tras una audiencia de veinte minutos durante la cual el tribunal recibió una nueva y desconcertante prueba. La autopsia del señor Josephs reveló que su estómago contenía una cantidad letal de morfina, aunque parecía claro que la puñalada había sido la causa inmediata de la muerte.

Antes, el señor Paul Morris, del número 3 de Home Close, en Kidlington, había prestado declaración formalmente. Era el organista durante la misa y de hecho estaba interpretando el himno final del servicio cuando el señor Josephs fue asesinado.

Otro testigo, la señorita Rawlinson, del 14 de Manning Terrace, en Summertown, reconoció haber oído ruidos procedentes de la sacristía mientras cantaban el último himno, y al darse la vuelta había visto al señor Josephs gritar y derrumbarse junto a las cortinas de la sacristía.

El inspector jefe Bell, de la Policía Metropolitana de Oxford, informó al juez de instrucción de que aún no se habían producido avances significativos pero la investigación seguía su curso. El juez dio su más sentido pésame a la señora Brenda Josephs, esposa del fallecido.

El funeral tendrá lugar en St. Frideswide el jueves a las dos y media de la tarde.

El relato era bastante escueto, pero aun así interesante, ¿no? ¿Qué hacía toda esa morfina en las tripas del pobre desgraciado? Alguien tenía muchas ganas de verlo muerto, y hasta el momento ese alguien se había salido con la suya y seguía por ahí, probablemente caminando por las calles de Oxford, como un hombre libre. O quizá una mujer, se recordó a sí mismo, mirando hacia el otro lado del pasillo.

Morse miró a su alrededor con renovado interés. Estaba sentado a escasos metros de la escena del crimen e intentó imaginarlo todo: el sonido del órgano, los escasos asistentes de la congregación de pie con las cabezas inclinadas sobre sus misales… Pero ¡un momento! ¿Dónde estaba el órgano? Se puso de pie y subió los amplios y bajos escalones del antealtar. Sí. Ahí estaba, a mano izquierda detrás de las dos hileras de sillas del coro, con una cortina azul delante para ocultar la figura del intérprete y un espejo, colocado justo encima del atril para partituras; de tal modo que, mientras permanecía completamente escondido, el organista podía observar en todo momento al ministro, los miembros del coro y también a la congregación. Si quería. Y si girabas un poco el espejo… Morse se acomodó en el asiento del órgano detrás de la cortina y observó el reflejo. Sin necesidad de tocarlo vio las sillas del coro a sus espaldas y la parte central del presbiterio. Mmm. Después, como un aprendiz nervioso antes de acometer un examen de conducir, empezó a ajustar el espejo y descubrió que se movía fácilmente y sin hacer ruido: arriba y abajo, a derecha e izquierda. Probó primero hacia la derecha y un poco hacia abajo, y se sorprendió al ver de repente los elaborados bordados dorados del lienzo verde que vestía el altar; después, a la izquierda y hacia abajo, pudo ver la cabeza y los hombros de la mujer que seguía limpiando, cuyos hombros oscilaban con brío sobre las espumosas jabonaduras; luego, un poco más a la izquierda y elevándolo ligeramente, casi hasta el límite de lo que podía girar el espejo… Morse se detuvo de repente, con un momentáneo y agudo pinchazo entre las sienes. Ahora podía ver con absoluta claridad las cortinas que ocultaban la entrada a la sacristía, pudo ver incluso el punto exacto hasta donde se abrirían para dejar pasar a los miembros del coro; el pliegue hasta donde se habían abierto en una ocasión —¿tal vez solo ligeramente?—, dejando al descubierto la figura de un hombre que gritaba desesperadamente para hacerse oír a pesar de las notas del órgano, un hombre con un cuchillo clavado en la espalda, un hombre al que tan solo le quedaban uno o dos segundos de vida. ¿Y si el organista —Morris, ¿verdad?— hubiera estado mirando hacia las cortinas de la sacristía durante esos fatídicos, fatales segundos? ¿Y si había visto algo? Algo como…

La vibración del caldero le devolvió bruscamente a la tierra

haciéndole olvidar sus fantasías. ¿Qué motivo iba a tener Morris para girar el espejo en un ángulo tan improbable mientras interpretaba el último himno? ¡Olvídalo, Morse! Se giró sobre el banco ligeramente resbaladizo y miró por encima de la cortina. Al parecer, la limpiadora estaba recogiendo sus cosas y él aún no había leído los otros recortes. Pero antes de levantarse del banco su mente volvió a abrir las alas y pronto volaba con la naturalidad de una gaviota meciéndose sobre los acantilados. Era la cortina del órgano. Morse era un hombre de estatura ligeramente superior a la media, pero incluso alguien ocho o diez centímetros más alto podría ocultarse perfectamente detrás de la cortina. Se le vería la nuca, pero poco más. Y si Morris era un hombre pequeño, habría estado casi completamente escondido. De hecho, tanto para los integrantes del coro como para los demás asistentes a la misa, el organista podría… ¡Ni siquiera tenía por qué ser Morris el que estaba allí dentro!

Bajó los escalones del presbiterio.

—¿Le importa si me quedo estos recortes? Por supuesto, se los devolveré por correo.

La mujer se encogió de hombros.

—Claro.

No parecía importarle demasiado.

—Me temo que no sé cómo se llama usted —empezó a decir Morse, pero un hombre menudo de mediana edad había entrado en la iglesia y caminó enérgicamente hacia ellos.

—Buenos días, señorita Rawlinson.

¡La señorita Rawlinson! Uno de los testigos de la vista preliminar. ¡Vaya, vaya! Y el hombre que acababa de entrar sin duda era Morris, el otro testigo, pues ya se había sentado al órgano, desde donde se oyó el clic de algunas teclas y el zumbido de una fuerza oculta que se despertaba en el interior de la maquinaria, seguido de una serie de explosiones bruscas y graves, como si el instrumento se estuviera ventoseando.

—Como le decía, puedo enviárselos por correo —dijo Morse— o dejarlos en su buzón. En el número catorce de Manning Road, ¿verdad?

—Manning Terrace.

—Ah, sí —respondió Morse, sonriendo afablemente—. Por desgracia, mi memoria ya no es lo que era. Me han dicho que perdemos treinta mil neuronas al día una vez que cumplimos los treinta.

—Menos mal que nacemos con neuronas de sobra, inspector.

Morse creyó detectar una sombra de ironía cuando sus ojos le miraron fijamente, pero su afabilidad no había suscitado en ella la misma respuesta.

—Hablaré un momento con el señor Morris antes de…

—Ese no es el señor Morris.

—¿Disculpe?

—Ese es el señor Sharpe. Era el organista suplente cuando Morris aún estaba aquí.

—¿Y el señor Morris ya no está aquí?

Ella negó con la cabeza.

—¿Sabe adónde se fue?

¿Lo sabía? De nuevo había percibido un titubeo en su mirada.

—No, no lo sé. Abandonó el distrito. Se marchó el octubre pasado.

—Sin duda debió dejar…

—Renunció a su puesto en la escuela y, bueno, simplemente se marchó.

Pero Morse se dio cuenta de que mentía.

—Es su deber decírmelo, ¿sabe?, si tiene alguna idea de adónde fue.

Habló con sosegada autoridad y las mejillas de la mujer se sonrojaron de repente.

—No es nada importante. Es solo que… Se marchó al mismo tiempo que otra persona. Eso es todo.

—¿Y en aquel momento le pareció fácil sacar conclusiones?

Ella asintió.

—Sí. Verá, se marchó de Oxford la misma semana que la señora Josephs.

8

Morse salió de la iglesia y caminó hasta el primer bar que encontró.

—Un café, por favor —le dijo a la chica apoyada junto a la caja registradora.

—Si se sienta, una de las camareras irá a atenderle enseguida.

—Oh.

Aquello le olía a pérdida de tiempo.

Se sentó y miró abstraído por el amplio ventanal, ahora salpicado de llovizna, y observó a la gente que paseaba arriba y abajo por Cornmarket. Justo frente a él, protegiendo la iglesia y el patio, se alzaban los afilados barrotes pintados de negro de la verja de St. Frideswide, contra la cual estaba precariamente apoyado un vagabundo barbudo y algo empapado, que sujetaba en la mano izquierda una botella de algo sin demasiada convicción.

—¿Qué va a ser, caballero?

—Ya pedí en la barra —replicó Morse.

—Lo siento, señor, pero…

—Olvídalo, cariño.

Se marchó y cruzó al otro lado de la calle.

—¿Cómo va eso, hermano?

El vagabundo miró a Morse con cautela a través de unas incongruentes gafas de sol. Era evidente que no todos los días un desconocido se interesaba por su bienestar sin que nadie se lo hubiera pedido.

—No me vendría mal una taza té, jefe.

Morse depositó dos monedas de diez peniques en una mano sorprendente limpia.

—¿Anda usted a menudo por aquí?

—No. Normalmente aparco tras el Brasenose College. Pero de vez en cuando hay que variar, ¿no cree?

—Supongo que saldrá gente amable de la iglesia, ¿verdad?

—A veces.

—¿Conoce al párroco?

—No. Este es de los que no quiere nadie por aquí. Aunque conocía al otro. Un caballero auténtico, jefe. A veces me invitaba a la vicaría y me ponía una señora comida.

—¿Era el que murió?

El vagabundo miró a Morse con lo que podría haber sido una fugaz expresión de desconfianza desde el otro lado de sus gafas oscuras y le dio un trago a la botella.

—¡Jesús! —exclamó—. Posí, ese mismo, jefe.

Después se alejó torpemente siguiendo la verja en dirección a Carfax y desapareció.

Morse volvió a cruzar la carretera y dejó atrás el bar, una tienda de bicicletas con un escaparate bien surtido y el cine, y después giró a la izquierda en la curva de la calle Beaumont. Valoró durante unos instantes la posibilidad de entrar en el Ashmolean, justo enfrente a su derecha, o en el Randolph, justo a su izquierda. No era una decisión fácil.

La coctelería del hotel ya estaba bastante concurrida cuando Morse se dispuso a esperar junto a la barra, mientras un grupo de norteamericanos recogían sus gin-tonics. La camarera llevaba un vestido escotado y Morse bajó la mirada con lo que él mismo consideró una fascinada indiferencia cuando finalmente la muchacha se inclinó sobre el cañero de cerveza para servir su pinta. Pero era demasiado joven (veintipocos como mucho) y Morse empezaba a desarrollar la teoría de que los hombres se sentían atraídos por mujeres más o menos de su edad (en fin, quizá con un margen de diez años de diferencia arriba o abajo).

Tomó asiento, saboreó su cerveza y sacó de su bolsillo el tercer recorte. Tenía fecha del miércoles 19 de octubre:

TRÁGICA CAÍDA DESDE LA TORRE DE UNA IGLESIA

Ayer por la mañana el reverendo Lionel Lawson falleció al precipitarse desde la torre de St. Frideswide, en Cornmarket. Solo diez minutos antes había celebrado con normalidad su misa de las siete y media de la mañana y dos miembros de la congregación fueron los primeros en descubrir la tragedia.

La torre de la iglesia, hasta hace poco uno de los miradores de la ciudad preferidos por los turistas, llevaba dos años cerrada al público debido a las grietas cada vez mayores en la estructura de piedra de su lado norte y la consecuente amenaza de derrumbe. Pero la torre no era considerada peligrosa y hace tan solo un año había sido revisada por peritos.

El señor Lawson, soltero de cuarenta y un años, fue vicario de St. Frideswide durante casi once. Quizá será recordado sobre todo por su labor social, pues además de su implicación en las cada vez más numerosas actividades juveniles de la iglesia, siempre mostró un gran interés por las penurias de la gente sin hogar, y deben ser pocos los indigentes en Oxford que en algún momento no hayan disfrutado de su hospitalidad.

Como ministro de la iglesia, nunca se disculpó por sus opiniones conservadoras, y aunque su declarada hostilidad contra la ordenación de las

mujeres no gozaba de gran popularidad, su amplia y leal congregación llorará la muerte de un querido amigo y pastor. Estudió teología en el Christ's College de Cambridge y más tarde en St. Stephen's House, Oxford.

Hace apenas un mes el señor H. A. Josephs, sacristán de St. Frideswide, murió asesinado de una puñalada en la sacristía de la iglesia.

Mmm. Morse volvió a leer el último párrafo y se preguntó por qué el reportero había considerado necesario meterlo a calzador, como quien dice. El comentario podía dar pie a conclusiones precipitadas, ¿o quizá no tanto? Un asesinato seguido de un suicidio no era algo en absoluto infrecuente, y costaba creer que el reportero hubiera sido el único en sospechar alguna relación causal entre los dos sucesos. Pues en el caso de que Lawson hubiera conseguido asesinar a Josephs, no parecía aventurado pensar que el inevitable sentimiento de culpa llegara a empujar a un buen servidor de Dios a subir a la torre más cercana para precipitarse al vacío. ¿No era así?

Morse terminó la cerveza, revolvió sus bolsillos en busca de alguna moneda y miró distraído a su alrededor. Una mujer acababa de entrar en el bar y la examinó por detrás con creciente interés. Sin duda estaba mucho más cerca de su edad que la camarera: botas de cuero negro hasta la rodilla, buena figura, cintura estrecha, gabardina beis oscuro, pañuelo rojo de lunares. Interesante. Y también estaba sola.

Morse camino hacia ella y la oyó pedir un Martini, y se le pasó por la cabeza que lo único que tenía que hacer era pagar su copa, invitarla a acompañarle a su solitario rincón del bar y charlar de esto y aquello de forma sosegada, modesta, inteligente, fascinante y hábil. Y entonces, ¿quién sabe? Pero otro cliente de mediana edad se había levantado de su mesa y apoyó una mano en su hombro.

—Esta corre de mi cuenta, Ruth. Siéntate, cielo.

La señorita Rawlinson se aflojó el pañuelo y sonrió. Entonces, cuando pareció percatarse de la presencia de Morse, su sonrisa desapareció. Le saludó, casi bruscamente, con un asentimiento de cabeza y se dio la vuelta.

Después de la tercera pinta Morse salió de la coctelería y llamó desde el vestíbulo a la comisaría de la policía metropolitana. Le dijeron que el inspector jefe Bell estaba de vacaciones en España.

Morse ya apenas recordaba la última vez que había hecho ejercicio en condiciones y decidió impulsivamente ir caminando hacia North Oxford. No era más de media hora si caminaba a buen paso. Como si quisiera

ponerle a prueba, un autobús pasó a su lado. Autobuses a Cutteslowe, autobuses a Kidlington, autobuses permanentemente vacíos camino de los aparcamientos municipales; financiados todos ellos por los próceres de la ciudad con miles y miles de libras con la vana esperanza de persuadir a los visitantes para que dejaran sus coches en las afueras. Pero Morse siguió caminando.

Al llegar al cruce de Marston Ferry observó casi hipnotizado cómo un coche que circulaba en dirección norte abandonaba el carril interior abalanzándose sobre una motocicleta en pleno adelantamiento. El motorista salió despedido hacia el otro lado de la calzada, donde su casco de color blanco se estrelló contra el bordillo con un crujido repugnante, y segundos después la rueda delantera del lado del conductor de un camión que iba en dirección sur, a pesar del desesperado intento por frenar, le aplastaba la pelvis con un audible chasquido.

Otras personas presentes durante la escena demostraron, quizá por primera vez en la vida, un desesperado valor producto del momento: varias figuras se arrodillaron junto al hombre moribundo y cubrieron con chaquetas su cuerpo destrozado; un joven de pelo grasiento hasta los hombros hizo las veces de guardia de tráfico; entretanto un médico iba ya de camino desde el centro de salud de Summertown, que estaba en la esquina, y la policía y la ambulancia ya habían recibido aviso de lo sucedido.

Pero Morse sintió que su estómago se contraía y se revolvía presa de un espasmo de dolor. Una fina película de sudor cubrió su frente y pensó que estaba a punto de vomitar cuando al fin apartó la mirada y se apresuró a marcharse de allí, asqueado por un sentimiento de incompetencia y cobardía. Sin embargo, las náuseas eran cada vez más fuertes y siguió caminando y caminando por la carretera, dejando atrás las tiendas de Summertown hasta llegar a casa. Incluso el levita que pasaba en aquel momento por allí había echado un vistazo antes de cruzar al otro lado.

Morse nunca había sido capaz de entender por qué los accidentes de tráfico le afectaban de esa manera. Había estado en muchas escenas del crimen y había examinado cadáveres brutalmente mutilados. Con gran repulsión, sin duda, pero nada más que eso. ¿A qué se debía, entonces? Quizá tenía algo que ver con la diferencia entre la muerte y el proceso de morir, al menos cuando se trataba de morir entre agónicos estertores tras un atropello en la carretera. Sí, era el aspecto accidental de la situación, su naturaleza impredecible y fortuita. Y la inevitable pregunta de la víctima: ¿Y si hubiera estado en ese momento varios metros más allá, incluso unos centímetros, para ponerme a salvo? ¿O haber pasado por allí solo un segundo, o una fracción de segundo, antes o después? Una reflexión digna de Lucrecio: átomos circulando al azar en un inmenso

espacio vacío, colisionando ocasionalmente como bolas de billar, colisionando como un coche contra una motocicleta. Todo parecía tan absurdo, tan cruelmente aleatorio. De cuando en cuando Morse pensaba en la cada vez menor probabilidad de formar una familia, y sabía que sería capaz de enfrentarse a alguna terrible enfermedad de sus seres queridos, pero jamás superaría un accidente.

Escuchó a lo lejos el insistente aullido de dos tonos de la sirena de una ambulancia, como una madre demente llorando por sus hijos.

Morse cogió la botella de leche y cerró la puerta de casa nada más entrar. ¡Desde luego aquella no era la mejor manera de empezar unas vacaciones! Escogió una grabación de Vier Letzte Lieder[4] de Richard Strauss, pero de repente se le ocurrió algo y volvió a dejar el disco donde estaba. En el Randolph había leído rápidamente el cuarto recorte de prensa, la crónica de la vista preliminar por la muerte de Lawson. Nada demasiado interesante, había pensado. Pero ¿era cierto? Volvió a leerlo. Sin duda el pobre tipo había quedado en un estado lamentable, su cuerpo violentamente aplastado tras la caída, el cráneo… ¡Sí! Era eso lo que había provocado el pequeño fogonazo mental al levantar la tapa del tocadiscos. Si él no había podido mirar a la cara al motorista moribundo, ¿habían sido capaces de mirar de cerca aquellos dos testigos el cráneo tristemente reventado de un hombre al que conocían? Lo único que necesitaba era un poco de información de primera mano al respecto: el informe del forense. Y, conociendo al forense tan bien como le conocía, podría obtener rápidamente dicha información. Esa misma tarde.

Diez minutos después estaba dormido.

4 Las Cuatro últimas canciones, compuestas en Suiza después de la Segunda Guerra Mundial e interpretadas por primera vez en Londres en el año 1950.

9

Evitando la mirada del hombre, Ruth Rawlinson terminó su segundo Martini y contempló unos instantes la rodaja de limón en el fondo de la copa.

—¿Otro?

—No, no debo. De verdad. Ya he tomado dos.

—¡Vamos! ¡Disfruta un poco! Solo se vive una vez, lo sabes.

Ruth sonrió, melancólica. Eso era lo que le decía su madre constantemente: «Te estás perdiendo la vida, Ruthie querida. ¿Por qué no intentas conocer a gente nueva, pasártelo bien?». ¡Su madre! Su refunfuñona, exigente e inválida madre. Pero aun así era su madre. Y ella, Ruth, su única hija: cuarenta y un años (casi cuarenta y dos), virgen hasta hacía muy poco y ni siquiera entonces había sido memorablemente desflorada.

—¿Lo mismo, entonces?

Él estaba de pie, con la copa de ella en la mano.

¿Por qué no? Sentía un agradable calor en lo más profundo de su ser y siempre podía acostarse un rato al llegar a casa. Los lunes por la tarde era la sesión de bridge semanal de su madre, y ni siquiera un ataque nuclear sobre North Oxford conseguiría interrumpir a aquellas cuatro viejas mezquinas mientras peleaban por rapiñarse un punto o una baza sobre la mesa con tapete verde en la habitación trasera de su casa.

—Me emborracharás si no tienes cuidado —dijo ella.

—¿Qué crees que intento hacer?

Ella ya lo conocía bastante bien a esas alturas y lo contempló de pie junto a la barra con su caro traje a medida: algunos años mayor que ella, con tres hijos adolescentes y una mujer encantadora, inteligente y confiada. Y él la deseaba.

Pero por alguna razón ella no le deseaba a él. No podía soportar la idea de intimar con aquel hombre, aunque era consciente de que en realidad ni siquiera sabía en qué consistía eso de la intimidad…

Sus ojos vagaron por la estancia una vez más, en particular hacia el rincón más alejado. Pero Morse ya se había marchado y por alguna inexplicable razón supo que le habría gustado que se quedara, tan solo que estuviera allí. Por supuesto, le había reconocido en nada más entrar y había sido consciente de su presencia en todo momento. ¿Sería capaz de

acostarse con él? Eran sus ojos lo que la fascinaba; fríos, de un color azul grisáceo, y aun así vulnerables y algo perdidos. No seas boba, se dijo. Te estás emborrachando.

Mientras bebía el tercer Martini a pequeños sorbos su acompañante parecía concentrado de repente escribiendo algo en el dorso de un posavasos.

—Aquí tienes, Ruth. ¡Sé sincera conmigo, por favor!

Ella miró lo que había escrito:

Señale con una cruz la casilla que más se aproxima a su predisposición.
¿Me dejará llevarla a la cama

☐ *esta semana?*
☐ *la próxima semana?*
☐ *este año?*
☐ *el año que viene?*
☐ *alguna vez?*
☐ *nunca?*

Aquello la hizo sonreír, pero enseguida negó lentamente con la cabeza con gesto de impotencia.

—No puedo responder a eso. Sabes que no puedo.

—¿Entonces la respuesta es «nunca»?

—Yo no he dicho eso. Pero… Ya sabes a qué me refiero. Estás casado y conozco a tu mujer. La respeto. Seguro que…

—Tan solo pon una cruz en una casilla. Eso es todo.

—Pero…

—Pero temes decepcionarme si eliges la última. ¿Es eso? Venga entonces. Decepcióname. Sé sincera, Ruth. Al menos sabré a qué atenerme.

—Me gustas, ya lo sabes. Pero…

—Tienes muchas opciones.

—¿Y si ninguna de estas es la correcta?

—Una tiene que serlo.

—No.

Sacó su propio bolígrafo y escribió una sola palabra antes de «alguna vez»: quizá.

A diferencia de Morse, ella no durmió esa tarde. Se sentía despejada y viva, se habría puesto a trabajar en el jardín de no haber sido por la insistente llovizna. En lugar de eso repasó su diálogo en la obra de teatro. El viernes se acercaba amenazadoramente y el reparto al completo

ensayaba esa misma tarde a las siete y media. No es que una obrita de teatro de un evento parroquial fuera nada del otro mundo, pero a ella no le gustaba hacer las cosas a medias. Y además siempre tenían un nutrido público.

Morse despertó con un escalofrío y un gruñido a las tres de la tarde, lentamente volvió a la realidad. Los recortes de periódico seguían sobre el brazo del sillón. Los recogió y guardó en el sobre. Horas antes había dejado que las cosas se le fueran de las manos. Pero no volvería a pasar. Estaba de vacaciones e iba a disfrutarlas. Sacó de la estantería un grueso tomo y, siguiendo el ejemplo de los romanos con los libros sibilinos[5] y de los fundamentalistas cristianos aún en la actualidad con sus Sagradas Escrituras, Morse cerró los ojos, abrió al azar la Guía de hoteles de Gran Bretaña y señaló con el dedo índice la mitad inferior de la página izquierda. Ahí estaba. Derwentwater: Hotel Balneario Cascadas de Lodore. Keswick, cinco kilómetros al sur a lo largo de… Marcó el número inmediatamente. Sí, tenían una habitación individual con baño. ¿Durante cuánto tiempo? Cuatro noches, quizá cinco. De acuerdo. Saldría de inmediato y estaría allí, eh, sobre las nueve o las diez. Perfecto.

Llegaría a Evesham en más o menos una hora, si tenía suerte, por la antigua carretera de Worcester. Luego por el carril más rápido de la M5 y la M6 a ciento treinta kilómetros por hora. ¡Fácil! Estaría allí a tiempo para disfrutar de una buena comilona regada con una botella de vino tinto. Maravilloso. Eso sí eran unas vacaciones.

5 Libros mitológicos y proféticos de la antigua Roma.

10

El reverendo Keith Meiklejohn irradiaba una especie de bendito entusiasmo a la puerta de la sala parroquial. Era evidente que iba a haber mucho público, y entre relamidos «Buenas noches» y «Qué bien que hayan venido» trataba de decidir si después de todo sería necesario ir al almacén a por algunas viejas sillas. Solo eran las siete y veinte, pero dos terceras partes de la sala se habían llenado. Por supuesto, él sabía cuál era el motivo: el grupo infantil de claqué de la escuela dominical siempre garantizaba la asistencia masiva de madres, tías y abuelas. «Hola, señora Walsh-Atkins. Qué amable de su parte haber venido. Quedan algunos sitios libres en la parte delantera». Envió a dos reticentes chicos del coro a por las sillas extra y al instante ya estaba listo para recibir con su bonachona y piadosa sonrisa a los siguientes en llegar.

—Buenas noches, señor. Me alegra que haya venido. ¿Está usted de visita en Oxford o…?

—No, vivo aquí.

El recién llegado entró en la sala y se sentó en la parte de atrás con una expresión de ligero disgusto en el rostro. Le dio cinco peniques a la bonita chiquilla con coletas que se acercó a él y le metió un programa en el bolsillo. ¡Menudo día! Casi seis horas desde Keswick hasta la salida de Evesham: un solo carril en movimiento al norte de Stoke y un enorme embotellamiento justo después de Birmingham con todos los carriles cerrados durante casi una hora en dirección sur; advertencias de posibles inundaciones durante los últimos cincuenta kilómetros e inmensos camiones salpicando agua como si se tratase de lanchas motoras… ¡Y vaya vacaciones, por llamarlas de alguna manera! Los días buenos (pocas dudas tenía al respecto) las vistas desde su habitación de hotel eran hermosas. Pero en cuanto la niebla empezaba a descender desde las colinas circundantes, ya no se podía ver más que una exigua franja de césped bajo la ventana, con todas esas sillas y mesas blancas de la terraza completamente vacía. Algunos de los demás huéspedes subían a sus coches y conducían (presumiblemente) en busca de escenarios menos embarrados; pero la mayoría se limitaban a pasar el día sentados leyendo novelas policiacas de bolsillo o jugando a las cartas, nadando en la piscina climatizada, comiendo, bebiendo y charlando a ratos, y por lo general se las arreglaban para parecer menos deprimentes de lo que lo parecía

Morse. Tampoco fue capaz de encontrar mujeres pasablemente atractivas y ansiosas por escabullirse de sus omnipresentes maridos, y las pocas que solían sentarse a solas en la coctelería eran terriblemente sosas o demasiado mayores. En su dormitorio había un folleto con el poema de Robert Southley «Cómo cae el agua en Lodore» y Morse no había podido evitar pensar que, incluso para un poeta laureado, debía de ser difícil hundirse en semejante banalidad. En cualquier caso, después de tres días allí, ya sabía demasiado bien cómo caía el agua en Lodore: caía a espuertas y sin cesar desde un cielo plomizo.

El viernes (el 7 de abril en concreto) subieron The Times a su habitación con el té de primera hora de la mañana, y después de consultar el pronóstico meteorológico para el fin de semana decidió marcharse inmediatamente tras el desayuno. Fue al sacar su chequera ante el mostrador de recepción cuando el díptico de papel blanco doblado por la mitad cayó al suelo: se lo había guardado en el bolsillo sin prestarle atención después de cogerlo entre varios folletos expuestos en la mesilla de la entrada de St. Frideswide, pero no lo leyó hasta ese momento.

CONCIERTO

En el salón parroquial de St. Aldates
El viernes 7 de abril a las 7.30 de la tarde

CONJUNTO DE CLAQUÉ (Escuela Dominical)
POPURRÍ GILBERT Y SULLIVAN (Coro de la Iglesia)
UN MELODRAMA VICTORIANO (Grupo de Teatro)
Precio de entrada 20p. Programa 5p.

TODOS SON BIENVENIDOS
(A beneficio del Fondo de Restauración de la Torre)

Fue la última línea, rebosante de posibilidades, la que monopolizó los pensamientos de Morse mientras conducía su Lancia hacia el sur. ¿Las almenas se estaban viniendo abajo después de todo? ¿Se habían desmoronado cuando Lawson contempló por última vez las vistas más conocidas de la ciudad? Siempre que era posible los jurados tendían a evitar los veredictos de suicidio, y si la torre hubiera resultado ser mínimamente peligrosa para el público, ese dato habría sido crucial. Lo que Morse necesitaba en realidad era el informe del forense. Allí estaría todo. Y allí se dirigió de inmediato cuando por fin llegó a Oxford a las

cuatro y media de la tarde.

Dejando a un lado las detalladas descripciones de las múltiples mutilaciones sufridas por Lawson, el informe era más vago de lo que Morse había pensado, y no había en él ninguna alusión al parapeto desde el que Lawson se había precipitado en picado a tierra. No obstante, había leído por segunda vez un apartado del informe que llamó poderosamente su atención. «Después de identificar al fallecido, la señora Emily Walsh-Atkins declaró haberse quedado sola durante varios minutos en la iglesia una vez concluido el servicio. Luego esperó otros cinco minutos a la entrada del templo al taxi que suele recogerla. La misa había concluido un poco antes de lo habitual. Sobre las ocho y diez de la mañana escuchó un terrible ruido sordo en el patio y, al mirar a su alrededor, descubrió el cuerpo de Lawson sobre la verja, abierto de brazos y piernas. Afortunadamente dos agentes de policía llegaron pronto al lugar y el señor Morris (¡Morris!) la había acompañado nuevamente al interior de la iglesia para que se sentara y tratara de recuperarse». Morse sabía que su cabeza no descansaría hasta haber visto a la señora W.-A., y había sido precisamente esa dama el motivo que le había empujado a asistir a aquel concierto parroquial (¿era ella el único motivo, Morse?). Se le había escapado por muy poco en la Residencia de Ancianos Gentlefolk, pero sabían adónde había ido.

Una vez Meiklejohn dio por concluido su empalagoso y dilatado sermón de presentación las luces se apagaron, y poco después las cortinas del escenario se abrieron bruscamente dejando al descubierto al grupo de claqué infantil en toda su estrafalaria gloria. A Morse todo aquel tinglado le resultó cuando menos embarazosamente divertido. Y desde luego le pilló por sorpresa el fervoroso aplauso con que el público acogió la coreografía final de las once niñitas arrodillándose a destiempo sobre el escenario después de casi tres minutos de actuación, en un inefable despliegue de innata torpeza y falta de ensayos, rematado por el torpe acompañamiento del incompetente pianista. Para empeorar las cosas el número musical había comenzado con doce bailarinas, pero una de las niñas más pequeñas había ejecutado un giro a la izquierda en lugar de a la derecha en un momento crucial de la coreografía y al instante había desaparecido tras el escenario llorando a lágrima viva. Aun así, el público aplaudió y aplaudió y el furor laudatorio no se apaciguó hasta que apareció la profesora del grupo, alias «la pianista», llevando de la mano a la pequeña e infortunada desertora, que ahora no obstante sonreía acogida por todos como si fuera la primera bailarina del teatro Sadler's Wells.

Los fragmentos de Gilbert y Sullivan resultaron ser una experiencia mucho más grata, y Morse se percató de que en el coro de St. Frideswide

había varios talentos de primera categoría. Por suerte esta vez el piano estaba en manos de un intérprete infinitamente más dotado: nada menos que el señor Sharpe, antiguo suplente del señor Morris (¡otra vez ese nombre!). Morris, el hombre que estaba en escena cuando Josephs había sido asesinado; y también cuando Lawson había sido… En fin, cuando le habían encontrado. No podía ser muy difícil dar con él. O con Brenda Josephs, llegado el caso. Tenían que estar en algún sitio ganando dinero, con un número de la Seguridad Social, una casa… Con precisión clínica el coro acometió el último acorde del final de El mikado y su actuación concluyó con un elogioso aplauso, si bien más comedido y breve.

El melodrama victoriano tardó unos cinco minutos en comenzar; cinco minutos durante los cuales se escucharon diversos crujidos y ruidos de muebles arrastrados, las cortinas se abrieron antes de tiempo hasta la mitad en dos ocasiones y Morse leyó una vez más el informe forense sobre la muerte de Lawson, que incluía la declaración de ese hombre, un tal Thomas: «Acababa de aparcar su coche en St. Giles y caminaba hacia la calle Broad cuando vio que había alguien en la torre de St. Frideswide. No recordaba haber visto a nadie antes allí arriba, aunque no era raro ver a gente contemplando Oxford desde St. Mary en la calle High o desde la torre Carfax. Le pareció que la figura iba vestida de negro y estaba mirando hacia abajo, con la cabeza apoyada sobre el parapeto». Y básicamente eso era todo. Solo más tarde había oído mencionar la tragedia de esa mañana, y había llamado a la policía con reticencia cuando su mujer lo sugirió. No era gran cosa, pero ese hombre debía de ser la última persona (supuso Morse) que había visto a Lawson con vida. ¿O no? Quizá había sido la primera persona… No, la segunda persona que había visto a Lawson muerto. Morse volvió a buscar las palabras clave: «Mirando hacia abajo, con la cabeza apoyada sobre el parapeto». ¿Qué altura tenían esos parapetos? No más de noventa centímetros, seguro. ¿Y por qué razón iba a apoyar Lawson la cabeza en él? ¿Por qué no limitarse sin más a «apoyarse en el parapeto»? ¿Y por qué estaba «mirando hacia abajo»? ¿Acaso a un hombre a punto de lanzarse al vacío iba a interesarle el trozo de tierra donde va a aterrizar? En todo caso, un ministro de la iglesia (más que cualquier otro mortal) seguramente buscaría un poco de consuelo en las alturas, por muy profunda que fuera su desesperación. Pero si Lawson ya estuviera muerto y alguien hubiera…

Por fin el melodrama había comenzado y desde el punto de vista de Morse difícilmente podía haberse representado en público una producción más burdamente chapucera. La obra de teatro parecía haber sido escogida con el fin de dar cabida al mayor elenco posible y asegurar que todos sus participantes tuvieran la aparición más breve posible sobre las tablas para minimizar su asombrosa incompetencia. El barbudo héroe

de un solo brazo, que al menos había memorizado su diálogo íntegro y lo recitaba de manera audible, iba de un lado a otro del escenario dando pisotones con un par de enormes botas militares de chirriantes suelas, y durante una crucial llamada telefónica sujetó el auricular del revés (un auricular incongruentemente moderno, dicho sea de paso). Una de las numerosas doncellas del reparto se veía obligada cada dos por tres a leer sus diálogos de un papel que había pegado en la pala de un recogedor. Lo único que impedía que aquel burdo y frágil castillo de naipes se desmoronara era la presencia de la heroína, una joven rubia que actuaba con un encanto y sofisticación en las antípodas de la patética compañía que la rodeaba. Parecía saberse el diálogo de todos los demás y disimulaba sus meteduras de pata con impresionante aplomo. Incluso, en un momento dado, impidió que uno de los mayordomos (¡cegato idiota!, pensó Morse) cayera al suelo al tropezar con una silla cuando iba a servirle el té a su señoría. Por misericordia muchos diálogos, tal y como debieron ser escritos, parecían ser terriblemente divertidos, pues incluso declamados por aquella pandilla de payasos suscitaban al menos una cortés sonrisilla. Y cuando se cerró el telón final ocultando definitivamente el escenario, Morse no detectó el menor indicio de alivio mal disimulado entre los asistentes. Quizá todas las veladas artísticas de la parroquia eran así.

El vicario había anunciado previamente que servirían el té después del espectáculo y Morse tuvo la certeza de que la señora Walsh-Atkins no se marcharía sin tomar una taza. Solo tenía que averiguar quién era. Miró en vano a su alrededor en busca de la señorita Rawlinson, pero parecía claro que había decidido perderse la velada. Sin duda bastante penitencia hacía ya limpiando los bancos de la iglesia. No obstante, se sintió algo decepcionado… En esos momentos la gente abandonaba la sala rápidamente, pero Morse decidió esperar un par de minutos. Sacó el programa y lo miró distraído, sin otra intención que no parecer demasiado solitario.

—¿Se quedará a tomar el té con nosotros?

Ni siquiera a esas alturas de la velada Meiklejohn descuidaba sus deberes pastorales.

¿Té? A Morse nunca se le había pasado por la cabeza que alguna vez llegaría a tomar té después de las nueve de la noche.

—Sí, gracias. ¿Conoce usted a la señora Walsh-Atkins? Quería…

—Sí, sí. Venga por aquí. Un concierto maravilloso, ¿verdad?

Morse murmuró algo inaudible y siguió a su guía hacia el abarrotado vestíbulo, donde una oronda dama servía un líquido marrón oscuro con una inmensa jarra. Morse se puso a la cola y escuchó la conversación entre las dos mujeres que estaban delante de él.

—¿Sabía que es la cuarta vez que actúa? Su padre habría estado muy

orgulloso de él.

—Nadie sospecharía que es ciego, ¿verdad? Moviéndose de ese modo por el escenario y demás.

—Lo consigue a base de mucho ensayar, ya sabe. Una piensa que es imposible que…

—Sí. Debe estar muy orgullosa de él, señora Kinder.

—Ya le han pedido que actúe también en la próxima, así que imagino que lo habrá hecho bien, ¿no cree?

¡Así que aquel pobre diablo era ciego de verdad! Y eso que aprender el papel y salir al escenario ya debía ser tan difícil como adentrarse en un estanque lleno de cocodrilos para una persona capaz de ver. De repente Morse se emocionó profundamente y decidió tomárselo como una lección de humildad. Cuando llegó su turno, dejó una moneda de cincuenta peniques en la bandeja de la colecta del té con la esperanza de que nadie le estuviera prestando atención en ese momento. Se sentía extrañamente fuera de lugar allí. Aquella era buena gente que gozaba de los sencillos lazos de la familia y la hermandad cristiana, que veía a Dios como un padre y jamás, ni en un mes en el que todos los días fueran domingo, llegaría a comprender las aberraciones de los nuevos teólogos, para los que el Creador, en el caso de que llegasen a pensar en Él en algún momento, era poco más que el infinitivo del verbo ser. Morse sorbió su té tímidamente y sacó una vez más el programa para buscar el nombre del mayordomo de su señoría, cuya madre (¡con sobrados motivos!) se sentía tan feliz y orgullosa. Pero de nuevo fue interrumpido. Meiklejohn estaba justo detrás de él y a su lado una diminuta anciana que masticaba una galleta de avena.

—Eh, ¿el señor…?

—Morse.

—¿Decía usted que quería ver a la señora Walsh-Atkins?

Cuando la tuvo de pie a su lado, Morse no pudo evitar pensar en lo pequeña que era, así que sugirió ir a sentarse al salón de actos. Él le explicó quién era, por qué estaba allí y qué quería saber; y ella le contó su papel en los acontecimientos del terrible día que encontró el cuerpo destrozado de Lawson tras precipitarse desde la torre, repitiendo palabra por palabra su declaración de la vista preliminar.

¡Nada! Morse no había averiguado nada nuevo. No obstante, dio las gracias cortésmente a la anciana dama y le preguntó si quería otra taza de té.

—A estas alturas para mí una es más que suficiente, inspector. Pero mi paraguas tiene que estar por aquí en alguna parte. Si fuera usted tan amable de…

Morse sintió que se erizaba el vello de la nuca de un modo muy

familiar. Estaban sentados a una pequeña mesa en el fondo del salón y allí mismo estaba el paraguas, más grande que la vida, colocado sobre ella en diagonal. No había ninguna duda al respecto, aquella ancianita debía de estar quedándose ciega.

—¿Le importaría decirme cuántos años tiene, señora Walsh-Atkins?

—¿Es capaz de guardar un secreto?

—Sí.

—Pues yo también —susurró.

Morse no se paró a pensar si su decisión de ir a tomar algo a la coctelería del Randolph tenía que ver con la sed o con la vaga esperanza de encontrar allí a la señorita Rawlinson. Pero no vio a nadie, de modo que después de tomar una pinta se marchó y cogió un autobús delante del Taylorian. Al llegar a casa se sirvió un generoso whisky solo y puso en el tocadiscos una grabación de Vier Letze Lieder de Richard Strauss. Maravilloso. «Melismático», como decía la carpeta.

Esa noche se acostaría temprano. Al colgar la chaqueta en el perchero del pasillo el programa sobresalía de uno de los bolsillos, y por tercera vez lo abrió y lo leyó.

«Mayordomo de su señoría: Sr. John Kinder». Y entonces su pulso se aceleró al ver el nombre que abría el reparto: «Su señoría, la honorable Amelia Barker-Barker: Srta. Ruth Rawlinson».

11

Los médiums y los clarividentes afirman que sus habilidades aumentan cuando tienen oportunidad de estar presentes en persona en una habitación donde los ausentes (desaparecidos o sencillamente muertos) puedan haber dejado atrás sus emanaciones. También de los asesinos se suele decir que tienen la incontrolable necesidad de volver a visitar la escena del crimen, y el domingo Morse se sorprendió preguntándose si el asesino de Josephs habría vuelto a pisar St. Frideswide después del asesinato. Pensó que la respuesta probablemente sería afirmativa y ese fue uno de los escasos pensamientos positivos que había conseguido generar desde el viernes por la tarde. De algún modo su mente parecía haberse estancado por completo, y el sábado había tomado la firme resolución de abandonar toda idea de seguir investigando aquel misterioso asunto, que de todos modos tampoco era de su incumbencia. Por la mañana había consultado de nuevo a las sibilas, aunque esta vez se había propuesto no ir más allá de Inverness. Por la tarde había malgastado dos horas ociosas delante de la televisión viendo la carrera en Doncaster. Estaba inquieto y aburrido: había tantos libros que podía leer, tantos discos que escuchar, y sin embargo no era capaz de reunir el entusiasmo necesario para todo eso. ¿Qué quería? Su apatía persistió durante el domingo, cuando ni siquiera los chismes picantes del News of the World consiguieron animarle. Se repantigó desanimado en el sillón y revisó los lomos multicolores de sus estanterías. Quizá Baudelaire encajaba con su estado de ánimo. ¿Cómo era aquel verso sobre el príncipe en Las flores del mal?: «Riche, mais impuissant, jeune et pourtant très vieux».[6] Y de repente Morse se sintió mejor. ¡Qué maldito disparate! Él ni era impotente ni estaba senil. ¡Nada más lejos! Había llegado el momento de pasar a la acción.

Marcó el número y ella respondió enseguida.

—¿Diga?

—¿Señorita Rawlinson?

—Al aparato.

—Quizá no se acuerde de mí… Nos conocimos el lunes pasado en St. Frideswide.

—Lo recuerdo.

—Eh, había pensado ir a la iglesia esta mañana.

—¿Quiere decir a nuestra iglesia?

—Sí.

—Pues será mejor que salga ya porque la misa empieza a las diez y media.

—Oh, entiendo. Bueno, pues muchas gracias.

—Se diría que está usted muy interesado en nosotros de repente, inspector.

Morse creyó detectar un tono vagamente amistoso y juguetón en su voz y deseó seguir oyéndola.

—¿Sabía usted que el viernes por la noche estuve en la velada parroquial?

—Por supuesto.

Morse sintió una boba alegría juvenil al oír ese «Por supuesto». ¡Adelante, muchacho!

—Eh, yo no la vi después. Para ser sincero, no me di cuenta de que actuaba usted en la obra de teatro.

—Es increíble lo que puede conseguir una peluca rubia, ¿no cree?

—¿Quién es? —dijo alguien cerca del teléfono.

—¿Disculpe? —preguntó Morse.

—No es nada. Mi madre me preguntaba quién es usted.

—Ah, entiendo.

—Bien, como le decía, será mejor que se dé prisa si quiere llegar a tiempo.

—¿Va usted?

—No, esta mañana no. Madre ha tenido uno de sus ataques de asma y no puedo dejarla sola.

—Oh.

Morse ocultó su decepción con una desenfadada despedida, y después exclamó «¡Maldita sea!» mientras colgaba el teléfono. De todos modos iría. No era a Ruth Rawlinson a quien quería ver. Tan solo quería familiarizarse con el lugar, captar alguna de esas emanaciones perdidas. Se dijo a sí mismo que le importaba un pimiento si esa Rawlinson iba a estar o no allí.

Al recordar la primera misa a la que asistía desde hacía una década, Morse decidió que había sido toda una experiencia. St. Frideswide, pensó, debía de ser una parroquia tan conservadora como cualquier otra de entre las numerosas variedades anglicanas. Era cierto, por otra parte, que no había cepillo de donativos en la entrada ni ningún anuncio en el púlpito proclamando la infalibilidad de su Santidad, pero en otros aspectos tampoco parecía muy distinta de cualquier iglesia católica. Por supuesto, hubo un sermón dedicado íntegramente a denunciar la lujuria de la carne

según san Pablo, pero la mayor parte del oficio había sido una misa sin demasiadas sorpresas. La cosa no había empezado bien para Morse que, tras llegar dos minutos tarde, se había sentado en el banco reservado para el sacristán, lo que inevitablemente había suscitado un incómodo murmullo entre los feligreses arrodillados en plena confesión de sus pecados. Por suerte, su posición privilegiada al fondo de la iglesia le permitió a Morse permanecer de pie, sentarse y arrodillarse al mismo tiempo que el resto, aunque la mayor parte de las veces que la concurrencia se santiguaba o hacía una repentina genuflexión él no llegaba a tiempo. Lo que más le sorprendió fue la cantidad de gente reunida en torno al altar. Y todas esas personas cumplían eficientemente con su cometido: el oficiante, el diácono, el subdiácono, el turiferario y su ayudante, los dos monaguillos y los cuatro portadores de cirios; y dirigiéndolos a todos el maestro de ceremonias de expresión vagamente compungida, y sorprendentemente joven, con las manos abiertas hacia delante en actitud de perpetua oración. Era casi como un espectáculo de variedades en el que cada movimiento había sido ensayado a conciencia: inclinarse, santiguarse, arrodillarse, levantarse, con una disciplinada sincronía que al conjunto de claqué infantil (pensó Morse) no le habría venido nada mal imitar. Ante todas esas maniobras, la igualmente disciplinada congregación reaccionaba como la imagen de un espejo, sentándose de repente y volviéndose a levantar, santiguándose, arrodillándose y murmurando en voz alta de cuando en cuando alguna réplica en tono afligido. La mujer sentada junto a Morse no tardó en descubrir que era novato y le indicaba constantemente lo que debía hacer. Cantaba con una estridente voz de soprano y con una dicción tan refinada que cada vez que pronunciaba una o la alargaba de tal manera que más bien parecía que acabara de pincharse con una aguja exclamando «¡Ou!»: de tal modo que los «Oh, Señor» se convertían en «¡Ou, Señoour!», y tres veces al inicio del servicio, mientras Meiklejohn caminaba rápidamente adelante y atrás por los pasillos rociando con agua bendita todo lo que veía, ella había alzado la voz implorando al Toudoupouderousou que la limpiara de toudou pecadoou hasta quedar blanca como la nieve. No obstante, Morse tenía algo a su favor, conocía casi todos los himnos, y en un momento dado le pareció que casi había sido capaz de ahogar con su voz el «Santoou, Santoou, Santoou» que zumbaba incesantemente a su derecha. Y también aprendió algo. A juzgar por los anuncios con los que Meiklejohn promocionaba las atracciones de la semana siguiente, era evidente que todo aquel asunto de la misa era bastante más complejo de lo que él había imaginado. Al parecer, las había de tres tipos: rezadas, cantadas y solemnes. Y si, como Morse sospechaba, la rezada no era tan elaborada y ni siquiera requería

coro (¿tampoco organista?), entonces, ¿qué diablos hacía Morris en la iglesia cuando el desgraciado Lawson se hizo pedazos lanzándose al abismo desde la torre? Aunque quizá a veces la gente iba a la iglesia simplemente porque le apetecía, pero… En cualquier caso, puede que mereciera la pena averiguar algo más sobre las distintas misas. Y había otra cosa, algo muy interesante, de hecho. Exceptuando al propio Morse, todos los asistentes tomaron la sagrada comunión, encaminándose de modo silencioso y solemne por el presbiterio siguiendo al sacristán que había estado a punto de perder su sitio y que (sin duda según los dictados de alguna venerable tradición) fue el último en recibir el sacramento. Josephs había sido sacristán de esa misma iglesia. Josephs debió haber sido el último en arrodillarse ante el altar la noche de su muerte. Josephs había bebido el vino de la comunión esa misma noche. Y Josephs (según el patólogo) había fallecido con algo muy extraño en su estómago. ¿Era posible? ¿Era posible que Josephs hubiera sido envenenado en el altar? Al observar la parte final del ritual a Morse le pareció evidente que a cualquier oficiante con un cáliz en la mano le resultaría fácil causar estragos entre los fieles si se lo proponía, pues al terminar él mismo podía eliminar cualquier evidencia incriminatoria. Y tampoco necesitaría buscar ninguna excusa para hacerlo, pues la misma limpieza también formaba parte del ritual: aclarar la copa, secarla y volver a guardarla en su sitio hasta la próxima vez. Sí. Por supuesto sería complicado con todos esos otros tramoyistas a su alrededor, igual que ahora. Pero la noche del asesinato de Josephs seguramente el reparto había sido más pequeño. También tendría que comprobarlo. Había otra dificultad, ¿no era así? Al parecer, el oficiante también se encargaba de beber lo que quedara en el cáliz, y debía hacerlo ante toda la congregación. Pero ¿no podía limitarse a fingir que lo hacía, deshaciéndose más tarde de su contenido? O quizá después de todo en el cáliz ya no hubiera nada en absoluto.

Había demasiadas posibilidades y las fantasías de Morse siguieron alzando el vuelo mientras salía de la fresca iglesia hacia la soleada Cornmarket.

6 Rico pero impotente, joven y sin embargo muy viejo.

12

Morse sintió un gran alivio al contemplar de nuevo el bello rostro de la diosa Razón, acogiéndola serenamente al despertar con la cabeza despejada el lunes por la mañana, y se dijo que no estaría de más analizar el problema con tranquilidad antes de lanzarse al galope en busca de una solución. Básicamente había dos posibilidades: o Lawson había matado a Josephs, y después se había suicidado en un poco o nada sorprendente ataque de remordimiento; o una mano desconocida había asesinado a Josephs y después había decidido añadir a Lawson a su lista. De estas alternativas la primera era mucho más probable, especialmente en el caso de que Josephs supusiera alguna clase de amenaza para Lawson, si la daga que encontraron en la espalda de Josephs pertenecía a Lawson y si el propio Lawson había dado muestras de ansiedad o inquietud durante las semanas que precedieron al asesinato de Josephs y también durante los días siguientes. El problema era que Morse no tenía con quién hablar. Sin embargo, estaba seguro de que debía de haber alguien muy bien informado sobre esos tres condicionantes, y a las diez menos cuarto se sorprendió llamando aún bastante indeciso a la puerta del número catorce de Manning Terrace. Su indecisión se podía atribuir a dos motivos. El primero, su natural timidez a la hora de admitir que estaba ansioso por volver a ver a la atractiva Ruth Rawlinson. El segundo, que no sabía si estaba llamando a la puerta correcta, pues había dos, una justo al lado de la otra: la de la izquierda era la 14B y la otra la 14A. Era evidente que la casa había sido dividida (muy recientemente, a juzgar por las apariencias) y una de las puertas, supuso Morse, conducía al primer piso y la otra a la planta baja.

—Está abierto —gritó una voz tras la 14A—. No puedo acercarme más.

Por una vez no se había impuesto la ley de Murphy y había escogido bien. Dos escalones conducían hasta el estrecho pasaje alfombrado que hacía las veces de pasillo (la escalera estaba a la izquierda, justo detrás del tabique que dividía las dos viviendas, y la remodelación había dejado poco espacio para maniobrar allí), y en lo alto de esos escalones estaba la señora Alice Rawlinson sentada en su silla de ruedas, sujetando firmemente sobre su regazo un bastón con contera de goma.

—¿Qué quiere? —preguntó, mirando fijamente al recién llegado con

expresión perspicaz.

—Siento molestarla. La señora Rawlinson, ¿verdad?

—He dicho, ¿qué quiere, inspector?

El rostro de Morse debió revelar su asombro y la anciana le leyó el pensamiento.

—Ruthie me habló de usted.

—Oh, solo me preguntaba si…

—No, ella no está. ¡Entre! —dijo, haciendo girar la silla hábilmente con tal solo dos movimientos—. Y cierre la puerta.

Morse obedeció en silencio y recibió un manotazo cuando intentó ayudar a la mujer a atravesar la puerta del final del pasillo. Ella le ofreció una silla de la pulcramente amueblada sala de estar y luego se instaló frente a él, a menos de un metro y medio. Habiendo completado los prolegómenos, pasó de inmediato al ataque.

—¡Si tiene intención de embarcar a mi hija en un fin de semana pecaminoso vaya olvidándolo! Será mejor dejar las cosas claras desde el principio.

—Pero señora Raw…

Ella le hizo callar agitando peligrosamente el bastón delante de sus narices. (¡Vieja bruja agresiva!, pensó Morse).

—Desapruebo muchas cosas de la juventud actual, y me refiero a hombres jóvenes como usted. Especialmente a su intolerable falta de modales. Aunque algo bueno tienen. ¿Sabe lo que es?

—Mire, señora Raw…

La contera de goma pasó esta vez a ocho centímetros de su nariz y su voz se quebró nada más empezar la frase.

—Tienen el suficiente sentido común para practicar algo de sexo antes de casarse. ¿Está de acuerdo?

Morse asintió débilmente, dando a entender que estaba de acuerdo.

—Si va usted a vivir con alguien durante cincuenta años —sacudió la cabeza ante semejante perspectiva—, y no es que yo haya estado casada cincuenta años… —La estridente voz bajó ligeramente hasta adoptar un tono más melancólico, pero se recuperó al instante—. Bueno, a lo que iba. No puede usted quedársela. Yo la necesito y es mi hija. Tengo prioridad.

—Le aseguro, señora Rawlinson, que no tenía la menor intención de…

—Ha tenido otros hombres antes que usted, ¿sabe?

—No creo que sea nec…

—Era una chica preciosa, mi Ruthie. —Su voz había vuelto a aplacarse, pero su mirada no había perdido ese brillo astuto y calculador —. Pero ya no es ningún pimpollo.

Morse decidió que lo más inteligente sería contenerse. La vieja empezaba a chochear.

—¿Sabe cuál es su problema?

Durante un angustioso instante Morse pensó que iba a empezar a hablarle de hemorroides y olores corporales, pero ella guardó silencio esperando una respuesta.

Sí, él sabía muy bien cuál era el problema de Ruth Rawlinson. ¡Vaya si lo sabía! Su problema era que estaba obligada a ocuparse de esa vieja arpía día tras día.

—No —respondió—. Dígamelo usted.

Su boca se torció en una fea mueca.

—Me está mintiendo, inspector. Usted sabe cuál es su problema tan bien como yo.

Morse asintió.

—Tiene usted razón. Dudo que yo pudiera aguantarla mucho tiempo.

Ahora su sonrisa era sincera.

—Ya empieza a parecer el hombre que Ruthie me describió. (Después de todo puede que no esté tan chocha, pensó Morse).

—Vaya, a veces es usted tremenda.

—Siempre.

—¿Se habría casado Ruth de no ser por usted?

—Tuvo algunas oportunidades, aunque sus elecciones no me parecieron gran cosa.

—¿Oportunidades serias?

—Al menos una, sí.

—Bueno.

Morse hizo ademán de levantarse, pero permaneció donde estaba y ella siguió al ataque.

—¿Cómo era su madre?

—Buena y cariñosa. Pienso mucho en ella.

—Ruthie habría sido una buena madre.

—Todavía no es muy mayor, ¿verdad?

—Mañana cumple cuarenta y dos.

—Espero que le prepare una tarta —murmuró Morse.

—¿Cómo? —Sus ojos volvieron a echar chispas—. No lo acaba de entender, ¿verdad? ¿Cocinar? ¿Hornear? ¿Cómo iba a hacer nada de eso si ni siquiera puedo llegar hasta la puerta de casa?

—¿Lo ha intentado?

—Se está poniendo impertinente, inspector. Ya va siendo hora de que se marche. —Pero mientras Morse se ponía en pie ella se ablandó—. Oh, lo siento. Por favor, vuelva a sentarse. No tengo muchas visitas. No las merezco, ¿verdad?

—¿Su hija recibe muchas visitas?

—¿Por qué me pregunta eso? —Su voz volvió a tensarse.

—Era solo por conversar.

Morse ya había tenido suficiente de aquella anciana, pero su respuesta le clavó a la silla.

—Está pensando en Josephs, ¿verdad?

No, no estaba pensando en Josephs.

—Sí, así es —respondió, tan monótonamente como le permitió hacerlo su súbito nerviosismo.

—Él no era su tipo.

—Y estaba casado.

Ella resopló.

—¿Y eso qué tiene que ver? Solo porque usted sea soltero…

—¿Cómo lo sabe?

—Sé muchas cosas.

—¿Sabe quién mató a Josephs?

Ella negó con la cabeza.

—Tampoco sé quién mató a Lawson.

—Yo sí lo sé, señora Rawlinson. Se mató él mismo. Toda la información está en el resumen del forense. Es igual que en el críquet, ¿sabe? Si el árbitro dice que estás eliminado, estás eliminado, y al día siguiente se puede leer en el periódico.

—No me gusta el críquet.

—¿Le gustaba Josephs?

—No. Y tampoco me gustaba Lawson. Era un homosexual, ¿sabe?

—¿De veras? No sabía que hubiera ninguna condena judicial.

—Dudo que sea usted tan ingenuo como parece, inspector.

—No —respondió Morse—. No lo soy.

—Odio a los homosexuales. —Levantó amenazadoramente el bastón, sujetándolo con firmeza en sus manos fortalecidas tras años usando la silla de ruedas—. Yo misma los estrangularía a todos encantada.

—Y yo la incluiría encantado en la lista de sospechosos, señora Rawlinson, aunque me temo que no puedo. Verá, si alguien asesinó a Lawson, como usted está sugiriendo, ese alguien tuvo que haber subido a la torre de la iglesia.

—A menos que a Lawson lo mataran en la iglesia y alguien lo subiera después hasta allí.

Era una idea. Y Morse asintió lentamente, preguntándose por qué no se le había ocurrido a él esa posibilidad.

—Me temo que debo echarle ya a la calle, inspector. Es mi día de bridge y siempre dedico la mañana a practicar jugando algunas manos para entrar en calor.

Al menos ahora iba ganando todas las manos y Morse era consciente de ello.

Ruth estaba cerrando el candado de su bicicleta cuando desvió la mirada y vio a Morse en la puerta y a su madre sentada en lo alto de la escalera detrás de él.

—Hola —dijo Morse—. Siento no haberla encontrado en casa, pero he mantenido una agradable charla con su madre. Lo cierto es que vine a preguntarle si le gustaría salir conmigo mañana por la noche.

Con la cara pálida y el cabello despeinado de repente le pareció muy normal, y Morse se preguntó por qué había estado pensando tanto en ella.

—Es su cumpleaños, ¿verdad?

Ella asintió casi imperceptiblemente, algo desconcertada y dubitativa.

—Vamos —insistió Morse—. Su madre dice que le sentará bien. Le encanta la idea, de hecho, ¿verdad, señora Rawlinson? (Un tanto para Morse).

—Bueno, me… me encantaría, pero…

—¡Nada de peros, Ruthie! Como ha dicho el inspector, creo que te vendría muy bien.

—Entonces, la recogeré a las siete —dijo Morse.

Ruth cogió su bolsa de la compra y se detuvo junto a Morse en el umbral.

—Gracias, madre. Es muy amable de tu parte. —Y dirigiéndose a Morse—: Pero lo siento, no puedo aceptar su invitación. Ya me ha invitado otra persona.

La vida era extraña. Hacía tan solo unos segundos le había parecido una mujer corriente, y sin embargo ahora tenía la sensación de que le habían arrebatado la corona de las manos, por lo que Morse se resignó a pasar otro día anodino y solitario. Igual que Ruth, aunque él no lo supiera.

13

—¿Qué diablos quieres? —gruñó el inspector jefe Bell de la policía metropolitana.

Sus quince días de vacaciones en Málaga coincidiendo con una huelga de empleados de hotel no le habían devuelto a casa del mejor humor. Y los trabajos que había dejado gustosamente aparcados tampoco habían desaparecido por sí solos (como de costumbre). Pero conocía bien a Morse: eran viejos compañeros de batallas.

—¿Los burdeles españoles aún siguen haciendo el agosto?

—Fui con mi mujer, como si no lo supieras.

—Háblame de todo ese asunto del padre Lawson.

—Ni loco. El caso está cerrado y no tiene nada que ver contigo.

—¿Cómo están los chicos?

—Cabroncetes ingratos, no volveré a llevarlos.

—¿Y el caso Lawson está cerrado?

—A cal y canto.

—Pero no hará ningún daño…

—He perdido la llave.

—Todos los chiquillos son ingratos.

—Especialmente los míos.

—¿Dónde está el archivo?

—¿Qué quieres saber?

—Para empezar, quién mató a Josephs.

—Fue Lawson.

Morse parpadeó sorprendido.

—¿Lo dices en serio?

Bell asintió.

—El cuchillo que mató a Josephs era de Lawson. La mujer que limpiaba para él lo había visto varias veces sobre su escritorio en la vicaría.

—Pero Lawson no podía estar cerca de Josephs cuando… —Morse se calló de repente y Bell continuó.

—Josephs ya estaba casi muerto cuando le apuñalaron. Envenenamiento agudo con morfina, administrada, según dicen, en el altar del Señor. ¿Qué te parece eso, Morse? Josephs era sacristán y por tanto siempre el último en llegar al antealtar. Y acabó con algo pero que

muy raro en el estómago, ¿verdad? Entonces parece obvio que… —De repente Morse tuvo una extraña sensación de déjà vu y siguió escuchando solo a medias la explicación de Bell. No, no la de Bell sino la suya—: Aclarar los utensilios sagrados, secarlos y guardarlos en su sitio hasta la próxima vez. ¡Fácil! Pero ¿es prueba suficiente? No.

—Pero ¿cómo pudo Lawson…?

—Lawson está de pie en el altar esperando a que termine el último himno. Sabe que Josephs se dispondrá a contar la colecta en la sacristía como siempre, aunque esta vez espera encontrárselo inconsciente, probablemente muerto para cuando él llegue. Sin embargo, de repente Josephs grita pidiendo ayuda y Lawson echa a correr por el pasillo con su traje de hombre murciélago.

—Casulla —murmuró Morse.

—Y lo cubre con su comosellame. Mantiene a los demás, que no son muchos, alejados de la sacristía, envía a alguien a pedir ayuda y entonces, cuando está a solas, apuñala a Josephs en la espalda solo para asegurarse.

—Creía que habían robado la colecta.

Bell asintió.

—Uno de esos indigentes asistió a la misa. Lawson le había ayudado en más de una ocasión alojándole en la vicaría, regalándole trajes viejos, esa clase de cosas. De hecho, el tipo había estado arrodillado junto a Josephs en el antealtar.

—De modo que pudo haber puesto el veneno en el vino.

Bell meneó la cabeza.

—Deberías ir de vez en cuando a la iglesia, Morse. Si lo hubiera hecho Lawson, se habría envenenado igual que Josephs, pues el sacerdote debe terminar lo que queda del vino. Creo que tu cerebro empieza a acusar la edad.

—Pero alguien robó la colecta —replicó Morse, poco convencido.

—Oh, sí. Y estoy seguro de que fue ese tipo. Swan, o algo así, se llamaba. Sencillamente vio el dinero en la sacristía y se lo llevó.

—Creía haber entendido que Lawson no había dejado entrar a nadie.

—En principio, sí. Tuvo que hacerlo.

Morse parecía no creérselo, pero Bell continuó animado como si nada.

—Un hombre razonablemente educado, en todos los aspectos. Por supuesto, distribuimos su descripción, pero no hubo suerte. Todos esos tipos parecen cortados por el mismo patrón. No se afeitan ni se cortan el pelo. Y de todos modos si diéramos con él solo podríamos acusarlo de hurto. Dos o tres libras a lo sumo. Es imposible que hubiera más. Tiene gracia, la verdad. Pues de haber tenido ocasión de revisar los bolsillos de Josephs habría encontrado casi cien.

Morse silbó suavemente.

—Eso significa que tampoco Lawson pudo revisar sus bolsillos, ¿no te parece? Según tengo entendido, los curas no tienen muy buenos sueldos en estos tiempos, y dudo que Lawson nadara en la abundancia.

Bell sonrió.

—Lawson ya tuvo una suerte del demonio al poder asestarle una puñalada. Revisarle los bolsillos habría sido demasiado. Y de todos modos te equivocas. Lawson sí nadaba en la abundancia. Hasta pocas semanas antes de morir tenía treinta mil libras en su cuenta bancaria.

Esta vez Morse dejó escapar un sonoro y largo silbido.

—¿Hasta pocas semanas antes?

—Sí. Entonces sacó el dinero. Casi todo.

—¿Alguna idea del motivo?

—La verdad es que no.

—¿Qué te contó el director del banco?

—No tenía permitido contarme nada.

—¿Y qué sí te contó?

—Que Lawson le había dicho que pensaba hacer una donación anónima a alguna organización benéfica y por eso necesitaba el efectivo.

—¡Una maldita donación!

—Algunas personas son más generosas que otras, Morse.

—¿Y sacó el dinero antes o después de que Josephs fuera asesinado?

Por primera vez Bell pareció ligeramente incómodo.

—Antes.

Morse guardó silencio durante unos instantes. Las nuevas piezas no encajaban en absoluto.

—¿Qué motivo tenía Lawson para asesinar a Josephs?

—¿Chantaje, quizá?

—¿Josephs tenía algo contra él?

—Eso parece.

—¿Alguna idea?

—Corrían algunos rumores.

—¿Y bien?

—Yo prefiero los hechos.

—¿Lawson sobaba a los chiquillos del coro?

—Siempre tuviste un don para decir las cosas con la mayor delicadeza.

—Entonces, ¿cuáles son los hechos?

—Lawson había extendido un cheque a nombre de Josephs por valor de doscientas cincuenta libras dos semanas antes.

—Entiendo —respondió Morse—. ¿Qué más?

—Nada.

—¿Puedo ver los archivos?

—Por supuesto que no.

Morse pasó la hora siguiente en el despacho de Bell revisando los archivos.

Teniendo en cuenta el escaso personal disponible, la investigación sobre las muertes de Josephs y Lawson había sido razonablemente exhaustiva, aunque se sorprendió al no encontrar ninguna alusión a ciertos detalles que consideraba fundamentales. Habría sido interesante, por ejemplo, leer las declaraciones de todos los feligreses presentes en la iglesia cuando murió Josephs. Pero, al parecer, varios eran solo visitantes casuales (entre ellos dos turistas norteamericanos) y Lawson les había dicho muy inocentemente que quizá no fuera necesario que se quedaran. Comprensible, por supuesto, aunque bastante negligente e inapropiado. A menos… A menos, pensó Morse, que a Lawson no le conviniera que contaran a la policía lo que habían visto. A veces eran esos pequeños detalles los que importaban, esas pequeñas inconsistencias. De las declaraciones disponibles, todas ellas pulcramente redactadas y mecanografiadas, solo una llamó la atención de Morse: la única (debidamente firmada por la temblorosa mano de la señora Emily Walsh-Atkins) que daba cuenta de la identificación del cadáver de Lawson.

—¿Interrogaste tú a la anciana? —preguntó Morse, empujando sobre la mesa la declaración hacia Bell.

—No, no lo hice yo directamente.

Hasta entonces Bell había estado dos pasos por delante de él en todo momento, pero ahora Morse pensó que empezaba a ganar terreno y velocidad.

—Pero si está más ciega que un puñetero murciélago, ¿no lo sabías? ¿Qué clase de identificación pudo hacer? La conocí la otra noche y…

Bell levantó la vista lentamente del informe que había estado leyendo.

—¿Estás sugiriendo que el hombre que encontramos colgado de la verja no era Lawson?

—Lo que estoy sugiriendo, Bell, es que debías estar muy necesitado de testigos para depender de ella. Lo único que digo es que…

—Que está más ciega que un murciélago. Eso acabas de decir más o menos, Morse. Y, si mal no recuerdo, también fueron las palabras exactas de nuestro sargento Davies. Pero no seas demasiado duro con la pobre ancianita por querer participar en todo el tinglado. Debió ser lo más excitante que le ha pasado en la vida.

—Pero eso no significa que…

—¡Echa el freno, Morse! Solo necesitábamos una identificación para el juez de instrucción y una le presentamos, ¿no? Disponíamos de otro testigo y dudo que esté tan ciego como un murciélago. Y si lo está, le costará un triunfo tocar el Fa sostenido mayor en el órgano.

—Ah, ya entiendo.

Pero Morse no lo entendía. ¿Qué estaba haciendo Morris esa mañana en St. Frideswide? Ruth Rawlinson lo sabría, por supuesto. Ruth. ¡Ah! Hoy era su cumpleaños y se estaría emperifollando en esos momentos para una cita con algún patán libidinoso.

—¿Por qué estaba Morris allí esa mañana?

—Es un país libre, Morse. Puede que solo sintiera la necesidad de ir a la iglesia.

—¿Averiguasteis si estaba tocando el órgano?

—Lo cierto es que lo hice, sí. —Bell había recuperado por completo la confianza, algo que raras veces le había sucedido antes en compañía de Morse—. Estaba tocando el órgano.

Cuando Morse se marchó, Bell estuvo varios minutos mirando por la ventana del despacho. Morse era un tipo listo. Había estado a punto de ponérselo difícil con un par de sus preguntas. Pero ¿en qué caso no había algún que otro cabo suelto aquí y allá? Intentó cambiar de canal mentalmente, pero se sentía acalorado y sudoroso. Puede que hubiera cogido algún virus.

Ruth Rawlinson le había mentido a Morse. Bueno, no le había mentido exactamente. Tenía un compromiso la tarde de su cumpleaños, ¡aunque gracias a Dios no le quitaría mucho tiempo! ¿Y después? Después podría ver a Morse si él todavía estaba interesado en invitarla a salir.

A las tres de la tarde buscó algo nerviosa en la letra eme de la guía telefónica del área metropolitana y comprobó que solo había un Morse en Oxford: Morse, E. No sabía su nombre de pila y se preguntó de dónde vendría la e. Irracionalmente, al escuchar los primeros tonos de llamada deseó que no hubiera nadie en casa. Y después, mientras seguía esperando, rezó para que sí estuviera.

Pero nadie respondió.

14

Morse salió de la comisaría de policía de Oxford y caminó por Christ Church en dirección a Cornmarket. A su izquierda se fijó en que la entrada de la torre Carfax estaba abierta, y a su lado había una nota invitando a los turistas a subir y disfrutar de las vistas panorámicas de la ciudad. En lo alto de la torre pudo ver a cuatro o cinco personas de pie ante la línea del horizonte señalando algunos de los lugares más conocidos, y a un adolescente sentado sobre el parapeto con una de sus botas apoyada en la siguiente almena. Morse sintió una punzada de pánico en las tripas, bajó la mirada y siguió caminando. Se sumó a la pequeña cola para el autobús justo delante de Woolworth, pensando de nuevo en lo que acababa de leer. Las biografías de Josephs y Lawson, el informe sobre sus muertes y las subsiguientes investigaciones. Pero por el momento los filtros de su cerebro no habían conseguido cribar ninguna pepita de información valiosa, de modo que puso rumbo a St. Giles y alzó la vista hacia la torre de St. Frideswide. Por supuesto allí no había nadie. Pero ¡un momento! ¿Había estado alguien allí arriba recientemente? De repente se le ocurrió una idea curiosa. Pero no, no podía ser cierto. Había algo al respecto en el informe de Bell: «Cada mes de noviembre un grupo de voluntarios sube a recoger las hojas». Solo había sido una idea, nada más.

Un autobús de la línea de Banbury Road se detuvo en la parada y Morse se sentó en el piso de arriba. Al pasar St. Frideswide volvió a levantar la vista hacia la torre y trató de estimar su altura: ¿veinticinco, veintiocho metros? Más adelante los árboles de St. Giles tenían en la distancia ese verdor característico de las hojas que empiezan a brotar y, cuando el autobús se detuvo frente al Instituto Taylorian rozando algunas de sus ramas llenas de retoños, a Morse se le ocurrió algo. ¿Qué altura tendrían esos árboles? ¿Doce, quince metros? No mucho más, desde luego. De modo que, ateniéndose a las leyes de la gravedad, ¿era posible que las hojas otoñales lograran llegar danzando a merced del viento hasta lo alto de la torre de St. Frideswide? Había una respuesta muy simple y era que no. La brigada de limpieza del mes de noviembre no tenía ninguna necesidad de subir a lo alto de la torre principal. Casi con toda seguridad se limitarían a recoger las hojas de los tejados inferiores sobre la nave central y la capilla. Aun así aquella curiosa idea seguía coleando en su

mente, haciéndose cada vez más llamativa. Desde la muerte de Lawson, cuando sin duda los subordinados de Bell habrían estado allí haciendo inventario de cada hoja y cada fragmento de piedra, ¿había vuelto a subir alguien a lo alto de la torre?

Cuando el timbre de la parada de autobús se activó al llegar a la zona comercial de Summertown otro timbre empezó a sonar simultáneamente en la cabeza de Morse, y este se dejó llevar. En las notas de Bell[7] (al parecer la cosa iba de timbres) había alguna que otra mención a la debilidad de Josephs por apostar en las carreras de caballos, además de la inteligente sugerencia inicial (previa a la entrevista de Bell con el director del banco de Josephs) de que el origen de las aproximadamente cien libras encontradas en la cartera del fallecido podía ser muy simple: la oficina de apuestas de Summertown.

Morse abrió la puerta impetuosamente y se llevó una sorpresa nada más entrar. Aquel lugar se parecía más a una sucursal bancaria del Lloyds que a la imagen tradicional de una casa de apuestas. Ocupando toda la pared del fondo había un largo mostrador tras el cual dos mujeres se dedicaban a recibir dinero y sellar boletos de apuestas. Las otras tres paredes estaban cubiertas de páginas de periódicos con noticias de resultados y carreras, y ante ellas había sillas de plástico para que los clientes pudieran tanto sentarse a estudiar las guías informativas y meditar sus propias decisiones como dejarse llevar por las preferencias de los pronosticadores. Había unas quince personas allí, todos hombres, sentados o de pie y concentrados en las carreras que se estaban disputando, los pesos y los jinetes, y escuchando atentamente los altavoces que, cada pocos minutos, retransmitían en directo los últimos resultados de la competición. Morse se sentó y miró impávido una página del Sporting Chronicle. A su derecha, un chino elegantemente vestido giró la manivela de una pequeña máquina anclada a la pared y arrancó un boleto. Por el rabillo del ojo Morse alcanzó a ver exactamente lo que había escrito: «3.35 Newmarket – 20£ – Violinista ganador». ¡Uf! Seguro que la mayoría de los apostadores que había allí tendrían que contentarse con apostar unos modestos cincuenta peniques por barba. Giró la cabeza y vio al chino en el mostrador de pagos con cuatro crujientes billetes de cinco en la mano derecha, y observó a la chica detrás de la rejilla mientras aceptaba el tributo con la desabrida indiferencia de una deidad budista. Dos minutos después el altavoz volvió a despertar y sin el menor entusiasmo una voz impersonal anunció la salida; tras un periodo de silencio el locutor dio parte del orden de los competidores al llegar al indicador de los ochocientos metros; y, por último, anunció el ganador, el segundo y el tercer puesto (Violinista no estaba entre ellos). Para Morse, que de niño había escuchado las emocionantes y fervorosas retransmisiones de

Raymond Glendenning, todo aquello era extraordinariamente anodino, más parecido al monótono zumbido de un subastador vendiendo un Cezanne en Sotheby's.

El chino volvió a sentarse junto a Morse y empezó a romper su pequeño boleto amarillo con la exagerada delicadeza de un artista del origami.

—¿No ha habido suerte?

—No —respondió el chino, con una cortés inclinación de cabeza típicamente oriental.

—¿Suele tenerla?

—A veces.

De nuevo el hombre esbozó una media sonrisa e inclinó gentilmente la cabeza.

—¿Viene usted a menudo por aquí?

—A menudo, sí. —Y en respuesta a la expresión interrogante de Morse —: ¿Yo parezco hombre rico?

Morse aprovechó la oportunidad.

—Conocía a un hombre que venía casi todos los días, un hombre llamado Josephs. Solía llevar un traje marrón. De unos cincuenta años.

—¿Aquí ahora?

—No. Murió hace unos seis meses. Asesinado, pobre hombre.

—Ah, usted dice Haree. Pobre Haree, yo conocía. Hablamos a menudo. Asesinado, sí. Yo sentí mucho.

—He oído que solía ganar de vez en cuando apostando a los caballos. Aun así, algunos tienen más suerte que otros.

—Se equivoca. Haree muy mala suerte. Siempre casi a punto.

—¿Quiere decir que perdía mucho dinero?

El chino se encogió de hombros.

—Quizá él hombre rico.

Sus ojos entrecerrados miraron fijamente el anuncio de la carrera de las cuatro en Newmarket y extendió automáticamente la mano derecha hacia la manivela de la máquina de la pared.

Probablemente Josephs había estado perdiendo dinero de manera sistemática, y no la cantidad que uno espera poder recuperar gracias al subsidio de desempleo. Sin embargo, sacaba dinero de alguna parte, de algún modo.

Morse pensó en apostar algo al siguiente caballo del chino, pero por más que lo intentó esta vez no pudo ver bien el nombre, de modo que salió y caminó colina arriba, pensativo. Una pena. Minutos después de que Morse llegara a su casa, el chino estaba frente al mostrador de pagos con una sonrisa no especialmente inescrutable en los labios. Aún estaba lejos de dominar la sintaxis inglesa, pero quizá había acuñado un epitafio

apropiado para Harry Josephs con aquellos tres adverbios aparentemente inconexos: «Siempre casi a punto».

7 Bell significa «timbre» en inglés.

15

—No. Lo siento, inspector, no está. —Eran las siete y diez y a la señora Lewis no le hizo demasiada gracia que la interrumpieran mientras escuchaba Los Archer.[8] *Esperaba que Morse decidiera lo antes posible si iba a quedarse o a marcharse—. Ha ido a ver al Oxford, que juega esta noche.*

La lluvia no había cesado desde la hora del té y aún seguía tamborileando en los charcos de la entrada de los Lewis.

—Debe de estar loco —dijo Morse.

—Es por trabajar con usted, inspector. ¿Quiere entrar?

Morse meneó la cabeza y una gota de lluvia se deslizó desde su cabeza descubierta hasta la barbilla.

—Iré a ver si le encuentro.

—Debe de estar usted loco —murmuró la señora Lewis.

Morse condujo con cuidado bajo la lluvia hacia Headington, con los limpiaparabrisas bailando de un lado a otro constantemente, dibujando arcos perfectos sobre el chorreante cristal. ¡Eran esas malditas vacaciones lo que más le irritaba! Horas antes, esa tarde de martes, había estado sentado en su sillón, de nuevo en manos de un entumecedor letargo que se volvía más paralizante con cada minuto que pasaba. En el teatro Playhouse representaban una farsa de Joe Orton, calificada por los críticos como un clásico de la comedia. Ni hablar. El Moulin Rouge anunciaba a la ardiente Sandra Bergson como cabecilla de una salvaje banda de sensuales e insaciables chicas en Bienvenido al juego: sin duda un tráiler clasificado X promocionando una película para todos los públicos. Tampoco. Todas las opciones le disgustaban y momentáneamente incluso las mujeres le parecían infames. Justo entonces, de repente se había acordado del sargento Lewis.

No le costó aparcar el Lancia en Sandfield Road y poco después Morse empujaba uno de los rígidos tornos para entrar en el estadio de Manor Ground. En el lado este solo había unos pocos aguerridos espectadores embarrados y blandiendo sus chorreantes paraguas. Pero la terraza cubierta del lado oeste del estadio estaba abarrotada de chavales con bufandas naranjas y negras gritando «¡Ooox-ford!» y batiendo palmas, cuyo eco se escuchaba intermitentemente por todo el campo. Una deslumbrante hilera de focos se encendió de repente y el césped empapado

centelleó durante unos instantes como un mar de plata.

Un clamor ensordecedor recibió al equipo local cuando salió al campo bajo la lluvia con su camiseta amarilla y pantalón azul, y los jugadores empezaron a pasarse balones blancos que brillaban sobre la hierba igual que bolas de billar recién pulidas. Al darse la vuelta Morse vio a sus espaldas la tribuna principal, cubierta y casi vacía, y retrocedió hasta las puertas para comprar una entrada de acceso a la grada.

Al llegar al descanso el Oxford perdía por dos goles y, a pesar de las constantes miradas a su alrededor, Morse seguía sin encontrar a Lewis. Durante el primer tiempo, mientras el centro del campo y las dos porterías se convertían en zonas pantanosas dignas de una fotografía de la batalla de Passchendaele, los pensamientos de Morse apenas le habían dado tregua y una improbable, ilógica e intuitiva idea había empezado a abrirse paso en su mente, implacable como la barrena de un taladro. No podía dejar de pensar en la torre de St. Frideswide, y el hecho de que ni él mismo fuera incapaz de ver con claridad hacia dónde apuntaba aquella corazonada suya únicamente servía para hacerla más verosímil. Necesitaba encontrar a Lewis lo antes posible. De eso sí que no había duda.

Recibido con una cacofonía de silbidos y abucheos, el árbitro apareció de nuevo en el campo para revisar el estado del césped, con su camiseta negra y sus pantalones brillantes como un taje de buzo, y Morse miró el reloj sobre el gigantesco marcador del estadio: las ocho y veinte. ¿De veras merecía la pena seguir allí?

Una mano se posó con firmeza en su hombro desde atrás.

—Debe de haberse vuelto loco, señor.

Lewis saltó sobre el respaldo del asiento y se instaló al lado de su jefe.

Morse sintió una indescriptible felicidad.

—Escuche, Lewis. Necesito su ayuda. ¿Qué me dice?

—Cuando quiera, señor. Ya me conoce. ¿Pero no está usted de…?

—¿Cuando quiera?

Un velo de decepción nubló de repente la mirada de Lewis.

—¿No querrá decir ahora?

Sabía exactamente lo que Morse quería decir.

—Este partido ya está perdido de todos modos.

—Tuvimos algo de mala suerte durante el primer tiempo, ¿no cree?

—¿Tiene algún problema con las alturas? —preguntó Morse.

Igual que las calles de los alrededores del estadio de fútbol, St. Giles estaba relativamente vacía a esa hora de la noche, por lo que no tardaron en encontrar aparcamiento para los dos coches frente al St. John's College.

—¿Le apetece una hamburguesa, Lewis?

—No, señor. Mi mujer estará friendo patatas.

Morse sonrió satisfecho. Sentaba bien estar de nuevo en activo. Que Lewis volviera a recordarle sus patatas fritas. Incluso la lluvia había remitido. Morse levantó la cara e inspiró profundamente, ignorando las constantes preguntas de Lewis acerca de su misión nocturna.

El gran ventanal del oeste de St. Frideswide refulgió con una tenue luz amarilla y se escucharon notas de órgano procedentes del interior, apagadas y melancólicas.

—¿Vamos a la iglesia? —preguntó Lewis.

Por toda respuesta, Morse abrió el cerrojo de la puerta norte y ambos entraron. Inmediatamente a su izquierda había una estatua de la Virgen iluminada por círculos de velas, algunas diminutas y a punto de apagarse; otras gruesas y achaparradas, listas para aguantar toda la noche; y todas ellas proyectando su parpadeante y caleidoscópica luz sobre los serenos rasgos de la santa madre de Dios.

—A Coleridge le interesaban mucho las velas —dijo Morse.

Pero antes de que pudiera seguir ilustrando a Lewis en tan enigmática materia, una alta y sombría figura emergió de la oscuridad envuelta en una sotana negra.

—Me temo que el servicio ha terminado, caballeros.

—Eso es perfecto —respondió Morse—. Queremos subir a la torre.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

—¿Quién es usted? —preguntó Morse con brusquedad.

—Soy el sacristán —dijo el hombre alto— y me temo que es imposible que nadie suba a la torre.

Diez minutos después, con la llave y la linterna del sacristán y su advertencia de que el suelo era bastante irregular, Morse encaró el primer tramo de subida por una estrecha, empinada y accidentada escalera que ascendía por las entrañas de la torre en una exigua espiral. Con Lewis justo detrás, dirigió el haz de luz de la linterna hacia delante. Cada vez más ahogado a causa del esfuerzo y la aprensión, apretó los dientes y siguió caminando. Cincuenta y cinco, cincuenta y seis, cincuenta y siete… A la izquierda del escalón número sesenta y tres, junto a un estrecho ventanuco, Morse cerró los ojos acercándose aún más a la pared de su derecha. Y diez pasos más arriba, sin dejar de contar peldaños religiosamente, llegó a la inexorable conclusión de que subiría un escalón más, daría media vuelta, retrocedería hasta el principio e invitaría a Lewis a tomar una pinta en el Randolph. Un sudor frío empapaba su frente y las nociones de verticalidad y horizontalidad empezaban a confundirse en su cabeza, fundiéndose, deslizándose e inclinándose de un modo aterrador. En esos momentos solo deseaba una cosa: estar de pie en

tierra firme fuera de esa abominable torre y poder contemplar el bendito tráfico terrestre que circulaba por St. Giles. ¿Había dicho de pie? No, mejor sentado. Tumbado incluso, mientras todos los miembros de su cuerpo volvían a aferrarse a los sólidos e inmutables contornos de la tierra plana y acogedora.

—Aquí tiene, Lewis. Coja usted la linterna. Yo… Yo iré detrás de usted.

Lewis continuó avanzando delante con paso firme y seguro, subiendo de dos en dos los escalones de aquella espiral que se perdía en la oscuridad sin final aparente. Morse le siguió. Más arriba, sobre el campanario, otra ventana y otra vertiginosa vista del suelo, muy lejano. Haciendo acopio de fuerzas, Morse trató de pensar únicamente en dar un paso cada vez y todo su ser se concentró en la actividad puramente física de levantar una pierna después de la otra, como un enfermo aquejado de ataxia locomotriz.

—Aquí estamos al fin —dijo Lewis muy animado, enfocando la linterna hacia la puerta de escasa altura justo encima de ellos—. Este debe de ser el acceso al tejado.

La puerta no estaba cerrada con llave y Lewis salió dejando a Morse sentado en el umbral respirando penosamente, con la espalda contra el marco de la puerta y la frente sudorosa apoyada en ambas manos. Cuando por fin se atrevió a mirar a su alrededor, vio la albardilla teselada de la torre recortada contra el cielo nocturno y entonces, casi como un signo de fatalidad, vio las nubes negras desplazándose a gran velocidad frente a la luna pálida, que no tardó en desaparecer tras las nubes oscuras; la misma torre se inclinó y zozobró sobre ellos, su cabeza empezó a girar vertiginosamente, su vientre se contrajo de repente y, tras dos arcadas, no llegó a vomitar nada. Mientras trataba de recuperar el resuello, rezó para que Lewis no le hubiera escuchado.

El sargento miró hacia abajo desde el lado norte de la torre y contempló St. Giles flanqueada de árboles en toda su vasta extensión. Justo debajo de él, a unos veinticinco o veintiocho metros, supuso, distinguió apenas los afilados barrotes de la verja que rodeaba el pórtico norte, y más allá las tumbas débilmente iluminadas por la luna en el pequeño cementerio. Nada demasiado interesante. Enfocó la linterna hacia la torre. Cada uno de sus cuatro lados tenía entre nueve y once metros de alto. Un sumidero, que discurría a lo ancho de las dos paredes externas, y una estrecha pasarela de aproximadamente noventa centímetros de ancho mediaba entre esas paredes y el techo de plomo que se alzaba desde cada lado formando una pirámide de poca altura cuya cúspide de algo más de dos metros y medio de alto servía de soporte a un poste de madera sobre el cual reposaba una veleta ligeramente inclinada.

Caminó de nuevo hasta la puerta.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Sí, estoy bien. No tan bien como usted, pero eso es todo.

—Ahí sentado tendrá unas vistas espectaculares de St. Giles, señor.

—¿Ha encontrado algo?

Lewis meneó la cabeza.

—¿Lo revisó todo a su alrededor?

—No exactamente, no. Pero ¿por qué no me dice lo que se supone que estamos buscando? —Y al ver que Morse no decía nada—: ¿Está seguro de que se encuentra bien, señor?

—Vaya a ver si encuentra algo. Yo estaré bien enseguida.

—¿Qué le sucede, señor?

—¡Me dan miedo las malditas alturas, so idiota! —gruñó Morse.

Lewis no dijo nada más. Ya había trabajado antes muchas veces con Morse y por lo general encajaba sus exabruptos igual que solía afrontar en otro tiempo los temperamentales arrebatos de sus hijas adolescentes. No obstante, le dolió un poco.

Iluminó el lado sur de la torre con la linterna y avanzó lentamente. La estrecha pasarela estaba cubierta de excrementos de paloma y el sumidero de ese lado debía de estar bloqueado en algún punto, pues había más de cinco centímetros de agua acumulados en la esquina sureste. Lewis se sujetó en la parte exterior de la torre para intentar ver algo por el lado este, pero la piedra del parapeto se deshacía bajo sus manos y no le pareció seguro. Se apoyó con cuidado en la pendiente del tejado central y apuntó con la linterna a su alrededor.

—¡Jesucristo! —murmuró entre dientes.

Tendido en paralelo al muro este de la torre yacía el cuerpo de un hombre, aunque incluso entonces Lewis se dio cuenta de que lo único que permitía suponer que se trataba del cuerpo de un hombre era el traje empapado y hecho harapos con que estaba vestido el cadáver, y el cabello, que no parecía el de una mujer. Pero el rostro prácticamente había desaparecido dejando a la vista el espantoso cráneo, y sobre ese rostro casi inexistente se obligó Lewis a enfocar de nuevo la luz de la linterna. Dos veces en total, ni una más.

8 Radionovela de la BBC muy popular en el Reino Unido desde principios de los años cincuenta que aún se emite en la actualidad.

16

El día siguiente, a la hora de comer, Morse estaba sentado a solas en el Bulldog, justo delante de Christ Church, leyendo atentamente un ejemplar de la primera edición del Oxford Mail. Aunque el principal titular y tres columnas completas de la primera plana estaban dedicados a «La huelga y la escasez de piezas golpean a los trabajadores de Cowley», la noticia sobre el «Cuerpo encontrado en la torre de la iglesia» había sido lo bastante dramática como para ocupar una columna de la mitad inferior izquierda. Pero Morse no se molestó en leerla. Después de todo había estado sentado en el despacho de Bell dos horas antes mientras le transferían la llamada de uno de los corresponsales del Mail, y sus respuestas habían sido cautelosas ciñéndose estrictamente a los hechos: «No, no sabemos quién es el fallecido». «Sí, he dicho "el"». «¿Cómo? Sí. Hace bastante tiempo, sí». «No puedo responder a eso en este momento, no. Esta misma tarde realizarán la autopsia. Menudo titular para usted, ¿verdad? Esta tarde. Por la tarde. Post meridiem. p. m.». «No, no puedo decirle quién lo encontró». «Supongo que podría estar relacionado, sí». «No, eso es todo. Llame mañana, si quiere. Es posible que tenga más que contarle entonces». En aquel momento Morse había pensado que esa afirmación pecaba de excesivamente optimista, y lo mismo pensó ahora. Dio la vuelta a la página y leyó el titular deportivo: «El United fracasa estrepitosamente en casa». Pero tampoco leyó el artículo. La verdad era que estaba muy desconcertado y necesitaba tiempo para pensar.

No habían encontrado nada en los bolsillos del fallecido y la única información proporcionada por el traje gris oscuro, la ropa interior y la corbata azul claro fue, respectivamente, «Burton», «St. Michael» y «Munro Spun». El mismo Morse había rehusado ver lo que Bell denominó «una pegajosa y putrefacta masa», y había envidiado la alegre sangre fría del forense de la policía cuando declaró que quienquiera que fuera no era tan desagradable de ver como algunos de los cuerpos que solían sacar del agua en Gravesend. Una cosa estaba clara: identificar el cuerpo iba a ser una tarea complicada. Es decir, complicada para Bell. Y Bell no estaba del mejor humor cuando miró a Morse desde el otro lado de su escritorio y le dijo que debía tener alguna idea acerca de quién era el tipo. Después de todo había sido él quien había guiado a Lewis hasta el lugar exacto, ¿estaba equivocado? Y si estaba tan seguro de que iba a encontrar un

cadáver ¡tendría alguna idea sólida de quién era el muerto!

Pero Morse no la tenía. Así de simple. Una peculiar combinación de circunstancias había arrastrado sus pensamientos hasta la torre de St. Frideswide y (por mucho que Bell sospechara lo contrario) se había limitado a dejarse llevar por un poderoso instinto, tan fuerte que incluso había logrado imponerse a su acrofobia crónica. Pero él no esperaba encontrar allí ningún cadáver, ¿verdad? ¿O quizá sí? Cuando Lewis había avisado a gritos de su desagradable hallazgo desde lo alto, la mente de Morse había saltado de inmediato hasta la sombría figura del vagabundo y su miserablemente exigua recaudación robada del cepillo de la iglesia. Desde el principio había pensado que tendría que haber sido relativamente fácil para la policía encontrar a semejante personaje. Esa clase de personas debían de depender casi por completo de las organizaciones benéficas y la asistencia social, y generalmente eran bien conocidas por las autoridades allí donde iban. Sin embargo, la exhaustiva investigación no había dado ningún fruto. ¿No tendría que haber una respuesta muy simple para ello?

Morse pidió otra pinta y observó el vaso mientras la turbia sedimentación se iba aclarando lentamente. Y cuando volvió a sentarse también su cerebro se había aclarado un poco. No, no era el vagabundo a quien habían encontrado, Morse estaba seguro de eso. Lo dedujo por su ropa. En especial esa corbata azul claro. Azul claro. Cambridge, licenciados, profesores, Morris…

Bell seguía en su despacho.

—¿Qué fue de Paul Morris? —preguntó Morse.

—Se tiraba a la mujer de Josephs, casi seguro.

—¿No lo sabes?

Bell meneó la cabeza. Parecía cansado y algo demacrado.

—Lo intentamos, pero…

—¿Disteis con ella?

De nuevo Bell negó con la cabeza.

—No ahondamos demasiado por ese lado. Ya sabes cómo es. Con Morris dando clase en el mismo colegio que su hijo y…

—¿Su qué? ¡No me dijiste que Morris tenía un hijo!

Bell dejó escapar un largo suspiro.

—Morse, ¿qué quieres de mí? Me encontraste otro cuerpo la noche pasada y por ello te estoy profundamente agradecido. Lo sabes, ¿verdad? Eso dejará fuera de circulación a otra media docena de mis muchachos. Y por si fuera poco acaban de llamar para decirme que han pescado un cadáver del río en Folly Bridge y tenemos problemas con algunos okupas

en Jericho. —Sacó un pañuelo y soltó un fuerte estornudo—. Está gripe me tiene frito, ¿y tú quieres que persiga a un tipo que se veía regularmente con la mujer de Josephs mucho antes de que…?

—¿De veras? —dijo Morse—. ¿Y por qué no leí eso en el informe?

—¡Venga, hombre!

—Podría haber asesinado a Josephs. ¡Celos! El mejor móvil de todo el lote.

—Estaba sentado tocando el maldito órgano cuando… —Bell volvió a estornudar escandalosamente.

Morse se acomodó en la silla, muy satisfecho de sí mismo por alguna misteriosa razón.

—¿Todavía crees que era Lawson el que encontrasteis sobre la verja?

—Te lo dije Morse, tuvimos dos identificaciones a falta de una.

—Oh, sí. Lo recuerdo. Una de una anciana ciega y otra del hombre que huyó con Brenda Josephs, ¿verdad?

—¿Por qué no te vas a casa?

—¿Sabes? —dijo Morse, en tono apacible—, cuando termines con tus okupas será mejor que envíes un equipo a desenterrar el ataúd del buen párroco, porque me da la impresión, y es solo la impresión, de que quizá no encuentres en él al viejo Lawson.

El rostro de Morse se iluminó con una malévola sonrisa de satisfacción y él se levantó dispuesto a salir.

—Eso es una soberana idiotez.

—¿Lo es?

—Tampoco es tan fácil. —Ahora el que parecía estar disfrutando era Bell.

—¿No?

—No. Verás, le incineraron.

La noticia no pareció sorprender ni decepcionar demasiado a Morse.

—Una vez conocí a un sacerdote… —empezó a decir.

—¡Ah, vaya por Dios! —murmuró Bell.

—… al que le amputaron un pie durante la Primera Guerra Mundial. Quedó atrapado en un tanque y tuvieron que sacarle a toda prisa porque el trasto se había incendiado. De modo que dejaron allí su pie.

—Muy interesante.

—Era muy viejo cuando lo conocí —continuó Morse—. Ya tenía un pie en la tumba, como se suele decir.

Bell empujó su silla hacia atrás y también se levantó.

—Cuéntame la historia en otra ocasión.

—Un día estaba discutiendo sobre los respectivos méritos del enterramiento y la incineración, y al viejo le importaba un pimiento lo que hicieran con él, pues en cierto modo ya tenía un pie en cada campo.

Bell meneó lentamente la cabeza, desconcertado. ¿Qué diablos quería decir con eso?

—Por cierto —dijo Morse—, ¿cómo se llamaba el hijo de Paul Morris?

—Peter, creo. ¿Por qué?

Pero Morse se marchó sin acláraselo a Bell.

Por la tarde, post meridiem, p. m., había dicho Bell mientras hablaba con el periodista. Y mientras conducía el Lancia hacia Carfax las dos iniciales seguían repitiéndose una y otra vez en su cabeza: post mortem, post meridiem, primer ministro, Paul McCartney, policía militar, putrefacta masa, Perry Mason, parque móvil, Peter Morris… El semáforo estaba en rojo al final de Cornmarket, y mientras Morse esperaba a que cambiara, volvió a alzar la vista para contemplar la torre de St. Frideswide y el amplio ventanal del lado oeste de la iglesia que la noche anterior había visto iluminado en plena oscuridad cuando él y Lewis llegaron. Un repentino impulso le hizo doblar la esquina hacia la calle Beaumont y aparcó el coche delante del Randolph. Un empleado de uniforme fue hacia el inmediatamente.

—No puede dejar el coche aquí.

—Puedo dejar el maldito coche donde me dé la gana —le espetó Morse —. Y la próxima vez que te dirijas a mí, hijo, llámame «señor», ¿entendido?

El pórtico norte estaba cerrado y habían colgado un cartel: A CAUSA DE VARIOS ACTOS VANDÁLICOS GRATUITOS QUE HAN TENIDO LUGAR DURANTE LOS ÚLTIMOS MESES, LAMENTAMOS INFORMARLES DE QUE LA IGLESIA PERMANECERÁ CERRADA AL PÚBLICO DE 11 A. M. A 5 P. M. TODOS LOS DÍAS LABORABLES. *A Morse le habría gustado corregir toda la frase, pero se dio por contento tachando «A causa de» y escribiendo «Debido a».*

17

Morse llamó rápidamente a la puerta con el cartel de ADMINISTRACIÓN, *asomó la cabeza y saludó a la joven y atractiva secretaria de la escuela.*

—¿Puedo ayudarle, señor?

—¿Está el director?

—¿Le está esperando?

—Lo dudo —respondió Morse.

Atravesó la exigua oficina, llamó una vez a la puerta del despacho y entró.

Phillipson, el director de la Escuela Secundaria Roger Bacon, se mostró encantado de poder ayudar.

Al parecer, Paul Morris había sido un profesor de música de primera. Durante su corta estancia en la escuela había sido popular entre sus colegas profesores y entre los alumnos, y sus resultados en los exámenes del C. G. E. de los niveles básico y avanzado habían sido alentadoramente buenos. Todo el mundo había quedado desconcertado, por lo menos al principio, cuando desapareció de forma tan repentina sin decírselo a nadie; justo a la mitad del trimestre, además (Phillipson consultó su agenda del pasado año), el día 26 de octubre, un miércoles. Se había presentado con total normalidad por la mañana y, supuestamente, se había marchado a comer a casa, como hacía con frecuencia los miércoles. Y esa fue la última vez que le habían visto. Su hijo, Peter, había abandonado la escuela en cuanto acabó la jornada a las cuatro menos cuarto, y esa había sido también la última vez que le vieron. Al día siguiente varios miembros del profesorado habían comentado que ninguno los dos había acudido la escuela, y sin duda alguien habría ido a la residencia de los Morris de no ser por la llamada de la Policía Metropolitana de Oxford. Al parecer, algún vecino anónimo les había informado de que Morris y su hijo habían abandonado Kidlington para reunirse con una mujer («Imagino que ya sabrá todo esto, inspector»), una tal señora Josephs. El inspector Bell había ido personalmente a ver a Phillipson. Le había explicado que habían estado indagando, y durante los últimos meses varios vecinos de Morris habían visto aparcado en los alrededores en diversas ocasiones un coche que se correspondía con la descripción del Allegro de la señora Josephs. De hecho, la policía había averiguado gracias a otras fuentes que, con toda probabilidad, Morris y la

señora Josephs habían sido amantes durante un tiempo. En cualquier caso, Bell le había pedido a Phillipson que no diera demasiada importancia al asunto e inventara alguna historia para explicar la ausencia de Morris durante el resto del trimestre, la muerte de uno de sus padres o lo que creyera más conveniente. Y así lo había hecho Phillipson. Un sustituto temporal se había hecho cargo de las clases de Morris lo que restaba del primer trimestre del curso y en enero contrataron a una nueva profesora. La policía había visitado la casa que Morris había alquilado amueblada y, al parecer, se había llevado la mayoría de sus efectos personales, aunque por alguna razón había dejado allí un buen número de libros y un tocadiscos bastante caro. Y eso era todo en realidad. Desde entonces, Phillipson no había oído nada más sobre el asunto. Que él supiera, nadie había vuelto a hablar con Morris. Él tampoco se había puesto en contacto con la escuela para pedir referencias, y quizá, dadas las circunstancias, era improbable que lo hiciera.

Morse no interrumpió ni una sola vez a Phillipson y cuando al final dijo algo fue totalmente irrelevante.

—¿Tiene un poco de jerez en ese armario, señor director?

Diez minutos después Morse salió del despacho y se inclinó sobre el hombro de la joven secretaria.

—¿Me está preparando un cheque, señorita?

—Señora, señora Clarke.

Sacó un cheque amarillo del rodillo de la máquina de escribir, lo dejó bocabajo sobre el escritorio y miró a Morse con aire desafiante. Su falta de modales al llegar ya había sido irritante, pero esto era…

—Se pone muy bonita cuando se enfada, ¿lo sabía? —dijo Morse.

Phillipson la llamó a su despacho.

—Yo tengo que salir, señora Clarke. Acompañe al inspector jefe Morse a la clase de música de primero de bachillerato, ¿quiere? Y lave estos vasos cuando vuelva, por favor.

Con los labios apretados y las mejillas sonrojadas, la señora Clarke guio a Morse por los pasillos hasta la puerta del aula de música.

—Es aquí —dijo.

Morse se giró para mirarla y apoyó la mano derecha en su hombro con gran delicadeza, mirándola fijamente con sus ojos azules.

—Gracias, señora Clarke —dijo en tono apacible—. Siento terriblemente haberla enojado. Por favor, perdóneme.

Mientras la joven bajaba las escaleras, de repente se sintió de maravilla. ¡Qué tonta había sido!, pensó, y se sorprendió deseando que él volviera a hablarle de cualquier cosa. Y lo hizo.

—¿Cuándo suelen recoger sus cheques los profesores, señora Clarke?

—El último viernes de cada mes. Siempre los cubro el día antes.

—Entonces, no era lo que estaba haciendo ahora, ¿verdad?

—No. Mañana empiezan las vacaciones y estaba mecanografiando un cheque de gastos para el señor Phillipson, que tuvo una reunión ayer en Londres.

—No será de los que trampean con las dietas, ¿verdad?

Ella sonrió dulcemente.

—No, inspector. Es un hombre muy agradable.

—También usted es muy agradable —dijo Morse.

Ella se estaba ruborizando cuando volvió a darse la vuelta, y Morse sintió unos terribles celos del señor Clarke mientras contemplaba las piernas de la secretaria alejándose escaleras abajo. El último viernes del mes, había dicho. Eso habría sido el 28 de octubre, con lo cual Morris se habría marchado dos días antes de recibir su cheque. ¡Qué extraño!

Morse llamó a la puerta del aula de música y entró.

La señora Stewart se levantó al instante e hizo ademán de apagar el tocadiscos, pero Morse alzó la mano derecha indicándole que no lo hiciera y se sentó en una silla junto a la pared. El pequeño grupo de alumnos estaba escuchando el Réquiem de Fauré y, presa de un éxtasis casi instantáneo, Morse cerró los ojos y volvió a escuchar el etéreo movimiento del «In Paradisum»: aeternam habeas réquiem… «Que tengas el descanso eterno». Demasiado rápidamente las últimas notas se extinguieron en el silencio de la habitación, y a Morse se le ocurrió que de un tiempo a esta parte demasiada gente había tenido una dosis prematura y forzosa de descanso eterno. Por el momento el total era de tres, pero tenía la desagradable intuición de que pronto podrían ser cuatro.

Se presentó y explicó cuál era el motivo de su visita, y poco después observaba con atención a las siete chicas y los tres chicos que cursaban el primer año del nivel avanzado de música. Les hizo algunas preguntas sobre el señor Morris. Todos le habían conocido. Había varias cuestiones que era necesario aclarar y la policía no sabía adónde había ido. Quizá ellos supieran algo sobre el señor Morris que pudiera ser útil a la hora de desentrañar aquel pequeño misterio. Todos negaron con la cabeza y guardaron silencio. De modo que Morse les hizo otro montón de preguntas para las que recibió la misma respuesta: el silencio y la falta de colaboración. Al menos dos de las muchachas resultaban indudablemente decorativas, sobre todo una auténtica preciosidad sentada al fondo del aula cuyos ojos parecían irradiar hacia él los más profundos secretos de su alma. ¿La habría mirado Morris lujuriosamente alguna que otra vez? Seguro que sí.

En cualquier caso, era obvio que así no iba a llegar a ninguna parte, de modo que cambió abruptamente de táctica. Su objetivo fue un muchacho de cara pálida y pelo largo sentado en la primera fila.

—¿Conocías al señor Morris?

—¿Yo? —respondió el muchacho, tragando saliva—. Me dio clase dos cursos, señor.

—¿Cómo le llamabas?

—Bueno, yo le… Le llamaba «señor Morris».

El resto de sus compañeros se sonrieron con guasa en silencio, como si Morse fuera un idiota en potencia.

—¿No le llamabas de ninguna otra manera?

—No.

—¿Nunca le llamabas «señor», sin más?

—Claro, por supuesto. Pero…

—Creo que no te das cuenta de lo serio que es todo este asunto, muchacho. De modo que volveré a preguntártelo, ¿de acuerdo? ¿De qué otra manera le llamabas?

—No acabo de entender a qué se refiere.

—¿No tenía ningún apodo?

—Bueno, la mayoría de los profesores…

—¿Cuál era el suyo?

Fue otros de los chicos el que acudió al rescate.

—Algunos le llamábamos «don Elegante».

Morse miró hacia la nueva voz y asintió satisfecho.

—Sí. Eso he oído. ¿Y por qué crees que era?

Entonces intervino una de las chicas, de expresión seria y con un amplio hueco entre los dientes delanteros.

—Él fiempre veftía muy bien, feñor.

Las demás chicas empezaron a reírse nerviosamente y a parlotear entre ellas, dándose codazos.

—¿Alguna otra contribución?

El tercero de los chicos tomó el testigo ahora que la cosa se había puesto más fácil.

—Verá, señor, es que siempre llevaba traje. Y la mayoría de los profesores, bueno —más risitas—, ya sabe, la mayoría lleva barba. Los hombres, quiero decir. —Una gran carcajada de toda la clase—. Y vaqueros, jersey y todo eso. Pero el señor Morris siempre usaba traje y, en fin, iba… elegante.

—¿Qué clase de trajes llevaba?

—Bueno —respondió el mismo chico—, oscuros, ya sabe. Tipo fiesta. Y por eso le llamábamos «don Elegante», como le hemos dicho.

Sonó el timbre dando por concluida la clase y varios alumnos empezaron a recoger sus libros y carpetas.

—¿Y qué me decís de sus corbatas? —insistió Morse.

Pero el momento clave había pasado y el color de las corbatas de

Morris parecía haberse diluido en la memoria colectiva.

Mientras caminaba por el acceso de vehículos hasta su coche, Morse se preguntó si debía hablar con algún profesor. Sin embargo, no tenía mucho más a lo que aferrarse para continuar y decidió que sería mejor esperar hasta tener el informe del forense.

Acababa de arrancar el motor cuando una joven apareció junto a la ventanilla del conductor.

—Hola, preciosa —dijo Morse.

Era la chica del fondo de la clase, la chica con los ojos de radar, quien se inclinó ligeramente hacia delante y le habló.

—¿Recuerda que nos preguntó sobre las corbatas? Bueno, me he acordado de una corbata, señor. La llevaba a menudo. Era una corbata de color azul claro. A juego con los trajes que solía llevar.

Morse asintió con aire comprensivo.

—Eso me será de gran ayuda. Muchas gracias por contármelo.

Al levantar la mirada hacia ella se dio cuenta de lo alta que era. Resultaba curioso que todas parecieran casi de la misma altura estando sentadas, como si la estatura no dependiera tanto de la distancia entre el trasero y los hombros como de la longitud de las piernas; la longitud de unas piernas muy bonitas en este caso.

—¿Conocías bien al señor Morris?

—No, la verdad es que no.

—¿Cómo te llamas?

—Carole, Carole Jones.

—Bien. Gracias, Carole. Y que tengas un buen día.

Carole regresó pensativa a la entrada principal y siguió caminando hacia su siguiente clase. Se preguntó por qué tan a menudo se sentía atraída por hombres mayores. Hombres como ese inspector, como el señor Morris. Recordó la vez que habían estado sentados en su coche. Cuando él le había acariciado suavemente los pechos y ella le había abierto con delicadeza los botones de la camisa con la mano izquierda, bajo la corbata azul claro que llevaba ese día. La vez que él la había invitado a ir a su casa y más tarde, al abrirle la puerta cuando llamó, le había dicho que acababa de llegar un visitante inesperado y que volvería a llamarla muy pronto.

Pero nunca lo había hecho.

18

A la mañana siguiente, Morse aún dormía cuando el teléfono sonó a su lado en la mesita de noche. Era el superintendente Strange de la comisaría del Valle del Támesis.

—Acabo de recibir una llamada de la policía metropolitana, Morse. ¿Sigue usted en la cama?

—No, no —dijo Morse—. Estoy decorando el cuarto de baño, señor.

—Creía que estaba de vacaciones.

—Un hombre tiene que sacar el mayor partido posible de su tiempo libre, ¿no le parece?

—¿Trepando a los tejados de las iglesias en plena noche? ¿A eso se refiere?

—Se ha enterado.

—También me he enterado de otras cosas, Morse. Bell ha pillado la gripe. Y puesto que usted ya parece haberse hecho cargo del caso me preguntaba si querría hacerlo, digamos, oficialmente.

Morse se incorporó de repente en la cama.

—Eso son buenas noticias, señor. ¿Cuándo?

—Ya mismo. Será mejor que trabaje desde St. Aldates. Todo el material está allí y puede usted instalarse en el despacho de Bell.

—¿Puedo llamar a Lewis?

—Pensaba que ya lo había hecho.

El rostro de Morse se iluminó de alegría.

—Gracias, señor. Me pondré algo de ropa y…

—¿Estaba decorando en pijama, Morse?

—No. Ya me conoce, señor. A quien madruga…

—Dios le ayuda, eso dicen. Y no sería malo para la moral que llegara usted al fondo de todo esto, ¿no cree? Así que ¿por qué no se levanta de la cama de una vez?

Cinco minutos después Morse había llamado a Lewis para contarle las buenas noticias.

—¿Qué pensaba hacer hoy, viejo amigo?

—Es mi día libre, señor. Voy a llevar a mi mujer a…

—¿Iba a llevarla?

Lewis no pasó por alto el cambio en el tiempo verbal y escuchó animadamente sus instrucciones. Llevaba tiempo temiendo otra visita a

casa de su anciana suegra.

El Lancia solo tardó una hora y media en recorrer los ciento treinta y pico kilómetros hasta Stamford, en Licolnshire, donde había vivido el clan Lawson durante varias generaciones. El velocímetro había superado varias veces los ciento treinta y cinco kilómetros por hora mientras dejaban atrás Brackley, Silverston y Towcester, antes de rodear Northampton y cambiar de dirección atravesando Kettering para contemplar al fin desde lo alto la ciudad de Stamford, con sus edificios de piedra gris a juego con los chapiteles y torres de sus numerosas y antiguas iglesias. Durante el camino Morse había resumido alegre todos los datos conocidos acerca de los asesinatos de St. Frideswide. Pero el cielo había ido adquiriendo un plomizo color gris y la visión de los miles de olmos muertos a lo largo de las carreteras de Northamptonshire le hizo volver de un modo un tanto abrupto a la sombría realidad.

—Dicen que esos árboles se suicidan —se aventuró a comentar Lewis en un momento dado—. Al parecer segregan una especie de sustancia para intentar…

—No siempre es fácil distinguir el suicidio del asesinato —murmuró Morse.

Entrada la tarde los dos hombres habían reunido una nada desdeñable cantidad de información acerca del difunto y, al parecer, poco llorado Lionel Lawson. Había habido dos hermanos Lawson, Lionel Peter y Philip Edward, este último dieciocho meses más joven. Ambos habían obtenido becas para asistir a una escuela privada a unos quince kilómetros de Stamford, en la que ambos eran alumnos internos entre semana, y pasaban los sábados y domingos durante el curso con sus padres, que regentaban un pequeño negocio local especializado en la restauración de edificios antiguos. Académicamente los dos chicos eran más que competentes, siendo Philip el más capaz en potencia, aunque también el más perezoso y menos ambicioso. Después de terminar la escuela ambos habían pasado dieciocho meses haciendo el servicio militar; y fue durante este periodo cuando Lionel, siempre el más serio de los dos, había conocido a un sacerdote cantor de salmos especialmente persuasivo y se había convencido de que su vocación estaba en la iglesia. Después de licenciarse había estudiado duro por su cuenta durante un año antes de conseguir ser aceptado en Cambridge como lector de teología. Durante este periodo Philip había trabajado para su padre unos pocos años, aunque al parecer sin demasiado entusiasmo, y finalmente había

abandonado el hogar y visitaba a sus padres de forma ocasional, pero sin ningún propósito en la vida, sin trabajo y con escasas perspectivas de encontrar cualquiera de las dos cosas. Hacía cinco años el señor Lawson padre y su esposa habían fallecido en la colisión aérea de Zagreb durante unas vacaciones en el sur de Yugoslavia. Como consecuencia el negocio familiar había sido vendido y cada uno de los hijos había heredado unas cincuenta mil libras netas.

Durante la mayor parte del día Morse y Lewis habían trabajado por separado, siguiendo distintas líneas de investigación; y solo durante la última visita (al exdirector de la escuela privada de los dos jóvenes Lawson) habían vuelto a reunirse.

El doctor Meyer hablaba como un viejo director de escuela, con un discurso rotundo, repleto de latinajos y aparentemente temeroso de cualquier imprecisión.

—Era un chico inteligente, el joven Philip. Con un mínimo de dedicación y perseverancia, ¿quién sabe adónde habría llegado?

—¿Tiene alguna idea de dónde podría estar actualmente?

El anciano negó con la cabeza.

—Sin embargo, Lionel era harina de otro costal. Trabajaba como un poseso (aunque siempre ha sido un misterio para mí por qué se les atribuye a los posesos esa proverbial reputación de diligencia y laboriosidad). Siempre ambicionó obtener una beca para Oxford, pero…

De repente guardó silencio, como si su memoria no pudiera llevarle más lejos por esa senda del recuerdo. Pero Morse estaba decidido a seguir empujándole algunos árboles más allá.

—¿Cuánto tiempo tardó Lionel en acabar el bachillerato?

—Tres años, creo recordar. Sí, eso es. Obtuvo el Certificado Escolar Superior al final de su segundo año y lo hizo sin dificultad. Justo después hizo el examen de ingreso en Oxford, en el primer trimestre, aunque yo no tenía demasiadas esperanzas de que fuera a aprobar. Su mente no era… No era un joven excepcionalmente brillante. Por supuesto, me escribieron sobre él. Decían que no podían ofrecerle una plaza, aunque era evidente que el muchacho se había esforzado. Le recomendaron repetir el último año de bachillerato y volver a intentarlo después.

—Se llevaría una gran decepción.

El anciano miró astutamente a Morse y volvió a encender su pipa antes de responder.

—¿Usted qué cree, inspector?

Morse se encogió de hombros, como si la cuestión no tuviera demasiada importancia.

—Usted dijo que era ambicioso, por eso lo digo.

—Sí —respondió el viejo lentamente.

—De modo que repitió el último curso.

—Sí.

Lewis cambió de postura en su silla visiblemente incómodo. A ese ritmo no llegarían a casa antes de medianoche. Era como si Morse y Meyer estuvieran frente a una mesa de billar golpeando las bolas sin arriesgar. Su turno, Morse.

—¿Volvió a presentarse al Certificado Superior?

Meyer asintió.

—No lo hizo tan bien como el año anterior, si mal no recuerdo. Pero eso no es infrecuente.

—¿Quiere decir que estaba más preocupado por preparar su acceso a Oxford?

—Probablemente esa fue la razón.

—Pero no logró entrar en Oxford.

—Eh, no.

Algo había desconcertado a Morse y Lewis lo notó. ¿Estaba pensando en algo? Al parecer no. Morse se había levantado y se estaba poniendo el abrigo.

—¿No puede contarnos nada más sobre él?

Meyer meneó la cabeza y se dispuso a acompañar a sus visitantes hasta la puerta. Era un hombre de baja estatura y ya hacía tiempo que había dejado atrás los ochenta años. Sin embargo, su porte aún irradiaba autoridad y a Lewis le resultó fácil entender (algo que había oído horas antes) que Meyer hubiera sido capaz de gobernar su escuela con mano de hierro y que sus alumnos y su claustro temblaran al verle.

—¿Nada en absoluto? —insistió Morse cuando se detuvieron en la puerta.

—No hay nada más que pueda contarle, no.

¿Había detectado más énfasis de lo esperable en ese «pueda»? Lewis no estaba seguro. Estaba perdido, como solía ocurrirle.

Durante la primera parte del viaje de regreso Morse parecía absorto en sus pensamientos. Cuando finalmente dijo algo, Lewis no tuvo más remedio que seguir preguntándose en qué diablos había estado pensando.

—¿Qué día exactamente abandonó la escuela Lionel?

Lewis revisó su cuaderno de notas.

—El 8 de noviembre.

—Mmm —Morse asintió lentamente—. Avíseme cuando vea una cabina telefónica.

Cuando diez minutos después Morse volvió al coche, Lewis se dio cuenta de que parecía muy satisfecho de sí mismo.

—¿Piensa contármelo esta vez?

—¡Por supuesto! —Morse miró de soslayo a su compañero, que permanecía ligeramente sorprendido—. Somos compañeros, ¿no? Hacemos las cosas juntos, usted y yo. O «vos y yo», como sin duda le gustaría decir al viejo Meyer. Verá, el joven Lionel Lawson era un empollón ambicioso, ¿verdad? El Todopoderoso no le había proporcionado todo el armamento intelectual necesario, pero él lo compensaba a base de trabajo duro. Lo que más desea en el mundo es ingresar en Oxford. ¿Y por qué no? Es una digna ambición. Recapitulemos entonces sobre el señorito Lionel. Lo intenta una vez, y fracasa. Pero es obstinado y dedica un año más. Otro año entre libros y demás, y sus profesores le ayudan en todo momento a prepararse para la prueba de acceso. No creo que le preocupe demasiado no salir del todo bien parado de los demás exámenes ese verano, ya que ha puesto sus miras en objetivos más altos. Recuerde que ya ha cursado tres años de bachillerato y vuelve en el trimestre de otoño porque es en entonces cuando se llevan a cabo por lo general todas las pruebas de acceso. Está completamente preparado para el último tramo de la carrera. ¿Estamos de acuerdo?

—Pero no lo logró.

—No, tiene razón. Sin embargo, no suspendió el examen de acceso, Lewis, y eso es lo más interesante de todo. Lionel Lawson, como usted mismo acaba de recordarme, dejó la escuela el 8 de noviembre. Y le diré algo más. Ese año las pruebas de acceso se realizaron la primera semana de diciembre. Acabo de llamar al registro en Oxford. Y Lionel Lawson no se presentó.

—Quizá cambió de opinión en el último momento.

—¡O quizá alguien lo hizo por él!

Una tenue luz se encendió en la oscuridad de la mente de Lewis.

—¿Quiere decir que fue expulsado?

—Básicamente, eso creo. Y por eso el viejo Meyer se mostró tan reservado. Sabía mucho más de lo que estaba preparado para contarnos.

—Pero no tenemos pruebas.

—¿Pruebas? No, no las tenemos. Pero en este trabajo es necesario usar un poco la imaginación, Lewis, ¿no le parece? Entonces, usémosla. Dígame. ¿Por qué suelen ser expulsados los chicos de las escuelas privadas?

—¿Drogas?

—En esa época no tenían drogas.

—No lo sé, señor. Yo no fui a una escuela privada y me perdí todo el latín y el griego. Ya bastantes problemas nos daban las tres erres.[9]

—No son las tres erres lo que nos preocupa, Lewis, sino otras tres letras.

¡La a de acoso, la p de palizas y la s de sodomía! Y por lo que sabemos de él, Lionel Lawson era un muchacho tranquilo y con buen comportamiento, así que dudo que lo expulsaran por abusón o por andar repartiendo palos. ¿Qué le parece?

Lewis sacudió la cabeza, apesadumbrado. Ya había oído antes esa clase de cosas.

—Pero no puede, no se pueden inventar cosas así sobre la marcha, señor. ¡No es justo!

—Como quiera —dijo Morse encogiéndose de hombros, y la aguja del velocímetro no tardó en rozar los ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora mientras el Lancia dejaba atrás Northampton por la circunvalación este.

9 En el sistema educativo británico las tres erres (The three Rs) aluden a las tres competencias básicas que se enseñan en las escuelas: la lectura, la escritura y la aritmética, es decir, reading, writing y arithmetic, pronunciado generalmente como «riding, 'riting, and 'rithmetic». Al parecer la frase procede del siglo XIX.

19

De nuevo en Oxford, a las cuatro y media de esa misma tarde, dos hombres caminaban lentamente por la calle Queen procedentes de Carfax. El mayor, y ligeramente más alto de los dos, con una barba gris de varios días cubriendo su cara larga e inexpresiva, iba vestido con un viejo traje azul de raya diplomática bastante holgado, lo que resaltaba su notoria delgadez. En la mano derecha llevaba una botella de sidra Woodpecker. El más joven, desaseado y con barba, tendría entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años, y llevaba un largo abrigo del ejército abotonado hasta el cuello sin las insignias (perdidas o arrancadas). En sus manos no había nada.

En Bonn Square giraron hacia el círculo de hierba que rodea el cenotafio de piedra y se sentaron en un banco pintado de verde bajo uno de los grandes árboles que bordean el pequeño parque. Junto al banco había una papelera metálica de rejilla, de la que el hombre más joven sacó un ejemplar del Oxford Mail del día anterior. El mayor desenroscó el tapón del licor con teatral determinación y, después de beber un pequeño sorbo de su contenido, limpió la boca de la botella con la manga de la chaqueta antes de pasársela al otro.

—¿Hay algo interesante en el periódico?

—Qué va.

Los transeúntes circulaban constantemente arriba y abajo por la zona peatonal frente al parque, muchos de ellos por el pasaje comercial cubierto, entre el beis claro de la fachada de ladrillo del edificio Selfridges y la piedra apagada de la biblioteca pública. Algunas miradas se detenían momentáneamente en las únicas dos figuras sentadas en los bancos del parque; miradas carentes de piedad, interés o preocupación. Las luces se encendieron de repente en los bloques de pisos de los alrededores anunciando el inminente anochecer.

—Déjame echar un vistazo cuando acabes —dijo el mayor de los dos hombres, e inmediatamente el otro se lo dio sin hacer ningún comentario.

También la botella cambiaba de manos de cuando en cuando, casi rítmicamente, y ninguno de los dos bebía más de un sorbo cada vez.

—De esto hablaban antes en el albergue.

El mayor señalaba con un dedo mugriento y delgado un artículo de primera plana, pero su compañero no dijo nada, con la mirada perdida en

los adoquines.

—Han encontrado a un tipo en lo alto de la torre, justo delante de… —Pero no fue capaz de recordar qué había justo delante, y su voz fue bajando de tono mientras leía el resto del artículo—. Pobre cabrón —comentó, finalmente.

—Somos todos unos pobres cabrones —respondió el otro.

No tenía costumbre de compartir sus pensamientos tan abiertamente, y sin decir nada más se encogió dentro del abrigo, sacó unas briznas de tabaco de uno de los grandes bolsillos y empezó a liarse un cigarrillo.

—Puede que tú no estuvieras por aquí entonces, pero asesinaron allí a un hombre el pasado, ¿cuándo fue? El pasado… ¡ay, mi memoria se va al cuerno! En fin, unos días después el cura de allí ¡se tiró desde la maldita torre! Da que pensar.

Pero era evidente que al hombre más joven todo aquello no le interesaba lo más mínimo. Lamió el papel de liar blanco de izquierda a derecha, repitió el proceso y se colocó entre los labios el cilindro ligeramente deforme.

—¿Cómo se llamaba? ¡Dios! Cuando uno se hace viejo la memoria se le va al garete. ¿Cómo se llamaba? —Limpió de nuevo la boca de la botella y volvió a pasarla—. El tipo del que te hablo conocía al cura de allí. A ver si me acuerdo. Tenía algún parentesco o algo con él. A veces incluso dormía en la vicaría. ¿Cómo se llamaba? ¿No le recuerdas?

—Qué va. Yo no estaba aquí entonces, ¿verdad?

—Solía ir a misa. ¡Uf! —Meneó la cabeza como si le costara aceptar tan extraño comportamiento—. ¿Alguna vez vas a la iglesia?

—¿Yo? Qué va.

—¿Ni siquiera cuando eras un crío?

—No.

Un hombre elegantemente vestido, con maletín y paraguas, pasó a su lado procedente de la estación de ferrocarril.

—¿Tiene un par de chelines para una taza de té, señor?

Era una frase bastante larga tratándose del hombre más joven, pero podría haberse ahorrado el esfuerzo.

—No le he visto últimamente por aquí —continuó el otro—. Pensándolo bien, no he vuelto a verle desde que el sacerdote se tiró de… ¿Tú estabas cuando la policía vino al albergue?

El hombre mayor tosió violentamente y con un profundo estertor procedente de su pecho escupió en suelo una flema espesa y amarillenta. Se sintió enfermo y cansado de repente, y su mente retrocedió a trompicones hasta su hogar y a las esperanzas de sus primeros años.

—¡Pásame el periódico! —dijo su compañero.

Juntando los labios finos y violáceos el mayor empezó a silbar

suavemente The Old Folks at Home, deleitándose en la melodía como un hombre cuyo único y más preciado placer era aquel estado de sensiblera ebriedad.

—Bajaaando por el… —de repente se detuvo— el Swan… el Swaaanpole. ¡Así se llamaba! ¡Un nombre curioso! Recuerdo que solíamos llamarle Swanny. ¿Le conocías?

—Qué va. —El hombre más joven dobló con esmero el Oxford Mail y se lo guardó bajo el abrigo a la altura del pecho—. Deberías tener cuidado con esa tos —añadió, dejándose llevar por otro insólito arrebato de verbosidad, y el mayor volvió a toser desagradablemente y se puso de pie.

—Creo que iré tirando. ¿Vienes?

—No.

La botella ya estaba vacía, pero el hombre que permaneció sentado en el banco tenía dinero en los bolsillos, y puede que durante un instante apareciera un destello de mezquina satisfacción en sus ojos. Pero esos ojos estaban protegidos por unas incongruentes gafas de sol y él parecía estar mirando en dirección opuesta al viejo, que se alejaba con paso vacilante arrastrando los pies.

Ahora hacía más frío, pero el hombre del banco se estaba acostumbrando poco a poco. Fue lo primero que había descubierto. Pasado un tiempo aprendes a olvidarte del frío que sientes: lo aceptas y el mero hecho de hacerlo crea una inesperada capa aislante a tu alrededor. Exceptuando los pies. Sí, exceptuando los pies. Se levantó y caminó sobre la hierba hasta detenerse ante las inscripciones del obelisco de piedra. Entre los nombres de los cornetas y reclutas cuyas hazañas se conmemoraban reparó en el extraño apellido de un joven fallecido a manos de las tropas amotinadas en Uganda en 1897: el apellido era Death.[10]

10 ***Muerte.***

El viernes de esa misma semana a las cuatro y media de la tarde Ruth Rawlinson empujó su bicicleta por el estrecho pasaje y la apoyó en un costado del cortacésped al llegar al atestado cobertizo del jardín. Pronto tendría que volver a ordenarlo. Sacó una bolsa blanca reutilizable de supermercado del cesto de la bici y rodeó la casa hasta la puerta delantera. El Oxford Mail estaba en el buzón y lo sacó sin hacer ruido.

Hoy no había mucho, pero el asunto seguía en primera plana:

CADÁVER
AÚN SIN IDENTIFICAR

La policía todavía no ha encontrado ningún dato concluyente para la identificación del cuerpo encontrado en lo alto de la torre de la iglesia de St. Frideswide. El inspector jefe Morse repitió hoy que el fallecido probablemente era un varón al final de la treintena, y reveló que llevaba un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata azul claro. Se solicita a cualquier persona que pueda tener alguna información concerniente al caso que contacte con la comisaría de policía de St. Aldates, Oxford 49881. Hasta el momento la investigación no ha establecido ninguna relación directa entre esta muerte y el asesinato sin resolver del señor Harry Josephs en la misma iglesia el pasado año.

Ruth sintió un ligero escalofrío mientras leía el artículo. «Cualquier persona que pueda tener…». ¡Cielo santo! Ella tenía información más que de sobra, ¿no? Demasiada información. Y todo lo que sabía empezaba a pesar más que nunca sobre su conciencia. ¿Y Morse era ahora el responsable del caso?

Al introducir la llave en la cerradura Ruth tomó conciencia (una vez más) de lo asquerosamente predecible que sería el diálogo de los próximos minutos.

—¿Eres tú, Ruthie querida?

¿Quién iba a ser si no, vieja bruja estúpida?

—Sí, madre.

—¿Ya llegó el periódico?

Ya sabes que sí. Con ese oído tan fino no se te escapa ni un ruido.

—Sí, madre.

—Tráetelo, querida.

Ruth dejó la pesada bolsa en la mesa de la cocina, colocó el impermeable sobre el respaldo de una silla y caminó hacia el salón, se inclinó para besar suavemente una de las heladas mejillas de su madre, dejó el periódico en su regazo y aumentó la potencia de la estufa de gas.

—Nunca tienes esto lo bastante fuerte, madre. Esta semana ha hecho mucho más frío y debes guardar calor.

—Hemos de tener cuidado con las facturas, querida.

¡No empieces otra vez con eso! Ruth hizo acopio de todas sus reservas de paciencia y contención filial.

—¿Ya has terminado el libro?

—Sí, querida. Muy ingenioso —dijo, aunque estaba muy concentrada en el periódico—. ¿Se sabe algo más del asesinato?

—No lo sé. De todos modos, no está claro que fuera un asesinato.

—No seas ingenua, querida.

Ahora estaba inmersa en el artículo, que parecía leer con enfermiza satisfacción.

—Ese hombre que estuvo aquí, Ruthie. Le han puesto al frente de la investigación.

—Ah, ¿sí?

—Sabe mucho más de lo que da a entender, recuerda lo que te digo.

—¿Tú crees?

La anciana sonrió astutamente en su silla.

—Aún te quedan por aprender unas cuantas cosas de tu anciana madre, ¿sabes?

—¿Cómo qué?

—¿Recuerdas aquel vagabundo que asesinó a Harry Josephs?

—¿Quién ha dicho que asesinó a…?

—No hay por qué enfadarse, querida. Sabes que te interesa tanto como a mí. Sé que aún conservas todos esos recortes de prensa.

¡La vieja bruja cotilla!

—Madre, no vuelvas a revolver mi bolso. Ya te lo he dicho. Un día de estos…

—¿Encontraré algo que no debería? ¿Es eso?

Ruth miró coléricamente la base azulada de la llama en el fogón de gas y contó hasta diez. Algunos días sentía que sería incapaz de articular una sola palabra más.

—Bueno, pues es él —dijo la madre.

—¿Cómo?

—El hombre de la torre, querida. Es el vagabundo.

—Iba demasiado elegante para ser un vagabundo, ¿no crees, madre?

Camisa blanca y una…

—¿No decías que no habías leído el periódico, querida? —dijo en tono inocente.

Ruth respiró profundamente.

—Solo pensé que preferirías leerlo tú misma, eso es todo.

—Empiezas a contarme demasiadas mentirijillas, Ruthie, y tienes que parar.

Ruth la miró hoscamente. ¿Qué pretendía decir? Su madre no podía saber nada de eso.

—Pero ¿qué despropósito es ese, madre?

—¿Así que no crees que sea el vagabundo?

—Un vagabundo no llevaría esa clase de ropa.

—La gente se puede cambiar de ropa, ¿no crees?

—Has estado leyendo demasiadas historias de detectives.

—Podrías matar a alguien y cambiarle la ropa después.

—Por supuesto que no. —Ruth volvió a mirar fijamente a su madre—. Al menos no creo que sea tan fácil. Cualquiera que te oiga pensaría que es como vestir a una muñeca o algo por el estilo.

—Sería difícil, querida, lo sé. Pero la vida está llena de dificultades, ¿o no? No es imposible, solo pretendía decir eso.

—He traído dos suculentos filetes del supermercado. Podemos prepararlos con patatas fritas.

—Podrías cambiar de ropa a un hombre antes de matarlo.

—¿Qué? ¡No digas bobadas! No se identifica a un cadáver por su ropa sino por su rostro y esa clase de cosas. No se puede cambiar…

—¿Y si no queda nada de su cara, querida? —preguntó la señora Rawlinson, tan dulcemente como si acabara de decir que se había comido el último trozo de cheddar de la despensa.

Ruth se acercó a la ventana, ansiosa por poner fin a la conversación. Era desagradable y, sí, también preocupante. Y puede que su madre no se estuviera volviendo tan senil después de todo. Ruth aún recordaba claramente al «vagabundo» que había mencionado su madre. Aquel hombre (ella lo sabía, aunque nadie se lo había dicho) era el hermano de Lionel Lawson, un hombre que por lo general parecía exactamente lo que era, un parásito inútil e incapaz, sucio y envilecido y que siempre apestaba a alcohol. O quizá no tanto. Un par de veces lo había visto más que presentable: esmeradamente peinado y recién afeitado, con las uñas limpias y vestido con un traje decente y respetable. En esas ocasiones el parecido familiar entre los dos hermanos le había parecido notable.

—Si me lo preguntaran a mí, algo que seguramente no harán. —La señora Rawlinson había estado despotricando sin cesar y sus palabras volvieron a filtrarse en la conciencia de Ruth.

—¿Qué les dirías?

—Te lo he dicho. ¿No me estabas escuchando, querida? ¿Ocurre algo?

Sí, claro que ocurre algo. Tú, para empezar. Y si no tienes cuidado, madre querida, uno de estos días te vestiré con la ropa de otra persona, arrastraré tu escuálido cuerpo hasta lo alto de la torre ¡y dejaré que los pájaros disfruten de un segundo plato!

—¿Que si ocurre algo? Por supuesto que no, querida. Iré a preparar el té.

La primera patata que peló estaba podrida y sacó otra de la bolsa que acababa de comprar, una bolsa impresa con la leyenda «Compre productos británicos» bajo una gran Union Jack. Rojo, blanco y azul. Y pensó en Paul Morris sentado en el banco del órgano con su capucha roja, camisa blanca y corbata azul. Paul Morris, que (según creía todo el mundo) había huido con Brenda Josephs. Pero no lo había hecho, ¿verdad? Alguien se había asegurado de que no lo hiciera, ¡alguien que estaría sentado por ahí tan campante ¡incluso ahora! Regodeándose y sacando partido de alguna manera de aquel espantoso asunto. El problema era que ya no quedaba mucha gente. De hecho, si contabas las cabezas de los que quedaban solo había una que posiblemente… Pero seguro que no. Brenda Josephs no podía tener nada que ver con ello, ¿verdad que no?

Ruth meneó la cabeza con convicción y siguió pelando patatas.

21

Aunque su marido había pedido un préstamo sobre la hipoteca de la casa en Wolvercote sin que ella lo supiera, en la actualidad la señora Brenda Josephs vivía de forma bastante holgada, y la residencia para enfermeras del hospital general en las afueras de Shrewsbury era un alojamiento más que digno. Siguiendo instrucciones muy concretas de Paul, no le había escrito ni una sola vez, y solo había recibido aquella carta suya, que había escondido meticulosamente bajo el forro de su bolso y de la cual había llegado a memorizar gran parte: «Y sobre todo no seas impaciente, cariño. Llevará tiempo, quizá demasiado tiempo, y pase lo que pase debes tener cuidado. Que yo sepa no tenemos nada de qué preocuparnos y así hemos de seguir. Tan solo ten paciencia y todo saldrá bien. Anhelo volver a verte y sentir tu precioso cuerpo junto al mío. Te quiero, Brenda, ya lo sabes. Y pronto podremos empezar una vida completamente nueva juntos. Actúa con discreción en todo momento y no hagas nada hasta que vuelvas a saber de mí. ¡Quema esta carta ahora mismo!».

Brenda había estado trabajando desde las siete y media de la mañana en el ala de cirugía y ya eran las cuatro y cuarto de la tarde. Tenía libre la noche del viernes y todo el sábado. Se puso cómoda en una de las sillas de la sala de descanso de enfermeras y encendió un cigarrillo. Desde que abandonó Oxford su vida (a pesar de no estar con Paul) había sido más plena y libre de lo que nunca había esperado o imaginado. Había hecho nuevas amistades y adquirido nuevos intereses. También se había vuelto más consciente, felizmente consciente, de lo atractiva que seguía siendo para el sexo opuesto. Solo una semana después de que la contrataran (había dado como referencia el nombre de la matrona para la que había trabajado antes de la Clínica Radcliffe) uno de los médicos jóvenes y casados le había dicho: «¿Quieres acostarte conmigo, Brenda?». ¡Sin más! Ella sonrió ahora al recordar la escena y no pudo evitar pensar algo que ya se le había pasado por la cabeza en otras ocasiones. ¿Seguía deseando a Paul tanto como antes? ¿Con ese hijo suyo, Peter? Era un buen muchacho, agradable, pero… Apagó el cigarrillo y cogió The Guardian. Aún faltaba una hora y media para la cena y se recostó para echar un vistazo a las noticias del día sin prestar demasiada atención. Los datos de la inflación

parecían ligeramente alentadores para variar, al contrario que las cifras de desempleo, y ella sabía demasiado bien lo que el paro podía hacerle al alma de un hombre. En Oriente Medio se estaban llevando a cabo conversaciones de paz, pero las guerras civiles en diversas partes de África parecían amenazar el delicado equilibrio entre las superpotencias mundiales. En la sección de «Noticias locales», al final de la página tres, había un breve artículo sobre el hallazgo de un cuerpo en la torre de una iglesia de Oxford, pero Brenda no lo vio. El joven doctor se sentó a su lado, innecesariamente cerca, aunque no tanto como para resultar molesto.

—¡Hola, preciosa! ¿Te apetece que hagamos un crucigrama juntos?

Él le quitó el periódico y destapó uno de los bolígrafos que asomaban en el bolsillo superior de su bata.

—No soy muy buena haciendo crucigramas —dijo Brenda.

—Pero apuesto a que eres buena en la cama.

—Si vas a em…

—Uno horizontal. Seis letras. «Chica entrega arma al fiscal». ¿Qué crees que puede ser?

—Ni idea.

—¡Espera un momento! ¿Qué te parece BRENDA?[11] Encaja, ¿no? Arma, una metralleta bren; y da del verbo dar por entregar. Voilà!

Brenda le quitó el periódico y leyó lo que decía realmente: «Chica en la cama - Censurado».

—Te lo estabas inventando —dijo riendo.

—Qué palabra tan bonita, ¿verdad? Cama.

Escribió las letras de «BRENDA» en el margen del periódico y después fue rodeando en círculos con cuidado la b, la e y la d.[12]

—¿Aún hay esperanza para mí?

—Estás casado.

—Y tú huiste. —Subrayó las tres letras restantes de su nombre, r, a, n,[13] y se volvió hacia ella con expresión traviesa—. Nadie se enterará. Solo tenemos que subir a tu habitación.

—¡No digas tonterías!

—No digo tonterías. No puedo evitarlo, ¿es que no te das cuenta? Cada vez que te veo con ese uniforme… —Hablaba en tono juguetón, pero de repente se puso más serio cuando se abrió la puerta y entraron dos jóvenes enfermeras. Entonces dijo en voz más baja—: No te enfadarás conmigo si sigo intentándolo, ¿verdad? ¿Prometido?

—Prometido —susurró Brenda.

Finalmente él escribió «VETADO» en los recuadros de la 1 Horizontal, y leyó en voz alta la pista de la 1 Vertical. Pero Brenda ya no estaba escuchando. No quería que la vieran sentada tan cerca de un médico

joven y enseguida dio una excusa para subir a su habitación, donde se tumbó en la cama y miró fijamente el techo durante largo tiempo. La puerta estaba cerrada con llave y nadie tendría por qué saberlo, ¿verdad? Tal como él había dicho. Si solo… Apenas era capaz de leer sus propios pensamientos. Si él subiera las escaleras, llamara a la puerta y volviera a pedírselo en el mismo tono simple, directo y esperanzado seguro que le invitaba a entrar, se acostarían tal como estaba ella ahora y no opondría resistencia mientras él le desabrochaba los botones blancos de la parte delantera del uniforme.

De repente se sintió cansada. Hacía un calor sofocante en la habitación, el radiador quemaba cuando lo tocó al entrar. Poco a poco se fue quedando dormida, y al despertar tenía la boca muy seca. Algo la había sobresaltado, y entonces escuchó el suave e insistente toctoc en la puerta. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo? Miró su reloj y eran las seis menos cuarto. Se atusó el pelo, se alisó el uniforme, se aplicó una fina capa de carmín en los labios y con un ligero cosquilleo de excitación en el estómago caminó hacia la puerta de la habitación, recién pintada de un deslumbrante blanco satinado.

Una mujer de la limpieza la encontró a la mañana siguiente junto a esa misma puerta. De algún modo había conseguido llegar a rastras desde el centro de la pequeña habitación. Resultaba evidente que sus dedos habían tanteado en vano en busca de la manilla, pues los paneles estaban salpicados de esputos de sangre que había tosido. Nadie parecía saber de dónde procedía, pero la carta que la policía encontró bajo el forro de su bolso sugería que mantenía, o que había mantenido, una relación muy íntima con un hombre llamado Paul, que únicamente se refería a su dirección como Kidlington, y que urgía a la destinataria a quemar la prueba de inmediato.

11 Además de referirse a ella, posiblemente alude a la famosa canción I Don't Like Mondays de la banda escocesa de The Boomtown Rats, liderada por Bob Geldof, en la que se contaba la tristemente célebre historia de Brenda Ann Spencer, la joven estadounidense de dieciséis años que disparó desde la ventana de su apartamento al patio de una escuela primaria matando a dos adultos e hiriendo a ocho niños y un oficial de policía. Sin mostrar el menor remordimiento por sus acciones, se limitó a declarar: «No me gustan los lunes. Esto me anima el día».

12 Bed, «cama» en inglés.

13 Ran, pasado del verbo to run, «correr», en este caso «huir», to run away.

22

El sábado por la mañana, mientras leía la página dos del postergado informe de autopsia del cadáver encontrado en la torre, Morse llegó a la conclusión de que lo mismo podría estar leyendo el Diario del Pueblo Chino. Comprendía la necesidad de utilizar la jerga especializada, por supuesto, pero no había ninguna posibilidad de que una persona sin conocimientos médicos lograra desentrañar semejante revoltijo de etiquetas fisiológicas. No obstante, le había resultado bastante fácil salir airoso del primer párrafo y Morse entregó el informe a Lewis:

> *El cuerpo es el de un varón caucásico braquiocefálico. Estatura: 173 cm. Edad: no es fácil determinarlo con exactitud, pero lo más probable es que tuviera entre treinta y cinco y cuarenta. Cabello: castaño claro, cortado probablemente alrededor de una semana antes de la muerte. Ojos: imposible determinar el color. Dientes: notablemente sanos, esmalte fuerte, con un empaste (seis posterior izquierda). Peculiaridades físicas: ninguna observable, aunque no podemos asumir que no las haya, puesto que el mayor fragmento de piel, tomado de la parte inferior del empeine (izquierdo), solo mide…*

Lewis devolvió el informe a Morse, pues no le entusiasmaba la idea de que le recordaran demasiado vívidamente lo que ya había tenido ocasión de ver a la luz de la linterna del sacristán. Es más, la tarea que le aguardaba prometía ser lo bastante desagradable para lo tolerable en toda una mañana, y durante la media hora siguiente revisó media docena de bolsas de plástico transparente que contenían restos de la ropa del fallecido. Morse rehusó asistir a tan repugnante operación y solo mostró cierto interés al escuchar un discreto silbido de triunfo de su subordinado.

—Déjeme adivinar, Lewis. Ha encontrado una etiqueta con su nombre y su número de teléfono.

—Algo casi igual de bueno, señor —respondió, sosteniendo con unas pinzas un pequeño billete de autobús rectangular—. Estaba en el bolso del pecho de la chaqueta. Treinta peniques, del 26 de octubre. Creo que el precio del viaje de Kidlington a Oxford ronda los treinta peniques.

—Probablemente habrá subido desde entonces —murmuró Morse.

—Y seguro que ese fue el día —continuó diciendo Lewis con un súbito brillo de emoción en la mirada— que Paul Morris desapareció, ¿verdad?

—Las fechas nunca han sido mi fuerte —respondió Morse.

Pero por el momento nada iba a frenar el entusiasmo de Lewis.

—Lástima que tuviera tan buenos dientes, señor. Probablemente hacía años que no pasaba por un dentista. Aunque de todas formas quizá podríamos…

—Está dando muchas cosas por sentadas, ¿no cree? No tenemos ni una sola prueba de quién es, ¿estamos de acuerdo en eso? Y hasta que…

—No, no la tenemos. Pero tampoco tiene mucho sentido cerrar los ojos ante lo obvio.

—Ilumíneme.

—Que el hombre que encontramos es Paul Morris —respondió Lewis, sin perder la confianza.

—¿Solo porque una de sus jóvenes alumnas dice que solía llevar traje oscuro?

—Y corbata azul.

—Y corbata azul. Y según usted ¿eso le convierte en Paul Morris? Se está volviendo peor que yo.

—¿Cree que estoy equivocado?

—No, no. Yo no diría tanto. Digamos que soy algo más cauto.

Aquello era ridículo. Lewis sabía demasiado bien que Morse siempre estaba dispuesto a dar los más prodigiosos saltos en la oscuridad. Y sin embargo ahí estaba ahora, prácticamente ciego a aquellos simples hechos que tenía ante sus ojos y a plena luz del día. ¡En fin, mejor olvidarlo!

Lewis no tardó más de diez minutos en descubrir que Paul Morris había sido paciente del centro de salud de Kidlington, y poco después de presionar ligeramente al socio principal de dicho consorcio estaba leyendo su historial médico.

—¿Y bien? —preguntó Morse cuando Lewis colgó el teléfono.

—Encaja la mar de bien. Treinta y ocho años, un metro setenta y cinco de estatura, cabello castaño claro.

—Encajaría con mucha gente. Estatura promedio, color de pelo promedio, promedio…

—¿No quiere descubrir quién es? —dijo Lewis con insólita exasperación, y se levantó mirando a Morse—. Siento si esto no encaja con alguna de las inteligentes teorías que se le hayan ocurrido hasta el momento, pero por algún sitio debemos empezar, ¿no le parece?

Morse no dijo nada durante unos instantes, y cuando al fin habló, sus sosegadas palabras consiguieron que Lewis se avergonzara de su tono irascible.

—Supongo, Lewis, que comprende por qué tengo la esperanza de que ese cuerpo en descomposición no sea el de Paul Morris. Verá, si lo es, me temo que será mejor que empecemos a buscar enseguida, ¿no le parece?

Tendremos que empezar a buscar otro cadáver más, mi viejo amigo, un cadáver de unos doce años.

Al igual que Bell, el casero del número 3 de Home Close, en Kidlington, tenía la gripe, aunque no puso ningún reparo a la hora de dar a Morse su consentimiento (acompañado de varios estornudos) para registrar la propiedad, alquilada desde que Morris se había ido a una joven pareja casada con una hija pequeña. Sin embargo, después de que Lewis llamara repetidas veces al timbre, nadie respondió.

—Probablemente han ido a la compra —dijo, volviendo a sentarse junto a Morse en la parte delantera del coche patrulla.

Morse asintió y miró a su alrededor sin demasiado interés. La pequeña calle en ligera pendiente había sido construida a principios de los años treinta y la media docena de casas adosadas de ladrillo rojo que se alzaban a ambos lados de la calzada empezaban a acusar el paso del tiempo, con vallas de madera descuidadas y en algunos casos podridas.

—Dígame, Lewis —dijo de repente—, ¿quién cree que asesinó a Josephs?

—Sé que no es una idea muy original, señor, pero creo que tuvo que ser ese tipo, el vagabundo. Posiblemente decidió robar el dinero de la colecta, y cuando Josephs intentó impedírselo, él le apuñaló. Otra posibilidad…

—Pero ¿por qué no gritó antes Josephs pidiendo ayuda?

—Lo intentó, señor, ¿lo recuerda? Quizá no pudieron oírle antes por culpa del órgano.

—Puede que tenga razón, ¿sabe? —dijo Morse, casi con seriedad, como si acabara de percatarse de repente que la manera más obvia de ver las cosas no era necesariamente la equivocada—. ¿Y qué me dice de Lawson? ¿Quién lo mató?

—Sabe usted mejor que yo, señor, que la mayoría de los asesinos terminan por entregarse o recurren al suicidio. Parece bastante seguro que Lawson se suicidó.

—Pero Lawson no mató a Josephs, ¿verdad? Acaba de decir…

—Estaba a punto de añadir que había otra posibilidad, señor. Dudo que Lawson asesinara realmente a Josephs, pero sí creo que pudo ser responsable de su muerte.

—¿Eso cree? —Morse miró a su subordinado con auténtico interés—. Creo que será mejor que vaya un poco más despacio, Lewis. Me temo que me está dejando muy atrás.

Lewis se permitió esbozar una modesta sonrisa de satisfacción. No era frecuente que Morse se quedara rezagado, sino más bien al contrario. Por lo general iba tres o cuatro saltos por delante de su compañero de establo.

—Creo que hay más de una posibilidad de que Lawson le pidiera al vagabundo que asesinara a Josephs, señor, probablemente dándole dinero.

—Pero ¿por qué iba a querer Lawson matar a Josephs?

—Quizá Josephs tenía algo contra él.

—Y puede que Lawson tuviera pillado al vagabundo.

—¡Tiene razón, señor!

—¿La tengo?

Morse miró ligeramente desconcertado a su sargento. Recordó que al hacer los exámenes de fin de secundaria estaba sentado junto a un niño conocido por su rotunda imbecilidad que había resuelto el décimo anagrama mientras Morse aún seguía dándole vueltas al tercero.

—Yo diría —continuó Lewis— que Lawson atendía todas sus necesidades. Comida, ropa, cama, todo.

—¿Quiere decir que debía de ser casi como un hermano para él?

Lewis miró a Morse con curiosidad.

—Algo más que eso, ¿no, señor?

—¿Disculpe?

—Digo que no solo era como un hermano para él. Sin duda era su hermano.

—¿Cree usted todos los chismorreos que se cuentan por ahí?

—Tampoco hay por qué desecharlos todos automáticamente.

—¡Ah, si tuviéramos solo algo más en que apoyarnos, Lewis!

Y entonces la verdad le golpeó, como solía hacerlo siempre, con toda su cegadora simplicidad. La única confirmación que necesitaba había estado delante de sus narices desde su visita con Lewis a Stamford, y sintió un escalofrío de excitación en la nuca cuando al fin la vio. «Swanpole» aparecía varias veces en los archivos de Bell como el probable nombre del hombre que había trabado amistad con el reverendo Lionel Lawson, el hombre que tan curiosamente había desaparecido tras la muerte de Josephs. Pero si todos los rumores eran ciertos, el verdadero nombre del sujeto era Philip Edward Lawson, y tanto si eras un tímido chiquillo en plenos exámenes de fin de secundaria como un desengañado detective de mediana edad sentado en un coche patrulla, Swanpole era un anagrama de P. E. Lawson.

—Creo que ahí vienen la madre y el bebé —dijo Lewis entre dientes.

Y, en efecto, una mujer joven y desaliñadamente vestida, en un avanzado estado de embarazo y tirando de un bebé de unos dos años, confirmó al verlos que era la inquilina del número tres de Home Close, y que esa era su hija Eve. Sí, dijo, puesto que el casero no tenía inconveniente podían entrar y echar un vistazo por la casa. Ningún problema.

Morse rechazó la invitación a una taza de té y se fue directo al jardín

trasero. Era evidente que alguien había estado muy ocupado, pues la parcela había sido reciente y sistemáticamente excavada y la tierra removida, y en el cobertizo los dientes del rastrillo y la mitad inferior de la pala estaban pulidos de tal manera que brillaban como la plata.

—Veo que a su marido le gusta plantar sus propias verduras —dijo Morse en tono afable, mientras se limpiaba los pies en el felpudo de la puerta trasera.

Ella asintió.

—Cuando llegamos crecía hierba por todas partes, pero ya sabe, con el precio que tiene todo hoy en día…

—Parece que ha estado haciendo una doble excavación.

—Así es. Tardó una eternidad, pero él dice que es la única manera.

Morse, que apenas era capaz de diferenciar un guisante dulce de una alubia gruesa, asintió con aires de experto y decidió agradecido que podían olvidarse del jardín.

—¿Le importa si echamos un vistazo arriba?

—No, adelante. Solo usamos dos dormitorios, como la gente que estaba aquí antes que nosotros. Pero, bueno, nunca se sabe.

Morse miró su vientre hinchado y se preguntó cuántos dormitorios llegaría a necesitar mientras pudiera quedarse embarazada.

El cuarto de la pequeña Eve, el dormitorio más pequeño de todos, apestaba a pis, y Morse arrugó la nariz maldiciendo al agacharse hacia el suelo sin alfombras. La docena de Patos Donald de las paredes recién decoradas parecieron burlarse de su errática investigación, y salió rápidamente de la habitación cerrando la puerta a sus espaldas.

—No hay nada en las otras dos habitaciones, señor —dijo Lewis al reunirse con Morse en el exiguo rellano, donde habían pintado las paredes de un claro color beis Portland, con los rodapiés y los marcos limpiamente acabados en blanco satinado. A Morse le pareció una buena combinación, y al levantar la vista hacia el techo dejó escapar un suave silbido. Justo encima de su cabeza había una pequeña trampilla rectangular, de unos noventa por setenta y cinco centímetros, pintada tan amorosamente como el resto de la madera.

—¿Tiene una escalera plegable? —gritó Morse escaleras abajo.

Dos minutos después Lewis asomaba la cabeza por la trampilla alumbrando con la linterna a su alrededor. Aquí y allá se filtraba la luz de la tarde entre las juntas de algunas tejas, pero aun así el sorprendentemente amplio espacio bajocubierta le causó una impresión lúgubre y opresiva cuando se impulsó con las manos para subir con suavidad al altillo y se dispuso a caminar de viga en viga con cuidado. Un gran arcón ocupaba el espacio entre la trampilla y el tiro de la chimenea. Cuando Lewis abrió la tapa, e iluminó con la linterna las

cubiertas ligeramente mohosas de los libros que había en el interior, una araña negra y panzuda se escabulló a toda prisa lejos de su alcance. Pero Lewis no tenía miedo a las arañas y, tras comprobar felizmente que el arcón solo estaba lleno de libros, siguió mirando a su alrededor: una gran Union Jack con los colores desvaídos enrollada en una larga asta de color azul; una cama de acampada plegable, probablemente de los tiempos de Baden-Powell;[14] un inodoro completamente nuevo y (por algún incomprensible motivo) parcheado con tiras de cinta adhesiva de color marrón; un limpiamoquetas antiguo; dos rollos de material aislante amarillo; y un gran rollo de alguna otra cosa (¿estaba seguro?) encajado de pie entre dos vigas y un ángulo del tejado. Inclinándose tanto como pudo y avanzando a tientas, Lewis consiguió alcanzar el fardo, las yemas de sus dedos tocaron algo blando y la luz de la linterna iluminó algo de color negro que asomaba por un extremo, un zapato cuya puntera estaba cubierta por una fina película de polvo gris.

—¿Hay algo ahí arriba?

Lewis escuchó la voz tranquila, aunque evidentemente ansiosa, procedente del rellano, pero no dijo nada. El cordel que ataba el fardo se rompió en cuanto tiró de él, y ante sus ojos se desenrolló una colección de ropa de buena calidad: pantalones, camisas, ropa interior, calcetines, zapatos y media docena de corbatas, una de ellas de un claro color azul Cambridge.

El lúgubre rostro de Lewis apareció de repente enmarcado en el oscuro rectángulo.

—Será mejor que suba a ver esto, señor.

Después encontraron otro fardo con ropa enrollada, que contenía básicamente la misma clase de prendas que el primero. Aunque los pantalones eran más pequeños, y también todo lo demás, y los dos pares de zapatos parecían de la talla de un chiquillo de once o doce años. También había una corbata. Solo una. Una corbata a rayas rojas y grises sin estrenar: la corbata que llevaban los alumnos de la Escuela Secundaria Roger Bacon.

14 Lord Robert Stephenson Smyth Baden-Powell de Gilwel III (1857-1941), fundador del Movimiento Scout Mundial.

Gran parte de la congregación, que no paraba de crecer, estaba formada por solteronas de expresión afligida con cincuenta o sesenta primaveras a sus espaldas, varias de las cuales se dieron la vuelta con curiosidad cuando los dos extraños se sentaron en el último de los bancos centrales, junto al asiento vacío y ahora claramente reservado para el SACRISTÁN. *Lewis daba la impresión de estar extraordinariamente incómodo (y así era), mientras Morse miraba a su alrededor con anodina tranquilidad.*

—Haremos lo mismo que todo el mundo, ¿entendido? —susurró Morse, mientras la campana daba los últimos repiques, monótonos y melancólicos, y el coro desfilaba en procesión por el pasillo principal desde la sacristía, seguido por el turiferario y su ayudante, los dos monaguillos y los portadores de cirios, el maestro de ceremonias y tres eminentes personajes, ataviados de forma parecida, aunque no idéntica, el último de ellos vestido, entre otras cosas, con alba, birrete y casulla (el abecé del atuendo eclesiástico hasta donde Morse sabía por el momento). Al llegar al antealtar los actores se dispersaron para ocupar sus respectivas posiciones con gran celeridad, sin duda fruto de la costumbre, y de repente todo recuperó la armonía. Ruth Rawlinson, con el bonete negro y cuadrado del coro, se instaló en su lugar justo debajo de un ángel esculpido en piedra y el grupo al completo acometió el primer himno de la misa. Entretanto, el sacristán había ocupado su silla sin hacer ruido y entregó a Morse una cuartilla de papel: «Pieza: Iste Confessor – Palestrina». Morse asintió doctamente y se la pasó a Lewis.

A la mitad del servicio uno de los eminentes personajes se quitó la casulla y ascendió los escalones circulares del púlpito y comenzó a aleccionar a su rebaño sobre los peligros y la estupidez de la fornicación; aunque Morse escuchó el sermón como si no tuviera nada que ver con él. Poco antes su mirada se había encontrado con la de Ruth en un par de ocasiones, pero ahora todos los miembros del coro estaban ocultos de la vista del resto de la congregación tras una robusta columna octogonal, de modo que volvió a reclinarse y contempló las vidrieras de las ventanas, con forma de rombo, de color rubí oscuro, azul humo y resplandeciente esmeralda, mientras su mente retrocedía hasta su propia infancia, cuando él mismo había cantado en el coro de la iglesia.

También Lewis, aunque por distintas razones, perdió muy pronto todo

interés en la fornicación. Siendo un hombre que rara vez había dirigido una mirada lasciva a la mujer de su vecino, se dedicó a pensar en el caso, preguntándose una vez más si Morse tenía razón al insistir en que otra visita a la iglesia durante la misa podría provocar nuevos chispazos asociativos, «para dar un meneo a los átomos enganchados», como él mismo había dicho, significara eso lo que significara.

El predicador tardó unos veinte minutos en poner fin a sus exhortaciones en contra de la tentación de la carne, y acto seguido bajó del púlpito y desapareció tras una mampara en un lateral de la capilla de la Virgen, antes de volver a aparecer, de nuevo con la casulla puesta, en el centro del antealtar. En ese momento los otros dos miembros del triunvirato se levantaron y caminaron codo con codo hacia el altar, donde se reunieron con su hermano. Los miembros del coro ya habían vuelto a coger sus partituras y, entre genuflexiones, señales de la cruz y otras salutaciones, la misa se fue aproximando a su momento álgido. «Tomad y comed, este es mi cuerpo», dijo el oficiante, y sus dos ayudantes se inclinaron ante el altar en perfecta sincronía de movimientos y gestos, como si fueran uno solo. Sí, exactamente como si los dos fueran uno. Y entonces Morse recordó la ocasión en que, siendo aún un muchacho, sus padres le habían llevado a un espectáculo de variedades. Durante uno de los números una mujer bailaba delante de un enorme espejo. En los primeros minutos él había sido incapaz de comprender del todo lo que estaba sucediendo. La artista no era especialmente ágil y aun así el público parecía hipnotizado por la actuación. Entonces su mente había hecho clic: ¡la bailarina no estaba delante de un espejo! El aparente reflejo era en realidad otra mujer bailando exactamente la misma coreografía, haciendo exactamente los mismos gestos, vestida exactamente con la misma ropa. Eran dos mujeres, no una. ¿Y bien? Bueno, si en aquella ocasión había dos mujeres, ¿no podría haber habido dos sacerdotes la noche que Josephs fue asesinado?

La gaviota volvió a chillar estridentemente.

Cinco minutos después de la bendición final la iglesia estaba vacía. Un joven con sotana al fin había apagado de un soplido la última vela de la galaxia e incluso la devota señora Walsh-Atkins se había marchado. Missa est ecclesia.

Morse se levantó, guardó en el bolsillo de su gabardina la cuartilla de color rojo con el Orden del servicio y caminó con Lewis hacia la capilla de la Virgen, donde se detuvo a leer una placa de latón en la pared sur.

En la cripta de esta iglesia reposan bajo tierra los restos mortales del caballero Jn. Baldwin, honorable benefactor y fiel siervo de su parroquia. Falleció en 1732 a la edad de 68 años. Requiescat in pace.

Meiklejohn sonrió sin alegría caminando hacia ellos con la sobrepelliz colgada del brazo izquierdo.

—¿Puedo hacer algo más por ustedes, caballeros?

—Necesitamos un juego de llaves —dijo Morse.

—Bueno, hay varios —respondió Meiklejohn, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Podrían decirme por qué…?

—Nos gustaría entrar en la iglesia cuando esté cerrada al público, eso es todo.

—Sí, entiendo. —Meneó la cabeza, compungido—. Hemos sufrido varios actos vandálicos absurdos últimamente. Obra de chiquillos sobre todo, me temo. A veces me pregunto…

—Solo las tendremos durante unos días.

Meiklejohn caminó delante de ellos hacia la sacristía, se subió a una silla y cogió un juego de llaves de un gancho oculto tras la parte de arriba de la cortina.

—Devuélvanmelas lo antes posible, por favor. Ahora solo hay cuatro juegos y siempre hay alguien que las necesita; para tocar las campanas, esa clase de cosas.

Morse miró las llaves antes de guardárselas en el bolsillo. Llaves antiguas, una larga y tres mucho más pequeñas, todas ellas curiosa y delicadamente forjadas.

—¿Cerramos la puerta al salir? —preguntó Morse.

Pretendía resultar gracioso, pero solo consiguió parecer algo chusco e irreverente.

—No, gracias —respondió el ministro en tono apacible—. Los domingos tenemos muchos visitantes y a la gente le gusta entrar, estar en silencio y pensar en la vida; puede que incluso para rezar.

Ni Morse ni Lewis se había arrodillado durante el servicio, y al menos Lewis abandonó la iglesia con cierto sentimiento de culpa y quizá un poco más de humildad: como si hubiera dado la espalda a una ofrenda sagrada.

—Vámonos —dijo Morse—, estamos perdiendo un tiempo precioso para beber.

A las doce y veinticinco de ese mediodía una llamada de la policía de Shrewsbury sonó en la centralita telefónica de la comisaría del Valle del Támesis en Kidlington, donde el suplente del sargento de guardia anotó el mensaje cuidadosamente. No le pareció que el nombre le sonara de nada, pero dijo que transmitiría el mensaje a través de los canales pertinentes. Solo después de colgar el teléfono se dio cuenta de que no tenía la más

remota idea de cuáles eran «los canales pertinentes».

Morse se estaba tomando más tiempo del habitual y fue Lewis el primero en vaciar su vaso.

—¿Se encuentra bien, señor?

Morse volvió a guardarse en el bolsillo el Orden del servicio y terminó su cerveza de tres o cuatro enormes tragos.

—Estupendamente, Lewis. Llénelos.

—Creo que es su ronda, señor.

—Oh.

Morse apoyó los codos junto a las pintas de nuevo rebosantes y continuó.

—¿Quién asesinó a Harry Josephs? Creo que esa es la cuestión fundamental en todo esto, ¿no le parece?

Lewis asintió.

—Se me ocurrió una idea durante la misa.

—¡Ni una idea más, por favor, ya tengo demasiadas! Escuche, el principal sospechoso tiene que ser el tipo cuyo rastro estuvo siguiendo Bell. ¿Está de acuerdo? El tipo que se alojó varias veces en la vicaría de Lawson, que estaba en la iglesia cuando Josephs fue asesinado y que desapareció después. ¿De acuerdo? No estamos seguros de ello, por supuesto, pero es muy posible que ese hombre fuera el hermano de Lionel Lawson, Philip Lawson. Está a dos velas y es un borrachuzo. Ve algo de dinero a su alcance en la bandeja de la colecta y decide cogerlo. Josephs intenta impedírselo y a cambio recibe una puñalada en la espalda. ¿Algún problema hasta aquí?

—¿Cómo llegó el cuchillo a manos de Philip Lawson?

—Lo había visto en la vicaría y decidió guardárselo.

—¿Por si acaso?

—Eso es —dijo Morse, volviéndose hacia Lewis sin parpadear.

—Pero había una docena de personas durante el servicio y la colecta no pasaría de dos libras.

—Eso es.

—¿Por qué no esperar hasta las misas del domingo por la mañana para robar más de cincuenta?

—Sí, eso es verdad.

—Entonces, ¿por qué no lo hizo?

—No lo sé.

—Pero lo cierto es que nadie le vio en la sacristía.

—Salió por pies en cuanto apuñaló a Josephs, por supuesto.

—¿Pero no tendría que haberle visto u oído alguien?

—Quizá se escondió en la sacristía, detrás de la cortina.

—¡Imposible!

—Entonces, tras la puerta de la torre —sugirió Morse—. Quizá incluso subió a la torre y se escondió en el campanario o en el tejado, no lo sé.

—Pero la puerta estaba cerrada cuando llegó la policía, eso dice el informe.

—Fácil. La cerró por dentro.

—¿Quiere decir que tenía la llave?

—Dice usted que leyó el informe, ¿no, Lewis? Bien, entonces habrá visto el inventario de lo que encontraron en los bolsillos de Josephs.

Una idea tomó forma lentamente en la cabeza del sargento y vio que Morse le observaba con una chispa de ironía en sus ojos azul claro.

—Quiere decir que no encontraron ningunas llaves —dijo al fin.

—No había llaves.

—¿Cree que las cogió del bolsillo de Josephs?

—¿Qué se lo impedía?

—Pero si registró los bolsillos de Josephs, ¿por qué no encontró el dinero? ¿Las cien libras?

—Está usted dando por hecho —dijo Morse— que no había nada más que encontrar. ¿Y si había, digamos, mil?

—¿Quiere decir que…?

Pero Lewis no estaba seguro de lo que quería decir.

—Lo que quiero decir es que todo el mundo, casi todo el mundo, Lewis, va a pensar lo mismo que usted: que el asesino no registró los bolsillos de Josephs. Lo cual pondrá a todo el mundo tras la pista equivocada, ¿no le parece? De esa manera parece que estamos ante un pequeño hurto sin importancia. Unos pocos peniques de la colecta, como dice usted. Verá, quizá a nuestro asesino no le preocupaba cómo iba a cometer el crimen, pues pensaba que de un modo u otro se iba a salir con la suya. Lo que no le interesaba era que nadie pensara demasiado en el motivo.

Lewis estaba cada vez más perplejo.

—Un momento, señor. Dice usted que no le preocupaba demasiado cómo matar a Josephs. Pero ¿cómo lo hizo? Porque Josephs fue envenenado además de apuñalado.

—Quizá le ofreció un trago de licor, licor adulterado.

De nuevo Lewis se vio asaltado por la desconcertante convicción de que Morse estaba jugando con él. Una o dos ideas que el jefe acababa de

plantear le recordaron más o menos a esos destellos de inspiración a los que ya le tenía acostumbrado. Aunque estaba seguro de que Morse podía hacerlo mejor. Y también él mismo.

—Josephs pudo haber sido envenenado al tomar la comunión, señor.

—¿Usted cree? —Los ojos de Morse volvían a sonreír—. ¿Y cómo se le ha ocurrido eso?

—Creo que normalmente el sacristán es la última persona en recibirla.

—Como esta mañana, sí.

—Bueno. Pues ese tipo, el vagabundo, está arrodillado a su lado y le echa algo en el vino.

—¿Dónde tenía el veneno?

—Quizá llevaba una de esas sortijas. Se desenrosca la parte de arriba y…

—Ve usted demasiada televisión, Lewis —dijo Morse.

—Y lo derrama en el vino.

—Sería un polvo blanquecino, Lewis, y no se disolvería al instante. De modo que el reverendo Lionel lo vería flotando en la superficie. ¿Era eso a lo que se refería?

—Puede que tuviera los ojos cerrados. La gente reza y hace esa clase de cosas con los ojos cerrados.

—¿Y Josephs? ¿También él estaba rezando y haciendo esa clase de cosas?

—Es posible.

—Entonces, ¿por qué no se envenenó Lawson? El sacerdote es quien bebe lo que queda del vino y, como usted dice, Josephs era sin duda el último cliente.

—Quizá Josephs se lo bebió todo —sugirió Lewis, esperanzado. Y sus ojos brillaron con repentina emoción—. O quizá, señor, quizá los dos, los dos hermanos Lawson, lo hicieron juntos. Eso respondería a muchas preguntas, ¿no le parece?

Morse sonrió con satisfacción a su colega.

—¿Sabe, sargento? Es usted cada vez más brillante. Y creo que se debe al tiempo que pasa conmigo. —Empujó su vaso hacia Lewis—. Su turno, ¿verdad?

Miró a su alrededor mientras Lewis esperaba pacientemente que le sirvieran. Era la una y media de un domingo y las ventas de la hora de la comida estaban en su punto álgido. Un hombre de barba descuidada, con un largo abrigo del ejército, acababa de entrar y aguardaba de pie frente a la barra con actitud aprensiva. Diríase que un hombre de mediana edad, con unas incongruentes gafas de sol y una botella de sidra vacía en la mano. Morse se levantó y caminó hacia él.

—Nos conocemos, ¿se acuerda?

El hombre miró lentamente hacia Morse y meneó la cabeza.

—Lo siento, amigo.

—¿La vida no le trata demasiado bien?

—Qué va.

—¿Lleva mucho tiempo en la calle?

—Demasiado.

—¿Le suena un tipo llamado Swanpole?

—No. Lo siento, amigo.

—No importa. Le conocía, eso es todo.

—Pero conocía a alguien que sí —dijo tranquilamente el vagabundo —. Alguien que conocía al tipo del que habla.

—¿Sí?

Morse rebuscó en sus bolsillos y puso una moneda de cincuenta peniques en la mano del hombre.

—Un hombre con el que solía andar mencionó su nombre hace poco. «Swanny», así le llamaban, aunque ya no está por aquí.

—¿Y qué me dice de su amigo? ¿Él sigue por aquí?

—No, está muerto. Murió de neumonía, ayer.

—Oh.

Morse regresó a la mesa, pensativo, y minutos después vio con cierta tristeza cómo el dueño le mostraba al vagabundo dónde estaba la puerta. Sin duda el pobre tipo no era bien recibido allí y ese domingo por la tarde no bebería sidra apaciblemente sentado en el banco de algún parque de la ciudad, al menos no la de ese pub.

—¿Un amigo suyo? —preguntó Lewis con una mueca, dejando las pintas sobre la mesa.

—Dudo que ese hombre tenga amigos.

—Quizá si Lawson siguiera vivo.

—Ese es el hombre del que debemos hablar, Lewis. El sospechoso número dos. ¿Estamos de acuerdo?

—¿Quiere decir que desapareció de repente de la parte delantera del altar, asesinó a Josephs y después regresó y continuó con la misa?

—Algo así.

La cerveza era buena y Lewis se apoyó en el respaldo con ganas de seguir escuchando.

—Vamos, señor. Sé que se muere de ganas de contármelo.

—Para empezar, sigamos con su idea sobre el cáliz envenenado. Hay demasiadas inconsistencias en su manera de abordarla. Pero ¿y si el mismo reverendo Lionel hubiera puesto la morfina en el vino? ¿Qué me dice? Después de que su hermano bebiera pudo fingir que el cáliz estaba vacío, volverse hacia el altar, verter los polvos, servir algo más de vino, agitarlo un poquito ¡y listo! O quizá tenía dos cálices, uno de ellos

envenenado, y se limitó a poner uno y quitar el otro. ¡Más fácil todavía! Recuerde lo que le digo, Lewis. Si uno de los dos hermanos envenenó a Josephs, creo que lo más probable es que lo hiciera el reverendo Lionel.

—A ver si lo he entendido, señor. Según usted, Lionel Lawson intentó asesinar a Josephs solo para descubrir que alguien había hecho un trabajo mucho mejor pocos minutos después, con un cuchillo. ¿Es eso? —Lewis meneó la cabeza—. Ni hablar, señor.

—¿Por qué no? El reverendo Lionel sabe que Josephs irá directamente a la sacristía y en escasos minutos estará bien muerto. Hay una enorme dosis de morfina en el vino de la comunión y lo más probable es que Josephs muera muy pacíficamente, pues el envenenamiento con morfina no supone una muerte dolorosa sino todo lo contrario. En ese caso la muerte de Josephs plantearía algún que otro problema, aunque nadie podría endosarle el asesinato al reverendo Lionel. El cáliz ha sido concienzudamente lavado y secado siguiendo de manera estricta el ritual eclesiástico; un magnífico ejemplo de cómo alentar a un criminal a destruir las pruebas de su crimen. ¡Qué gran idea! Pero entonces las cosas empiezan a torcerse. Josephs debió sentir que le estaba sucediendo algo terrible, y antes de desplomarse en la sacristía logró arrastrarse hasta las cortinas y gritó pidiendo ayuda; y su grito fue escuchado por toda la congregación. Pero alguien, alguien, Lewis, estaba vigilando la sacristía como un halcón, el mismo reverendo Lionel. Y en cuanto vio a Josephs en la puerta corrió por el pasillo como una ménade furiosa y llegó allí antes de que cualquiera tuviera ocasión o valor para moverse. Una vez dentro apuñaló a Josephs cruelmente en la espalda y se asomó para dar la cara ante la congregación y decirles a todos que Josephs estaba muerto. (Morse se felicitó mentalmente por un relato mucho más colorista y dramático que la prosaica reconstrucción de Bell de los mismos sucesos).

—Pero estaría manchado de sangre —protestó Lewis.

—Eso no supondría un gran problema si llevaba la misma indumentaria de hoy.

Lewis recordó la misa de esa mañana y los ropajes carmesí, del color de la sangre.

—Pero ¿por qué rematar a Josephs con un cuchillo si ya estaba prácticamente muerto?

—Lionel tuvo miedo de que Josephs pudiera acusarle del envenenamiento. Casi seguro tuvo el tiempo suficiente para adivinar lo que había ocurrido.

—Y probablemente también lo habrían hecho los demás.

—¡Ah! Pero si lo han apuñalado por la espalda estando Lawson en el altar, al menos se preguntarán quién lo hizo, ¿verdad?

—Sí. Y también pensarían que lo hizo él. Después de todo el cuchillo

era suyo.

—Eso nadie lo sabía en aquel momento —respondió Morse a la defensiva.

—¿Y Bell cree que sucedió así?

Morse asintió.

—Sí, eso es.

—¿Y usted, señor?

Morse parecía estar sopesando mentalmente las posibilidades.

—No —dijo al fin.

Lewis se reclinó en su silla.

—¿Sabe? Si uno se para a pensar parece algo improbable que un sacerdote se proponga asesinar a un miembro de su propia congregación, ¿no cree? Esa clase de cosas no ocurren en la vida real.

—Pues espero que sí —respondió Morse en tono sosegado.

—¿Disculpe, señor?

—He dicho que espero que sí ocurran esas cosas. Me ha preguntado si Lionel Lawson asesinó a Josephs de alguna manera enrevesada y le dije que no lo creía. Pero sí creo que Lionel Lawson mató a Josephs de una forma bastante más simple. Sencillamente caminó hasta la sacristía, apuñaló al pobre Harry Josephs…

—¡Y después regresó como si nada!

—¡Eso es!

Lewis levantó la vista hacia el techo manchado de humo de tabaco preguntándose si la cerveza no estaría empezando a nublar la mente del inspector.

—Mientras toda la congregación miraba, supongo.

—Oh, no. No le vieron.

—¿No le vieron?

—No. El servicio durante el cual asesinaron a Josephs se celebró en la capilla de la Virgen. Si lo recuerda, hay un arco sobre la mampara que separa esta capilla del altar mayor, y creo que después de repartir el pan y el vino Lawson llevó algunos utensilios desde el altar de la capilla de la Virgen al tabernáculo central. Los sacerdotes siempre están haciendo esa clase de cosas. —Lewis ya apenas le escuchaba y el dueño estaba limpiando mesas, recogiendo vasos y vaciando ceniceros—. ¿Quiere saber cómo llevó a cabo esta notable proeza, Lewis? Bien, según lo veo, el reverendo Lionel y su hermano lo habían planeado todo, y esa noche los dos se habían vestido con los mismos trapos eclesiásticos. El reverendo Lionel abandonó la capilla de la Virgen durante unos segundos, ¡pero el que volvió no era el reverendo Lionel! Esa noche solo unas pocas almas entradas en años forman la congregación, y durante ese instante crucial el hombre que está arrodillado frente al altar, rezando, pero sin mirar en

ningún momento a los fieles, ¡es el hermano, Philip! ¿Qué opina, Lewis? ¿Cree que alguien sospecharía la verdad al levantar la vista?

—Quizá Philip Lawson era calvo.

—Lo dudo. Depende de los abuelos que uno se quede calvo.

—Si usted lo dice, señor.

Lewis era cada vez más escéptico con todo ese tejemaneje de las casullas y los cálices duplicados, y además estaba ansioso por llegar a casa. Se levantó para marcharse.

Morse permaneció donde estaba, uniendo gotitas de cerveza derramadas sobre la mesa con un dedo. Estaba tan poco satisfecho como Lewis con la posible reconstrucción del asesinato de Josephs. Pero una idea se afianzaba más y más en su mente: tenía que haber más de una persona implicada. Y lo más probable era que los dos hermanos colaboraran. Pero ¿cómo? Durante varios minutos los pensamientos de Morse dieron vueltas persiguiéndose la cola. Por enésima vez se preguntó por dónde debía empezar, y por enésima vez se dijo a sí mismo que debía decidir quién había matado a Josephs. ¡Bien! Supongamos que fue el reverendo Lionel, basándonos en que algo tuvo que empujarle al suicidio. Pero ¿y si no fue Lionel quien se tiró desde lo alto de la torre? ¿Y si era Philip al que habían empujado? Sí, eso habría sido muy hábil. Pero había una objeción prácticamente insuperable a esa teoría. El reverendo Lionel se habría visto obligado a vestir el cadáver de su hermano con su propia ropa, su sotana, su alzacuellos y todo lo demás. Y eso, con poquísimo tiempo después de la misa matinal, ¡sería físicamente imposible! Pero ¿Y si…? ¡Sí! ¿Y si Lionel hubiera conseguido convencer de algún modo a su hermano para que se cambiara de ropa? ¿Era eso posible? ¡Ah, por supuesto que sí! No solo era posible, era más que probable. ¿Y por qué? Porque Philip Lawson ya lo había hecho antes. ¡Ya había aceptado ponerse la vestimenta eclesiástica de su hermano para poder ocupar su lugar en el altar mientras Josephs era asesinado! Y en aquella ocasión había sido generosamente recompensado por las molestias. De modo que ¿por qué no aceptar una segunda charada sin importancia? Por supuesto que habría aceptado, sin pensar ni por un momento que se estaba vistiendo para su propio funeral. Sin embargo, después de apartar del camino un escollo aparentemente insuperable otro había ocupado su lugar: no solo una sino dos personas habían identificado el cuerpo que había caído desde la torre. ¿Pero constituía eso un verdadero problema para su teoría? ¿La anciana señora Walsh-Atkins había tenido estómago para mirar atentamente un rostro tan destrozado y ensangrentado como el resto del cuerpo mutilado? ¿Su presencia fuera de la iglesia había sido pura chiripa? Porque allí había alguien más, ¿no? Alguien dispuesto a certificar la identidad (la falsa identidad) del cadáver: Paul Morris. Y

después Paul Morris había sido asesinado porque sabía demasiado. Sabía, en concreto, que el reverendo Lionel Lawson no solo seguía en la tierra de los vivos, sino que, para más inri, ¡era un asesino! Culpable de dos asesinatos. De tres asesinatos…

—¿Le importaría terminar su consumición, señor? —dijo el dueño del pub—. La policía viene a menudo por aquí los domingos por la mañana.

25

Esa misma noche, justo después de las ocho, un hombre de mediana edad con la camisa blanca desabrochada a la altura del cuello esperaba sentado en una habitación bien iluminada y amueblada. Estaba reclinado en un confortable sofá tapizado de chintz con adornos florales de color blanco y marrón rojizo, fumando un cigarrillo Benson & Hedges extralargo y mirando la televisión sin prestar atención. Ella llegaba algo tarde esa noche, pero él estaba seguro de que no faltaría a la cita, pues le necesitaba tanto como él a ella. A veces sospechaba que incluso más. Había una botella de clarete abierta y dos copas de vino a su lado, sobre la mesilla de café, y al otro lado de la puerta medio abierta podía ver la hipotenusa formada por la sábana blanca retirada de las almohadas.

¡Vamos, nena!

Eran las ocho y diez cuando la llave (tenía una llave, ¡claro que la tenía!) se deslizó suavemente en la cerradura y ella entró. Aunque afuera lloviznaba sin cesar, su impermeable azul claro parecía del todo seco cuando se lo quitó. Lo dobló por la mitad y lo colocó sobre el respaldo de un sillón. La blusa blanca de algodón resaltaba sus pechos y bajo la ajustada falda negra se dibujaba la suave curva de sus muslos. Durante un rato ella no dijo nada. Se limitó a mirarle sin el menor atisbo de afecto o alegría en los ojos. Si acaso un brillo de sensualidad animal. Caminó por la habitación hasta detenerse delante de él, provocativamente.

—Dijiste que ibas a dejar de fumar.

—Siéntate y deja de lloriquear, mujer. ¡Dios! Cómo me pones con esa ropa.

La mujer hizo exactamente lo que le decía, casi como si estuviera dispuesta a hacer cuanto le pidiera sin el menor reparo, casi como si anhelara la brusca rudeza de sus órdenes. No hubo palabras tiernas en los preliminares amorosos por ninguna de las partes, aunque ella se sentó muy cerca del hombre mientras él llenaba dos copas de vino y sentía contra el muslo la presión de su pierna enfundada en una media negra (buena chica, ¡se había acordado!). Como muestra de algún antiguo respeto ahora moribundo, brindaron entrechocando las copas y ella se acomodó en el sofá.

—¿Has estado toda la tarde viendo la tele?

Hablaba por hablar, pues era evidente que no le interesaba la

respuesta.

—No he llegado a casa hasta las seis y media.

Ella se volvió hacia él por primera vez.

—Es una estupidez salir de esa manera. Más un domingo. ¿No te das cuenta de que…?

—¡Tranquilízate, mujer! No soy idiota y lo sabes. Todavía no me ha visto nadie salir de aquí. ¿Y qué si lo hicieran? Nadie me reconocerá ahora.

Se inclinó hacia ella y desabrochó hábilmente el primer botón de su blusa. Y después el siguiente.

Como le sucedía siempre con ese hombre, la mujer experimentó una curiosa mezcla de repulsión y deseo, ¡una combinación compulsiva! Había perdido la virginidad hacía muy poco y había tomado conciencia de sí misma como un objeto físico, pero también del poder de su cuerpo. Se acostó pasivamente mientras él la acariciaba de un modo que hasta hacía algunos meses no le habría resultado placentero ni permisible, y parecía casi hipnotizada cuando él la levantó del sofá y la llevó al dormitorio.

Su coito no fue excepcionalmente memorable, ni mucho menos extático, pero sí satisfactorio y agradable. Por lo general lo era. Y, como de costumbre, también la mujer, ahora tendida en silencio entre las sábanas, se sentía vulgar y humillada. No era solo porque su cuerpo estuviera desnudo, sino también su alma; e instintivamente se tapó con la sábana hasta el cuello y rezó para que al menos durante un ratito el hombre no la tocara ni la mirara. ¡Cómo le despreciaba! Aunque no tanto, ni la mitad, ni una cuarta parte de lo que había aprendido a despreciarse a sí misma.

Aquello debía terminar. Odiaba a ese hombre y el poder que había llegado a ejercer sobre ella. Pero le necesitaba, necesitaba la firme virilidad de su cuerpo. Había conseguido mantenerse maravillosamente en forma, aunque eso, bueno, eso tampoco era sorprendente, no demasiado.

Se quedó traspuesta enseguida.

—¿El miércoles a la misma hora? —dijo el hombre cuando ella se detuvo junto a la puerta con el impermeable sobre los hombros.

De nuevo sintió sobre su cuerpo todo el peso de aquella humillación y sus labios temblaron ligeramente al responder.

—¡Esto tiene que acabar! ¡Y lo sabes!

—¿Lo sé? —dijo con una sonrisa presuntuosa—. Fuiste tú quien no pudo parar. Lo sabes tan bien como yo.

—Puedo dejar de verte cuando me dé la gana y no hay nada que ni tú

ni nadie…

—Ah, ¿no? Estás tan metida en esto como yo. ¡No lo olvides nunca!

Ella sacudió la cabeza violentamente, casi con furia.

—Dijiste que te marcharías. ¡Lo prometiste!

—Y lo haré. Me iré muy pronto, nena, no te miento. Pero hasta entonces seguiremos viéndonos, ¿lo has entendido? Te veré cuando quiera y tan a menudo como quiera. Y no me digas que no disfrutas ¡porque lo haces! Lo sabes tan bien como yo.

Sí, lo sabía, y sintió que le ardían los ojos ante la crueldad de sus palabras. ¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo podía odiar tanto a un hombre y aun así permitir que le hiciera el amor? ¡No! ¡Aquello no podía seguir así! Y la solución a todos sus problemas era de una simplicidad casi infantil: tenía que ir a ver a Morse, nada más. Contárselo todo y afrontar las consecuencias fueran cuales fueran. Aún le quedaba algo de valor, ¿no?

El hombre la observaba atentamente, adivinando a medias sus pensamientos. Estaba acostumbrado a tomar decisiones con rapidez; así había sido siempre. Y vio cuáles serían sus siguientes movimientos con la misma claridad que un gran maestro jugando al ajedrez con un novato. Desde el principio había sabido que tarde o temprano tendría que lidiar con ella, y aunque durante un tiempo había albergado la esperanza de poder postergar el momento, ahora supo que debía terminar la partida lo antes posible. Para él, el sexo siempre había sido (y siempre lo sería) mucho menos importante que el poder.

Caminó hacia ella, y durante un instante su rostro pareció amable y comprensivo cuando apoyó ambas manos suavemente sobre sus hombros al tiempo que buscaba su mirada.

—Está bien, Ruth —dijo en voz baja—, no te molestaré más. Ven a sentarte un momento, quiero hablar contigo. —La cogió suavemente de un brazo y la condujo hasta el sofá sin que ella opusiera resistencia—. No seguiré haciéndote exigencias de ninguna clase, Ruth. Te lo prometo. Dejaremos de vernos si eso es lo que de verdad quieres. No soporto verte así, tan infeliz.

Hacía semanas que no le hablaba de esa manera y durante unos instantes, al pensar en lo triste que podía ser su vida fuera de esa habitación, se sintió infinitamente agradecida por sus palabras.

—Como te decía, me marcharé pronto y entonces podrás olvidarme y ambos podremos intentar olvidar lo que hemos hecho. El mal que hemos hecho. Porque estuvo mal, ¿verdad? No me refiero a acostarnos, no es eso. Para mí ha sido algo hermoso, algo de lo que nunca me arrepentiré, y esperaba que… Que para también lo fuera. Pero no te preocupes por eso. Tan solo prométeme una cosa, Ruth, ¿quieres? Si alguna vez quieres verme mientras aún estoy aquí, ¡ven, por favor! ¡Por favor! Sabes que te

estaré esperando, y deseando.

Ella asintió y las lágrimas corrieron por sus mejillas al escuchar sus agridulces palabras, mientras él la estrechaba contra su hombro y la abrazaba con fuerza.

Ella permaneció así durante lo que le pareció mucho tiempo. Aunque para él aquello no era más que un intervalo funcional. Sus ojos fríos miraban fijamente el odioso papel pintado de la pared, detrás del televisor. Tendría que matarla, por supuesto. Hacía mucho tiempo que había tomado esa decisión. Lo que no era capaz de entender era por qué no lo había hecho todavía. Los policías no podían ser tan estúpidos como parecían. Hasta el momento, ¿cómo era posible?, no había oído nada sobre el asesinato de Shrewsbury. Nada concreto sobre el cuerpo de la torre. Ni una sola palabra sobre el muchacho…

—¿Tu madre está bien? —le preguntó, casi con ternura.

Ella asintió y suspiró suavemente. Ya era hora de volver a casa con esa madre suya.

—¿Sigues limpiando la iglesia?

Ella volvió a asentir y de nuevo suspiró y al fin se apartó de él.

—¿Lunes, miércoles y viernes?

—Últimamente solo los lunes y los miércoles. Me estoy volviendo lenta con la vejez.

—¿Y por las mañanas, como antes?

—Mmm, por lo general sobre las diez. Y me temo que al terminar he estado yendo al Randolph a tomar una copa —dijo con una risa nerviosa, y se sonó la nariz ruidosamente con el pañuelo empapado—. No me vendría mal una copita rápida ahora si…

—Por supuesto. —Cogió una botella de Teacher's del aparador y le sirvió un buen trago de whisky en su copa de vino—. Aquí tienes. Enseguida te sentirás mejor. Ya te sientes mejor, de hecho, ¿no?

—Sí, ya estoy mejor. —Bebió un trago de whisky—. ¿Recuerdas cuando te pregunté si sabías algo sobre el cuerpo que encontraron en la torre de la iglesia?

—Lo recuerdo.

—¿Y dijiste que no sabías absolutamente nada de eso?

—Y así fue. Así es, absolutamente nada. Pero supongo que la policía lo aclarará.

—Dicen que lo están investigando.

—No volverían a molestarte con todo eso, ¿verdad?

Ella inspiró profundamente y se levantó.

—No. Y tampoco podría contarles nada.

Durante un instante pensó en la penetrante mirada de Morse. Aunque sus ojos eran tristes, como si nunca dejaran de buscar algo que no acaban

de encontrar. Sin duda era un hombre inteligente, y también bueno. ¿Por qué, oh, por qué no había encontrado hacía muchos años a alguien como Morse?

—¿Qué estás pensando? —Su voz volvía a ser casi brusca.

—¿Yo? Oh, solo estaba pensando en lo agradable que puedes ser cuando quieres. Eso es todo.

Ahora solo quería alejarse de él. Era como si la libertad la llamara desde el otro lado de aquella puerta cerrada. Pero él estaba justo detrás de ella y de nuevo sus manos acariciaban su cuerpo. No tardó en obligarla a tumbarse allí mismo, a escasos centímetros de la puerta, y volvió a penetrarla, jadeando como hacía siempre, igual que un animal, mientras ella miraba fijamente una grieta del techo con el rostro impasible.

26

—Al parecer es posible crear un fibroblasto a partir de un simple embutido —dijo Morse, frotándose las manos, encantado ante el plato rebosante de salchichas, huevos y patatas fritas que la señora Lewis le acababa de poner delante.

Eran las ocho y media de la noche del mismo domingo.

—¿Qué es un fibroblasto?

—Algo que tiene que ver con extraer una muestra de tejido y mantenerla viva. Algo aterrador, a decir verdad. Quizá sea posible mantener viva una pequeña parte de alguien, en fin, indefinidamente. Una especie de inmortalidad del cuerpo.

Rompió la yema de uno de los huevos y mojó una patata frita en el untuoso líquido amarillo claro.

—¿Le importa si pongo la tele? —La señora Lewis se sentó con una taza de té—. No me preocupa lo que hagan conmigo después de muerta, inspector, mientras se aseguren de que ya no respiro, claro.

Era un antiguo temor, un temor que había llevado a algunos victorianos acaudalados a instalar toda clase de complejos artilugios dentro de sus ataúdes para que cualquier cadáver que reviviera, rebatiendo los pronósticos de los médicos, pudiera dar aviso lo antes posible desde su confinamiento subterráneo de que había recobrado la consciencia. También era ese mismo miedo el que había empujado a Poe a escribir sobre ello con tan espeluznante fascinación. Y Morse se abstuvo de mencionar que aquellos que más temían ser enterrados vivos podían descansar tranquilos: pues la inquietante verdad médica era que con toda certeza la muerte les llegaría de todas formas.

—¿Qué están poniendo? —murmuró Morse con la boca llena.

Pero la señora Lewis no le oyó. Al estilo de Svengali, la televisión ya la había atrapado en su sagrado trance hipnótico.

Diez minutos más tarde Lewis estaba sentado comprobando sus quinielas de fútbol en el Sunday Express y Morse, después de acomodarse en el sofá con los ojos cerrados, pensaba en la muerte y en gente enterrada, gente enterrada en sus tumbas.

¿Dónde? ¿Dónde estaba?

Morse dio un respingo en el sofá y se despertó parpadeando. Lewis seguía absorto en la última página del Sunday Express y en la pantalla de la televisión un mayordomo descendía lentamente un tramo de escalones hacia una bodega.

¡Eso era! Morse se maldijo en silencio por su estupidez. Había tenido la respuesta ante sus ojos esa misma mañana: «En la cripta de esta iglesia reposan bajo tierra los restos mortales…». Una oleada de entusiasmo despertó de golpe todos sus sentidos mientras se levantaba y apartaba un extremo de la cortina para mirar por la ventana. Ya había oscurecido y el cristal estaba salpicado de una fina llovizna. Lo cierto es que no había prisa, ¿o sí? ¿Qué diablos pensaba encontrar durante una visita nocturna a una iglesia oscura y desierta que no pudiera esperar hasta la mañana siguiente? Pero Morse sabía que no podía esperar y no iba a hacerlo.

—Lo siento de veras, señora Lewis, pero me temo que voy a tener que llevarme otra vez a su marido. De todos modos, no tardaremos. Y gracias de nuevo por la comida.

La señora Lewis no dijo nada y sacó los zapatos de su marido de la cocina. Lewis tampoco dijo nada, pero dobló el periódico y aceptó con resignación que las combinaciones de sus quinielas habían fracasado una vez más a la hora de hacerle ganar una fortuna. Eran las apuestas fijas las que siempre le decepcionaban, esas virtuales certezas alrededor de las cuales había que construir el plan. Como este caso, pensó mientras se ponía los zapatos, en el que no había una sola certeza real. Al menos en su cabeza. Y por lo que Morse había estado diciendo a la hora de comer tampoco en la suya. ¿Y adónde diantres se suponía que iban ahora?

Casualmente la iglesia no estaba a oscuras ni desierta y la puerta principal en el pórtico norte crujió al revelar la luz que inundaba el interior.

—¿Cree que el asesino está aquí, señor, confesando sus pecados?

—Al menos alguien está confesando algo —murmuró Morse.

Acababa de escuchar unos débiles murmullos y señaló las cortinas cerradas del confesionario, situado en el muro norte.

Casi al instante salió una atractiva joven cuyos pecados habían sido presuntamente perdonados, y evitando mirar a los dos detectives, se dirigió taconeando hacia la salida de la iglesia.

—Una joven atractiva, señor.

—Ajá. Es posible que tenga lo que usted quiere, Lewis. Pero ¿quiere usted lo que ella puede darle?

—¿Disculpe, señor?

El reverendo canónigo Meiklejohn caminaba hacia ellos sin hacer

ruido con sus zapatos de suela de goma, mientras se quitaba del cuello una larga estola sacerdotal con bordados verdes.

—¿Quién de ustedes dos quiere ser el primero, caballeros?

—Me temo que no he pecado mucho hoy —dijo Morse—. De hecho, la mayor parte de los días no peco nada en absoluto.

—Todos somos pecadores, ¿sabe? —respondió Meiklejohn con seriedad —. Ay, el pecado es el estado natural de nuestra recalcitrante humanidad.

—¿Hay una cripta bajo la iglesia? —preguntó Morse.

De repente Meiklejohn entrecerró los ojos ligeramente.

—Bueno, sí, la hay. Pero, eh, allí no baja nadie. Al menos, que yo sepa. De hecho, me han dicho que no ha estado nadie allí abajo desde hace aproximadamente diez años. Parece que los escalones están podridos y…

Morse le volvió a interrumpir.

—¿Cómo podemos bajar?

Meiklejohn no estaba acostumbrado a que le hablaran con tanta brusquedad y un ligero enojo cruzó su mirada.

—Me temo que no es posible, caballeros. No ahora, en todo caso. Tengo que estar en Pusey House dentro de… —Miró su reloj de pulsera.

—No creo que sea necesario recordarle por qué estamos aquí, ¿verdad, señor? Y no es para ver su pila bautismal normanda, eso se lo puedo asegurar. Estamos investigando un asesinato, una serie de asesinatos, y como oficiales de policía tenemos todo el derecho a exigir la colaboración ciudadana. Y que yo sepa es usted un ciudadano, ¿no es cierto? Bien, ¿cómo bajamos allí?

Meiklejohn respiró profundamente. Había sido un largo día y empezaba a sentirse muy cansado.

—¿De verdad tiene que hablarme como si fuera un niño malo, inspector? Si no les importa, iré a por el abrigo.

Se dirigió a la sacristía. Cuando regresó, Morse no pudo evitar fijarse en el aspecto raído del grueso abrigo oscuro y en sus ajados zapatos negros.

—Necesitaremos esto —dijo Meiklejohn, señalando una escalera de mano de seis metros apoyada en el muro del pórtico sur.

Con una notable falta de pericia, Morse y Lewis maniobraron para sacar la larga escalera por la puerta sur, antes de atravesar la estrecha portilla justo enfrente, de camino al cementerio, desde donde siguieron a Meiklejohn por la hierba mojada a lo largo de la fachada sur de la iglesia. Una farola iluminaba débilmente las irregulares hileras de lápidas a su derecha, pero el muro estaba sumido en la más absoluta oscuridad.

—Ya hemos llegado —dijo Meiklejohn.

Se detuvo con expresión sombría junto a una reja de hierro rectangular, de aproximadamente un metro ochenta por noventa centímetros, que reposaba sobre el bordillo de piedra que delimitaba un

hueco en el suelo con la misma forma y dimensiones. A través de los barrotes de la reja, pintados de negro en origen, pero ahora descascarillados y marrones a causa del óxido, gracias a la luz de la linterna vieron el fondo de la cavidad, a unos tres metros y medio de profundidad, repleto de desechos acumulados, bolsas de papel y paquetes de cigarrillos. En el lado del pozo más alejado del muro de la iglesia había una escalera de aspecto destartalado sujeta a la pared y en paralelo a la misma un pasamanos de hierro descendía hasta el final. Justo bajo el muro de la iglesia había una pequeña puerta de madera: la entrada a la cripta.

Durante aproximadamente un minuto los tres hombres observaron el oscuro agujero, asaltados por pensamientos similares. ¿Por qué no esperar hasta el apacible y cuerdo amanecer, cuando la luz del día disiparía cualquier imagen de calaveras sonrientes y espantosos esqueletos? Pero no. Morse introdujo ambas manos entre los barrotes de la verja y la levantó con facilidad dejándola a continuación en el suelo, junto a la boca del pozo.

—¿Está seguro de que no ha bajado nadie aquí en diez años? —preguntó.

Lewis se agachó hacia la oscuridad y tanteó los peldaños de la escalera.

—Parecen bastante firmes, señor.

—Jugaremos sobre seguro, Lewis. No queremos acumular más cadáveres si es posible evitarlo.

Meiklejohn observó en silencio mientras bajaban la escalera de mano. Cuando llegó al fondo y quedó asentada, Lewis cogió la linterna y empezó a descender lenta y cautelosamente.

—Creo que aquí ha estado alguien hace muy poco, señor. Uno de los últimos peldaños cerca del suelo está roto y no parece que haya ocurrido hace mucho tiempo.

—Supongo que habrá sido alguno de esos gamberros —dijo Meiklejohn, mirando a Morse—. Son capaces de todo para «ponerse», como dicen ellos. Pero escuche, inspector, de veras debo irme. Siento haber, eh…

—Olvídelo —dijo Morse—. Le pondremos al día si encontramos algo.

—¿De verdad espera encontrar algo?

¿Lo esperaba? La respuesta más honesta era que sí. Esperaba encontrar el cuerpo de un muchacho llamado Peter Morris.

—No, señor. Pero queremos comprobar todas las posibilidades.

Volvió a oírse la voz de Lewis desde el fondo del oscuro agujero.

—La puerta está cerrada con llave, señor. ¿Puede…?

Morse dejé caer su juego de llaves.

—A ver si sirve alguna de estas.

—Si no es ninguna de esas, me temo que tendrán que esperar hasta

mañana a primera hora —dijo Meiklejohn—. Mi juego de llaves es igual que el suyo.

—¡Línea y bingo! —gritó Lewis desde las profundidades.

—Puede irse, padre —dijo Morse a Meiklejohn—. Como le decía, le informaremos si, en fin, si encontramos algo.

—Gracias. Recemos por que no haya nada, inspector. Todo esto ya es bastante espantoso.

—Buenas noches, señor.

Con infinita inquietud y cautela, Morse se dispuso a bajar la escalera. Asegurándose cada poco de que Lewis sujetaba como Dios manda «el maldito trasto», descendió por el agujero con los parsimoniosos movimientos de un experto equilibrista en la cuerda floja. Al igual que había hecho Lewis, reparó en que el antepenúltimo peldaño de la escalera de madera original se había partido más o menos por el centro y la mitad izquierda colgaba en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados. Y a juzgar por el color amarillento de las zonas astilladas alguien lo había roto bastante recientemente al subir o bajar. Alguien bastante pesado, o quizá alguien cargado con un peso extra sobre los hombros.

—¿Cree usted que habrá ratas aquí abajo? —preguntó Morse.

—Lo dudo. No hay nada que comer aquí, ¿verdad?

—Cuerpos, quizá.

Morse volvió a plantearse abortar la lúgubre misión hasta por la mañana y sintió un ligero escalofrío de miedo al mirar el rectángulo de luz tenue sobre su cabeza, casi convencido de que de un momento a otro alguna demoníaca figura aparecería en la boca del pozo sonriéndole con una mueca espantosa. Respiró hondo.

—Entremos, Lewis.

La puerta emitió un chirriante crujido al abrirse lentamente sobre sus oxidados goznes, mientras Lewis empujaba y Morse apuntaba nervioso con la linterna a un lado y a otro. Al instante pudieron comprobar que los principales pilares de apoyo de la estructura de la iglesia se prolongaban bajo tierra dividiendo el área subterránea en estancias de menor tamaño y más propias de un sótano corriente, que (al menos para Lewis) poco tenían de siniestro o espeluznante. De hecho, el segundo hueco que encontraron a su izquierda era tan normal que a nadie se le habría ocurrido pensar que en aquel inframundo habitaran espectros de ninguna clase. Pues entre sus muros no había más que un gran montón de carbón (sin duda utilizado para el anterior sistema de calefacción de la iglesia) seco y perfectamente apilado, con una pala de mango largo colocada encima.

—¿Un poco de carbón gratis, señor?

Lewis iba delante y en ese momento usó la linterna de Morse para

alumbrar a su alrededor, donde todo estaba sorprendentemente seco. Sin embargo, a medida que avanzaban hacia la oscuridad, resultaba más y más difícil hacerse una idea coherente de la distribución de las estancias. Y Morse empezaba a quedarse algo rezagado cuando Lewis iluminó con la linterna un montón de ataúdes apilados, con las tapas combadas y entreabiertas sobre los laterales contraídos y enmohecidos.

—Aquí hay muchos cadáveres —dijo Lewis.

Pero Morse se había dado la vuelta y contemplaba lúgubre la oscuridad.

—Creo que lo más sensato sería regresar por la mañana, Lewis. Es una estupidez tratar de encontrar algo aquí a esta hora de la noche.

Sintió un escalofrío de miedo más intenso al percatarse de que había algo tangiblemente opresivo en aquel aire seco. Siendo niño siempre había tenido miedo a la oscuridad, y ahora volvió a sentir la trémula mano del terror posándose en su hombro con suavidad.

Retrocedieron siguiendo sus pasos y Morse pronto alcanzó la entrada a la cripta con la frente empapada de un sudor frío. Respiró hondo varias veces, y la perspectiva de trepar por la sólida escalera hasta el exterior le pareció una gloriosa liberación de la sensación de pánico que amenazaba con tragarle. A pesar de todo Morse fue capaz de controlar sus debilidades para transformarlas en fortalezas casi milagrosamente. Si a alguien se le hubiera ocurrido esconder un cadáver en aquel lugar (¡sin duda!), al menos tendría que haber sentido algo de ese miedo irracional a la oscuridad y a los muertos que él había experimentado, ese terror profunda y eternamente arraigado en el subconsciente humano. Nadie se aventuraría demasiado lejos en aquellas cavernosas criptas repletas de ecos en plena noche. Al pasar junto al montón de carbón dio una patada a un paquete de cigarrillos y se agachó para cogerlo pidiéndole a Lewis que se acercara con la linterna. Era un paquete vacío color oro de Benson & Hedges, en cuyo lateral se podía leer: «Advertencia del Ministerio de Sanidad. Los cigarrillos pueden perjudicar seriamente la salud. Contenido medio de alquitrán». ¿Cuándo había decidido el gobierno colocar tan solemne advertencia para los adictos al tabaco? ¿Hacía tres, cuatro, cinco años? ¡Desde luego que no diez años! (¿Eso había dicho Meiklejohn?)

—Eche un vistazo bajo el carbón, ¿quiere? —dijo Morse, en tono tranquilo.

Cinco minutos después Lewis lo encontró. Era un muchacho de once o doce años. El cuerpo estaba bien conservado. De algo más de un metro cincuenta de estatura y vestido de uniforme escolar. Alrededor del cuello, tan brutalmente apretada que se había clavado en la carne, llevaba la corbata del uniforme; una corbata a rayas rojas y grises, los colores de la

Escuela Roger Bacon de Kidlington.

La nota manuscrita por el sustituto del sargento de guardia con el aviso enviado desde Shrewsbury aún estaba en la bandeja de archivos pendientes en la comisaría del Valle del Támesis.

27

Lewis llegó a la oficina de Bell a las nueve y cuarto de la mañana siguiente, pero Morse se le había adelantado y estaba sentado al escritorio gritando por teléfono lívido de furia.

—Bien, pues entonces que se ponga el muy imbécil. ¡Sí, ahora!

Le indicó a Lewis que se sentara, mientras los dedos de su mano izquierda tamborileaban sobre el escritorio con fastidiosa impaciencia.

—¿Usted? —bramó al fin por el auricular—. ¿Y a qué demonios cree que está jugando? ¡Ha estado delante de sus narices desde ayer a la hora de comer, maldita sea! ¿Y lo único que sabe hacer es quedarse sentado sobre ese culo gordo diciendo que lo siente? Claro que lo va a sentir, muchacho. Téngalo por seguro. Y ahora escúcheme con atención. Irá al despacho del superintendente en cuanto le dé permiso para colgar el teléfono y le contará exactamente lo que ha hecho y lo que no ha hecho. ¿Entendido?

En el otro extremo de la línea el pobre desgraciado apenas sería capaz de murmurar alguna tímida disculpa, y Lewis siguió escuchando casi atemorizado la siguiente salva de improperios.

—¿Qué piensa decirle? Yo le explicaré lo que le va a contar, muchacho. En primer lugar, le dirá que se ha ganado la maldita Cruz Victoria. ¿Entendido? En segundo lugar, le dice que ya es hora de que le nombren jefe de policía de Oxfordshire. Él lo entenderá. En tercer lugar, le dice que es usted el responsable de la mayor jodida estupidez jamás vista en toda la historia del Cuerpo. ¡Eso es todo lo que le va a decir!

Colgó el teléfono de un golpe y durante un minuto aún siguió resoplando de rabia.

Lewis guardó silencio prudentemente y al final fue Morse el primero en hablar.

—La señora Josephs ha sido asesinada. Encontraron su cuerpo el viernes pasado en una residencia de enfermeras de Shrewsbury.

Lewis miró la gastada alfombra a sus pies y meneó la cabeza, apesadumbrado.

—¿Cuántos más va a haber, señor?

Morse inspiró profundamente y de repente pareció más tranquilo.

—No lo sé.

—Próxima parada Shrewsbury, ¿no?

Morse se encogió de hombros casi desesperanzado.

—No lo sé.

—¿Cree que se trata del mismo hombre?

—No lo sé.

Morse parecía rumiar algo en silencio, con la mirada fija en el escritorio.

—Vuelva a sacar el archivo.

Lewis se acercó a unos de los archivadores metálicos.

—¿Quién estaba en el otro extremo de la trayectoria del misil, señor?

Morse esbozó una sonrisa algo reticente.

—Ese maldito idiota de Dickson. Al parecer estaba sustituyendo al sargento de guardia cuando dieron parte de lo ocurrido a la comisaría. La verdad es que no debería haberme enfadado tanto con él.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho? —preguntó Lewis, dejando el archivo sobre el escritorio.

—Supongo que porque yo mismo debí haberlo adivinado. Haber adivinado que ella sería la siguiente de la lista, quiero decir. No lo sé, simplemente estaba furioso conmigo mismo. Pero hay algo que sí sé, Lewis. Sé que este caso se nos está yendo de las manos. Dios sabrá dónde estamos, porque yo no.

Lewis consideró que podía ser el momento adecuado. La furia de Morse se había desvanecido y solo una irascible frustración seguía enturbiando la preocupada expresión de su rostro. Quizá le viniera bien un poco de ayuda.

—Señor, al llegar a casa la otra noche me dio por pensar en lo que dijo usted en el Bulldog. ¿Lo recuerda? Dijo que quizá Lawson, el reverendo Lawson, bajó directamente de…

—¡Por todos los santos, Lewis, olvídelo! Nos salen cadáveres por todas partes, ¿no tiene bastante con eso? Estamos hasta el cuello en el follón más jodido desde sabe Dios cuándo, y lo único que se le ocurre es…

—Fue usted quien lo dijo, no yo.

—Sí, lo sé. ¡Pero déjeme en paz, hombre! ¿No ve que estoy intentando pensar? Alguien tiene que pensar aquí.

—Yo solo intentaba…

—Mire, Lewis, tan solo olvide lo que dije y empiece a pensar en los hechos de este puñetero caso. ¿De acuerdo? —Hojeó furiosamente el archivo que tenía delante—. Todos los hechos están aquí. Josephs es asesinado, ¿estamos? Bien, Josephs es asesinado. El reverendo Lionel Lawson se tira desde la maldita torre. ¿Bien? Se tira desde la maldita torre, eso es. Morris padre es asesinado y llevan su cadáver hasta la misma jodida torre. ¿Estamos? Morris padre está fuera de escena. Morris hijo es estrangulado y su cadáver arrastrado hasta la cripta de la iglesia. ¿De

acuerdo? ¿Por qué no asumimos esos hechos, Lewis? ¿Para qué seguir enredándonos con todos esos disparates? ¡Ah, olvídelo!

Lewis salió del despacho asegurándose de cerrar dando un buen portazo. Ya había tenido suficiente. Aquella estúpida ingratitud empujaría a dimitir al más pintado. Entró en la cantina y pidió un café. Si Morse quería que le dejaran en paz, ¡pues en paz estaba, ese miserable cabrón! Al menos no sería Lewis quien le interrumpiera. Leyó el Daily Mirror y tomó una segunda taza de café. Leyó el Sun y tomó una tercera. Y después decidió conducir hasta Kidlington.

Ahora había pequeños claros en el cielo y la lluvia de la noche anterior casi se había secado por completo en las carreteras. Condujo por Banbury Road, continuó por Linton y Belbroughton y vio los cerezos y los almendros vestidos de rosa y blanco y los narcisos y los jacintos que florecían delimitando los cuidados céspedes. North Oxford era un lugar hermoso a principios de primavera, y cuando Lewis llegó a Kidlington ya estaba de mejor humor.

Seguramente Dickson estaría en la cantina. Dickson casi siempre estaba en la cantina.

—He oído que esta mañana te soltaron un buen rapapolvo —se aventuró a decir Lewis.

—¡Ay, Dios! Tendría que haberle oído.

—Lo hice —admitió Lewis.

—Yo solo estaba sustituyendo al sargento de guardia. Andamos tan cortos de personal que me pidieron que atendiera el teléfono. ¡Y me pasa esto! ¿Cómo demonios se supone que iba yo a saber quién era? Además, se había cambiado el nombre y dijeron que solo «posiblemente» había vivido en Kidlington. ¡Ah! A veces la vida puede ser muy injusta, sargento.

—Puede ser un auténtico capullo, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Morse. Digo que puede ser un…

—No, no tanto.

Dickson no parecía en absoluto apesadumbrado mientras le pegaba un buen bocado a un dónut relleno de mermelada.

—¿Aún no has ido a ver al súper?

—No lo decía en serio.

—Mira, Dickson. Ahora estás en el Cuerpo, ¿sabes?, no en el patio del colegio. Si Morse dice que…

—No lo dijo. Volvió a llamarme media hora después y dijo que lo sentía. Y que lo olvidara.

—¡No puede ser!

—Coño, que sí, sargento. La verdad es que al final charlamos bastante

amigablemente. Le pregunté si podía hacer algo para ayudarle y ¿sabe qué dijo? Dijo que quería que llamara al D. I. C. de Shrewsbury para averiguar si la mujer fue asesinada el viernes. Eso es todo. Dijo que le importaba un cuerno si había sido apuñalada, estrangulada o lo que fuera, mientras hubiera sido el viernes. Un tipo curioso, ¿verdad? Siempre haciendo preguntas extrañas, nunca las que uno espera. Pero inteligente. ¡Claro que sí, coño!

Lewis se levantó para marcharse.

—No fue un crimen sexual, sargento.

—Oh.

—Era atractiva, según dicen. Quizá me esté adelantando un poco, pero al parecer algunos de esos médicos le habían tirado los tejos. De todos modos, siempre he pensado que las medias negras son de lo más sexis, ¿no le parece, sargento?

—¿Llevaba medias negras?

Dickson engulló lo que quedaba del dónut y se limpió los dedos en los pantalones negros.

—¿No las llevan todas?

Pero Lewis no se paró a responder. De nuevo se sentía menospreciado y furioso. ¿Quién se supone que debía ayudar a Morse? ¿Él o Dickson? ¡Diablos!

Eran las once cuarenta y cinco cuando Lewis volvió a entrar en la comisaría de St. Aldates y se dirigió al despacho de Bell por segunda vez esa mañana. Morse seguía sentado en la silla, pero su cabeza descansaba ahora sobre el escritorio, apoyada en el hueco del brazo izquierdo. Estaba profundamente dormido.

28

Ruth no había vuelto a casa a la una menos cinco y la señora Rawlinson empezaba a inquietarse. Sospechaba (en realidad sabía) que las visitas de Ruth al Randolph a la hora de comer se estaban convirtiendo en una costumbre, iba a tener que recordarle a su hija sus responsabilidades filiales. Al principio, no obstante, no fue más que el primitivo instinto maternal lo que se le impuso. Sin embargo, cuando terminó el noticiario radiofónico, a la una y diez, seguía sin saber nada de su hija. A la una y cuarto sonó el teléfono, rompiendo el silencio de la habitación con estridente y abrupta urgencia, y la señora Rawlinson extendió una mano temblorosa para descolgar el auricular, sintiendo que el incipiente pánico la desbordaba cuando el hombre que llamaba se identificó.

—¿Señora Rawlinson? Al habla el inspector jefe Morse.

¡Oh, Dios santo!

—¿Qué sucede? —exclamó ella—. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Se encuentra bien, señora Rawlinson?

—Sí. Oh, sí. Por un momento pensé…

—Le aseguro que no hay de qué preocuparse. —¿Pero no sonaba también su voz algo preocupada?—. Solo quería hablar un momento con su hija, si es tan amable.

—Ella, me temo que en este momento no está. —Y entonces la señora Rawlinson oyó la llave arañando la cerradura de la entrada—. Un segundo, inspector.

Ruth apareció fresca y sonriente al otro lado de la puerta.

—¡Ven! Es para ti —dijo la madre pasándole el auricular a Ruth, y acto seguido se apoyó en el respaldo de la silla de ruedas, saboreando una hermosa y tranquilizadora furia.

—¿Diga?

—¿Señorita Rawlinson? Soy Morse. No es más que simple rutina. Uno de esos cabos sueltos que estamos intentando atar. Necesito que intente recordar, si es posible, si el reverendo Lawson usaba gafas.

—Sí, las usaba. ¿Por qué?

—¿Se las ponía solo para leer o las llevaba siempre?

—Las llevaba siempre. Al menos siempre que yo le veía. Eran de montura dorada.

—Eso es muy interesante. ¿Por casualidad se acuerda usted de ese

hombre, el vagabundo? Ya sabe, el que aparecía de cuando en cuando por su iglesia.

—Sí, le recuerdo —respondió Ruth, lentamente.

—¿Él llevaba gafas?

—No, creo que no.

—Justo lo que pensaba. Bien. En fin, creo que eso es todo. Ah, por cierto, ¿qué tal está?

—Oh, bien. Gracias.

—¿Sigue usted comprometida con sus buenas obras? Quiero decir en la iglesia.

—Sí.

—Lunes y miércoles, ¿verdad?

—Sí.

Era la segunda vez que le preguntaban lo mismo en muy poco tiempo. Y ahora (lo sabía) iba a preguntarle a qué hora solía estar allí. Era como oír la repetición de un programa de radio.

—Normalmente sobre las diez, ¿no es así?

—Sí, así es. ¿Por qué lo pregunta?

¿Y por qué de repente ella tenía tanto miedo?

—Por nada en particular. Yo solo, en fin, ya sabe, pensaba que quizá podría volver a verla allí algún día.

—Sí, es posible.

—Bien, pues cuídese.

¿Por qué no podía hacerlo él, cuidar de ella?

—Sí, lo haré —se oyó decir a sí misma.

—Adiós —dijo Morse.

Colgó el teléfono y durante unos instantes miró abstraído por la ventana la superficie alquitranada del patio interior de la comisaría. ¿Por qué siempre se mostraba tan tensa? ¿Por qué no podía abrir las piernas para él metafóricamente de vez en cuando?

—Hace usted preguntas muy extrañas —comentó Lewis.

—También algunas de gran importancia —respondió Morse, de modo bastante pomposo—. Verá, las gafas de Lawson estaban en el bolsillo de su chaqueta cuando le encontraron. Está todo aquí —dio unas palmaditas en el archivo sobre la muerte del reverendo Lionel Lawson, que tenía delante sobre el escritorio—. Y la señorita Rawlinson dijo que las llevaba siempre. Interesante, ¿verdad?

—¿Quiere decir que no fue Lionel Lawson quien…?

—Quiero decir exactamente lo contrario, Lewis. Quiero decir que fue Lionel Lawson quien se tiró desde la torre. Estoy absolutamente seguro de ello.

—No lo comprendo.

—¿No? Bien, pues se lo explicaré. Los saltadores miopes siempre se quitan las gafas y las guardan en el bolsillo antes de lanzarse al vacío. De modo que cualquier rastro de cristal en el rostro de un suicida es indicio seguro de que lo ocurrido no fue un suicidio sino un asesinato.

—Pero ¿cómo sabe que Lawson era miope? Quizá él…

—Miope o hipermétrope, ¡no importa! Para el caso es lo mismo.

—¿Está hablando en serio?

—Nunca he hablado tan en serio. Es como la gente que apaga el audífono antes de darse un baño o se quita los dientes postizos para ir a dormir.

—Pues mi mujer no se quita el puente para ir a dormir, señor.

—¿Qué tiene que ver su mujer con esto?

Lewis estaba a punto de protestar contra la injusticia de tan ingenua lógica, pero vio que Morse le sonreía.

—Y, por cierto, ¿cómo es que sabe tantas cosas sobre los suicidas?

Morse pareció pensativo durante unos segundos.

—No lo recuerdo. Creo que lo leí en el reverso de una caja de cerillas.

—¿Y eso nos basta para seguir?

—Es algo, ¿no cree? Nos enfrentamos a un tipo muy inteligente, Lewis. Pero simplemente no le veo asesinando a Lawson y después quitándole las gafas con cuidado para volver a guardarlas en su funda. ¿Y usted?

No, Lewis tampoco. Lo cierto es que no veía nada en absoluto.

—¿Estamos haciendo algún progreso en este caso, señor?

—Buena pregunta —dijo Morse—. Y, como solía decir uno de mis antiguos profesores: «Después de haberle plantado cara directamente al problema, pasemos a otra cosa». Ya va siendo hora de comer algo, ¿no cree?

Los dos hombres salieron del largo edificio de piedra de tres plantas que alberga el cuartel general de la policía de Oxford, subieron por Christ Church, atravesaron Carfax y giraron hacia Golden Cross, donde Morse decidió que, al menos él, solo iba a necesitar una módica cantidad de líquido refrescante. Siempre había pensado que su mente funcionaba mejor después de unas pocas cervezas y volvió a actuar siguiendo su costumbre. Era consciente de que debería ir a Shrewsbury de inmediato, pero la perspectiva de interrogar a celadores de hospital, enfermeras y médicos sobre horas y lugares, movimientos y motivos, le disgustaba profundamente. En cualquier caso, aún había mucho trabajo de rutina que liquidar en Oxford.

Lewis se marchó después de tomar una sola pinta y Morse se acomodó en la silla para pensar. Luces intermitentes tejían patrones en el telar de su cerebro, patrones que se materializaban con diversas formas y diseños, que al final eran siempre desechados. Después de la tercera pinta sus

elucubraciones no le habían llevado a ningún lado, salvo quizá a la desagradable certeza de que sus caprichosas teorías (todas ellas) eran fútiles, sus ideas estériles y sus progresos nulos. No obstante, estaba convencido de que, en algún lugar, aunque era incapaz de precisar dónde, había pasado por alto algo importante, algo que le permitiría obtener la llave de aquel laberinto. Sí, eso era lo que necesitaba, la llave del… Aunque la llave de la iglesia ya la tenía. ¿Era allí, en la misma iglesia, donde había pasado por alto algún hecho evidente y simple que incluso en esos momentos continuaba allí, a la espera de que lo descubrieran?

Morse volvió a cerrar la puerta del pórtico norte nada más entrar, consciente de que debía esforzarse por observar el interior de la iglesia de un modo diferente. Hasta aquel momento había contemplado el escenario sobre las hileras de bancos distraído por pensamientos vagamente elevados, inducidos por el olor empalagoso y dulzón del incienso y la melancólica majestuosidad de las vidrieras. Ahora no tanto. Hojeó media docena de opúsculos piadosos cuidadosamente expuestos en pequeñas pilas sobre un estante anclado a la pared, justo a la izquierda de la puerta; revisó un manojo de folletos a cumplimentar por todos aquellos que desearan formar parte del censo parroquial y participar en sus actividades; apartó una cortina justo detrás de la pila y vio en un caldero una fregona y dos escobas. La cosa iba mucho mejor. ¡Lo sentía en los huesos! Examinó postales con vistas exteriores de la iglesia tomadas desde diversos ángulos (a seis peniques cada una), primeros planos de la famosa pila bautismal (al parecer, muy admirada por todos salvo por Morse) y fotografías frontales de cuerpo entero de una de las sonrientes gárgolas de la torre (¿para qué diablos iba a querer alguien semejante espanto?). Después dirigió su atención a un montoncito de guías de St. Frideswide (a diez peniques cada una) y otro de notas parroquiales (a dos peniques cada una) donde se detallaban todas las actividades del mes. Entonces, junto al muro oeste, volvió a fijarse en las pilas de devocionarios con sus feas cubiertas de color rojo y en los libros de himnos con sus… De repente se detuvo, paralizado por la extraña convicción de que ya había pasado por alto la pista vital que había estado buscando. ¿Se trataba de algo que acababa de ver? ¿Algo que acababa de oír? ¿Algo que había olido? Volvió a la puerta, retrocedió siguiendo sus pasos por el pórtico y entonces replicó en la medida de lo posible todas las acciones que había llevado a cabo desde su entrada en la iglesia. Pero fue inútil. Fuera lo que fuera (si realmente había algo) seguía eludiéndole. Y del modo más irritante. Caminó despacio por el pasillo central en dirección al altar y de repente se paró. Los himnos de la misa de la noche anterior aún seguían expuestos; tarjetones blancos con números rojos, colocados en un par de tableros, uno a cada lado de Morse. ¡Qué extraño! ¿Por qué no los habían retirado? ¿Era una de las tareas de Ruth Rawlinson? Parecía que el cubo y la fregona habían sido utilizados recientemente, casi con toda seguridad por

la misma Ruth esa mañana. ¿Había olvidado ella retirar los tarjetones? ¿O eso era responsabilidad del vicario? ¿O de algún miembro del coro? ¿O de uno de los ayudantes supernumerarios? Pues sin duda alguien debía ocuparse de esa clase de cosas. Pensándolo bien, alguien tenía que escoger y organizar los himnos, los salmos, las colectas, las epístolas, los evangelios y todo los demás. Morse desconocía esa clase de detalles, pero supuso que estaría todo anotado en algún gran libro sagrado disponible a modo de guía para el clero. Seguro que sí. Igual que esos calendarios con el santoral y otras festividades religiosas. Era imposible memorizar tantísimos detalles. Es más, alguien tendría que encargarse de llevar a cabo una especie de registro de todas las misas y servicios semanales (¡seguro!), especialmente cuando había tantos como en aquella parroquia. ¡Eso era! Retrocedió rápidamente hasta el pórtico norte, cogió una copia de las notas parroquiales y observó con curioso nerviosismo la primera página:

IGLESIA DE ST. FRIDESWIDE, OXFORD

SERVICIOS
Domingos Misa y Sagrada Comunión 8 a. m.
10.30 a. m. (Mayor) y 5.30 p. m.
Servicio vespertino 6 p. m.
Semanales Misa los jueves y los viernes 7.30 a. m.
En días festivos 7.30 a. m. y 7.30 p. m.

CONFESIONES
Martes, viernes y sábados, todas a mediodía.
O previamente reservadas con los sacerdotes.

SACERDOTES
Reverendo Canónigo K. D. Meiklejohn (vicario),
Vicaría de St. Frideswide.
Reverendo Neil Armitage (coadjutor),
19 Avenida Port Meadow.

ABRIL

Día 1 Octava de Pascua
Día 2 DOMINGO DE LA DIVINA MISERICORDIA
Predicador a las 10.30 a. m.
Obispo de Brighton. Encuentro parroquial anual 6.15 p. m.
Día 3 SAN RICARDO DE CHICHESTER
Misa a las 8.00 a. m. y 7.30 p. m.

Día 4 Hora Santa 11 a. m.
Día 5 Unión de Madres 2.45 p. m.
Día 6 Sínodo de Decanato 7.45 p. m.
Día 8 Hora Santa de 5 a 6 p. m.
Día 9 Segundo Domingo de Pascua…

Y así continuaba durante todo el mes, con un par de festivos importantes (Morse tomó nota de ello) en dos de las tres semanas siguientes. ¿Y qué? ¿Había algo allí con un mínimo valor o interés para la investigación? El apellido Armitage era nuevo para Morse y sospechó que el coadjutor probablemente sería una adquisición reciente, y casi con toda seguridad había sido uno de los tres reyes magos vestidos de púrpura. En cualquier caso, con tal cantidad de actividades mensuales tenía que haber algún ayudante, ¿no? Era una inmensa cantidad de trabajo para un solo hombre, sobre cuyos hombros, por si fuera poco, posiblemente recaerían también toda clase de responsabilidades pastorales, como visitar a los pobres y a los enfermos, a los inválidos y a los ciegos. ¡Por Dios, sí! Sin duda Meiklejohn necesitaría un coadjutor teniendo que cuidar de tan vasta viña. Y entonces una pequeña pregunta apareció de repente en la cabeza de Morse, y durante un segundo la sangre pareció helarse en sus mejillas. ¿Tenía también Lawson un coadjutor? Sería fácil averiguarlo, y Morse tuvo la peculiar sensación de que la respuesta podía ser importante. Aunque en ese momento no tenía la menor idea de en qué medida podía serlo.

Guardó en un bolsillo la copia de las notas parroquiales y volvió a adentrarse en el templo. Una larga cuerda borlada restringía el acceso al pequeño presbiterio de la capilla de la Virgen, pero Morse, irreverente, pasó sobre ella y se detuvo frente al lienzo del altar, profusamente decorado con toda clase de brocados. Justo a su izquierda estaba el arco, que cruzó con calma, por el cual se accedía al altar mayor. En un hueco a su izquierda había una piscina de estilo gótico temprano inglés y Morse se detuvo a observarla con atención, asintiendo lentamente mientras lo hacía. Después giró a la izquierda, caminó junto a la alta mampara de piedra tallada que separaba la capilla de la Virgen de la nave central, atravesó con rapidez la entrada a la capilla y volvió a detenerse ante la sacristía. Por alguna razón parecía bastante satisfecho consigo mismo y volvió a asentir con la cabeza varias veces con una sonrisa casi ufana.

Permaneció donde estaba varios minutos mirando a su alrededor una vez más, y lo cierto es que, aunque no lo sabía, estaba a escasos metros de la pista que rompería en mil pedazos varias de sus anteriores hipótesis. Pero por el momento los hados seguían sin sonreírle. La puerta norte se

abrió entonces y entró Meiklejohn con una caja de bombillas, en compañía de un joven que llevaba al hombro una escalera extensible.

—Hola, inspector —dijo Meiklejohn—. ¿Han descubierto algo más?

Morse gruñó evasivamente y decidió que la investigación de la sacristía podía posponerse sin que tuviera lugar ninguna tragedia de dimensiones bíblicas.

—Vamos a cambiar bombillas —continuó Meiklejohn—. Hay que hacerlo cada tres o cuatro meses. Me temo que ya tenemos unas cuantas fundidas.

Morse observó lentamente la techumbre de la iglesia, donde a unos doce metros del suelo pudo ver una serie de apliques eléctricos de dos bombillas entre los cuales mediaban unos seis metros de distancia. Entretanto, los dos hombres ya habían colocado la escalera bajo las luces más cercanas y procedieron a desplegar sus extensiones de apariencia cada cual más precaria, hasta llegar la tercera y última, cuya endeble cúspide se detuvo a unos setenta o noventa centímetros del primer par de bombillas.

—Me temo —dijo Morse— que no tengo estómago para seguir observando esta pequeña operación.

—Oh, no es tan terrible como parece, inspector, si uno es cauteloso. Aunque he de admitir que siempre me alegro cuando hemos terminado.

—No parece que a él le importe demasiado —comentó Morse, señalando al joven que en esos momentos ascendía (¿algo nervioso?) el segundo tramo de escalera y la manipulaba con delicadeza hasta colocarla en una posición más firme y vertical.

Meiklejohn sonrió y se volvió lentamente hacia Morse.

—Creo que estar ahí arriba le gusta tan poco como a usted, si no menos. Al final siempre me toca a mí hacer el trabajo.

Pues que Dios le proteja, pensó Morse, y salió rápidamente olvidando por completo que dejaba a deber un montante de dos peniques a las arcas de la iglesia; olvidando también que había una pregunta mucho más importante que aún debía hacerle al temerario responsable de la iglesia de St. Frideswide.

En total debían cambiar veinte bombillas y como de costumbre tardaron muchísimo tiempo en completar la tarea. Para cualquiera que hubiera podido observar la escena, el joven que sostenía diligentemente la escalera con un pie apoyado con firmeza en el peldaño inferior parecía incapaz de alzar la vista por encima de las más estricta horizontal, mientras Meiklejohn ascendía con cautela y decisión hacia las vertiginosas alturas. Al llegar al antepenúltimo peldaño el párroco apoyó la mano izquierda en la pared, se estiró para desenroscar una de las bombillas usadas, que

guardó con cuidado en el bolsillo de su chaqueta, y después insertó una bombilla nueva con la mano derecha impulsándose de tal modo que durante un instante su cuerpo quedó virtualmente flotando en el aire sin sujeción alguna. El menor descuido o un ligerísimo mareo y el buen vicario habría perdido su precario equilibrio precipitándose hacia una muerte casi segura. Pero gracias a Dios la tarea casi había terminado y la escalera ya estaba colocada bajo el último par de bombillas cuando la puerta (que hasta entonces había permanecido cerrada) se abrió con un crujido dando paso un hombre de aspecto extraño y barba descuidada, ataviado con un largo y raído gabán y unas gafas de sol del todo innecesarias en el interior de la iglesia. Durante un par de segundos miró a su alrededor, al parecer sin percatarse de la presencia de los otros dos hombres. La luz de la tarde ya declinaba y habían desconectado la corriente mientras cambiaban las bombillas.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Meiklejohn.

—¿Qué? —respondió el hombre, nervioso—. Vaya, jefe, me ha asustado.

—Por favor, siéntase libre de mirar cuanto quiera. Es usted bienvenido.

—Lo siento. Solo quería, eh…

—Yo mismo puedo acompañarle enseguida si puede esperar.

—Qué va. Mis disculpas, jefe.

Salió rápidamente y Meiklejohn levantó las cejas mirando a su joven ayudante. La escalera estaba lista de nuevo y se sujetó con la mano derecha al peldaño justo encima de su cabeza, pero de repente se detuvo.

—¿Recuerdas a mi predecesor, el pobre señor Lawson? Según me han dicho, a él se le daba bien lidiar con los indigentes. Con frecuencia solía alojar a alguno aquí durante unos pocos días. Aunque es posible que eso ya lo sepas. Quizá debería esforzarme más en ese sentido. No obstante, todos somos distintos, ¿no crees, Thomas? Tal como nos hizo el buen Señor. —Sonrió, bastante melancólicamente, y empezó a subir—. Quizá al pobre señor Lawson no se le daban muy bien las bombillas, ¿verdad?

Thomas logró esbozar una desganada sonrisa a modo de respuesta y asumió una vez más su papel de guardián del peldaño inferior, de nuevo evitando mirar las suelas negras de los zapatos del vicario mientras ascendía con rapidez. ¡Qué curioso! Se había unido a la iglesia de St. Frideswide hacía más de un año (era estudiante universitario en el Hertford College) y se acordaba muy bien del anterior vicario. Y pensó que también recordaba otras cosas. Pensó, por ejemplo, que conocía al vagabundo que acababa de entrar. ¿No le había visto una o dos veces por allí?

La decisión de viajar a Shrewsbury fue tomada instantánea y arbitrariamente cuando Morse salió de la iglesia y caminó de regreso a St. Aldates. Mientras Lewis conducía el coche patrulla por la circunvalación de Woodstock Road y tomaba la salida hacia la A34, los dos hombres estaban calculando el tiempo que tardarían en ir y volver. Ya eran las cuatro y veinte de la tarde. Unas dos horas, digamos, para llegar allí, si el tráfico era razonablemente bueno. Dos horas para ir y otras dos para volver. De modo que, con un poco de suerte, podrían estar de regreso en Oxford sobre las diez y media de la noche.

Como era habitual, Morse habló poco en el coche y Lewis se alegró de poder concentrarse exclusivamente en conducir. Habían salido a tiempo para evitar el masivo éxodo diario desde Oxford que da comienzo sobre las cuatro menos cuarto y continua su paralítico avance durante casi una hora. También era divertido conducir el llamativo coche patrulla. Los demás conductores respetaban de forma escrupulosa los límites de velocidad nada más detectar en sus retrovisores el coche blanco y azul claro y evitaban ostentosamente la más mínima sospecha de incompetencia al volante, haciendo gala de una cortesía y un esmero en las antípodas de la frenética agresividad de costumbre.

Así funcionaban las cosas.

Lewis tomó un desvío a la izquierda para abandonar la A34 a la altura de Chipping Norton, atravesaron Bourton-on-the-Hill y Moreton-in-Marsh, y después, con el valle de Evesham desplegándose ante sus ojos en un vasto panorama, descendieron por una larga y empinada colina hacia Broadway, con sus casas de piedra de Costwold resplandeciendo con un cálido tono amarillo bajo el sol de última hora de la tarde. En Evesham Morse insistió en tomar la carretera hacia Pershore, donde al llegar se mostró entusiasmado con sus edificios y viviendas de ladrillo rojo con las ventanas pintadas de blanco, y en Worcester indicó a Lewis que continuara por Bromyard Road.

—Siempre he pensado —dijo Morse cuando se desviaron al norte en Leominster hacia la A49— que esta es una de las carreteras más hermosas de Inglaterra.

Lewis no dijo nada. También suponía dar un largo rodeo y a ese paso no llegarían a Shrewsbury antes de las siete. Sin embargo, al atravesar

Church Stretton a Lewis le pareció que quizá Morse tenía razón. Y más aún al dejar atrás Long Mynd y contemplar a lo lejos el sol que aún brillaba sobre las colinas galesas inundando el crepúsculo con su intensa luz y tiñendo de un suavísimo tono púrpura las blancas nubes dispersas por el horizonte.

Eran las siete y media cuando al fin los dos detectives de Oxford se sentaron en el despacho del superintendente en la comisaría de policía de Salop; y las ocho y media cuando salieron. Morse no había dicho gran cosa y Lewis menos, y ambos tenían la sensación de que, a juzgar por los resultados, la reunión había sido poco más que mera rutina. No había fundamentos para sospechar de nadie ni el menor atisbo de algo parecido a un probable móvil. La fallecida gozaba de una discreta popularidad entre sus colegas enfermeras, ligeramente menos discreta entre médicos e internos, y costaba creer que la mismísima Florence Nightingale hubiera encontrado demasiados fallos en su rendimiento profesional. Uno de los médicos había entablado conversación con ella la noche anterior y había estado sentado a su lado en la sala de descanso de las enfermeras haciendo un crucigrama. Sin embargo, aunque posiblemente él era la última persona que la había visto viva (además del asesino) no había ninguna razón para creer que hubiera tenido nada que ver con su muerte. No obstante, alguien la había estrangulado brutalmente con su propio cinturón y, dándola por muerta, la había dejado tendida en el suelo junto a la cama, desde donde más tarde había conseguido arrastrarse hasta la puerta en un intento desesperado de pedir ayuda. Pero nadie la había oído y no la habían encontrado hasta la mañana siguiente.

—Supongo que lo mejor será ir a verla —dijo Morse vacilante, mientras todos salían desfilando del despacho del superintendente.

En la morgue de la policía, una gran estancia con las paredes azulejadas en color crema, un agente sacó una camilla deslizante de un gran contenedor de acero inoxidable con varias portezuelas y retiró la sábana que cubría el rostro de la difunta; lívido, sin maquillaje y con la tez cerosa. La expresión de sus ojos, inyectados en sangre y ligeramente fuera de las órbitas, constituían la prueba escalofriante y definitiva de su agónica muerte. En la base del cuello y ascendiendo hacia la oreja derecha estaba la horrible marca dejada por el cinturón.

—Probablemente era zurdo —dijo Lewis—, es decir, si la estranguló por delante.

Se volvió hacia Morse al hablar, pero vio que el gran hombre había cerrado los ojos.

Cinco minutos más tarde Morse parecía muchísimo más feliz cuando se sentó en la sala de espera a revisar el contenido de los bolsillos y el bolso de la mujer asesinada.

—Supongo que será fácil comprobar esa caligrafía —comentó Lewis, examinando la carta enviada desde Kidlington.

—No creo que haga mucha falta —respondió Morse, dejándola a un lado y centrando su atención en otros contenidos del bolso.

Había dos pequeños diarios, un pañuelo de mujer, una cartera de cuero, tres vales para el almuerzo y las habituales fruslerías de cosmética y aseo femeninos: perfume, lima de uñas metálica, peine, espejo de bolsillo, sombra de ojos, barra de labios y pañuelos de papel.

—¿Iba muy maquillada cuando la encontraron? —preguntó Morse.

El superintendente frunció ligeramente el ceño y pareció algo incómodo de repente.

—Creo que llevaba algo, pero…

—Pensaba que había dicho que acababa de terminar la jornada. Dudo que tengan permitido pasearse demasiado arregladas por los pabellones del hospital.

—¿Cree que estaba esperando a alguien?

Morse se encogió de hombros.

—Es una posibilidad, ¿no le parece?

—Ajá.

El superintendente asintió pensativo y se preguntó por qué no se le había ocurrido a él. Pero Morse apartó a un lado los cosméticos, como si lo que lo pudiera haberle interesado momentáneamente fuera de repente cosa del pasado.

La cartera contenía seis billetes de una libra, unos cincuenta peniques en monedas pequeñas y un horario de autobuses local.

—No hay permiso de conducir —fue el único comentario de Morse, y el superintendente confirmó que hasta donde sabían ella no tenía coche desde que empezó a trabajar en el hospital.

—Al parecer estaba muy ansiosa por ocultar sus huellas, superintendente. Quizá —añadió, en tono tranquilo— temía que alguien pudiera encontrarla.

Pero de nuevo perdió el interés en la línea de pensamiento en la que acababa de embarcarse y centró su atención en los dos delgados diarios, uno del año actual y otro del pasado.

—Me temo que no era precisamente Samuel Pepys —comentó el superintendente—. Algunas anotaciones aquí y allá, pero me pareció que no había gran cosa aprovechable.

Sin duda la señora Brenda Josephs habían comenzado ambos años con admirables intenciones, y los primeros días de los dos eneros estaban profusamente documentados. Pero, incluso en esos casos, entradas como «Comprar palitos de pescado» o «Reunión de enfermeras a las 8.30» eran más propias de una agenda, y difícilmente iban a aportar alguna pista

útil para que la policía de Salop o de Oxon consiguiera detener a su asesino. Morse parecía ligeramente malhumorado mientras pasaba hojas un poco al tuntún, y lo cierto es que encontró muy poco que captara su atención. El día de la muerte de Brenda vio una sola entrada: «La regla me ha venido puntual»; bastante conmovedor, pero de poca importancia.

Lewis, que tenía la impresión de no haber aportado nada constructivo hasta el momento, cogió el diario del año anterior y comenzó a revisarlo con su exagerada atención de costumbre. La caligrafía era limpia y clara, pero en la mayoría de los casos tan menuda que se vio obligado a leer entrecerrando los ojos y extendiendo el brazo. Acompañando las entradas de todos los domingos hasta mitad de septiembre aparecían las letras SF, y esas mismas letras se repetían también a intervalos irregulares y en distintos días laborables a lo largo del mismo periodo. ¿SF? Lo único que se le ocurrió fue Sindicato Ferroviario, pero evidentemente no era eso. Sin embargo, había más cosas. Desde julio hasta septiembre había también una serie de pes mayúsculas, escritas (casi imperceptiblemente) a lápiz junto a las líneas azules que separaban los días del mes. Y siempre aparecían los miércoles.

—¿A qué cree que puede referirse SF, señor?

—St. Frideswide —dijo Morse sin pensarlo ni un segundo.

Sí, eso debía de ser. A Harry Josephs (recordó Lewis ahora) le habían retirado el permiso de conducir y su mujer se encargaba de llevarle a la iglesia en su propio coche. Eso encajaba. Los domingos por la mañana para asistir a la misa más importante de la semana y después, de forma intermitente, los días laborables en los que se celebraba la festividad de algún santo prestigioso o algún aniversario. Sin duda era eso.

—¿Y las pes, señor?

Morse fue proponiendo palabras con la fluidez de un hombre que ha dedicado muchas horas de su vida a resolver crucigramas: piano, presidente, príncipe, página, participio.

—¿Nada más?

—Fósforo.

Lewis meneó la cabeza.

—Puede que sea la inicial de un nombre. Es una p mayúscula.

—Déjeme echar un vistazo, Lewis.

—¿Podría ser Paul, señor? ¿Paul Morris?

—O Peter Morris, si era una pedófila.

—¿Qué ha dicho, señor?

—Nada, nada.

—Pero siempre los miércoles, señor. Quizá decidiera que necesitaba verle más a menudo.

—¿Y su marido se interponía y por eso se lo cargó?

—Cosas más raras se han visto. Ella decía que esa noche había ido al cine, ¿no?

—Ajá. —Al fin Morse parecía medianamente interesado—. ¿Cuánto cuesta ir al cine hoy en día?

—No lo sé, señor. ¿Una libra? ¿Una libra cincuenta?

—Algo caro para ella, ¿no? Y como mucho estaría allí una hora.

—Si es que fue, señor. Quiero decir, es posible que ni siquiera fuera. Podría haber regresado para entrar sigilosamente por la parte de atrás de la iglesia y…

Morse asintió con la cabeza.

—No le falta razón. Probablemente ella tenía el mejor motivo de todos. Pero se olvida de algo. Esa puerta cruje como una condenada.

—Solo la puerta norte.

—¿De veras?

Pero era evidente que Morse había perdido el interés por el crujido de las puertas y de nuevo Lewis se sorprendió preguntándose si no habrían recorrido todos esos kilómetros inútilmente. Pues no habían averiguado nada. No habían hecho ningún progreso.

—Hay otra p, ¿no es cierto? —dijo Morse—. Nos hemos olvidado de Philip Lawson.

Sí, Lewis se había olvidado de Philip Lawson. Pero ¿dónde diablos se suponía que encajaba en este cuadro en particular?

El agente recogió todas las pertenencias de Brenda Josephs, las guardó en sus bolsas de plástico y volvió a depositarlas en un archivador. Morse dio las gracias al superintendente por su colaboración, le estrechó la mano y subió al coche junto a Lewis.

Fue en la carretera de Kidderminster, a unos diez o doce kilómetros de Shrewsbury, cuando Morse empezó a sentir un escalofrío de excitación que le subió desde los riñones hasta la nuca. Trató de ocultar su nerviosismo mientras interrogaba a Lewis.

—¿Decía usted que Brenda Josephs señalaba los días que llevaba a su marido a la iglesia?

—Eso parece, señor. Y varias veces más aparte de los domingos.

—«SF» dijo usted. ¿Ponía SF?

—Eso es, señor. Como usted dijo, «St. Frideswide». No se me ocurre nada más. —De repente se volvió y miró a Morse, que contemplaba con extraordinaria intensidad la oscuridad de la noche—. A menos que usted piense que puede ser otra cosa.

—No, no. Tiene que ser eso. —Y entonces, con gran delicadeza, dijo—: Dé la vuelta, por favor. Tenemos que regresar.

Eran las diez y media según el reloj luminoso del salpicadero y ya habían acumulado un retraso mucho mayor que en sus peores previsiones.

Pero Lewis dio la vuelta a la primera oportunidad. Después de todo, también era un hombre que obedecía órdenes.

El agente a cargo de la morgue policial volvió a abrir el archivador y extrajo nuevamente el contenido de las bolsas de plástico. Siempre resultaba curioso observar a esos tipos de otros cuerpos de policía.

Morse logró contener el temblor de su mano al coger el primero de los dos diarios en busca de una página en concreto, y al llegar a ella sintió que la sangre se helaba en sus mejillas y esbozó lentamente una sonrisa de gozosa satisfacción.

—Muchas gracias, agente. Muchas gracias. ¿Cree que podría quedarme este diario?

—No lo sé, señor. El súper ya se ha ido y no…

Morse levantó la mano derecha como un sacerdote dando la bendición.

—¡Olvídelo! ¡No tiene importancia! —Y se volvió enseguida hacia Lewis—: Mire esto.

Señaló el espacio correspondiente al domingo 26 de septiembre, el día que Harry Josephs había sido asesinado. Unas profundas arrugas aparecieron en la frente de Lewis cuando lo miró, y acto seguido volvió a mirarlo. Estaba completamente vacío.

—¿Tiene frescas sus lecturas de Sherlock Holmes, Lewis?

No quedó claro si Lewis estaba familiarizado o no con las obras del gran hombre, aunque era evidente que Morse sí se sabía de memoria numerosos diálogos holmesianos, pues antes de que Lewis pudiera decir nada procedió a recitar uno:

—«¿Hay algo sobre lo que quiera usted llamar mi atención?». «Sobre el curioso incidente del perro a medianoche». «Pero el perro no hizo nada a medianoche». «Ese fue el curioso incidente».

—Entiendo —dijo Lewis, sin entender.

—¿A qué velocidad podemos ir? —preguntó Morse, mientras volvían a subir al coche patrulla.

—A ciento treinta, puede que más en los tramos rectos.

—Bien, encienda las luces de emergencia y que se oiga esa sirena. Debemos llegar a Oxford lo antes posible, ¿de acuerdo?

El coche atravesó la campiña a gran velocidad dejando atrás Bridgnorth y Kidderminster por la vieja carretera de Worcester en dirección a Evesham, y llegaron a Oxford en un tiempo récord. Una hora y media casi exacta.

—Entonces, ¿volvemos a la comisaría? —preguntó Lewis, tomando el desvío hacia la circunvalación norte.

—No. Lléveme directamente a casa, Lewis. Estoy agotado.

—Pero pensé que quería…

—Esta noche no, Lewis. Estoy rendido —dijo, guiñándole un ojo, y

cerró de un golpe la puerta del Ford al salir—. Ha sido divertido, ¿verdad? ¡Duerma bien! Tenemos trabajo que hacer por la mañana.

Lewis condujo alegremente de vuelta a casa. Su alma honesta era proclive a pocos vicios, pero sin duda uno de ellos era conducir deprisa.

Los acontecimientos de los últimos días quizá habían inquietado al reverendo Keith Meiklejohn menos de lo debido, y como hombre honesto que era se preocupó al reparar en ello. Claro que al haber ocupado recientemente el puesto de vicario (el pasado noviembre) no había conocido en persona a la familia Morris, por lo que no se podía esperar de él una reacción demasiado emotiva ante el trágico hallazgo (si se podían creer los rumores) de los cadáveres del padre y el hijo. No obstante, sentado a solas en su despacho a las nueve y media de la mañana, su fría reacción le hizo reflexionar sobre sí mismo y también sobre su Iglesia.

Meiklejohn era un hombre fuerte y robusto, de cuarenta y un años y felizmente soltero. Se había criado en una familia rebosante de piedad evangélica, frecuentada por predicadores y baptistas renacidos. Desde su infancia las promesas de vida eterna y los horrores del lago que arde con fuego y azufre habían sido tan reales para él como los regalices de la tienda de golosinas y el paisaje de su Dorset natal. Durante su adolescencia, mientras sus compañeros de clase discutían sobre las posibilidades de sus equipos de fútbol favoritos o las bondades de su nueva bicicleta de carreras, el joven Keith se había vuelto aún más fervoroso en materia eclesiástica y teológica, y al cumplir los dieciséis ya tenía muy claro el camino a seguir: estaba destinado a tomar los hábitos. Siendo un joven sacerdote, al principio había adoptado moderadamente los postulados de la Baja Iglesia anglicana en lo referente a la liturgia y los sacramentos, aunque gradualmente se había dejado llevar más y más hacia las doctrinas del Movimiento de Oxford;[15] *si bien en cierta época había estado a una oblea sacramental de convertirse al catolicismo romano. Pero todo eso había quedado en el pasado. Una vez recobrado el equilibrio, había descubierto que era capaz de caminar con seguridad y confianza por la cuerda floja del alto anglicanismo, y le había resultado sorprendentemente agradable comprobar que su congregación parecía apreciarle por ello. Había detectado indicios de que su predecesor, Lionel Lawson, no había llegado a gozar del favor universal en su parroquia precisamente porque no había sabido decidirse ni por lo uno ni por lo otro. De hecho, cuando unos cinco años atrás el coadjutor de Lawson había sido ascendido a vicario de su propia parroquia, el obispado no había recibido ninguna solicitud para que enviaran a un sustituto; y*

Lawson había lidiado sin ayuda de nadie con la múltiples y numerosas responsabilidades de St. Frideswide, con la consiguiente e inevitable merma en el número de servicios que se celebraban. Por supuesto Meiklejohn estaba decidido a recuperar las misas diarias de las once y cuarto de la mañana y las seis y cuarto de la tarde, que eran absolutamente necesarias (a su modo de ver) en cualquier iglesia dedicada por entero a la gloria de Dios.

Sin embargo, después de varios minutos sentado ante el antiguo escritorio de persiana bolígrafo en mano, la página de su cuaderno seguía en blanco. Había llegado el momento de volver a hablar sobre la transustanciación: un asunto espinoso, por supuesto, aunque vital para la salud espiritual de sus correligionarios. Pero quizá ese sermón podía esperar. Su ejemplar de las Sagradas Escrituras, encuadernado en cuero rojo, estaba abierto a su lado por el Libro de Oseas. ¡Una obra memorable y excepcional! Leyéndolo uno tenía la sensación de que el mismo Dios no había sabido realmente qué hacer con su pueblo cuando su bondad y su misericordia aún eran tan evanescentes como la neblina o el rocío que se deshace con el sol de la mañana. ¿Corría la Iglesia el peligro de perder su amor? Pues sin amor, alabar a Dios y cuidar de sus fieles era poco más que metales que resuenan y címbalos que aturden… Sí, un posible sermón estaba empezando a tomar forma. Mejor recurrir a la sutileza, no hacía falta pecar de vehementes. Pero entonces reparó en otro versículo de un capítulo anterior de la misma profecía: «Efraín se ha entregado a sus ídolos, ¡déjale!». ¡Otro verso notable! Después de todo, idólatras eran los que formaban parte de la iglesia, no los ajenos a ella. Eran los que adoraban una falsa representación de Dios. Y no solamente al becerro de oro. Siempre existía el peligro de que otras representaciones se interpusieran en el camino de la verdadera oración. ¡Sí, había que admitirlo! Cosas como el incienso, las velas y el agua bendita, las genuflexiones, la señal de la cruz y todo el boato de la ceremonia eucarística podían interferir en el verdadero poder sanador del Espíritu Santo. También era posible (demasiado fácil, de hecho) dar por sentada la salud espiritual de una Iglesia dejándose cegar por las meras cifras de asistencia a las misas, especialmente considerando (como él había hecho con orgullo) el indudable incremento de fieles que había tenido lugar desde su llegada a la parroquia. Según los registros, en algunos momentos la asistencia había dejado bastante que desear en época de Lawson; y en efecto, en ciertas ocasiones, sobre todo a mitad de semana, ¡apenas acudía nadie! Pero Dios no se dedica únicamente a contar cabezas, o eso se dijo a sí mismo Meiklejohn, y de nuevo volvió a pensar en el principal problema que le preocupaba al principio de su reflexión: ¿no debería interesarse más por la salud espiritual de su Iglesia?

La página del cuaderno seguía en blanco bajo su bolígrafo, aún no había decidido el tema de su próximo sermón y las perturbadoras palabras del profeta Oseas seguían resonando en su cabeza cuando sonó el timbre de la puerta.

¿Había sido la voluntad divina lo que le había llevado a meditar sobre la salud del alma de St. Frideswide? Cuando menos era una curiosa coincidencia que su visitante enseguida empezara a interrogarle sobre las mismas cuestiones que hasta ese momento habían ocupado sus pensamientos. Y a interrogarle sin rodeos.

—Reunió usted a una gran congregación el domingo pasado, señor.

—Más o menos como siempre, inspector.

—He oído que tiene incluso más feligreses que Lawson.

—Es posible. Entre semana sin duda.

—Se podría decir que las cifras han subido y el rebaño ha vuelto a reunirse.

—Por el modo en que lo dice podría estar hablando de un partido fútbol.

—Espero que sea más interesante que el último partido al que asistí.

—Y además aquí no hay que hacer cola en los tornos para entrar, inspector.

—Supongo que llevarán a cabo un registro bastante detallado de la asistencia.

Meiklejohn asintió.

—En ese sentido, lo único que he hecho ha sido continuar con la costumbre de mi predecesor.

—¿Y en otros sentidos no?

Meiklejohn era consciente de que los ojos azules del inspector le miraban fijamente.

—¿Qué intenta decir?

—¿Lawson era más partidario que usted de los postulados de la Baja Iglesia?

—No le conocí.

—Pero ¿lo era?

—Al parecer, sus opiniones eran más, eh…

—¿Propias de la Baja Iglesia?

—Eh, es una manera de decirlo, sí.

—Me fijé en que había tres sacerdotes en la iglesia el domingo por la mañana, señor.

—Aún tiene mucho que aprender sobre nosotros, inspector. Estábamos mi coadjutor y yo. El subdiácono no tiene por qué estar ordenado.

—Pero tres es bastante más de lo habitual, ¿no es cierto?

—A la hora de alabar a Dios no se lleva la cuenta.

—¿Lawson tenía un coadjutor?

—Durante su primera época en St. Frideswide, sí. Esta es una gran parroquia y en mi opinión siempre debería haber un coadjutor.

—Entonces, ¿Lawson estuvo solo durante los últimos años aquí?

—Así es.

—¿Alguna vez escuchó que quizá se mostrara excesivamente cariñoso con los chiquillos del coro?

—Me parece bastante inadecuado que usted o yo…

—Conocí recientemente al director de su escuela —le interrumpió Morse, con un súbito tono de autoridad—. Tuve la sensación de que me ocultaba algo, aunque no me costó adivinar qué era: que Lionel Lawson había sido expulsado.

—¿Está usted seguro?

Morse asintió.

—Hoy mismo llamé al anciano y se lo comenté. Me dijo que era cierto.

—¿Insinúa que le expulsaron por ser homosexual?

—Se negó a confirmarlo —respondió Morse, lentamente—. Pero me temo que también se negó a refutarlo, de modo que dejaré que saque usted sus propias conclusiones. Mire, señor, quiero asegurarle que cualquier cosa que me cuente será tratada con la más estricta confidencialidad. No obstante, es mi deber como oficial de policía volver a preguntárselo. ¿Alguna vez ha oído rumores de que Lawson tuviera esa clase de inclinaciones?

Meiklejohn bajó la mirada y habló con tranquila convicción.

—En mi opinión el reverendo Lawson no era homosexual. Por supuesto a veces me equivoco, inspector, pero en este caso creo que estoy en lo cierto.

—Gracias —respondió Morse, como quien dice «Gracias por nada».

Miró a su alrededor las estanterías llenas de libros de teología, cuyos lomos eran en su mayoría de color azul oscuro o marrón. Probablemente Lawson pasaría varias horas a diario en esa oscura y sombría habitación durante sus años de ministerio al frente de St. Frideswide. ¿Qué se había torcido realmente en aquel lugar? ¿Qué extrañas historias sobre el corazón humano y los profundos abismos a los que llega a asomarse la conciencia humana contarían esas cuatro paredes y todos esos libros si tuvieran boca para hablar? ¿Y Meiklejohn, había algo más que pudiera contarle? Oh, sí. Seguro que sí. Había una última pregunta, la más importante que podía hacer en lo referente al caso. Era la pregunta que se le había ocurrido súbitamente la noche anterior, a escasos kilómetros al sur de Shrewsbury.

Sacó de su bolsillo el ahora arrugado folleto con la agenda parroquial del mes de abril.

—¿Imprimen uno como este cada mes?

—Sí.

—E imagino que —ahí estaba, y de repente se le secó la boca al decirlo — guardan ustedes copias de los años anteriores, ¿verdad?

—Por supuesto. Las notas parroquiales del año anterior son de gran ayuda cuando llega el momento de preparar las nuevas. Quizá no en fechas señaladas como la Pascua, pero sí en general.

—¿Puedo ver las del año pasado, señor?

Meiklejohn caminó hasta una de las estanterías y sacó una carpeta con hojas sueltas.

—¿Qué mes necesita? —preguntó, con un brillo de astucia en la mirada—. ¿Septiembre quizá?

—Septiembre —dijo Morse.

—Vamos allá, pues. Julio, agosto —de repente se detuvo, visiblemente desconcertado—, octubre, noviembre. —Retrocedió hasta el mes de enero y repasó con cuidado una vez más todas las que había—. No está aquí, inspector —dijo despacio—. No está aquí. Me pregunto adónde habrá ido a parar.

Morse también se lo estaba preguntando. De todos modos, no sería muy difícil encontrar una copia en alguna parte, ¿verdad? Quienquiera que fuera el responsable de hacerlo habría ordenado imprimir varios centenares.

—¿Trabajan con alguna imprenta en particular, señor?

—Lo hace un hombre de la calle George.

—Supongo que esa persona conservará los originales.

—Imagino que sí.

—¿Puede averiguarlo por mí, ahora mismo?

—¿Tan urgente es?

—Creo que sí.

—También podría comprobarlo en el registro de la parroquia, inspector.

—¿El qué?

—Tenemos un registro en la sacristía. Todas las misas… Porque es una misa lo que busca, ¿me equivoco? Todas están registradas allí. La hora, el tipo de misa, el sacerdote oficiante, el total de la colecta; incluso el número de asistentes, aunque he de admitir que a veces este dato es una mera estimación.

Morse se permitió desplegar una exultante sonrisa. ¡Entonces, su corazonada iba bien encaminada! La pista que buscaba estaba donde siempre había pensado que estaría, delante de sus narices en la misma iglesia. La próxima vez que tuviera una corazonada, decidió, la seguiría con mucha más convicción que a esta. Por el momento, no obstante, se abstuvo de decir nada. Ya lo tenía (en fin, casi lo tenía), y se sintió

embargado por la emoción de un hombre que sabe que ha acertado siete empates en las quinielas de fútbol y está a punto de comprar un periódico deportivo para conocer el resultado del octavo partido.

Los dos hombres bajaron por la amplia escalera y recorrieron el pasillo donde Meiklejohn cogió su abrigo del perchero, de oscuro color caoba como casi todos los demás muebles de la gran vicaría repleta de ecos.

—Tienen mucho espacio aquí —dijo Morse cuando salieron a la calle.

De nuevo detectó un destello de inteligencia en los ojos del vicario.

—Lo que quiere decir es que debería convertirla en una pensión, ¿verdad?

—Sí, así es —respondió Morse con franqueza—. Tengo entendido que su predecesor solía acoger a algunos pobres descarriados y vagabundos de vez en cuando.

—Eso creo, inspector. Eso creo.

Se separaron en la calle George, y Morse, conteniendo su expectación, y acariciando las llaves de la iglesia en el bolsillo de su gabardina, siguió caminando por Cornmarket en dirección a St. Frideswide.

15 La Alta Iglesia anglicana (High Church), dentro de la cual se incluye el Movimiento de Oxford, enfatiza los elementos rituales y sacramentales, mientras que la Baja Iglesia (Low Church) propone una religión más íntima y personal.

Tal como había dicho Meiklejohn, el grueso libro de registro encuadernado en cuero reposaba en su estante de la sacristía, y Morse experimentó la misma mezcla de ansiedad y expectación que siendo niño cuando llegaba el momento de abrir los sobres con los resultados de los exámenes. De un momento a otro lo sabría. Las páginas del registro estaban pautadas con líneas de color azul que abarcaban toda la anchura de la doble página, y separadas entre sí por unos ocho milímetros; espacio más que suficiente para dar cabida a gran cantidad de información. En la página izquierda estaba escrito el día de la semana, la fecha y la hora del servicio, y después se especificaba brevemente qué santo se celebraba, la festividad, etcétera. En la página derecha el registro continuaba con detalles sobre el tipo de misa, la cifra de feligreses que habían asistido, la cantidad de dinero recaudada en la colecta y por último el nombre (casi siempre la firma) del ministro o ministros oficiantes. Sin duda, en una iglesia más eminentemente evangélica habría aparecido también alguna referencia bíblica al texto escogido ese día por el predicador; pero Morse estaba más que satisfecho con la información que tenía delante. El libro se había abierto por el mes actual y se fijó en la última entrada anotada: «Lunes 3 de abril. 7.30 p. m. San Ricardo de Chichester. Misa rezada. 19. 5,35£. Keith Meiklejohn M. A.[16] (vicario)». Después pasó de golpe varias de las gruesas páginas del libro. Demasiado atrás, se dijo: julio del año anterior. Avanzó hasta agosto y de repente su corazón pareció hundirse en su pecho al pensar que alguien podía haber arrancado la página que buscaba. ¡Pero no! Ahí estaba por fin, mirándole a la cara: «Lunes 26 de septiembre. 7.30 p. m. Conversión de san Agustín. Misa solemne. 13. —. Lionel Lawson M. A. (vicario)». Durante varios minutos Morse miró la entrada con inexpresiva fijeza. ¿Se había equivocado, entonces? Pues ahí estaba todo escrito por el mismo Lawson. Los detalles de la misa durante la cual Josephs había sido asesinado: el día y la fecha, la ocasión, el tipo de servicio (que, por supuesto, había contado con la participación de Paul Morris); la cantidad de asistentes, la colecta (cuyo total naturalmente no se había llegado a conocer ni había sido registrado, excepto quizá en el cerebro de Josephs durante unos breves instantes antes de morir) y por último la firma de Lawson. Estaba todo. Y debidamente anotado. Pero ¿qué esperaba encontrar? Desde luego no esperaba encontrar el total de la

colecta. Eso habría supuesto un error tan monumentalmente estúpido por parte de Lawson que, de haber tenido alguna repercusión en otros aspectos de su crimen, sin duda en cuestión de pocas horas habría conducido a un arresto a manos de cualquier detective medianamente competente. No, Morse no esperaba toparse con semejante metedura de pata. La sencilla verdad era que no esperaba encontrar ningún registro. Nada en absoluto.

La puerta norte crujió al abrirse y Morse sintió una súbita punzada de miedo primitivo, a solas en la silenciosa iglesia. En algún lugar, muy cerca, el asesino seguía libre, vigilando hasta el más mínimo avance de la investigación con su mente viciosa y calculadora; vigilando quizá incluso en esos momentos y sintiendo que la policía podría estar acercándose peligrosamente a la verdad. Morse caminó de puntillas hasta el pesado cortinón rojo que ocultaba la entrada a la sacristía y miró con cautela al otro lado.

Era Meiklejohn.

—Esto es lo que quería, inspector —dijo en tono despreocupado—. Ahora me disculpará, si es tan amable. Tengo un servicio aquí a las once.

Entregó a Morse una cuartilla de papel impresa por ambos lados en tinta negra desvaída, con hileras de asteriscos que subdividían las notas parroquiales del pasado mes de septiembre en una serie de párrafos mecanografiados muy juntos entre sí, de los cuales el primero, en doble columna, exponía los detalles de los actos que se iban a celebrar (uno de ellos con consecuencias fatales). Morse se sentó en la última fila de bancos y examinó muy concentrado la hoja.

Aún tenía la cabeza gacha cuando minutos después vio aparecer a la señora Walsh-Atkins, que caminó lentamente por el pasillo central, apoyando la mano izquierda en cada fila de bancos a medida que avanzaba, hasta sentarse finalmente en su lugar de costumbre, donde se arrodilló apoyando la frente en el hueco del codo izquierdo, dispuesta a mantener una larga conversación con el Todopoderoso. Ya habían entrado más feligreses a la iglesia, todas mujeres, pero Morse no las había oído entrar y tuvo la certeza de que las bisagras de la puerta sur habían sido engrasadas más recientemente que las de su compañera del pórtico norte. Tomó nota de ello mentalmente, como si el dato pudiera llegar a tener cierta trascendencia.

Morse permaneció sentado durante el periodo de oración; sentado sin más, pues no hizo el menor intento de imitar los gestos y movimientos de aquellas pocas mujeres desperdigadas a su alrededor. Aunque un observador avezado y neutral habría detectado la sombra de una sonrisa contenida en su cara mucho antes de que, al fin, la voz de Meiklejohn entonara la bendición tras lo que pareció una larguísima espera.

—Espero que fuera eso lo que necesitaba, inspector.

Meiklejohn estaba ligeramente inclinado hacia delante sobre la mesa de poca altura de la sacristía, anotando los detalles del servicio en el registro con la mano derecha, mientras con la izquierda desabrochaba de arriba abajo la larga hilera de botones de su sotana.

—Sí, justo lo que necesitaba. Y le estoy muy agradecido. Hay una cosa más, señor. ¿Qué puede contarme sobre san Agustín?

Meiklejohn parpadeó mirando a su alrededor.

—¿San Agustín? ¿Qué san Agustín?

—Dígamelo usted.

—Hubo dos san Agustines. San Agustín de Hipona, que vivió alrededor del año 400 después de Cristo. Es famoso por sus Confesiones, que a buen seguro usted conocerá, inspector. El otro es san Agustín de Canterbury, que vivió aproximadamente doscientos años después y es quien trajo el cristianismo a esta isla. Tengo varios libros que puedo prestarle si…

—¿Sabe cuándo se convirtieron los dos?

—¿Cuándo se convirtieron? Eh, no, me temo que no. De hecho, no sabía que existieran esos datos biográficos. Desde luego no en el caso de nuestro san Agustín. Pero como le decía puedo…

—¿Cuál de los dos se celebra aquí, señor?

De la respuesta de Meikljohn (Morse lo sabía ahora) dependían todas las leyes y los profetas, y sus claros ojos azules miraron al vicario sin parpadear, casi hostiles y expectantes.

—Aquí no celebramos ninguno de los dos —dijo Meiklejohn, sin más —. Quizá deberíamos hacerlo, pero no podemos permitirnos acumular tal cantidad de días especiales. Si lo hiciéramos dejarían de serlo, no sé si me entiende. «Cuando todo el mundo es alguien al final nadie lo es».

¡Puf!

Cuando Meiklejohn se marchó, Morse revisó rápidamente en el registro las entradas de septiembre de los tres años anteriores, y casi ronroneó de placer. Al parecer, el único evento instaurado para conmemorar la conversión de cualquiera de los dos grandes Agustines había empezado a celebrarse (si es que había empezado realmente) en septiembre del año pasado. ¡Y a instancias del reverendo Lionel Lawson!

Cuando Morse se disponía a salir de la iglesia, vio que la señora Walsh-Atkins al fin se había levantado (había estado casi todo el tiempo arrodillada), y caminó hasta ella para ayudarla.

—Es usted un alma piadosa, ¿verdad?

—Asisto a todas las misas que puedo, inspector.

Morse asintió.

—¿Sabe?, resulta realmente sorprendente que no estuviera aquí la noche que el señor Josephs fue asesinado.

La anciana sonrió con tristeza.

—Supongo que olvidé mirar las notas parroquiales de esa semana. Me temo que es uno de los mayores inconvenientes de envejecer. Una va perdiendo la memoria, es así de simple.

Morse caminó a su lado hasta la puerta y la observó mientras se alejaba en dirección al Monumento de los Mártires. De haber querido podría haberle dicho que no debía preocuparse demasiado por olvidar cosas. Al menos no le había fallado la memoria en lo referente a las notas parroquiales del pasado mes de septiembre. Pues en esas mismas notas, las notas que Meiklejohn había buscado para él, no había una sola palabra sobre la misa durante la cual Josephs sería asesinado.

16 Missionarius Apostolicus.

Lewis había tenido una mañana atareada. Se había coordinado con el sargento de instrucción para las inminentes vistas preliminares del caso de los Morris, père et fils; había redactado un informe completo sobre el viaje a Shrewsbury; y acababa de regresar después de poner al día a Bell (que se estaba recuperando rápidamente) sobre los últimos avances de la investigación, cuando el propio Morse, que parecía al mismo tiempo tenso y eufórico, llegó también desde St. Frideswide.

—¿A qué hora envían a imprenta el Oxford Mail, Lewis?

—En torno a esta hora la primera edición, creo.

—Póngame al teléfono con el editor, ¿quiere? ¡Enseguida! Tengo algunas noticias para él.

Morse escribió rápidamente algunas notas y cuando Lewis le pasó el auricular, estaba preparado.

—Quiero que publiquen esto en el Mail de esta noche, ¿está claro? Es absolutamente vital. Es más, debe salir en algún lugar de la primera página. ¿Tiene lápiz a mano? Allá va. Titular: «Arresto inminente en la caza del asesino de St. Frideswide». ¿Lo tiene? Bien. Ahora, el texto. Exactamente como le digo. No quiero que ningún subeditor le meta mano a una sola coma. «La policía de Oxford ha informado hoy de que la investigación del asesinato del señor Harry Josephs el pasado septiembre está prácticamente completa, punto. Las subsiguientes muertes en St. Frideswide, coma, sobre las cuales se informó en este diario la semana pasada, coma, han sido relacionadas con el asesinato anterior, coma, y los cuerpos descubiertos coma uno en la torre y uno en la cripta de la iglesia, coma, han sido identificados como el del señor Paul Morris, coma, profesor de música de la Escuela Roger Bacon de Kidlington, coma, y el de su hijo Peter Morris, coma, también alumno de la misma escuela y miembro del coro de la iglesia, punto. La policía también ha confirmado que una mujer hallada asesinada la semana pasada en una residencia de enfermeras de Shrewsbury era la señora Brenda Josephs, coma, esposa del señor Harry Josephs, punto. El inspector jefe Morse, mayúscula, M-o-r-s-e, de la policía del Valle del Támesis informó hoy mismo a los reporteros de que la respuesta ciudadana a las anteriores peticiones de información por parte de la policía había sido extraordinariamente alentadora, coma, y ya cuentan con casi todas las pruebas necesarias». No. Cambie esto último:

«Ya solo falta la declaración de un testigo clave para obtener todas las pruebas necesarias, punto. En cualquier caso confían en llevar a cabo un arresto durante las próximas cuarenta y ocho horas, punto». Fin del texto. ¿Lo tiene todo? En primera plana, acuérdese, y póngale un titular bien llamativo. Aproximadamente del mismo tamaño que los que usan cuando gana el Oxford United.

—¿Cuándo ha ocurrido esto? —preguntó el editor.

Morse colgó el auricular y miró a Lewis.

—Y aquí tengo un trabajito de cartelería para usted. Mecanografíelo y péguelo en el exterior de la puerta sur de St. Frideswide.

Lewis miró lo que había escrito Morse: «Debido al inminente peligro de derrumbamiento de mampostería en la parte interior del pórtico esta puerta no debe ser abierta bajo ningún concepto hasta nuevo aviso».

—Regrese en cuanto lo haya hecho, Lewis. Debo contarle algunas cosas.

Lewis se levantó y dio un par de palmaditas en la nota.

—¿Por qué no cerramos la puerta con llave sin más, señor?

—Porque solo tiene una cerradura, por eso.

Por una vez Lewis se negó a morder el anzuelo, introdujo un folio limpio en el carro de la máquina de escribir y cambió la cinta a «rojo».

El chepudo forense de la policía asomó la cabeza por la puerta del despacho de Bell justo después de las tres de la tarde y encontró a Morse y Lewis conversando seriamente.

—No interrumpiré mucho tiempo, Morse. Solo pensé que debías saber que no estamos avanzando mucho con ese tipo que encontrasteis en lo alto de la torre. Dudo que podamos decir nada con certeza.

Morse no pareció sorprendido ni demasiado interesado.

—Puede que te estés haciendo viejo para este trabajo.

—Menuda sorpresa, Morse. Todos envejecemos a un ritmo fijo de veinticuatro horas per diem, como bien sabes.

Desapareció antes de que Morse pudiera responder, y Lewis se alegró de que la interrupción fuera tan breve. Por una vez desde el comienzo del caso sabía exactamente (bueno, casi exactamente) dónde estaban y por qué estaban allí.

Justo después de las cuatro y media uno de los repartidores del puesto de periódicos de Summertown llegó a Manning Terrace en una bicicleta de carreras con los mangos del manillar curvados hacia arriba (a consecuencia de alguno de esos perversos caprichos de la moda) en vez de

hacia abajo. Sin desmontar sacó un ejemplar de la bolsa de lona que llevaba colgada al hombro, lo dobló hábilmente con una mano, siguió pedaleando hasta el número 7 y lo encajó en el buzón. Cuatro puertas más allá, a mano derecha, en el 14A, Ruth Rawlinson estaba metiendo la llave en la cerradura después de pasar la tarde de compras en Oxford.

Cogió el periódico que el muchacho le entregó en mano, se lo colocó bajo el brazo y entró en casa con las dos pesadas bolsas.

—¿Eres tú, Ruthie, cariño?

—Sí, madre.

—¿Ya ha llegado el periódico?

—Sí, madre.

—Tráelo, ¿quieres, cariño?

Ruth dejó las bolsas en la mesa de la cocina y la gabardina sobre el respaldo de una silla. Después camino hasta el salón y se inclinó para besar a su madre suavemente en la mejilla, dejó el periódico en su regazo, encendió la estufa de gas y estuvo a punto de hacer un comentario sobre el tiempo; entonces se preguntó cómo era posible que no se hubiera vuelto loca a esas alturas y de repente se dio cuenta de que al día siguiente era miércoles. ¡Oh, Dios! ¿Durante cuánto tiempo más podría soportar aquella situación? ¡A su madre y a él! Especialmente a él. No podía hacer gran cosa con respecto a su madre, pero podía hacer algo con él. No podía seguir de esa manera. Era así de simple.

—¡Ruth! ¡Ven a leer esto! —dijo su madre.

Ruth leyó el artículo de primera plana. ¡Oh, Dios santo!

El hombre sentado en el confortable sofá tapizado de chintz con adornos florales de color blanco y marrón rojizo no estaba demasiado sorprendido por los hechos que se desgranaban en el breve artículo de la primera página del periódico, aunque sí profundamente preocupado por sus implicaciones. Leyó muchas veces la columna de principio a fin y sus ojos siempre se detenían en las mismas líneas: «Ya solo falta la declaración de un testigo clave para obtener todas las pruebas necesarias. En cualquier caso confían en llevar a cabo un arresto durante las próximas cuarenta y ocho horas». Era concretamente la alusión al «testigo clave» lo que más le inquietaba. Él sabía cuidar de sí mismo, pero… De repente, como siempre, la decisión estaba tomada. Sí, tendría que ser mañana. Mañana por la mañana. Lo haría mañana por la mañana.

Por tanto, no fue solo Ruth Rawlinson quien decidió que no acudiría a su cita de todos los miércoles. Alguien más había tomado por ella la misma decisión.

A las diez menos cinco de la mañana siguiente, Ruth Rawlinson no estaba tan preocupada con otros asuntos como para no admirar los cestos de narcisos que decoraban los postes de las farolas a lo largo de todo St. Giles. Pero, aunque la mañana era soleada y luminosa, su estado de ánimo estaba ensombrecido por toda clase de oscuros presagios, pues la situación se estaba descontrolando del modo más aterrador. Ya era del dominio público que los dos cuerpos encontrados en St. Frideswide habían sido identificados y que Brenda Josephs había aparecido asesinada; pero aun así ella sabía mucho más sobre el caso de lo que la policía llegaría a averiguar y sus pensamientos eran presa de una constante y terrible agitación. ¿Qué le impedía seguir pedaleando en ese mismo instante a través de Cornmarket y St. Aldates hasta la comisaría de policía de Oxford? En cualquier caso, tenía la responsabilidad de hacerlo. Siempre había sido su deber moral, pero ahora había algo más: ahora sentía la necesidad de gritar pidiendo ayuda mientras los muros se cerraban cada vez más a su alrededor. Cinco minutos antes, al salir de Manning Terrace, había tomado la firme decisión de ir a ver a Morse inmediatamente para contarle la trágica historia de principio a fin. Pero su determinación empezaba a tambalearse y se dijo a sí misma que necesitaba un momento para pararse a pensar, recuperar la calma y tratar de ver las cosas con más claridad antes de permitir que su vida, y por tanto la de su madre, se precipitaran hacia la más absoluta ruina y desolación. Sí, necesitaba tiempo. Un poco más de tiempo. Apoyó la bicicleta contra el muro del pórtico sur, cerró el candado a través de los radios de la rueda trasera y entonces vio el cartel en la puerta, clavado con chinchetas demasiado arriba y escrito en letras mayúsculas rojas. Sin sorprenderse demasiado, Ruth Rawlinson rodeó el edificio en dirección al pórtico norte. La puerta estaba abierta.

Desde la oficina del subdirector en la última planta de los grandes almacenes justo enfrente, Lewis seguía cada movimiento de Ruth con sus prismáticos, igual que había hecho antes con las demás personas que habían entrado en la iglesia desde las ocho cuarenta y cinco de la mañana, cuando la puerta norte se había abierto por primera vez. Pero no habían

sido demasiadas y su tarea había sido mucho más sencilla de lo que habría podido imaginar. A las nueve y diez minutos vio entrar a un grupo de turistas, diez en total, que por sus estrafalarias ropas le parecieron norteamericanos. A las nueve treinta y cinco había entrado una solitaria dama de pelo blanco, que salió diez minutos más tarde, concluidas sus oraciones matutinas. Casi al mismo tiempo había entrado un joven alto con barba cargado con un transistor de extraordinarias dimensiones, que volvió a salir aproximadamente veinte segundos después, sin duda (o eso pensó Lewis) tras confundir el lugar con algún otro. Y eso había sido todo hasta que Lewis reconoció a Ruth Rawlinson. Había aceptado el ofrecimiento de una taza de café cinco minutos después de que ella entrara, aunque vigilando en todo momento la entrada norte con los prismáticos y sin girarse siquiera para dar las gracias. Si Morse tenía razón (y Lewis creía que la tenía) esta podía ser la ocasión que habían estado esperando, el momento culminante. Sin embargo, media hora más tarde le costaba creer que fuera a suceder algo. No habían llegado más visitantes, a excepción de un terrier de pelo blanco y aspecto inocente que se había detenido unos segundos a orinar en el muro oeste del edificio.

Algunos de los narcisos que decoraban ambos flancos de los escalones del altar empezaban a marchitarse y Ruth retiró los más ajados, al tiempo que recolocaba con cuidado el resto y decidía comprar algunos más. Después, partiendo de la izquierda, empezó a recorrer en bustrofedón las filas de bancos a ambos lados del pasillo central, colgando de sus ganchos los escabeles que había en el suelo y limpiando el polvo de las repisas con un paño amarillo, al tiempo que recogía algunos misales y devocionarios olvidados aquí y allá. En un momento dado miró con curiosidad el dintel y el estado de la piedra sobre la puerta sur, pero no fue capaz de encontrar ningún indicio de inminente derrumbe.

Morse la observaba con emociones contradictorias. Contemplando sus ojos grandes y sus labios gruesos y sensuales, se dio cuenta una vez más de lo atractiva que podría haber sido para él. Incluso sus pequeñas manías le resultaban potencialmente adorables: su manera de resoplar para apartarse el pelo de la cara; el modo en que apoyaba las manos en la cintura al detenerse, con expresión casi orgullosa, cada vez que terminaba una de sus humildes tareas. Y, sin embargo, al mismo tiempo era consciente de que ella corría un peligro mucho más inminente que el que jamás llegaría a suponer para nadie el dintel de piedra del pórtico sur. Si tenía razón (algo de lo que empezó a dudar pasadas las diez y veinte de la mañana) no era probable que Ruth Rawlinson fuera a morir en camisón, sino en la iglesia donde ahora él mismo estaba sentado, oculto tras la

cortina color rojo oscuro del confesionario. De cuando en cuando temía que a ella se le ocurriera ir a limpiar a su puesto de vigilancia, aunque hasta el momento no había sucedido tal cosa. No obstante, ahora estaba inmóvil mirando a su alrededor con expresión inquisitiva y los brazos en jarras. De todos modos, ¿qué importancia tenía que ella le encontrara? Podría explicarlo de la mejor manera posible. Quizá incluso podría invitarla a tomar una copa en el Randolph. Pese a ello, se alegró al escuchar el goteo del agua cuando ella volvió a escurrir la bayeta en el caldero.

Entretanto varios visitantes habían entrado en la iglesia, y con cada chasquido metálico del pestillo y cada crujido de la puerta Morse sentía crecer la tensión en su interior, solo para volver a caer al comprobar que los recién llegados se limitaban a mirar inexpresivamente a su alrededor, hojeaban distraídos los folletos de la iglesia y, sin excepción, volvían a salir menos de diez minutos después de haber llegado. Lewis los había visto entrar y también salir, con el café frío a su lado desde hacía rato. Pero la vigilancia de Morse se volvía cada vez menos atenta y empezaba a aburrirse un poco. El único libro que tenía a su alcance era una biblia de tapa dura, cuyas páginas empezó a pasar sin el menor interés, recordando inevitablemente su juventud. Algo había salido tristemente mal durante su desarrollo espiritual, pues había perdido casi por completo su temprana y apasionada fe, y ahora se veía obligado a reconocer que cada vez que se enfrentaba a la abrumadora tarea de intentar dar forma a una filosofía de la vida y la muerte medianamente coherente llegaba a la conclusión de que las enseñanzas de la Iglesia eran un completo galimatías. Por supuesto, podía estar equivocado, y probablemente lo estaba. Del mismo modo que probablemente se había equivocado con lo de esa mañana. Y sin embargo parecía la ocasión perfecta, la más lógica. Sin duda él mismo habría escogido esa hora y ese lugar de haber estado en la piel del asesino.

En algún momento de sus meditaciones creyó haber oído un ruido metálico, pero solo ahora fue plenamente consciente de ello. Quizá habían cerrado con llave la puerta norte, y de ser así tendrían que haberlo hecho desde fuera. ¡Sí, maldita sea! Había olvidado aquella nota sobre los recientes actos vandálicos, y quizá alguien había decidido ir a cerrar. Pero sin duda ese alguien antes se habría asomado al interior de la iglesia. Para empezar, Ruth estaba dentro. Aunque probablemente ella tenía su propia llave. ¿Tenía ella un juego de llaves? ¿Había otras personas en la iglesia? Si Ruth no tenía llave, entonces ahora estaban todos allí encerrados, ¿verdad?

Morse era plenamente consciente de que sus cavilaciones se volvían cada vez más confusas… Y de repente quedó petrificado en su asiento. Oyó una voz masculina muy cerca de él. «Hola, Ruth», dijo. Eso fue todo.

Una voz agradable, todo hay que decirlo, pero que a Morse le heló la sangre. Sin duda alguien había cerrado la puerta con llave. Pero desde dentro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella, bruscamente—. No te he oído entrar.

—No, ¿cómo ibas a hacerlo? He estado aquí todo el tiempo. En la torre. Hace frío allí arriba, pero hay unas vistas maravillosas y a mí me encanta ver las cosas desde arriba. Y también a la gente.

(¡Oh, Lewis! ¡Si no hubiese estado tan concentrado mirando exclusivamente la entrada!)

—¡Pero debes irte! ¡No puedes quedarte aquí! ¡Ni siquiera deberías haber salido, para empezar!

—Te preocupas demasiado.

Ambos estaban inmóviles en mitad del pasillo central, y él puso una mano en su hombro y la atrajo hacia sí.

—No seas bobo —susurró ella, con dureza—. Ya te he dicho… Acordamos que…

—La puerta está cerrada, preciosa, no temas. Yo mismo la cerré, ¿entiendes? Estamos tú y yo solos aquí, así que ¿por qué no nos sentamos un ratito?

Ella le apartó la mano.

—Te lo he dicho. Esto tiene que acabar. —Sus labios temblaban de emoción y estaba al borde de las lágrimas—. No puedo soportarlo más. ¡No puedo! Tienes que marcharte lejos de aquí. ¡Debes hacerlo!

—Por supuesto que sí. Ese es precisamente el motivo por el que he venido a verte. ¿No lo entiendes? Tú siéntate, eso es todo. No es mucho pedir, ¿verdad Ruth?

Su voz era dulcemente persuasiva.

Ella hizo lo que le pedía y él se sentó a su lado, a menos de tres metros del confesionario. (Morse pudo ver que los pesados zapatos marrones del hombre eran de buena calidad, aunque no parecía haberlos limpiado en muchas semanas). Durante un tiempo ninguno de los dos habló y entretanto el hombre apoyó el brazo izquierdo sobre el respaldo del banco agarrando suavemente el hombro de ella. (Morse también pudo ver sus uñas, limpias y pulcramente recortadas, que le hicieron pensar en un sacerdote).

—Leíste el artículo —dijo ella, sin más.

No era una pregunta.

—Los dos leímos el artículo.

—Debes contarme la verdad. No me importa lo que digas, pero debes contarme la verdad. ¿Tuviste —ahora su voz flaqueó—, tuviste algo que ver con todo eso?

—¿Yo? ¡Tienes que estar de broma! De verdad, no puedes creer eso. ¡Por supuesto que no, Ruth! (Morse vio que el hombre llevaba unos gastados pantalones de franela gris y un amplio jersey verde caqui con parches de cuero en los hombros y el cuello tan cerrado que no era posible distinguir si llevaba o no corbata).

Ruth estaba inclinada hacia delante, con los codos apoyados en lo alto del respaldo del siguiente banco y la cabeza sobre las manos. Por su postura se diría que estaba rezando y Morse pensó que probablemente era eso lo que hacía.

—No me estás diciendo la verdad. ¡No! ¡Fuiste tú quien los mató! ¡A todos! Sé que lo hiciste.

Ahora era un alma perdida, abandonada en las amargas profundidades de su propia miseria, mientras ocultaba su rostro entre las manos. Al mirarla, Morse sintió que una profunda y angustiosa compasión crecía en su interior. Pero sabía que debía esperar. El día anterior había adivinado la verdad que se ocultaba tras la espantosa sucesión de tragedias, y aquí y ahora esa misma verdad estaba tomando forma, a escasos metros de él.

El hombre no negó las acusaciones, pero su mano derecha se movía ahora a la altura del cuello y giró el rostro momentáneamente hacia un lado. (El rostro, como Morse ya había tenido ocasión de apreciar, era el de un hombre al final de los cuarenta, quizá al principio de la cincuentena, pues tanto su cabello negruzco, largo y descuidado, como la barba que cubría su cara estaban abundantemente tiznados de blanco y gris).

Entonces ahí estaba, delante de él. Y además todo era tan simple, tan infantilmente simple que, como siempre, la mente de Morse se había negado a creerlo y en vez de eso había insistido en buscar (de hecho, casi las había encontrado) las más rocambolescas y complejas soluciones. ¿Por qué, ah, por qué de vez en cuando no era capaz de aceptar y asumir los hechos simples e incontrovertibles de cualquier caso; los hechos que le miraban directamente a la cara y sencillamente pedían a gritos un mínimo de diligencia y sentido común? ¿Quién era el hombre que estaba ahí sentado junto a Ruth Rawlinson, Morse? ¡Pues claro que sí! Era el hermano de Lionel Lawson, Philip Lawson. El personaje más denostado en las ingeniosas historias de detectives; el hombre que cometía un crimen poco astuto por la más mezquina de las razones; el vago, el gorrón y el parásito que había atormentado a su hermano durante toda su larga y acongojada vida, desde los tiempos en que iban juntos a la escuela; el chico listo, el más popular, el favorito. El muchacho que había crecido sin

una sola fibra de moralidad en todo su ser; el muchacho que había derrochado sus considerables recursos en una vida disoluta y después había regresado para aprovecharse una vez más de su hermano Lionel. Había regresado amenazándole con traicionarle y denunciarle públicamente; amenazas que Lionel había pagado con bondad, compasión y toda clase de atenciones y, cómo no, también con dinero. Y entonces, sí, entonces llegó el momento en que el mismo Lionel, por una vez en su vida, había necesitado desesperadamente la ayuda de su inútil hermano y se había mostrado dispuesto a pagar por ello. El momento en que los dos hermanos habían planeado la ejecución y el subsiguiente encubrimiento del asesinato de Harry Josephs; un asesinato planeado meticulosamente para ser llevado a cabo justo antes de que Paul Morris abriera el diapasón de parada del órgano inundando la iglesia con la última y atronadora nota del Gloria a Dios en las alturas o algo por el estilo.

Eso pensaba Morse en aquellos instantes, sentado justo detrás de un asesino múltiple. El brazo izquierdo apoyado en el respaldo del banco mientras la mano derecha seguía manipulando algo alrededor de su cuello. Y Ruth aún inclinada hacia delante, postrada en actitud casi suplicante, tan patéticamente vulnerable.

Entonces, sin dejar de observar, Morse sintió que todos sus músculos se tensaban dispuestos a actuar mientras la adrenalina inundaba su cuerpo. Los dedos de la mano izquierda del hombre sujetaban ahora el extremo más estrecho de una corbata; una corbata azul marino con anchas rayas rojas en diagonal intercaladas con otras mucho más finas de color verde y dorado. Y mientras Morse observaba la escena que se estaba desarrollando delante de sus ojos, su mente se detuvo de repente en un punto muerto y pareció dar un salto mortal hacia atrás antes de volver a aterrizar en un estado de absoluta estupefacción.

Pero el momento de pensar había pasado. La mano izquierda del hombre había enrollado la corbata en torno al cuello de la mujer y la derecha avanzaba para encontrarse con ella. Y Morse actuó. Quiso la mala suerte que la puerta inferior del confesionario se abriera únicamente hacia dentro, por lo que se vio obligado a saltar por el exiguo espacio justo encima echando a perder el elemento sorpresa, y cuando el torniquete ya empezaba a tensarse en torno a la garganta de Ruth, ella dejó escapar un espantoso grito.

—¡No se acerque! —rugió el hombre, poniéndose de pie al instante y arrastrando a la mujer consigo mientras hundía salvajemente la corbata en su cuello—. ¡Ya me ha oído! ¡No se acerque! ¡Ni un paso más o la mato!

Pero Morse ya no escuchaba. Se lanzó desesperadamente sobre ellos y

Ruth se desplomó en el pasillo central mientras Morse agarraba el brazo derecho del hombre e intentaba retorcérselo detrás de la espalda con toda su considerable fuerza. Pero su adversario se soltó con una facilidad casi ridícula y un odio salvaje ardiendo en la mirada.

—Le conozco —dijo Morse, jadeando intensamente—. Y usted sabe quién soy yo, ¿verdad?

—¡Sí, le conozco, bastardo!

—Es inútil intentar nada. Mis hombres rodean la iglesia —consiguió decir, en una serie de sofocados exabruptos—. No puede escapar, es imposible. Por favor, sea sensato. Venga conmigo, no tiene de qué preocuparse.

El hombre permaneció completamente inmóvil unos instantes. Solo sus ojos corrían de un lado a otro hundidos en el interior de sus cuencas, como si trataran de sopesar la situación impulsados por una lógica frenética, en busca de algún remedio desesperado. Entonces algo pareció quebrarse en su interior, como si el velo que súbitamente dilataba sus ojos hubiera eliminado todo vestigio de pensamiento racional. Se dio la vuelta con rapidez, casi atléticamente, y con una risa maníaca cuyo eco resonó en todo el edificio corrió hacia el fondo de la iglesia y desapareció tras las cortinas de la sacristía.

En ese instante (y Lewis se lo reprochó más tarde) Morse podía haber optado por varias formas de actuar más lógicas que la que escogió. Podría haberse acercado a la puerta norte para avisar a Lewis inmediatamente por señas; podría haber sacado a Ruth de la iglesia cerrando la puerta con llave al salir y dejando a su presa atrapada e indefensa; podría haber enviado a Ruth a pedir ayuda, si estaba lo bastante recuperada, permaneciendo él donde estaba haciendo las veces de perro guardián hasta la llegada de refuerzos. Pero Morse no hizo ninguna de esas cosas. Arrastrado por ese primitivo e imperioso instinto que empuja al cazador tras la presa, caminó casi audazmente hacia la sacristía y abrió de repente las cortinas. Allí no había nadie. La única otra opción para salir de allí era la puerta de acceso a la torre, y Morse siguió caminando por el suelo de parqué y trató de abrirla. Estaba cerrada. Sacó sus llaves, escogió la adecuada esta vez, la giró en la cerradura y, apartándose con cautela hacia un lado, abrió de golpe. En el primero de los escalones circulares de piedra vio un largo abrigo de hombre, raído y sucio, y sobre él, cuidadosamente colocadas, unas gafas de sol.

36

Mientras ascendía paso a paso por la escalera helicoidal, Morse observó los bajos de los peldaños de piedra sobre su cabeza cubiertos de telarañas ennegrecidas. No tenía consciencia de ningún miedo. Era como si su paranoica acrofobia hubiera desaparecido temporalmente, acallada por la mucho más cuerda e inmediata amenaza del hombre que estaba en algún lugar de aquellas alturas. Subió y subió hasta que la puerta de acceso al campanario apareció a su derecha y entonces escucho una voz desde más arriba.

—¡Siga subiendo, señor Morse! Hay unas preciosas vistas desde aquí.

—Quiero hablar con usted —gritó Morse.

Apoyó las manos en las paredes a ambos lados y alzó la vista hacia la torre. Durante un segundo pensó que iba a marearse al ver por la pequeña ventana a su izquierda, a lo lejos, muy abajo, a los transeúntes de compras por Cornmarket. Pero una ronca risa desde lo alto le ayudó a recuperar el equilibrio.

—Solo quiero hablar con usted —repitió Morse, y subió otros seis escalones—. Solo quiero hablar con usted. Como le dije, mis hombres están fuera rodeando el edificio. Sea sensato, hombre. ¡Por Dios, sea sensato!

Pero no obtuvo respuesta.

Otra ventana, de nuevo a su izquierda, y el ángulo sobre la corriente de viandantes se había vuelto casi vertical. No obstante, curiosamente, Morse se dio cuenta de que ahora podía mirar hacia abajo sin experimentar aquella oleada de pánico. Lo que no conseguía hacer era mirar al otro lado de la calle, hacia el gran almacén situado casi enfrente, donde sabía que el fiel Lewis aún estaría vigilando el pórtico norte con su habitual diligencia y tenacidad.

Otros seis peldaños. Y seis más.

—La puerta está abierta, señor Morse. Ya no le falta mucho.

Después, de nuevo esa risa enloquecida, aunque más suave esta vez, y más amenazante.

En el penúltimo escalón antes de llegar a la torre, y con la puerta abierta de par en par (tal como había dicho el hombre), Morse se detuvo.

—¿Puede oírme? —preguntó.

Respiraba pesadamente y se dio cuenta con tristeza de hasta qué punto

había descuidado su forma física.

Tampoco ahora hubo respuesta.

—Tuvo que costarle mucho trabajo subir un cadáver hasta aquí.

—Siempre me he mantenido en forma, señor Morse.

—Lástima que se rompiera la escalera, ¿verdad? De lo contrario podría haber escondido a los dos en la cripta.

—¡Vaya, vaya! ¡Nos ha salido observador!

—¿Por qué tuvo que matar al chiquillo? —preguntó Morse.

Pero si hubo alguna respuesta, una súbita ráfaga de viento atrapó las palabras arrastrándolas hacia otro lado.

Morse estaba seguro de que el hombre no se ocultaba tras la puerta y después de dar un paso más pudo verle de pie, mirándole desde la pared norte a unos nueve metros de distancia, sobre el estrecho sumidero que dividía en dos el punto más elevado de la torre. Con extraña e incongruente indiferencia, Morse reparó en lo exageradamente grande que era la veleta que reposaba en la cúspide, sobre su aguja, y durante uno o dos segundos se preguntó si estaba a punto de despertar de una pesadilla.

—Baje. Podemos hablar aquí. Vamos.

Morse hablaba en tono amable y persuasivo. Al fin sabía toda la verdad y lo único que le restaba por hacer era conseguir que aquel hombre bajara de allí sano y salvo.

—Venga. Baje y entonces podremos hablar.

Morse subió el último escalón y sintió el viento sacudiendo su pelo cada vez más escaso.

—Hablaremos ahora, señor Morse, o no hablaremos. ¿Comprende lo que le digo?

El hombre dio un saltito y se sentó en el hueco entre dos almenas, con los pies colgando sobre el suelo de la torre.

—¡No haga ninguna estupidez! —gritó Morse, con un súbito pánico en su voz—. Eso no resuelve nada. Esa no es una salida para usted. Sea lo que sea, no es ningún cobarde.

Esa última palabra tocó algún resorte que le hizo recobrar algo de la cordura perdida, pues el hombre saltó suavemente desde donde estaba y su voz parecía ahora más tranquila.

—Tiene razón, señor Morse. Es peligroso sentarse en sitios así, especialmente con viento.

—¡Venga!

La mente de Morse trabajaba muy deprisa. Ese era el momento definitivo para encontrar, aun a la desesperada, las palabras y la actitud exactas. Estaba seguro de que tenía que haber alguna frase adecuada en los manuales de psiquiatría para aplacar la furia de un león enloquecido. Pero su cerebro no consiguió formular ninguno de esos encantamientos

conciliadores.

—Venga —volvió a decir. Y después una variante más humilde—: Vamos.

Y a pesar de la aparente inutilidad de aquellas banales exhortaciones Morse tenía la sensación de estar adoptando la estrategia correcta, pues le pareció que el otro vacilaba y creyó detectar algún indicio de sensatez.

—Vamos —repitió Morse, y dio un paso hacia él con lentitud.

Después otro y luego otro más. Entretanto el hombre seguía inmóvil, con la espalda apoyada en el muro norte de la torre. Ahora solo les separaban cuatro o cinco metros, y Morse dio un paso más hacia él.

—Vamos.

Extendió el brazo como si quisiera prestar apoyo a un equilibrista que acaba de superar los peligros de un largo paseo por la cuerda floja y está a escasos metros de pisar al fin terreno firme y seguro.

Dejando escapar un aullido entre sus velludos labios, el hombre se lanzó salvajemente contra Morse y lo agarró por los hombros con la fuerza de unas tenazas.

—¡Nadie me ha llamado nunca cobarde! —bufó—. ¡Nadie!

Morse consiguió sujetar al hombre por la mandíbula con ambas manos, empujando hacia atrás su cabeza centímetro a centímetro hasta que ambos perdieron el equilibrio y se precipitaron violentamente contra la vertiente enlosada del tejadillo central. Morse sintió cómo caía sobre él todo el peso del otro hombre inmovilizando sus brazos y piernas. Sintió unas fuertes manos en la garganta, los pulgares hundiéndose en la carne, mientras sus propias manos buscaban hacer presa en las muñecas de su oponente en un intento por detener momentáneamente su irresistible empuje; con los ojos cerrados, tensando al máximo los labios sobre los dientes apretados en un rictus desesperado, como si de algún modo aquel gesto fuera a prestarle unos segundos más de vida, un ápice más de fuerza. La sangre palpitaba en sus oídos como si alguien estuviera golpeando una pesada puerta imposible de abrir y desde algún lugar escuchó lo que parecía una botella de leche al romperse; el sonido se registró fría y clínicamente en su cerebro, como si su mente estuviera en esos momentos fuera de su cuerpo, contemplando lo que sucedía con un desapasionado distanciamiento absolutamente desprovisto de pánico o miedo. Observó la escena con lúcida claridad. Conducía en plena noche por el tramo de carretera recto y estrecho entre Oxford y Bicester, frente a una larga hilera de coches que circulaban en dirección contraria. Sus faros delanteros titilaban de cuando en cuando en una interminable hilera doble de círculos amarillos que se aproximaban inexorablemente a su coche antes de pasar de largo. De repente vio que otro vehículo avanzaba hacia él por el carril equivocado y encendía el intermitente del lado del conductor al

acercarse a su coche. Y, sin embargo (¡sorpresa!), sus manos siguieron sosteniendo el volante firmes y tranquilas. ¿Acaso era ese uno de los secretos mejor guardados de la muerte? Quizá después de todo el miedo a morir, incluso la misma muerte, no fueran más que un inmenso engaño. Los faros de los coches se convirtieron en esferas amarillas que no dejaban de girar en su cerebro, y entonces abrió los ojos y lo único que pudo ver fue el cielo gris encima de su cabeza. Había flexionado las rodillas contra el estómago del hombre, pero el peso era tan opresivo que no lograba ejercer presión alguna para liberarse. Si fuera capaz de reunir las fuerzas necesarias para coordinar todas sus extremidades a la vez, quizá tuviera una oportunidad para desequilibrar a su atacante y conseguir ponerle de costado, librándose así durante unos segundos de la terrible presión de aquellas manos en su garganta. Pero ya apenas le quedaban fuerzas y supo que en el cualquier momento su cuerpo capitularía casi agradecido, mientras los doloridos músculos de sus brazos aullaban pidiendo descansar. Ya se estaba relajando, la cabeza apoyada casi cómodamente sobre la fría superficie del tejadillo central. ¡La veleta era realmente inmensa! ¿Cómo diablos podría alguien subir semejante peso hasta allí por la escalera de caracol, arriba, arriba, arriba, con un peso tan enorme sobre los hombros?

Fue consciente de su situación por última vez y durante unos pocos segundos más sujetó con firmeza las muñecas antes de agotar sus fuerzas por completo. Pero no tenía nada más que ofrecer. Soltó lentamente el volante y al cerrar los ojos las luces de los coches que circulaban en dirección contraria aún brillaban resplandecientes. Pensó en el verso final de la última canción de Richard Strauss: Ist dies etwa der Tod?[17].

17 ¿Es esto la muerte?

Morse se dio cuenta de que algo milagroso había ocurrido. El cuerpo que tan brutalmente le aplastaba se había vuelto de repente más pesado y más ligero al mismo tiempo, y la presión en su garganta era ahora firme a la par que más laxa. El hombre gimió como si fuera presa de una intolerable agonía, y mientras lo hacía, Morse lo empujó con ambas rodillas casi con facilidad. El hombre se tambaleó de espaldas contra el muro de la torre, donde intentó sujetarse frenéticamente a la almena más cercana para recuperar el equilibrio. Pero llevaba demasiado impulso. La piedra cedió al apoyar la mano derecha en busca de un punto de apoyo y el hombre cayó de cabeza por encima del parapeto. Entonces se escuchó un aterrador aullido cada vez más distante mientras su cuerpo se precipitaba inexorablemente al vacío, hasta que un funesto y sordo estrépito puso fin a los aterrados gritos de los transeúntes que paseaban en esos momentos a los pies de la torre.

Lewis estaba de pie a su lado sujetando un largo candelabro de latón por el extremo superior.

—¿Se encuentra bien, señor?

Morse permaneció inmóvil, respirando encantado el aire embriagador a grandes bocanadas. El dolor de sus brazos era como el de una infección de muelas, y los extendió a ambos lados de su cuerpo, apoyado aún en el tejadillo igual que un crucificado.

—¿Se encuentra bien?

Ahora era otra voz, más suave, más dulce, y unos dedos fríos y delgados tocaron su frente húmeda.

Morse asintió y levantó la mirada hacia aquel rostro. Vio varios mechones de pelo muy claro que caían junto a sus mejillas y pecas de color marrón claro a ambos lados de su nariz. Estaba arrodillada a su lado y sus grandes ojos brillaban con lágrimas de alegría. Ella le sostuvo la cabeza entre sus manos y le estrechó contra su cuerpo durante lo que a Morse le parecieron muchos días y horas.

Ninguno de los dos dijo nada. Y mientras descendían lentamente desde lo alto de la torre, ella iba delante (solo lo justo para que sus manos pudieran seguir firmemente apretadas) y seguían sin hablar. Cuando Lewis los vio minutos después, sentados en el último banco de la capilla de la Virgen, el rostro de ella, bañado aún por las lágrimas, reposaba

felizmente en el hombro de Morse. No había dicho una sola palabra.

Después de ver a dos hombres forcejeando en la torre, Lewis había estado a punto de romperse la crisma al bajar saltando escalones de cinco en cinco; había apartado de su camino a varias señoritas mientras atravesaba corriendo el departamento de cosméticos de la planta baja en dirección a la calle; y finalmente, como una ménade frustrada, había empezado a aporrear la puerta norte. La mujer seguía allí dentro, de eso estaba seguro, pero se le ocurrió que podía haberle ocurrido algo, y en un arrebato de desesperación había arrojado una gran piedra a través del ventanal más bajo y conveniente con el doble propósito de hacerse oír y abrir una posible vía de entrada a la iglesia. Entonces la mujer le había oído. La puerta de la torre no estaba cerrada con llave y, tras coger un candelabro del altar de la santa Virgen, había subido saltando escalones de tres en tres, y al llegar al tejado, haciendo acopio de todas sus fuerzas, había golpeado con el candelabro en mitad de la espalda al barbudo asaltante de Morse.

Un coche patrulla con dos policías de servicio había llegado ya al escenario de los hechos cuando Lewis salió de la iglesia. A unos cuatro o cinco metros un grupo de gente rodeaba el cadáver, y la ambulancia, que ya había sido avisada, aullaba por St. Giles procedente de la Clínica Radcliffe. Lewis había cogido una sotana de una percha de la sacristía y cubrió con ella el cuerpo del fallecido.

—¿Sabe usted quién es? —preguntó uno de los agentes.

—Creo que sí —respondió Lewis.

—¿Te encuentras bien?

El chepudo médico de la policía era la tercera persona que le hacía la misma pregunta.

—Bien. Unas semanas en la Riviera y estaré bien. No es nada serio.

—¡Oh! Eso dicen todos. Siempre que pregunto a mis pacientes de qué murieron sus padres dicen lo mismo: «Oh, nada serio».

—Si no me encontrara bien, lo diría.

—Morse, ¿sabes que toda persona nacida en este mundo ha tenido al menos una enfermedad seria en su vida? Quizá solo la última.

Mmm. Aquello no era ningún despropósito.

Lewis volvió a entrar en la iglesia: todo estaba prácticamente listo afuera.

—¿Se encuentra bien, señor?

—¡Ah, por los clavos de Cristo! —exclamó Morse.

Ruth Rawlinson seguía sentada en el último banco de la capilla de la Virgen con la mirada perdida en el altar, serena, silenciosa y pasiva.

—La llevaré a casa —dijo Lewis, en voz baja—. Usted solo…

Pero Morse le interrumpió.

—Me temo que no puede ir a casa. Tendrá que llevarla a la comisaría. —Respiró fatigosamente y apartó la vista de ella—. Está arrestada y quiero que usted le tome declaración personalmente. —Se volvió hacia Lewis con una inexplicable furia en la voz—: ¿Está claro? ¡Usted! ¡Personalmente!

En silencio y sin oponer resistencia Ruth fue acompañada hasta el coche por uno de los agentes y, en cuanto ella se marchó, Morse, Lewis y el médico abandonaron la iglesia.

La multitud seguía creciendo y ahora había tres o cuatro filas de hombres y mujeres alrededor del cadáver cubierto por la sotana que los observaron con interés, como si los principales protagonistas del drama acabaran de aparecer en escena: el hombre jorobado y entrado en años, por cuyo aspecto (de haber vivido en el año 1555) se diría que podría haber contemplado sin inmutarse cómo quemaban a Ridley y Latimer[18] en la hoguera delante de Balliol College, apenas a unos cientos de metros de allí; a su lado, el hombre de aspecto tranquilo y constitución fuerte al que un rato antes habían visto al cargo de todas las operaciones, pero ahora parecía haber pasado a un discreto segundo plano, como si estuviera en presencia de sus superiores; y por último otro hombre pálido, más delgado y de calvicie incipiente, cuya sombría expresión (más que la de ningún otro miembro del trío) irradiaba una autoridad natural.

Los tres se detuvieron frente al cadáver cubierto.

—¿Quieres echarle un vistazo? —preguntó el médico de la policía.

—Ya le he visto bastante —murmuró Morse.

—Su cara está intacta, si aún te sientes algo indispuesto.

El médico retiró la parte superior de la sotana del rostro del muerto y Lewis lo observó sin agacharse con gran interés e intensidad.

—De modo que era él, señor.

—¿Disculpe?

—El hermano de Lawson, señor. Solo decía que…

—Este hombre no es el hermano de Lawson —respondió Morse, tranquilamente.

Tan tranquilamente que ninguno de los otros dos pareció haberle escuchado.

18 Nicholas Ridley y Hugh Latimer, protestantes juzgados por herejía y quemados en la hoguera en el año 1555 durante la persecución mariana en Inglaterra. Junto con Thomas Cranmer, arzobispo de Canterbury, son conocidos como los mártires del Oxford.

EL LIBRO DE RUTH

Declaración prestada por Ruth Rawlinson, 14A de Manning Terrace, Oxford, dictada por la señorita Rawlison y firmada por la misma en presencia del sargento Lewis, Policía del Valle del Támesis (D. I. C.)

Quizá sea más fácil empezar hace veinte años. Por aquel entonces yo estaba en primero de bachillerato en el Instituto Oxford preparando los exámenes del Nivel Avanzado de Lengua, Historia y Economía. La directora entró en mi clase una mañana y me hizo salir del aula. Me dijo que debía ser una chica valiente y que tenía muy malas noticias para mí. Mi padre, que trabajaba como impresor en la Editorial Universitaria de Oxford había sufrido una trombosis coronaria y había muerto una hora después de su ingreso en la Clínica Radcliffe. Recuerdo sobre todo una sensación de entumecimiento generalizado y que sentí poca tristeza, me refiero a una auténtica tristeza. De hecho, durante los días siguientes me sentí casi orgullosa, pues tanto la directora como las otras chicas me trataban con una amabilidad hasta entonces desconocida por mí, como si fuera una heroína que había sufrido una enorme desgracia y había sido capaz de afrontarla con gran fortaleza. Pero lo cierto es que ese no era el caso. No es que no quisiera a mi padre, aunque nunca habíamos estado demasiado unidos. No le costaba darme un beso indiferente cuando me iba a la cama o un billete de una libra de cuando en cuando si sacaba buenas notas en los exámenes, pero nunca había mostrado un interés auténtico por mí ni verdadero amor. Quizá no fuera culpa suya. A mi madre le habían diagnosticado esclerosis múltiple y aunque en aquella época aún era una mujer razonablemente autónoma y capaz de moverse con relativa normalidad, la única prioridad de mi padre fue siempre su bienestar y su felicidad. Debía de quererla muchísimo y su muerte supuso un golpe terrible para mi madre. Casi desde aquel día pareció cambiar. Fue como si no pudiera aceptar semejante pérdida y se convirtiera en una persona diferente. Algo me sucedió a mí también. De repente dejó de enorgullecerme mi trabajo en la escuela y empecé a perder el amor por mi madre. Yo sospechaba que ella exageraba sus limitaciones físicas y cada vez agradecía menos todo el tiempo que yo dedicaba a cocinar, limpiar, lavar la ropa y hacer la compra. Seguí en el instituto y el año siguiente me presenté a los exámenes del Nivel Avanzado, pero no solicité matrícula en

ninguna universidad. Aunque curiosamente mi madre quería que lo hiciera. En lugar de eso hice un curso de un año en la Escuela Marlborough de Secretariado de la calle High y no tardé en descubrir que tenía grandes actitudes para el trabajo. Antes de terminar ya me habían ofrecido tres empleos y al final acepté una muy buena oferta de la Editorial Universitaria de Oxford como secretaria personal y confidencial de un hombre que había conocido vagamente a mi padre. Era un jefe muy amable y un hombre muy inteligente y los cinco años que pasé con él fueron los más felices de mi vida. Era soltero y pasado un año aproximadamente empezó a invitarme a salir a comer de vez en cuando o a ir al teatro Playhouse, y yo acepté. Nunca hizo el menor intento de aprovecharse de mí y el único contacto físico que teníamos era cuando me cogía del brazo con suavidad para ir hasta el coche. Aun así, o quizá por ello, me enamoré de él… Diría que locamente. Entonces sucedieron dos cosas con pocos días de diferencia. Mi jefe me preguntó si quería casarme con él y la salud de mi madre se deterioró de forma repentina. No sabría decir si ambas cosas estaban relacionadas. Yo le había hablado de la propuesta matrimonial y ella me había dado su opinión con la habitual contundencia. Él no era más que un viejo verde en busca de algo de sexo habitual y la diferencia de edad entre nosotros era abismal. ¡Una ridiculez! Debía encontrar a un joven de mi edad, es decir, si finalmente había decidido dejar que se pudriera en alguna residencia para inválidos crónicos. Parecía realmente consternada y de repente me di cuenta de que quizá estaba siendo injusta al dudar de la veracidad de su disgusto ante la inesperada noticia. En cualquier caso, su médico me dijo que su salud estaba de veras deteriorada y que había que ingresarla lo antes posible. Después otras dos cosas sucedieron casi a la vez. Cuando mi madre recibió el alta y volvió a casa su estado requería a diario grandes atenciones y le dije a mi jefe que no podía aceptar su propuesta de matrimonio y que dadas las circunstancias lo mejor sería renunciar también el puesto de secretaria. Recuerdo la tristeza casi infantil y la decepción en sus ojos. Cuando me fui tres semanas después me invitó a una maravillosa cena en el Elizabeth y conversamos bastante alegremente durante toda la velada. Cuando me llevó a casa y estábamos sentados en el coche tratando de encontrar las palabras adecuadas para despedirnos yo me volví hacia él y le besé tierna y apasionadamente en los labios. Desde aquel día me encerré bajo un caparazón igual que había hecho mi madre tras la muerte de mi padre. Sin duda me parezco a ella mucho más de lo que quiero creer. En cualquier caso, probablemente mi madre estaba en lo cierto. Cuando dejé el empleo yo tenía veinticuatro años y mi jefe cuarenta y nueve. Volví a verle casualmente en la calle un par de veces. Nos hicimos las típicas preguntas de rigor por cortesía y cada uno siguió

su camino. Él nunca se casó. Dos años después murió de una hemorragia cerebral y asistí a su funeral. Al recordarlo ahora no lamento el no haberme casado, pero siempre me arrepentiré de no haberme ofrecido a ser su amante. Todo esto puede parecer irrelevante, pero lo menciono únicamente con la esperanza de que quizá alguien pueda comprender por qué las cosas empezaron a torcerse y no con la intención de exonerarme en modo alguno de la parte de culpa que me corresponde en los terribles sucesos que tendrían lugar.

Ahora debo hablar de dinero. Con mi nada desdeñable salario repentinamente recortado tuvimos que reconsiderar nuestra situación financiera, aunque mi madre pensaba que mi aprobado en el examen del Nivel Avanzado de Economía constituía una garantía de prudencia y habilidad en cuestiones monetarias. Y lo cierto es que pronto me vi obligada a ahondar en nuestros asuntos financieros y mi madre no tardó en delegar gustosamente en mi todas sus responsabilidades. La casa no suponía un problema pues mi padre había contratado una hipoteca combinada con un seguro de vida. Era demasiado grande para nosotras dos, pero su valor de mercado era ahora unas diez veces mayor que cuando mi padre la había comprado veinticinco años atrás y tras su muerte pasó a ser nuestra. En esa época mi madre también disponía de activos realizables por valor de dos mil libras en acciones comunes de varias empresas y el saldo de mi cuenta de ahorro en Lloyds ascendía a más de ochocientas libras. Mi madre, además, recibía una pequeña pensión de viudedad gracias a otra póliza de seguros de mi padre en la Editorial Universitaria, y en aquel momento yo misma decidí solicitar un subsidio familiar a la Seguridad Social. Durante los diez años siguientes aproximadamente llevé a cabo desde casa numerosísimos trabajos de mecanografía, sobre todo transcribiendo tesis doctorales, manuscritos de aspirantes a escritores y esa clase de cosas. De modo que vivíamos de forma razonablemente holgada y segura. Y entonces hace dos años llegó la crisis bursátil y me convencieron para cobrar las acciones de mi madre por menos de quinientas libras. Si las hubiera conservado durante otros seis meses todo habría ido bien o al menos no habría sido ni la mitad de desastroso, pero en aquel momento había mucho miedo a un derrumbe total del mercado. Mientras las acciones continuaban cayendo en picado durante las semanas siguientes me pareció que había actuado correctamente, pero lo cierto es que me habían aconsejado mal y había actuado de la manera más desafortunada. Le oculté todo esto a mi madre en la medida de lo posible y no me resultó difícil. Ella sabía poco o nada de finanzas. Cuando mi padre vivía él se encargaba de gestionar sus pequeños recursos con astucia y habilidad y nunca dejaba que mi madre se preocupara por esas cosas, ni siquiera que se interesara demasiado.

Después de su muerte la responsabilidad cayó sobre mis menos fornidos hombros y mi madre daba por hecho que todo seguía bien. Yo estaba demasiado avergonzada de mi propia incompetencia para permitir que pensara otra cosa. Decidí entonces (y recuerdo que esto fue hace tan solo dos años) invertir los recursos que nos quedaban en la única idea que me parecía una inversión segura. Ya he mencionado que nuestra casa era demasiado grande para la dos y tenía planes en ese sentido. Dividiríamos la casa en dos, con mi madre y yo viviendo en la planta baja y otra familia en el primer piso. Mi idea era tabicar el vestíbulo de entrada para que las escaleras al primer piso condujeran directamente a una residencia independiente. El cuarto de baño y el aseo ya estaban en esa planta y las únicas reformas necesarias importantes consistirían en instalar un fregadero arriba y un cuarto de baño abajo, además de una segunda puerta para evitar compartir llaves, timbres y equívocos con el correo. Un amigo de St. Frideswide (sí, enseguida llegaré a esa parte) diseñó unos planos muy sencillos para mí y en cuanto supe que no era necesaria la licencia de obras me dispuse a pedir presupuestos. Todos me parecieron sorprendentemente elevados, pero decidí que podíamos permitirnos llegar aproximadamente a las mil quinientas libras. De modo que seguí adelante y los trabajos dieron comienzo pocos meses después y las pilas de arena y ladrillos y el resto de los materiales de construcción empezaron a acumularse delante de la casa. Todo fue bien hasta el pasado febrero, cuando mi madre recibió una carta de una vieja amiga suya que había oído hablar de una maravillosa clínica en Suiza especializada en el tratamiento y cuidado de la esclerosis múltiple. No prometían curas mágicas, pero había excepcionales informes de clientes satisfechos y en el folleto adjunto en la carta, profusamente ilustrado con fotografías a todo color de la clínica con vistas al lago Thun, a las cimas nevadas de los Alpes y las faldas de las colinas cubiertas de saxífragas y flores de las nieves, se desgranaban todos los detalles de una estancia de tres semanas. El precio del paquete era de seiscientas treinta libras, e incluía el vuelo de ida y vuelta a Basilea desde Heathrow más los desplazamientos en automóvil entre el aeropuerto y la clínica. Hasta ese momento nunca había entendido por completo la terrible tiranía del dinero. Si lo tenía mi madre podía ir. Si no se quedaría en casa. Los méritos y las necesidades no entraban en la ecuación. Yo era bastante escéptica con respecto a cualquier tratamiento para la enfermedad de mi madre, pero la clínica gozaba de una reputación intachable y yo sabía que a mi madre le sentaría bien una estancia en el extranjero. Hacía más de un año y medio que no salía de casa y con frecuencia ni siquiera era capaz de levantarse de la cama para sentarse en la silla de ruedas. Ahora, sin embargo, por primera vez en años había sido capaz de tomar una firme decisión por sí

misma. Quería ir y estaba entusiasmada por ello. Y fue. Aunque yo pasé las tres semanas que duró su ausencia trabajando tanto y tan intensamente como pude como mecanógrafa a tiempo parcial de día y como camarera por las noches, disfruté cada momento a solas y por segunda vez descubrí la alegría de vivir. Pero las cosas no avanzaban según lo previsto. Los obreros se estaban encontrando con problemas imprevistos y recibí una carta del director de la constructora comunicándome que si quería que los trabajos se completaran debidamente el presupuesto original debía incrementarse en trescientas cincuenta libras. Por supuesto las cosas no mejoraron con el regreso de mi madre, y cuando descubrieron que había que reemplazar sin falta las tuberías de desagüe de la planta baja me vi obligada a pedirles a los obreros que dejaran de trabajar durante algunas semanas, pues no podía hacer frente a la cuota del mes siguiente. A mitad de verano se me habían agotado definitivamente los recursos y las ideas. Fue entonces cuando fui a ver al reverendo Lionel Lawson.

Declaración prestada por Ruth Rawlinson (continuación)

La primera vez que había estado en St. Frideswide fue cuando formaba parte del coro del instituto. Solíamos interpretar La crucifixión de Stainer con otras corales de Oxford, y cuando andaban cortos de sopranos y contraltos en las misas de Palestrina nos llamaban. Así llegué a conocer a algunos habituales de la parroquia y no tardé en sentirme como en casa. Pronto me convertí en miembro fijo del coro, no porque tuviera una profunda fe en la Alta Iglesia anglicana sino porque disfrutaba relacionándome con otra gente fuera de mi ambiente habitual. Había una anciana que limpiaba allí todas las mañanas de la semana; una mujer tan maltrecha a causa de la artritis que el mero hecho de cargar por los cubos y las fregonas era de por sí toda una declaración de amor y fe hacia la Iglesia. Llegué a conocerla bastante bien y un día le pregunté acerca de su vida y ella se limitó a responder alegremente que solo esperaba que un día Dios la recompensara por lo que estaba haciendo pero que, aunque Él decidiera que no lo merecía, ella seguiría queriendo alabarle y glorificarle por todas las bendiciones que le había otorgado a lo largo de su vida. En lugar de sorprenderme por sus palabras o mostrarme cínica me sentí profundamente conmovida y cuando murió decidí llevar a cabo personalmente al menos algunas de sus buenas obras. Y de ese modo acabé fregando, puliendo suelos y todo lo demás con la esperanza de saborear un mínimo de la alegría de vivir que aquella anciana había experimentado. Naturalmente, durante esta penitenzia autoimpuesta llegué a conocer bastante bien a Lionel Lawson y como decía fue a él a quien acudí para pedir ayuda y consejo cuando ya no pude seguir lidiando con nuestra crisis financiera. Me llevé una de las mayores sorpresas de mi vida cuando me dijo que si lo único que me preocupaba era el dinero podía y debía dejar de preocuparme de inmediato. Me preguntó qué necesitaba y cuando se lo dije se sentó en su escritorio (donde vi que tenía un abrecartas con forma de crucifijo) y cubrió un cheque por valor de quinientas libras. Fue como un milagro y al decirle que no tenía ni idea de cuándo iba a poder devolvérselo o de cómo podría darle las gracias debidamente él se limitó a decir que quizá algún día él se viera metido en problemas y en ese caso le gustaría saber que al menos yo intentaría

ayudarle de algún modo dentro de mis posibilidades. Por supuesto le prometí que haría cualquier cosa por él y recuerdo claramente cómo deseé entonces e incluso recé para que llegara el momento en que tuviera ocasión de hacer algo importante para devolverle el favor. Al abandonar la vicaría aquel día vi a un hombre en la planta baja, saliendo de la cocina. En un primer momento no le reconocí, aunque su rostro me resultó vagamente familiar. Iba pobremente vestido, desaliñado, aunque estaba recién afeitado y era evidente que hacía poco que se había cortado el pelo. Yo sabía que Lionel acogía de cuando en cuando a algunos hombres del albergue de beneficencia, que se alojaban allí mismo durante uno o dos días y a los que a veces lograba persuadir para que asistieran a sus misas. Entonces le reconocí. Era más o menos de la misma edad y constitución que Lionel, pero la última vez que le había visto llevaba barba de al menos una semana y el cabello más largo y sucio. Más tarde supe que ese hombre era Philip, el hermano de Lionel.

Poco después de esa ocasión Harry Josephs entró en mi vida. Por diversos motivos se produjeron tensiones entre algunos miembros de la parroquia a finales del verano pasado. Fue entonces cuando me enteré del desagradable rumor según el cual al parecer a Lionel le gustaba más de lo debido la compañía de los muchachos del coro, aunque nunca fui capaz de creerlo. Incluso ahora estoy completamente convencida de que si Lionel era homosexual o sentía esa clase de inclinaciones de ningún modo podía ser agresivo sino pasivo y gentil. Pero corría otro rumor que casi todo el mundo parecía haber oído. Paul Morris, el organista de la iglesia, le había tomado un excesivo afecto a la mujer de Harry Josephs, Brenda, que casi siempre traía a Harry a las misas. A Harry le habían retirado el carné de conducir por alguna razón. Era frecuente ver a Brenda charlando con Paul, aunque ella rara vez se quedaba a ningún servicio, y una de las mujeres de la congregación me dijo que una vez los había visto de la mano. He de admitir que, aunque no disponía de ninguna prueba directa en la que apoyarme, empecé a sospechar cada vez más que este segundo rumor podía ser cierto. Y luego supe que lo era porque el mismo Harry Josephs me lo contó. La primera vez que vino a mi casa estuvimos los tres porque coincidió que ese día madre se había levantado, y él se mostró muy agradable y cortés y se quedó un par de horas. Desde entonces nos visitaba regularmente, siempre por la mañana, y los dos solíamos sentarnos en el salón cuando madre estaba acostada. En cierto modo me recordaba un poco a mi antiguo jefe porque en ningún momento intentó aprovecharse de mí. Al menos no entonces. Sin embargo, tampoco podía ocultar que era un hombre solitario y decepcionado y no tardó en confesarme que sabía que su mujer tenía una aventura con Paul Morris. Al principio creí que solo venía a verme en busca de un poco de simpatía

y comprensión, pues ni una sola vez me pidió opinión acerca de cómo podía actuar. Pero entonces un día mientras caminábamos hacia la puerta de casa se volvió sin más hacia mí y dijo que me encontraba atractiva y que le encantaría llevarme a la cama. Por supuesto yo me sentí un poquito halagada y tampoco me asaltó ningún escrúpulo moral dada la situación. Habíamos estado bebiendo jerez y yo me sentía algo más alegre y atrevida de lo habitual. ¿Qué podía decir? Aún era virgen. Tenía cuarenta y un años y había rechazado al único hombre del que me había enamorado hasta el momento. Sabía que la vida me estaba dejando atrás y que si no me acostaba con alguien muy pronto quizá ya no lo haría nunca. No es que le dijera nada de esto a Harry, claro. En otras circunstancias creo que le habría recordado que estaba casado y que su esposa me caía bien y la respetaba demasiado para que pudiera haber algo entre él y yo. Al final me limité a sonreír y le dije que no fuera bobo. Él no dijo nada más, pero me dio la impresión de que se sentía tan rechazado y humillado que de repente de dio muchísima pena. Justo a nuestra derecha estaba la puerta recién instalada del 14B, que acababan de pintar de color azul Cambridge. Yo tenía la llave en el bolsillo y le pregunté si le apetecía echar un vistazo al apartamento. Me hizo el amor sobre el colchón de la cama sin hacer de la habitación trasera. No fue una iniciación especialmente placentera para mí, aunque tampoco me arrepentí demasiado. De hecho, me sentí casi satisfecha, y durante los meses siguientes seguimos haciéndolo una vez por semana. Al ir adquiriendo algo de práctica en el aspecto estrictamente físico del asunto empecé a disfrutar del sexo cada vez más. Aunque sabía que algo iba lamentablemente mal, pues me sentía tan sucia y mezquina en cuanto todo acababa que empecé a odiarme por el mero hecho de desear hacerlo. Intenté ponerle fin en un momento dado, pero al recordarlo ahora creo que no lo hice con suficiente convicción. Él parecía ejercer alguna extraña influencia sobre mí y a medida que pasaba el tiempo me sentía cada vez más ansiosa. Empezó a angustiarme la posibilidad de que mi madre lo descubriera, aunque no parecía sospechar nada. También me preocupaban los vecinos, aunque Dios sabe por qué pues los inquilinos de las viviendas a ambos lados de la nuestra cambiaban constantemente y a menudo eran estudiantes que rara vez estaban en casa. Pero por encima de todo estaba preocupada por mí. Lo cierto era que llegados a ese punto yo necesitaba más a Harry que él a mí y él lo sabía. Por más que sufriera y me castigara a mí misma con toda clase de reproches cada vez que se marchaba, sabía que no dejaría de pensar en él hasta nuestro próximo encuentro. Empecé a odiarle a él tanto como a mí misma. Era como una droga a la que me estaba enganchando con demasiada rapidez.

Creo que es importante que sepan ustedes todo esto para comprender

lo que me sucedió después.

Declaración prestada por Ruth Rawlinson (continuación)

Un miércoles de principios de septiembre poco después del amanecer mi madre sufrió un fuerte ataque y no tuve más remedio que posponer la limpieza de esa mañana para la tarde. Tenía las llaves de la iglesia y podía entrar cuando quisiera, de modo que un cambio en mi rutina habitual no me supuso ningún problema. Cerré tras de mí al entrar (casi siempre utilizaba la puerta sur porque podía dejar mi bicicleta en el pórtico) y estaba limpiando el confesionario cuando oí que giraban la llave de la puerta norte. Paul Morris entró seguido por Philip, el hermano de Lionel (entonces ya no tenía ninguna duda). Por alguna razón me asusté y permanecí allí sentada sin hacer ruido. No podía oír claramente lo que decían, pero era evidente que Paul estaba siendo chantajeado y que ni podía ni quería seguir pagando durante mucho más tiempo. No entendí gran cosa de lo que estaba sucediendo y me sentí confusa y preocupada. Me limité a seguir donde estaba y no estoy segura de lo que ocurrió exactamente a continuación. Pero unos minutos después me pareció evidente que Paul debía de haberse marchado y el propio Lionel había entrado en la iglesia, pues entonces oí a los dos hermanos hablando. También esta vez capté poco de lo que decían, pero logré entender algo que me golpeó como un mazazo. Estaban hablando de asesinar a Harry Josephs. Me quedé tan estupefacta que la fregona que tenía en la mano se me cayó al suelo causando un notable estrépito, y me descubrieron. Philip Lawson se marchó casi inmediatamente y entonces Lionel habló conmigo durante un buen rato. Ni siquiera ahora estoy preparada para revelar todo lo que me dijo entonces, pero en resumen me rogó que le ayudara.

Por supuesto, me recordó la promesa que le había hecho tiempo atrás y se ofreció a darme inmediatamente un cheque por cinco mil libras (¡cinco mil libras!) si hacía lo que me pedía. Dijo que el pago era para que mantuviera vacío el apartamento de arriba de nuestra casa para que su hermano Philip pudiera esconderse allí durante un mes a lo sumo. Mi desconcierto fue absoluto y fui completamente incapaz de prever las implicaciones de todo aquello. En casa las cosas iban de mal en peor. Las quinientas libras del préstamo de Lionel se habían esfumado y aunque el apartamento ya estaba casi listo nuestra parte de la casa tenía los días

contados por así decirlo. Según el contratista había que renovar todo el cableado de la planta baja y el depósito de agua estaba oxidado y podía reventar en cualquier momento. Para rematar el asunto, la calefacción central de gas se había estropeado definitivamente esa misma semana después de unos pocos días funcionando como es debido. Yo no había tenido en cuenta la decoración de la cocina reformada del piso de arriba y solo un presupuesto inicial arrojaba un montante espantoso de doscientas libras más. ¡Imaginen cómo me sentía! Pero había algo más. Tendría que haberlo mencionado antes, pero puesto que es el único elemento del caso que me incrimina de forma irremediable quizá comprenderán mi reticencia (casi mi rechazo) a mencionarlo. Lionel me explicó que podía olvidar el favor que le debía si contaba una sola mentira. No. Ni siquiera ahora estoy siendo del todo sincera. Me hizo jurar solemnemente por mi honor que contaría esa única mentira. Enfatizó repetidas veces que solo sería una mentira. No me involucraría de ninguna otra manera e insistió en que hacerlo me resultaría muy sencillo. ¡No me importaba! Me alegraba infinitamente poder ayudarle y accedí sin dudar un segundo. Mi mente era un torbellino cuando abandoné la iglesia esa noche. Intenté no pensar en Harry Josephs y supongo que casi conseguí convencerme de que había entendido mal todo lo que había dicho el sacerdote. Aunque por supuesto no era así. Sabía que por una u otra razón Harry Josephs iba a morir y que mi compromiso de contar una sola mentira indudablemente iba a estar relacionado con aquel suceso no del todo inoportuno (para mí). ¿Y qué pintaba Philip Lawson en todo aquello? Entonces no estaba segura, pero si mi motivación era el dinero sin duda también lo sería para él. Cada vez me parecía más claro que Lionel había contratado a su hermano para asesinar a Harry Josephs, y si ese era el caso mi papel en lo que iba a suceder (mi propia mentira) se reduciría a decir que estaba con cierta persona en cierto momento. Una coartada. Sí. No tardé en convencerme de que se trataba de eso, ¡y tampoco entonces me importó! En aquellos momentos no sentía el menor cargo de conciencia. Era el dinero el que representaba el papel de tirano. El sexo ya no era un elemento determinante para mí, e incluso de haberlo sido no me habrían faltado oportunidades para conseguirlo en otra parte. Había coincidido varias veces con un hombre en la coctelería del hotel Randolph que había dejado claro que se sentía atraído por mí. Era consultor de ventas de alguna empresa prestigiosa y sin duda su habitación contaría con toda clase de comodidades. Yo sospechaba que ya tenía una aventura con otra mujer, pero que era a mí a quien realmente deseaba. En aquella época también me estaba volviendo cada vez más mezquina con el dinero. Nunca había tenido tanto en toda mi vida, pero ni siquiera me ofrecía a pagar una ronda de bebidas, aceptaba invitaciones a comidas caras y en

general me comportaba como un parásito egoísta. No compraba ropa nueva o perfumes ni siquiera alguna cosa especial para las comidas en casa. Y cuanto más mezquina me volvía en cuestiones de dinero más mezquina me volví en casi todo lo demás. Esa misma semana telefoneé a Harry Josephs y le dije que nuestros encuentros semanales se habían terminado porque mi madre estaba otra vez muy enferma. Ahora me resultaba ridículamente fácil mentir de ese modo. ¡Cuestión de práctica! En casa el técnico me dijo que el calentador no tenía arreglo, pero me negué a comprar uno nuevo. El primer presupuesto para renovar el cableado me pareció exagerado, de modo que acudí a un manitas local para que lo hiciera por la mitad. Ni que decir tiene que el resultado no fue un éxito. Decidí redecorar yo misma la cocina de arriba y me resultó sorprendentemente divertido hacerlo. Durante años había dejado cincuenta peniques en la bandeja de la colecta los domingos por la mañana; ahora dejaba veinte. Pero seguí limpiando la iglesia. Era mi única penitenzia y me sentía más orgullosa que nunca de esas tareas autoimpuestas. Todo esto les parecerá muy extraño, pero es exactamente así como me sentía y actuaba. Por el modo en que he estado hablando hasta ahora, soy consciente de que parece que todo esto sucedió durante largo tiempo. Pero por supuesto no fue así. Todo sucedió en cuestión de tres semanas, hasta el 26 de septiembre.

Ese día los cinco nos reunimos a las siete de la tarde en St. Frideswide: Brenda Josephs y Paul Morris, Lionel y Philip Lawson y yo misma. Las puertas estaban cerradas con llave y entonces recibí mis instrucciones. Había que encender las velas en la capilla de la Virgen y preparar los devocionarios para una congregación de trece asistentes, ¡incluyendo el banco del sacristán! Creo que ese último detalle fue lo peor de todo. Paul estaba tocando algo en el órgano y me pareció más tenso que cualquiera de nosotros. Brenda estaba de pie junto a la pila vestida con un elegante traje verde de dos piezas, completamente impávida. Lionel estaba ocupado con lo que parecían los típicos preparativos de una misa, y no detecté nada fuera de lo común en la expresión de su cara. El hermano de Lionel iba tan aseado como la última vez que le había visto y estaba sentado en la sacristía bebiendo de una botella que sin duda Lionel le había proporcionado. Sobre las siete y cuarto Lionel nos pidió a Brenda y a mí que nos levantáramos para ir al altar de la capilla de la Virgen y permaneciéramos allí hasta nuevo aviso. Casi inmediatamente oímos una llave en la cerradura de la puerta norte y Harry Josephs entró con un paquete bastante grande envuelto en papel marrón bajo el brazo. Parecía sofocado y nervioso y era evidente que había estado bebiendo mucho. Nos vio a las dos allí de pie y saludó con la cabeza, aunque no sabría decir si se dirigía a mí o a Brenda. Nos sentamos en los escalones del altar y creo que

las dos estábamos temblando. Entonces el órgano dejó de sonar de repente y Paul pasó a nuestro lado y posó ligeramente una mano en el hombro de Brenda antes de seguir caminando hacia la sacristía. Durante varios minutos escuchamos a los hombres hablar entre dientes y a continuación ruidos de forcejeos y pisadas seguidos por una especie de gemido sordo y desagradable. Cuando Lionel vino a vernos llevaba puesta la sobrepelliz y la capa pluvial. Respiraba fatigosamente y parecía muy agitado. Me dijo que cuando llegara la policía debía contarles que había alrededor de una docena de personas durante la misa, en su mayoría turistas norteamericanos, y que había oído a Harry gritar pidiendo ayuda desde la sacristía durante el himno del final de la misa. No recuerdo si Brenda estaba aún conmigo. Caminé lentamente hacia la sacristía como en una nube y pude verle con claridad. Estaba allí tendido inmóvil con su traje de color marrón y la sotana que llevaba siempre en la iglesia, y el abrecartas de Lionel Lawson clavado hasta la empuñadura en su espalda.

Sobre las otras muertes de este espantoso asunto no sé nada en absoluto. Pero estoy convencida de que Lionel se suicidó, incapaz de enfrentarse a lo que había hecho. Al menos me alegra saber que no puede ser el responsable de los asesinatos de Brenda Josephs y de los Morris. Al concluir ahora esta larga declaración tan solo puedo pensar en mi madre y les ruego que cuiden de ella por mí y que le digan… No se me ocurre qué decirle. Supongo que tendrá que ser la verdad.

Firmado: RUTH RAWLINSON

—¿Y bien?

Morse dejó la declaración sobre la mesa y miró a Lewis con cierto disgusto. Había estado fuera de la comisaría más de seis horas sin decirle a nadie adónde iba. Ahora eran las ocho de la tarde y parecía cansado.

—Quienquiera que haya mecanografiado esto no es precisamente amante de las comas, ¿no cree?

—Es una chica estupenda, señor. Ojalá pudiéramos tenerla en Kidlington.

—No sabe escribir penitencia.

—Pero es capaz de mecanografiar ciento treinta palabras por minuto.

—¿Tan rápido hablaba la señorita Rawlinson?

—Muy rápido, sí.

—Qué curioso —dijo Morse.

Lewis miró a su jefe con expresión de hastiado desconcierto.

—Esto aclara un poco las cosas, ¿no, señor?

—¿Esto?

Morse volvió a coger la declaración, separó las últimas páginas, las

rasgó por la mitad y las depositó en la papelera.

—¡Pero no puede romperla!

—¡Qué diablos! ¡Un pedazo de papel higiénico tiene más valor que el contenido fáctico de esas páginas! ¡Y si esa mujer insiste en cometer perjurio su condena será el doble de larga! ¿Pero es que no lo ve?

Lewis no veía gran cosa. Se había quedado satisfecho con su día de trabajo, y aún lo estaba. Pero a esas horas también él estaba muy cansado, de modo que se limitó a menear la cabeza con acritud.

—Creo que me vendría bien descansar un poco, señor.

—¿Descansar? ¿De qué demonios está hablando? ¿Me salva la vida y lo único que se le ocurre es ir a dormir la siesta? ¡Vamos a celebrarlo, usted y yo!

—Creo que preferiría…

—Pero ¿no quiere saber qué he estado haciendo, viejo amigo?

Miró a Lewis con expresión astuta durante un minuto y después esbozó una sonrisa. Una sonrisa que, salvo por una leve sombra de melancolía, podría haber sido absolutamente triunfal.

EL LIBRO DE LAS REVELACIONES

41

El Fraile Bacon, cuyo nombre conmemora al gran científico y filósofo del siglo trece, está algo apartado del trazado de la circunvalación norte de la A40, aunque según el exigente paladar del inspector jefe Morse tiene una cerveza magnífica. En el letrero de esta taberna se puede ver a un orondo varón de aspecto jovial ataviado con hábito franciscano, derramando el contenido de lo que a primera vista parece un vaso de Guinness pero que, visto desde más cerca, resulta ser alguna sustancia química que el susodicho vierte de un frasco de cristal a otro. Por lo menos según Morse. Al entrar pidieron cerveza y se sentaron. Y esto fue lo que dijo Morse.

—Lewis, hay varios aspectos extremadamente raros en este caso (o más bien los había), todos ellos sugerentes, aunque también desconcertantes. Nos desconcertaron a todos, y quizá hasta cierto punto aún lo hacen, pues cuando todo terminó teníamos entre manos nada menos que cinco cadáveres y no estábamos en situación de saber qué podría habernos contado cada uno de ellos. De modo que si, en primer lugar, buscamos el móvil, probablemente nos veamos obligados a recurrir a meras conjeturas, si bien contamos con algunos sutiles indicios aquí y allá para ayudarnos a avanzar. Comencemos con Harry Josephs. Empieza a estar desesperadamente corto de dinero y lo poco que consigue se lo dona de inmediato a su corredor de apuestas. Sin que su mujer lo sepa, pide un préstamo a su compañía de seguros poniendo la casa como aval y no tarda en despilfarrarlo también. Después, Lewis, sospecho que empezó a robar dinero de las colectas de la iglesia, con frecuencia grandes sumas a las que tiene fácil acceso. Pasado un tiempo (y de nuevo son conjeturas) Lionel Lawson debió de descubrirlo. Y si denunciaba lo ocurrido, estaríamos ante la humillante perspectiva de ver a un respetado oficial retirado del Ejército acusado de robo. Sin duda eso sería la gota que colma el vaso para un hombre que ya ha perdido su trabajo y todo su dinero, y quizá está a punto de perder también a su mujer. Fijémonos ahora en Lionel Lawson. Empiezan a circular rumores sobre él (desagradables rumores acerca de su comportamiento con los chicos del coro) que alguien le reveló enseguida… Casi seguro que fue Paul Morris, cuyo hijo cantaba en la coral. De nuevo nos enfrentamos a la posibilidad de una humillación pública: un respetado ministro de la Iglesia de Inglaterra acusado de toquetear a los chiquillos de su parroquia. Después está Paul Morris.

Tiene una aventura con la mujer de Harry Josephs (y, por supuesto, también la esperanza de haber sido extremadamente discreto hasta el momento), pero los rumores sobre eso también empiezan a difundirse y lo que está sucediendo no tarda en llegar a oídos de Harry. Luego tenemos a Ruth Rawlinson. Sus ojos y oídos están siempre atentos a cuanto sucede alrededor y no tarda en descubrir lo que ocurre en su iglesia. Aunque, como se suele decir, ella ya tiene bastante con lo suyo, son precisamente sus problemas los que acaban enredándola en el caso. Por último, está Philip, el hermano de Lawson, que si estoy en lo cierto no debió de aparecer en escena en Oxford hasta el pasado verano. Ha sido un caradura holgazán toda su vida y sigue siéndolo cuando llega sin blanca y con la esperanza de que su hermano le ayude. Lionel lo acoge en la vicaría y las antiguas tensiones no tardan en aflorar de nuevo a la superficie. Por cierto, Lewis, esto último no me lo estoy inventando y enseguida volveré a ello. ¿Qué tenemos entonces? Tenemos aquí motivos variados y suficientes para un montón de asesinatos. Todos los implicados tienen alguna razón para temer al menos a uno de los otros, y al mismo tiempo la esperanza de sacar provecho de la situación. Hay suficientes odios y potenciales chantajes para generar una situación realmente explosiva. Lo único que hace falta para que todo salte por los aires es un catalizador, y sabemos quién fue ese catalizador: el reverendo Lionel Lawson. Es él quien posee el más inestimable recurso en este caso: el dinero. Alrededor de cuarenta mil libras, nada menos. Es más, ese dinero tiene muy poca importancia para él. No le supone ningún problema vivir del miserable estipendio que recibe mensualmente de los mezquinos comisarios de su Iglesia, pues, por muchas debilidades que pueda tener el amor por el dinero no es una de ellas. De modo que tantea el terreno, inicialmente con sumo cuidado y, tras varios intentos, confirma que el hielo sobre el estanque es lo bastante sólido para soportarlos a todos. ¿Qué les ofrece? A su hermano Philip, dinero y la oportunidad de perpetuar su disoluto estilo de vida durante algunos años más. A Josephs, dinero y la oportunidad de solucionar sus problemas financieros y de escapar para comenzar una nueva vida en otro lugar sin su esposa. A Morris, una vez más dinero, sin duda, si eso era lo que Morris necesitaba; pero probablemente facilitando al mismo tiempo que el organista consiga también a Brenda Josephs y la oportunidad de que ambos comiencen una nueva vida juntos, con el nada desdeñable aliciente de un saneado y jugoso saldo bancario. A Ruth Rawlinson, dinero y la ocasión de librarse de una vez por todas de la ansiedad crónica causada por sus problemas domésticos. De modo que Lionel Lawson idea su plan con los demás como cómplices más que dispuestos. Organiza una misa ficticia para celebrar una festividad inexistente en la parroquia y ejecutar el plan. Los testigos cometen perjurio alegremente y al mismo

tiempo confirman las coartadas ajenas. Lionel está de pie en el altar, Paul Morris toca el órgano, Ruth Rawlinson está sentada en los bancos de la congregación y Brenda Josephs se ha ido al cine al otro lado de la calle. Si todos se aferran a su historia los demás están a salvo. Por supuesto, las sospechas recaerán sobre el hermano Philip, pero Lionel le ha dicho (y probablemente también al resto) que no debe preocuparse pues todo ha sido cuidadosamente planeado: pocos minutos antes del asesinato él habrá cogido un tren en la estación de Oxford y estará de camino de un hotel, en el que previamente han reservado habitación, con varios miles de libras en sus bolsillos por las molestias. Y a cambio de todo eso convertirse en sospechoso sin ninguna prueba sólida en su contra parece un pequeño precio a pagar, ¿no le parece?

Morse bebió el último trago de su cerveza y Lewis, que por una vez la había terminado antes, se levantó y fue a la barra. Le parecía evidente (tal como había dicho Morse) que había múltiples motivos entrelazados en el caso, que además (si Morse estaba en lo cierto) eran complementarios y beneficiosos para todos. Pero ¿de dónde había salido todo aquel odio contra Harry Josephs? De acuerdo, de un modo u otro todos ellos habían ido cavando su propia fosa y (de nuevo, si Morse estaba en lo cierto) el dinero parecía ser la mejor y más obvia solución a todos sus problemas. Pero ¿de verdad hacía falta organizar todo ese circo en la iglesia? Todo aquello resultaba ridículamente complicado e innecesario. ¿Por qué no matar a Josephs sin más y arrojar su cadáver en algún vertedero? Entre todos habría sido infinitamente más simple, ¿no? ¿Y el asesinato propiamente dicho? ¿Envenenamiento con morfina y una puñalada en la espalda? No, aquello no tenía sentido.

Pagó la ronda y regresó a la mesa con mucho cuidado, pues nadie iba a darle las gracias por derramar ni siquiera un solo milímetro cúbico en la moqueta.

Morse bebió un gran trago de cerveza y continuó.

—Ahora debemos hacernos una pregunta clave: ¿cómo es posible semejante odio (por parte de alguien) contra Harry Josephs? Porque a menos que encontremos la respuesta seguiremos dando palos de ciego. Y hay otra cuestión directamente relacionada con esto que debemos plantearnos: ¿para qué complicarse la vida montando todo ese teatro de la falsa misa y por qué matar a Josephs dos veces? Bien, centrémonos en primer lugar en la última pregunta. Estoy seguro de que ha oído usted hablar de esos pelotones de fusilamiento formados por, digamos, cuatro hombres con rifles, todos encantados de poder dispararle al pobre infeliz atado al poste, aunque tres de ellos tienen balas de fogueo y solo uno la bala auténtica. La idea es que ninguno llegue a saber quién disparó realmente la bala mortal. Bien, se me ocurrió que algo parecido podía

haber sucedido aquí. Recuerde que eran tres, y digamos que a ninguno le hacía demasiada ilusión ser el único responsable del asesinato. Ahora bien, si Josephs, además de ser envenenado y apuñalado, hubiera recibido un golpe en la cabeza quizá esta teoría podría resultar creíble. Pero la autopsia reveló que las causas de la muerte habían sido dos, y no tres. Alguien pone morfina en el vino antes de que Josephs lo beba y después la misma persona u otra le apuñala en la espalda. ¿Para qué molestarse en matarle dos veces? Bien, existe la posibilidad de que fueran dos las personas implicadas en el asesinato propiamente dicho y se hubieran puesto de acuerdo en dividir el trabajo por el motivo que acabo de señalar. Sin embargo, hay una razón mucho más importante que esa. ¿Está preparado para una pequeña conmoción, Lewis?

—Estoy preparado para lo que venga, señor.

Morse vació su vaso.

—¡Por Dios, sí que está buena la cerveza aquí!

—Es su turno, señor.

—¿Sí?

El propietario acababa de aparecer en el bar y durante algunos minutos Lewis le oyó departiendo con Morse sobre la estupidez de los responsables de la selección de fútbol inglesa.

—A estas invita la casa —dijo Morse, dejando dos pintas con cuidado sobre los posavasos de Morrell's (si se había propuesto invitar a su subordinado a modo de agradecimiento por los servicios prestados, a Lewis le dio la impresión de que no se estaba estirando demasiado)—. Ah, sí. No me ha preguntado usted dónde he estado hoy, Lewis. Bien, he vuelto a ir a Rutland.

—A Leicestershire, señor.

Morse no pareció haberle oído.

—He cometido un gran error en este caso, Lewis. Solo uno. Presté demasiada atención a los rumores y los rumores son algo terrible. Si voy y le cuento a todo el mundo que tiene una aventura con esa mecanógrafa suya enemiga de las comas, de repente se encontraría usted intentando demostrar lo contrario, aun a sabiendas de que no es cierto. Como se suele decir, repite una mentira las veces suficientes y se convertirá en verdad. Bien, en todo caso pienso que eso fue lo que le sucedió a Lionel Lawson. Si era homosexual, debía de serlo de un modo extremadamente tímido, creo yo. Pero una vez lanzada la acusación, empezó a difundirse y se convirtió automáticamente en sospechoso. Yo mismo fui uno de los que se puso en lo peor. Incluso llegué a convencerme, sin tener ni una sola prueba, de que su expulsión del colegio se había debido a una conducta sexual inadecuada. Pero de repente empecé a dudar. ¿Y si estaba completamente equivocado? ¿Y si el viejo director de Lionel Lawson se

dio por contento dejándome creer aquello porque la verdad era mucho peor? Creí saber qué verdad era esa y acerté. Hoy volví a ver a Meyer, y también al viejo director del internado de Lionel. Verá, los hermanos Lawson eran como el agua y el aceite. Por un lado, Lionel, el hermano mayor, un empollón aplicado y no demasiado dotado académicamente, esforzándose y haciendo todo lo posible por salir adelante, con gafas ya por aquel entonces y sin la menor confianza en sí mismo. En resumen, Lewis, un plomo absoluto. Y luego estaba Philip, un chiquillo avispado con todos los dones naturales que cualquier muchacho pueda desear; un cerebro brillante, bueno en los deportes, popular, atractivo y un holgazán egoísta. ¿Y adivina a quién adoraban los padres? Así es, al joven y encantador Philip. No hace falta tener demasiada imaginación para ponerse en la piel de Lionel, ¿verdad? Está celoso de su hermano, cada vez más, y al final furiosamente celoso. Por lo que he podido averiguar, hubo una muchacha implicada en todo esto, cuando Lionel tenía dieciocho años y Philip alrededor de uno menos. No era especialmente atractiva según los cánones, pero era la chica de Lionel. Esto es, hasta que Philip decidió entrometerse y, probablemente sin otro motivo que fastidiar a su hermano, se la arrebató. Fue entonces cuando tuvo lugar la tragedia. Un fin de semana, en casa, Lionel Lawson intentó matar a su hermano. Lo hizo con un cuchillo de cocina, y de hecho logró herirle bastante seriamente en la espalda. El asunto se silenció en la medida de lo posible y la policía se mostró encantada de dejar la situación en manos de la escuela y de los padres. Por lo visto llegaron a alguna clase de acuerdo y sacaron a los chicos del colegio. No se presentaron cargos y, al parecer, las aguas volvieron a su cauce. Pero algo así nunca se olvida ¿no cree, Lewis? Y el hecho es que con dieciocho años Lionel Lawson había intentado asesinar sin éxito a su propio hermano. Por tanto, si como he dicho estamos buscando el origen de un odio enconado e insaciable, en este caso entonces lo hemos encontrado: el odio existente entre Lionel Lawson y su hermano menor.

Todo aquello era muy interesante y sugestivo, pensó Lewis, pero no acababa de ver de qué manera afectaba a muchos de los problemas del presente caso. De todos modos, Morse siguió hablando y la conmoción a la que antes había aludido era inminente.

—Al principio pensé que Lionel Lawson había asesinado a Harry Josephs, y más tarde había fingido su propio suicidio vistiendo a su hermano con toda la parafernalia clerical antes de arrojarlo desde lo alto de la torre. ¿Se le ocurre un plan mejor, Lewis? Lo único que necesitaba era a alguien que aceptara identificar fraudulentamente el cadáver y la persona dispuesta a hacerlo era Paul Morris, un hombre que saldría doblemente beneficiado de la muerte de Josephs: en primer lugar, se

embolsaba una considerable cantidad de dinero; y, segundo, se quedaba con la mujer de Josephs. Pero usted mismo lo señaló, Lewis, y tenía toda la razón: tiene que ser endemoniadamente difícil cambiar de ropa a un muerto. Pero no es imposible, ¿verdad? No si uno ha previsto todas las dificultades y dispone de tiempo suficiente. Pero en este caso en concreto estaba usted en lo cierto, no me cabe duda. Fue Lionel Lawson, no su hermano Philip, quien cayó de la torre el pasado octubre. Al hacer examen de conciencia debió de darse cuenta de que había hecho algo tan terrible e imperdonable que ya no pudo seguir viviendo con ello. De modo que se quitó las gafas, las guardó en su funda y saltó. También he de reconocer que, mientras se llevaba a cabo la identificación, tuve mis dudas acerca de si el cuerpo que encontramos en la torre era realmente el de Paul Morris. Si no era él, las posibilidades se volvían abrumadoramente interesantes. Pero, aunque ni siquiera ahora ha sido posible llevar a cabo de forma concluyente dicha identificación, puede aceptar mi palabra de que era Paul Morris. Sí, así es. Y con esa certeza al fin empecé a dejar aparcadas todas esas fantasiosas teorías para centrarme en la sencilla posibilidad que todos habíamos ignorado desde el principio. La misma Ruth Rawlinson estuvo muy cerca de decir la verdad revelándome el nombre en esa ridícula declaración suya al afirmar que estaba dispuesta a decir una mentira, una sola mentira. Como recordará, ella dijo que esa mentira estaba directamente relacionada con la misa que nunca tuvo lugar en St. Frideswide y con su silencio sobre el complot para asesinar a Harry Josephs. ¡Pero escuche, Lewis! Esa no fue su mentira, desde luego que no. La auténtica mentira fue sobre otra cosa: ¡mintió sobre la identidad del cadáver que yacía en la sacristía de St. Frideswide esa noche de septiembre! Esa fue su gran mentira. Porque, verá, el cuerpo que apareció asesinado esa noche ¡no era en absoluto el de Harry Josephs! Era el cuerpo del hermano de Lionel Lawson, Philip Lawson.

Extracto de la transcripción del procedimiento celebrado el 4 de julio en el Tribunal de la Corona de Oxford contra la señorita Ruth Isabel Rawlinson por los cargos de perjurio y conspiración, Sr. Gilbert Marshall, C. R.,19 fiscal de la Corona, Sr. Anthony Johns, C. R., en calidad de defensor.

MARSHALL: Dejemos a un lado, si es posible, ese difuso paisaje de los motivos para centrarnos en los acontecimientos del pasado septiembre, específicamente en la noche del lunes 26 de dicho mes. Estoy seguro de que el tribunal agradecerá poder escuchar su propia explicación de los hechos que tuvieron lugar aquella impía noche.

MORSE: En mi opinión, señor, varias personas habían conspirado para asesinar a Philip Lawson, y estas personas eran el reverendo Lionel Lawson, el señor Paul Morris y el señor Harry Josephs. Estoy bastante seguro de que la declaración de la acusada acerca de los hechos de esa noche es esencialmente correcta. Es decir, correcta en tanto que la señorita Rawlinson no estaba en posición de conocer la secuencia detallada de los acontecimientos, pues no tomó parte activa en el asesinato propiamente dicho y tampoco lo presenció.

MARSHALL: Trate de ceñirse a la pregunta, inspector, si es tan amable. Es el tribunal el que ha de determinar el grado de implicación de la acusada en este crimen, no usted. Por favor, continúe.

MORSE: Si tuviera que desgranar la secuencia de acontecimientos de esa noche, señor, sería algo así. Lionel Lawson logró convencer de algún modo a su hermano de que le resultaría muy provechoso estar en la iglesia a cierta hora de esa noche. Mientras esperaba allí no sería un gran problema persuadirle para tomar una copa de vino, un vino que había sido previamente adulterado con morfina. El hecho de que el hombre encontrado muerto en la iglesia esa noche pudo haber muerto, o de hecho murió, por envenenamiento con morfina, fue claramente verificado mediante la autopsia; aunque nunca se descubrió el origen de dicha morfina a pesar de la exhaustiva investigación llevada a cabo por la policía. No obstante, uno de los tres hombres había tenido previamente contacto directo y acceso diario a una completa farmacopea, un hombre que había trabajado dieciocho meses como ayudante en una farmacia de

Oxford. Este hombre, señor, era Harry Josephs. Y fue Josephs quien, a mi modo de ver, no solo sugirió su utilización, sino que también inyectó la dosis letal de morfina en el vino.

MARSHALL: ¿Puede usted decirnos por qué, si el hombre ya estaba muerto, también fue necesario apuñalarlo?

MORSE: No creo que ya estuviera muerto, señor, aunque estoy de acuerdo en que muy poco después de beber el vino estaría inconsciente. No obstante, tenía que estar muerto cuando apareciera la policía, pues de lo contrario cabía la posibilidad de que se recuperara y contara lo que sabía. De ahí el cuchillo. Y, por tanto, señor, si me lo permite, la cuestión no es por qué fue apuñalado en la espalda, sino por qué le administraron la morfina. Y en mi sopesada opinión la razón es esta: desde el punto de vista de Lionel Lawson era absolutamente vital cambiar de ropa a su hermano, y no es posible apuñalar a un hombre en la espalda y después cambiarlo de ropa sin extraer el cuchillo del cuerpo y volver a apuñalarlo. Ajustándose al plan acordado, Josephs se había quitado el traje marrón que según todos los testigos siempre usaba, y que esa noche llevaba consigo al llegar a la iglesia. Sin ninguna duda, creo yo, el traje estaba envuelto en el paquete de papel marrón que la señorita Rawlinson menciona en su declaración. Evidentemente, la policía registraría la ropa del muerto con extremo cuidado y cambiarle de ropa era un modo más que certero de asegurarse de que el engaño pareciera absolutamente auténtico. De ese modo, cuando Philip Lawson se desplomó inconsciente en la sacristía, le quitaron su ropa y le pusieron la de Josephs; una tarea ardua y larga, imagino, aunque había tres personas para llevarla a cabo y el tiempo estaba de su lado. Después le pusieron la sotana de Josephs, y entonces llegó el momento de la verdad para Lionel Lawson. Sospecho que pidió a los otros dos que le dejaran solo y así completó la tarea que ya había intentado llevar a cabo en una ocasión con desastrosos resultados. Miró a su hermano, al que durante tanto tiempo había odiado, y lo apuñaló en la espalda con su abrecartas. Como he dicho, no creo que Philip Lawson estuviera muerto en ese momento, y la declaración de la acusada confirma en cierto modo este punto de vista, pues lo que ella escuchó debieron de ser los últimos estertores del moribundo. Llamaron de inmediato a la policía, el cuerpo fue erróneamente identificado, tanto por la acusada como por Paul Morris, y creo que el resto ya lo sabe, señor.

MARSHALL: ¿No le parece extraordinariamente complicado todo eso, inspector? A mí al menos me parece bastante ridículo. ¿Por qué el reverendo Lionel Lawson no mató él mismo a su hermano sin más?

JUEZ: Es mi deber recordarle al consejero fiscal que este tribunal no está juzgando al reverendo señor Lawson, y es impropio que un testigo responda a cualquier pregunta planteada de ese modo.

MARSHALL: Gracias, señoría. ¿Sería tan amable el testigo de explicar al tribunal por qué en su opinión, suponiendo que el reverendo señor Lawson fuera el responsable de la muerte de su hermano, no procedió de un modo mucho más sencillo?

MORSE: En mi opinión, señor, hubo dos elementos absolutamente imperativos para el reverendo Lawson. En primer lugar, su hermano debía morir; una cuestión que como usted bien dice podría haber resuelto de un modo mucho más simple y sin ayuda de nadie, de habérselo propuesto. El segundo imperativo, sin embargo, era mucho más complicado y de ningún modo podría haberlo conseguido solo, por más que lo hubiera intentado. Necesitaba contar con la colaboración de alguien que aceptara ser identificado como el muerto y al mismo tiempo estuviera dispuesto a desaparecer inmediatamente de Oxford. Permítame explicarle, señor, por qué creo que esto era así. Philip Lawson había permitido que varias personas, entre ellas, por ejemplo, la acusada, supieran que era el hermano de Lionel Lawson. De modo que, de haber sido asesinado e identificado como el hombre que había sido visto en la vicaría, en la iglesia, etcétera, habría sido solo cuestión de tiempo que la policía llegara a descubrir su verdadera identidad. Y en cuanto eso se supiera habría sido fácil relacionar lo ocurrido con otros sucesos del pasado. Pues el hermano mayor ya había atentado contra la vida del otro en una ocasión de forma similar (con un cuchillo). La investigación policial no habría tardado en apuntar en la dirección correcta, dirigiendo las consecuentes sospechas sobre Lionel Lawson. Como he dicho, señor, era fundamental no solo que Philip Lawson muriera, sino también que fuera erróneamente identificado. Como ya sabe el tribunal, fue en efecto erróneamente identificado como Harry Josephs; y el propio Harry Josephs desapareció de escena, aunque no se fue muy lejos. Esa misma noche se instaló en la primera planta del 14B de Manning Terrace y allí vivió hasta su fallecimiento. Había cogido la ropa de Philip Lawson en la iglesia, sin duda con idea de destruirla. Pero por diversos motivos empezó a sentirse cada vez más inquieto.

MARSHALL: Antes de que continúe con su testimonio, inspector, debo preguntarle si, en su opinión, las relaciones de la acusada con el señor Josephs habrían ido de algún modo, ¿cómo decirlo?, más allá de procurarle un lugar donde ocultarse y cubrir sus necesidades básicas.

MORSE: No.

MARSHALL: No obstante, sin duda está usted al corriente de que un testigo anterior declaró ante el tribunal haber visto a al señor Josephs visitar anteriormente Manning Terrace en varias ocasiones durante el pasado verano.

MORSE: Sí, señor.

MARSHALL: ¿Y en su opinión dichas visitas fueron de naturaleza, eh, estrictamente social?

MORSE: Así es, señor.

MARSHALL: Por favor continúe, inspector.

MORSE: Creo que la idea era que Josephs permaneciera donde estaba hasta que la polvareda se hubiera asentado, para después abandonar Oxford lo antes posible con rumbo desconocido. Lo que es seguro es que no tardó en enterarse de que el reverendo Lionel Lawson se había suicidado y…

MARSHALL: Siento tener que volver a interrumpirle, pero ¿cree usted que, al menos en esa muerte, el señor Josephs no tuvo nada que ver?

MORSE: Así es, señor. Como decía, la muerte de Lawson debió suponer un terrible sobresalto para Josephs. Y sin duda se preguntaría qué diantres había podido pasar. Concretamente debió de preguntarse muchas veces si Lawson había dejado una nota y, de ser así, si dicha nota le incriminaba de algún modo a él o a los demás. Dejando eso a un lado, no obstante, hasta ese momento Josephs había dependido en gran medida de Lawson. Era Lawson quien le había buscado un lugar donde esconderse y era Lawson quien estaba organizando su inminente salida de Oxford. Pero de repente se quedó solo y debió de sentirse cada vez más aislado. Pero, de nuevo, esto no son más que conjeturas. Lo que está claro es que empezó a salir a las calles de Oxford durante los primeros meses de invierno. Llevaba la vieja ropa de Philip Lawson, con el largo y sucio abrigo abotonado hasta el cuello, y con gafas de sol; se dejó crecer la barba y descubrió que podía pasearse por la ciudad sin ser reconocido. Fue también por esta época, creo yo, cuando debió de darse cuenta de que solo quedaba una persona aparte de él que sabía exactamente qué había ocurrido en la sacristía esa noche de septiembre; y esa persona era Paul Morris, un hombre que le había arrebatado a su esposa y probablemente iba a vivir con ella en cuanto terminara el curso escolar. Y, por si eso fuera poco, además había salido airoso de todo lo sucedido sin hacer gran cosa. Por cierto, señor, a mi modo de ver es posible que a esas alturas Paul Morris no estuviera ya tan entusiasmado como antes con la idea de huir con la señora Josephs. Sin embargo, Josephs no podía saberlo y su odio hacia Morris siguió creciendo, al igual que su sensación de poder y su redescubierta capacidad para la clase de acción que tiempo atrás había conocido como capitán del Cuerpo de Marines Reales. Bajo algún pretexto, Josephs consiguió citarse con Paul Morris en St. Frideswide, donde le asesinó y ocultó su cuerpo; aunque posiblemente no fue entonces cuando llevó su cadáver a lo alto de la torre. Recuerden que en la ropa del hombre asesinado en la sacristía no se encontró ningún juego de llaves, y es evidente que Josephs se las quedó y por tanto pudo utilizar la iglesia

para los asesinatos de Paul Morris y de su hijo Peter. No solo eso, diría yo. Más bien se vio obligado a utilizarla. Le habían retirado el permiso de conducir y sin licencia ni siquiera podía alquilar un automóvil. De haber tenido coche probablemente habría intentado deshacerse de los cadáveres en algún otro lugar. Pero, en ese sentido al menos, era una víctima de las circunstancias. Más tarde ese mismo día (a la hora del té, sin ir más lejos) también se encontró con Peter Morris, y no hay ninguna duda de que el muchacho también fue asesinado en St. Frideswide. Estoy seguro de que su idea original era ocultar ambos cuerpos en la cripta, y en cuanto oscureció metió a chico en un saco y abrió la puerta del lado sur. Todo debía parecer suficientemente seguro y llegó sin inconvenientes a la entrada enrejada del subterráneo junto al pequeño cementerio, que está a menos de quince metros de la mencionada puerta. Pero entonces sucedió algo. Mientras bajaba por la escalera cargado con el cuerpo, se rompió un peldaño y Josephs debió de sufrir una aparatosa caída. Decidió que no podía repetir la misma operación con un cadáver mucho más grande y pesado, o no se atrevió a intentarlo. De modo que cambió de plan y subió el cadáver de Paul Morris al tejado de la torre.

MARSHALL: ¿Y después decidió asesinar a su esposa?

MORSE: Sí, señor. Desconozco si en esos momentos ya sabía exactamente dónde estaba ella, si habían seguido en contacto o si logró averiguarlo gracias a Paul Morris. Pero en cuanto los cuerpos fueron encontrados (o al menos uno de ellos) tomó la firme decisión de impedir también que ella hablara. En cualquier caso, con Paul Morris fuera de circulación, sus furiosos celos se dirigieron aún más violentamente contra ella. Por el momento tenía un peligroso trabajo entre manos. Debía entrar en casa de los Morris en Kidlington para intentar dejarlo todo como si ambos se hubieran marchado de allí de un modo razonablemente normal. No le resultaría difícil entrar. Tampoco se encontraron llaves en los cadáveres de ninguno de los Morris, aunque ambos debían de tener su propia copia. Una vez dentro…

MARSHALL: Sí, sí. Gracias, inspector. ¿Podría decirle exactamente al tribunal dónde encaja la acusada en todo este entramado de circunstancias?

MORSE: Estoy razonablemente seguro, señor, de que la señorita Rawlinson podría sentirse a salvo siempre y cuando desconociera las identidades de los cadáveres encontrados en St. Frideswide.

MARSHALL: Pero en cuanto lo supo (corríjame, inspector, si me equivoco), ¿Josephs decidió que también tenía que acabar con la acusada?

MORSE: Eso es, señor. Como sabe, yo fui testigo del intento de asesinato de la señorita Rawlinson y solo entonces supe con certeza cuál era la

verdadera identidad del asesino, al reconocer la corbata con la que la estaba estrangulando: la corbata del Cuerpo de Marines Reales.

MARSHALL: Sí, muy interesante, inspector. Pero la acusada siempre supuso una amenaza para el asesino, al menos en la misma medida que Brenda Josephs, ¿no le parece? Y si así era, ¿por qué cree que trató a las dos mujeres de un modo tan diferente?

MORSE: Creo que Josephs había llegado a odiar a su esposa, señor. Lo he mencionado antes durante mi declaración.

MARSHALL: Pero no sentía el mismo odio hacia la acusada, ¿es eso?

MORSE: No lo sé, señor.

MARSHALL: Aun así, usted insiste en que la acusada y el señor Josephs no mantenían ninguna relación especial.

MORSE No tengo nada que añadir a mi respuesta anterior, señor.

MARSHALL: Muy bien. Continúe, inspector.

MORSE: Como he dicho, señor, estaba convencido de que Josephs intentaría asesinar a la señorita Rawlinson casi inmediatamente, pues debió de intuir que las cosas empezaban a moverse demasiado deprisa y la señorita Rawlinson era la única persona que quedaba, aparte de él, que sabía algo de la verdad. Más que suficiente, desde su punto de vista. De modo que mi colega, el sargento Lewis, y yo decidimos tratar de hacer salir al asesino de su madriguera. Publicamos una noticia deliberadamente imprecisa en la primera plana del Oxford Mail con el único fin de hacerle creer que el cerco se estaba estrechando en torno a él. Yo pensaba que, estuviera donde estuviera (y recuerde que en aquel momento yo no tenía la menor idea de que él se escondía en casa de la señorita Rawlinson), sin duda utilizaría la iglesia una vez más para sus propósitos. Sabría exactamente en qué ocasiones iba a estar allí la señorita Rawlinson y ya tendría el plan preparado. De hecho, llegó a la iglesia esa mañana muy temprano y consiguió desbaratar todas las precauciones que tan cuidadosamente habíamos tomado.

MARSHALL Pero por fortuna las cosas terminaron bien, inspector.

MORSE: Supongo que se podría decir que sí. Gracias al sargento Lewis.

MARSHALL: No tengo más preguntas.

JOHNS: Según tengo entendido, inspector, usted pudo escuchar la conversación que mantuvieron mi cliente y el señor Josephs antes de que él intentara estrangularla.

MORSE: Así es.

JOHNS: En dicha conversación, ¿oyó usted algo que el tribunal pudiera considerar como atenuante en el caso contra mi cliente?

MORSE: Sí. Oí a la señorita Rawlinson decir que…

JUEZ: ¿Sería tan amable el testigo de dirigirse al tribunal?

MORSE: Oí decir a señorita Rawlinson que había decidido ir a la

policía para hacer una declaración completa de cuanto sabía.

JOHNS: Gracias. No hay más preguntas.

JUEZ: Puede usted abandonar el estrado, inspector.

19 Consejero de la Reina. Q. C. en el original, Queen's Counsel.

—Lo que más me impresiona —dijo Bell— es la cantidad de criminales que hay por ahí. ¡Incluso en una iglesia! Pensaba que esa clase de gente jamás se desviaba del camino de la virtud.

—Posiblemente eso sea verdad en la mayoría de los casos —respondió Lewis, tranquilamente.

Estaban sentados en el despacho de Bell justo después del veredicto y la sentencia sobre Ruth Rawlinson. Culpable, con una pena de dieciocho meses de prisión.

—Aún me cuesta creerlo —dijo Bell.

Morse también estaba allí sentado, fumando un cigarrillo en silencio. O fumaba de la forma más compulsiva o no lo hacía en absoluto, y ya había dejado el hábito definitivamente en innumerables ocasiones. Había estado escuchando a Bell sin prestar demasiada atención y sabía exactamente a qué se refería su colega, pero… De repente recordó su cita favorita de Gibbon sobre el papa Juan XXIII en el siglo XV, que tanto le había impresionado siendo un chiquillo y aún recordaba de memoria después de tantos años: «Los más escandalosos cargos fueron suprimidos y el vicario de Cristo solo fue acusado de piratería, asesinato, violación, sodomía e incesto». No era nada nuevo darse cuenta de que la Iglesia cristiana tenía mucho de qué responder, con tanta sangre en las manos de sus administradores en la tierra y tanto odio e intolerancia en los corazones de sus líderes espirituales. Pero detrás de todo eso (y trascendiéndolo todo), como Morse sabía, estaba la figura de su fundador, tan simplista e históricamente difícil de tragar; un enigma al que Morse se había enfrentado con gran seriedad en su juventud y que, incluso ahora, lograba poner en entredicho su arraigado escepticismo. Recordó la misa a la que había asistido en St. Frideswide durante su primera visita y a la mujer que estaba a su lado: «Límpiame y seré más blanca que la nieve». ¡Qué maravillosa posibilidad! El Todopoderoso, por así decirlo, borraba la pizarra y no solo era capaz de perdonar, sino también de olvidar. Y lo verdaderamente difícil era olvidar. Incluso Morse, con todo su cinismo, era capaz de perdonar… Pero no de olvidar. ¿Cómo iba a ser posible olvidar? Durante unos fugaces instantes de dicha, aquel día en St. Frideswide había sentido una feliz afinidad con una mujer que antes solo había experimentado en una ocasión. Pero sus caminos, el suyo y el de

ella, se habían cruzado demasiado tarde, y ella, como todas las demás almas perdidas (como los Lawson, los Josephs y los Morris) había errado y, por ello se había descarriado y abandonado el camino del comportamiento humano aceptable. Pero ¿cómo no iba a estar turbado por las revelaciones que ella le había hecho? ¿Debía de ir a verla ahora? Ella se lo había pedido. Y si iba a hacerlo, tendría que ser pronto.

Su mente captó otro breve fragmento de conversación, a pesar de que seguía abstraído y no estaba atendiendo.

—Eso no me hace quedar en muy buen lugar, ¿no cree, sargento? Estoy a cargo del caso durante meses, y aparece Morse y lo resuelve en quince días. Desde luego me ha dejado como un idiota —dijo, meneando la cabeza lentamente—. ¡Cabronazo astuto!

Lewis intentó decir algo, pero no encontró las palabras adecuadas. Morse, él lo sabía, poseía una endiablada habilidad para abrirse paso a través de los oscuros laberintos de las motivaciones y el comportamiento humanos, y se enorgullecía de trabajar con él; se había sentido orgulloso, por ejemplo, cuando Morse había mencionado su nombre ese mismo día ante el tribunal. Pero a Lewis no se le daban bien esas cosas; también era consciente de ello. De modo que ahora resultaba casi liberador retomar (junto con Morse) sus vulgares y mecánicos deberes rutinarios.

Morse oyó que volvían a mencionar su nombre y se dio cuenta de que Bell se dirigía a él.

—Sigo sin entenderlo, ¿sabes?

—Yo tampoco —le interrumpió Morse.

A lo largo del caso había hecho tantas suposiciones que ya había agotado cualquier reserva mental para inventarse más. Las palabras de san Pablo a los Corintios resonaron en su cabeza: «Hay señales y hay misterios», y tuvo la certeza de que fuera lo que fuera lo que tanto desconcertaba a Bell probablemente no sería uno de los grandes misterios de la vida. ¿No era un auténtico misterio el origen del veneno que lenta, pero inexorablemente, gota a gota, por así decirlo, había empapado el alma de Lawson hasta extinguirla? Y eso era casi tan antiguo como la semilla del mismísimo Adán, cuando Caín y Abel habían presentado sus ofrendas al Señor…

—¿Cómo dice?

—He dicho que los pubs abrirán pronto, señor.

—Creo que esta noche no, Lewis. Yo, eh, no me apetece mucho.

Se levantó y salió del despacho sin decir nada más, mientras Lewis le miraba algo desconcertado.

—Un cabronazo de lo más raro —dio Bell.

Y, por segunda vez en pocos minutos, Lewis no tuvo más remedio que estar de acuerdo con él.

Era evidente que Ruth había estado llorando, pero ya se había recuperado y su voz sonó seria y resignada.

—Solo quería darle las gracias, inspector, eso es todo. Ha sido tan amable conmigo y yo… Creo que si alguien puede llegar a entenderme es usted.

—Es posible —dijo Morse.

No era una de sus frases más memorables.

—Y además… —Suspiró profundamente y las lágrimas humedecieron sus bonitos ojos.— Solo quería decirle que cuando me invitó a salir aquel día, ¿se acuerda?… Y cuando yo le dije, cuando yo…

Sus ojos dejaron en evidencia lo que sentía en ese preciso instante, y Morse asintió y miró hacia otro lado.

—No se preocupe por eso. No pasa nada. Lo entiendo —dijo.

Ella se obligó a seguir hablando a pesar de las lágrimas.

—Pero quiero decírselo, inspector. Quiero que sepa que…

De nuevo fue incapaz de continuar. Morse posó suavemente una mano en su hombro, igual que Paul Morris había tocado con ligereza el de Brenda Josephs la noche del asesinato de Philip Lawson. Después se levantó y salió rápidamente al largo pasillo. Sí, la entendía. Y la perdonaba también. Pero a diferencia del Todopoderoso era incapaz de olvidar.

Las autoridades habían vuelto a ponerse en contacto con la señora Emily Walsh-Atkins para la identificación del maltrecho cadáver de Harry Josephs (fue idea de Morse). Ella, por supuesto, había acudido con gusto. ¡Qué emocionante había sido aquel último año! Y la carpa dorada agitó su rutilante cola en su mente casi con alegría mientras ella recordaba el papel que había representado en los trágicos acontecimientos que habían tenido lugar en su iglesia. Su nombre había aparecido una vez más en el Oxford Mail, y también en el Oxford Times, y ella había recortado las columnas con esmero, al igual que Ruth Rawlinson antes que ella, y las había guardado en su bolso junto a las demás. Un domingo por la mañana rezó con vehemencia pidiendo perdón por haber pecado de orgullo y el reverendo Meiklejohn, de pie junto al pórtico norte con expresión benigna, se vio obligado a esperar incluso más de lo habitual hasta que finalmente ella salió hacia la resplandeciente luz del sol.

La señora Alice Rawlinson había sido trasladada a una residencia de

ancianos en Cowley inmediatamente después del arresto de su hija. Cuando Ruth quedó en libertad, después de cumplir solo once de los dieciocho meses de su condena, la anciana regresó al 14A de Manning Terrace, con buen aspecto y fuerzas suficientes para unos cuantos años. Mientras la ayudaban a subir a la ambulancia para volver a casa, se oyó murmurar a uno de los enfermeros que cualquiera que intentara predecir lo que le quedaba de vida a un paciente era un maldito idiota.

Habían encontrado algunos libros en el escondite de Harry Josephs en el 14B de Manning Terrace, y una vez el caso se dio por cerrado, los volúmenes fueron donados a Oxfam, que transcurrido un tiempo los vendió a precios ridículamente bajos a la librería benéfica de North Oxford. Un muchacho de diecisiete años (llamado Peter Morris, por alguna curiosa coincidencia) compró uno de ellos por cinco peniques a principios de verano. Siempre le había atraído el mundo del crimen, y el grueso y lustroso volumen titulado Murder Ink atrajo inmediatamente su atención. Esa misma noche, mientras hojeaba varios artículos, se detuvo en uno sobre el suicidio en la página 349 con una frase fuertemente subrayada con bolígrafo rojo: «Los saltadores miopes siempre se quitan las gafas y se las guardan en el bolsillo antes de saltar».

Morse se tomó sus vacaciones más tarde ese mismo año, y de nuevo decidió ir a las islas griegas. Pero por algún motivo su pasaporte seguía caducado en el cajón, y una soleada mañana de mitad de junio el inspector jefe cogió un autobús en North Oxford para ir al centro. Durante una hora vagabundeó satisfecho por el Ashmolean, donde entre otras delicias se detuvo a contemplar durante largo tiempo el Giorgione y el Tiepolo. Justo antes de mediodía cruzó la calle hacia la coctelería del Randolph y pidió una pinta de cerveza, pues nunca bebía nada de menor tamaño. Después otra pinta. Salió a las doce y media, atravesó Cornmarket y entró en St. Frideswide. La puerta norte ya no crujía, pero en el interior el único indicio de vida eran las parpadeantes velas que ardían alrededor de la imagen de la Virgen. La mujer a la que buscaba no estaba allí. Como había hecho en otra ocasión, decidió volver caminando a North Oxford, aunque esta vez no presenció ningún accidente en el cruce de Marston Ferry. Al llegar a la zona comercial de Summertown entró en el Drew Drop, bebió otras dos pintas de cerveza y continuó su camino. El local de la tienda de alfombras desde la que en una ocasión Brenda Josephs había vigilado a su marido estaba ocupado actualmente por una compañía de seguros, pero lo demás parecía haber cambiado poco. Al aproximarse a Manning Terrace Morse continuó calle arriba, se detuvo a cierta altura durante un par de segundos y después siguió caminando. En el número 14A volvió a detenerse, llamó enérgicamente a la puerta y esperó.

—¡Es usted!

—Oí que había vuelto a casa.

—¡Bien! ¡Entre, entre! Es el primero que viene a visitarme.

—No, no se moleste. Solo he venido a decirle que he estado pensando mucho en usted desde que, eh, desde que se marchó, y se ruborizaría si le contara lo que ha estado ocurriendo en mis sueños.

—¡Por supuesto que no lo haría!

—No me haga caso. He bebido demasiada cerveza.

—Pase por favor.

—Su madre está ahí.

—¿Por qué no me lleva a la cama?

Ella le miró a los ojos y en ese momento afloró en ambos una

chispeante alegría.

—¿Puedo usar su lavabo de caballeros?

—Hay uno arriba, aunque también es de señoras.

—¿Arriba?

—¡Un momento!

Ella regresó casi inmediatamente con la llave del 14B en la mano.

—¿No sería mejor decirle a su madre que…?

—No lo creo —dijo ella, y esbozó lentamente una sonrisa mientras cerraba la puerta del 14A sin hacer ruido e introducía la llave en la cerradura del 14B.

Morse siguió con la mirada sus delgados tobillos mientras subía por las escaleras alfombradas.

—¿Cama o salón?

—Vayamos primero unos minutos al salón —respondió Morse.

—Aquí hay algo de whisky. ¿Quiere una copa?

—La quiero a usted.

—Y puede tenerme. Lo sabe, ¿verdad?

Morse la tomó entre sus brazos allí mismo y besó con ternura sus labios dulces y carnosos. Entonces, como si el instante fuera demasiado insoportablemente delicioso para poder prolongarlo, la estrechó contra su cuerpo y apoyó su mejilla en la de ella.

—También yo he soñado con usted —le susurró ella al oído.

—¿Y me comportaba?

—Me temo que sí. Pero no va a hacer lo mismo ahora, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—¿Cuál es su nombre de pila? —preguntó ella.

—Se lo diré después —respondió Morse suavemente, bajando poco a poco la cremallera trasera de su alegre vestido estampado de verano.